

Dr. IÑAKI PIÑUEL

Autor del éxito de ventas *Amor Zero*

LIBERTAD ZERO



LA LIBERACION INTERIOR
PARA SER TU MEJOR VERSIÓN



Índice

[Presentación](#)

[Prólogo. *Lux in tenebris lucet*](#)

[1. Trance Zero: renuncia a la ilusión \(hipnosis\) colectiva](#)

[2. Trauma Zero: comprende cómo el trauma intrafamiliar temprano condiciona tu vida actual](#)

[3. Mimetismo Zero: comprende las leyes del deseo para escapar de ellas](#)

[4. Envidia Zero: renuncia a compararte, a la rivalidad y al resentimiento](#)

[5. Narcisismo Zero: escapa de la dictadura de la apariencia, la popularidad y el éxito](#)

[6. Obediencia Zero: sal del estado agéntico, desobedece y elige la responsabilidad](#)

[7. Enamoramiento Zero: renuncia al enamoramiento romántico y elige el amor racional a ti mismo](#)

[8. Violencia Zero: elige el camino de la paz](#)

[9. Dimisión Interior Zero: ponte del lado de las víctimas](#)

[10. Indiferencia Zero: elige la solidaridad](#)

[11. Miedo Zero: elige vivir una vida sin temor, ansiedad o preocupaciones](#)

[12. Liderazgo Zero: renuncia a convertirte en modelo para los demás](#)

[13. Ambición Zero: elige ser en vez de tener](#)

[14. Poder Zero: renuncia al poder de dominar a otros](#)

[15. El camino hacia el amor racional. De la paranoia a la *metanoia*](#)

[16. *Metanoia*: conviértete y cambia de rumbo tu vida](#)

[17. Apocalipsis: la batalla cósmica final. Satán frente a *parakleitos*](#)

[Colofón](#)

[Otros libros del autor y referencias](#)

[Contacto](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Presentación

El camino de la libertad personal es una dura ascesis que requiere voluntad, determinación y esfuerzo constante por encontrar y mantener el rumbo correcto.

En este camino cabe esperar recaídas, errores y no pocos sobresaltos. Caerse está permitido, pero levantarse es obligatorio.

A petición de muchas personas he querido plasmar y compilar en *Libertad Zero* todo lo que, basándome en mis investigaciones y en mi experiencia a lo largo de varias décadas como psicólogo especializado en acoso y maltrato psicológico, he estado recomendando en miles de horas de terapias, talleres, seminarios y clases en la universidad, enseñando el camino hacia la libertad personal respecto al trauma, la programación o las dinámicas perversas y secuelas de las relaciones tóxicas.

El libro versa sobre esta búsqueda de la libertad interior y sobre la remoción de los obstáculos a la misma: mimetismo, deseo, apego, envidia, violencia, ambición, narcisismo, metaprogramas sociales, guiones de vida tóxicos...; en definitiva, señala los mecanismos mentales que nos atan, esclavizan o convierten en unos autómatas que, siendo aún esclavos, se creen plenamente libres.

En sus páginas muestro los condicionamientos psicológicos habituales que aquejan a los seres humanos y el modo de liberarse de ellos para conseguir por fin salir del túnel y alcanzar la vida plena que todo ser humano merece vivir.

Los capítulos del libro no son en su mayoría inéditos y algunos se encuentran en reflexiones ya publicadas en mis libros anteriores. He tocado en cada uno de ellos un tema clave para ayudarte a evadirte de la prisión de los condicionamientos sociales y mentales en los que vives y para que puedas de este modo elegir liberarte de muchos prejuicios y clichés que te impiden ver la realidad.

La búsqueda de la verdad requiere ir a contracorriente y dotarse de un corazón que renuncie a las programaciones gregarias del pensamiento políticamente correcto, del narcisismo extremo y de la autocomplacencia que caracterizan nuestra época.

También requiere liberarse del miedo y evitar tener que proteger o ambicionar nada, eligiendo con audacia y valentía encontrar el propósito personal de vida y cumplir con la exigencia perenne de convertirse en tu mejor versión posible.

Estas lecciones de psicología avanzada reflejan descubrimientos de la moderna investigación que ponen en tela de juicio lo que cree la mayoría de los seres humanos, que alberga un falso esquema de comprensión del propio Yo y de las relaciones con los demás, dando lugar a la frustración y a la desesperación que caracterizan a esa mayoría desnortada y confusa.

No pretendo esperar que todo el mundo esté de acuerdo con lo que expongo en ellas. Puede ser que muchos no quieran ver su camino de liberación interior.

Muchos preferirán los muros de su prisión a la libertad que hay fuera de ellos.

Otros no querrán más que mejorar las condiciones de dicha prisión, adecentándola para hacerla más confortable.

Serán pocos los «elegidos» que pondrán todo su arrojo y valor para evadirse del encarcelamiento mental y social de la Matrix psicopática y resultar transformados para siempre por semejante visión.

El libro adolece de una cierta dosis de repetitividad, pero las repeticiones son inevitables si no se quiere sacrificar algunas de sus valiosísimas intuiciones. De ahí que el texto de sus capítulos recoja con leves correcciones la mayoría de lo publicado en versiones ya existentes en mis

diferentes monografías.

Espero que te atrevas a iniciar este apasionante viaje hacia tu libertad personal y que seas capaz de arriesgarlo todo por ella, pues nada hay más importante que adquirir la autonomía funcional, la plenitud existencial y el dinamismo vital que te propone alcanzar el libro *Libertad Zero*.

Te animo y exhorto a que abras los ojos a la realidad, cambies tu visión para siempre y te conviertas por fin en tu mejor versión.

DR. IÑAKI PIÑUEL Y ZABALA

Prólogo

LUX IN TENEBRIS LUCET

*No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada.
Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre y a la nuera contra su suegra.*

MT 10, 34-37

LA RESPUESTA A LA PREGUNTA DEL MILLÓN

Cuando llegue el momento oportuno en tu vida te harás la pregunta del millón: «¿Estaré yo loco o lo está todo el mundo a mi alrededor?».

Esa será la señal inequívoca de que has comenzado a despertar.

En ese momento tu tarea más importante en este mundo pasará a ser emprender un proceso de cambio que tiene tres fases:

- Despertar-CONSCIENCIA.
- Romper las cadenas que te atan-LIBERACIÓN.
- Realizar un camino desde la esclavitud hacia la libertad-ÉXODO.

Este proceso te lleva a un cambio completo de modelo o paradigma que incluye realizar tres rupturas muy dolorosas:

1.Romper con tu forma de entender la vida, a ti mismo y a los demás.

Todos los consensos básicos en los que creías se van a venir abajo y te quedarás sin territorio bajo los pies. Tu idea de ti mismo o concepto del «Yo» quedará demolido.

2.Romper con los vínculos tóxicos que te esclavizan y atan al pasado y a los guiones de vida y creencias limitantes que sigues sin darte cuenta.

Todas tus relaciones humanas básicas van a quedar trastocadas. Serás una pieza que ya no encaja, que chirría, que no se deja «bizcochar» ni convertir en un chivo expiatorio más.

Tu relación social con los demás quedará completamente afectada y nunca serás ya la misma persona.

3.Salir de tu zona de confort en busca de la tierra prometida que vas a tener que ir descubriendo más allá de los límites de la Matrix y pasar de ser reactivo a ser creativo.

Ello te va a llevar a una nueva cosmovisión de todo, en la que, al cambiar tu perspectiva, habrás cambiado sin darte cuenta todo lo que pensabas que eras por la nueva y mejor versión de ti mismo.

Nacerá un nuevo ser humano que será el fruto de la consciencia y la libertad adquiridas en el proceso de cambio.

Un verdadero NUEVO YO o una persona renacida, es decir la mejor versión de ti mismo.

GUARDIANES DEL TRANCE FRENTE A ROMPEDORES DEL TRANCE

En tu búsqueda de la verdad y la Libertad Zero te vas a dar cuenta de que el mundo se divide en dos grandes grupos irreconciliables que se oponen desde los albores de los tiempos:

- Los que mantienen el trance colectivo, empeñados en que las ovejas sigan balando mansamente, es decir, los «guardianes» del trance o mantenedores del trance.
- Los que se dedican a cuestionar, dudar, poner a prueba el consenso colectivo, es decir, los desafiadores o rompedores del trance.

Ambos grupos se sienten amenazados mutuamente.

1. Los «guardianes del trance» son partidarios del orden o *statu quo* vigente para lo cual no conviene remover las conciencias de los que duermen el sueño plácido del consenso social y del trance cultural.
2. Los «rompedores del trance» son los que formulan las preguntas incómodas, ponen a prueba las versiones oficiales, someten la realidad a experimentación y prefieren la percepción directa de la verdad a asumir irreflexivamente el relato colectivo acerca de esta.

Los primeros acostumbran a llamar «conspiranoicos» a los segundos.

Con ello suelen terminar militando de manera inconsciente en la antigua batalla cósmica de la verdad contra la violencia.

En esa batalla, cuyo resultado final está cantado de antemano, vencerá siempre la verdad y resplandecerá con más brillo y fuerza a base de hacerse perseguir y expulsar por la violencia, crecientemente impotente y exasperada ante la expansión ineluctable e irrefrenable de aquella.

Si eres del primer grupo, el de los «guardianes del trance», este es el libro que necesitas para despertar.

Debes saber que tus más que seguras «buenas intenciones» (mantener el orden, las jerarquías, los sistemas sociales, la prevalencia o el dominio de los tuyos) te llevan a militar en las fuerzas del lado oscuro.

El infierno característico del trance colectivo social en el que vives instalado está pavimentado de tus «buenas intenciones».

Si te encuentras en el segundo grupo, este libro te va a llevar aún más lejos en un proceso de despertar que quizás ya iniciaste hace tiempo. Es probable que te encuentres extenuado y que no tengas «dónde reclinar la cabeza» ante la progresiva exclusión, persecución y marginación a que te somete el grupo de los «guardianes del trance».

La persecución es la letra pequeña que casi nadie ha leído de los que contratan el amor a la verdad y a la realidad.

Los guardianes del trance colectivo ya no pueden impedir la extensión de la peligrosa verdad, que siempre se abre camino con mayor o menor dificultad, a pesar de todos los intentos de sofocarla.

Por ello, todos los buscadores de la verdad, más tarde o más temprano, se ven abocados a ser considerados como peligrosos rompedores del trance colectivo y a padecer una variada gama de persecuciones que se desatan contra ellos por el único motivo de ser cuestionadores del pensamiento único oficial que los guardianes del trance propagan.

No pienses que los guardianes del trance son una especie de hombres de negro que tienen siniestros planes para acabar con la verdad en este planeta.

No siempre es tan radical.

El guardián del trance más cercano a ti es alguien de tu entorno más próximo: tu padre, madre, hijo, vecino, esposa, amigo íntimo, colega o jefe.

De ahí que salir del trance colectivo lleva inevitablemente a conflictos con todos ellos.

Disensiones, discusiones, incomprensión, antagonismo e incluso violencia...

Todo ello te espera si te conviertes por alguna razón en alguien amenazante del trance colectivo gregario.

El trance cultural del pensamiento único agrega a todos los militantes en la cofradía de los guardianes del trance a base de unificar ideas, sentimientos y voluntades que son literalmente

colectivas y no individuales.

De ahí que nada sea considerado más peligroso que despertar al trance colectivo y ayudar a despertar de ese trance a los demás.

Cuando la verdad aterrizó en este mundo, no provocó la unidad ni la pacificación en las relaciones entre estos dos grupos.

Se hizo perseguir por la violencia y con ellos consiguió que su luz resplandeciera más fuerte.

«La luz resplandeció en las tinieblas y estas no pudieron prevalecer ni apagarla» (Jn 1, 5).

TRANCE ZERO: RENUNCIA A LA ILUSIÓN (HIPNOSIS) COLECTIVA

Dichosos los siervos a quienes su Señor encuentre despiertos cuando regrese.

LC 12, 37

«¿Nosotros también estamos ciegos?».

Es la pregunta que se hace la mayoría de los que quieren despertar.

Y, sin embargo, la experiencia indica que son pocos los que se atreven a tomar la decisión de despertar.

Muchos son los llamados y muy pocos los «elegidos».

Sí, despertar es una decisión.

Interviene fundamentalmente la voluntad.

Rara vez la emoción, que es la servidora de la percepción.

Despertar tampoco es el resultado de despejar una ecuación de manera matemática como el que descubre un resultado oculto en las mismas premisas del problema.

Despertar es, sobre todo, descubrir que las premisas estaban trucadas.

Algo así como verle por fin el truco al mago... (o el culo al mandril).

¡Descubrir como un niño que el rey está desnudo...!

Las premisas asumidas gregariamente por todos como inmutables y sólidas son el verdadero caldo de cultivo del sueño en el que la mayoría vive.

Muchas personas creen que despertar a alguien es tan fácil como decirle: «¡Ey, tú, despierta, que estás dormido...!».

Y que tan solo eso bastará para que despierte.

Nada más falso.

Nada más frustrante para quien lo intenta.

Si estás leyendo este libro es que quizás ya sospechas que el consenso social en el que vivimos no es sino una ilusión («Maya», dicen los orientales, y «Matrix», decimos en Occidente) en la que todo resulta comprensible desde los mismos postulados que asumimos como inquebrantables.

Lo cierto es que los «datos están trucados», las premisas de todo están equivocadas y por ello no hay forma de salir de la jaula sin un cuestionamiento serio e implacable de límites que parecen intocables.

Papá, mamá, la familia, la religión, el Estado, la sociedad y la opinión pública son las armas de esta Matrix en la que vivimos desde pequeños, inoculados con el mantra del conformismo, el gregarismo y el consenso social.

Ser un disidente solo «mola» un rato, para entretenerse o realimentar el narcisismo de quien quiere aparecer como rompedor. Ser un falso disidente no es sino un epifenómeno más de la Matrix social imperante.

Son muy pocos los que despiertan antes de morir y, por ello, son muy pocos los que viven volcados hacia la realidad. Para la inmensa mayoría «la vida es sueño» y los sueños, sueños son...

La verdadera sanación pasa por detectar la ceguera que te ha llevado a resultados terribles que

has experimentado en tu vida.

Pero casi nadie apuesta por atravesar por la puerta estrecha de la verdad o la vía dolorosa de reconocer que «siempre que algo te duele» ello es una señal de alarma para que el centro de control de tu voluntad adopte medidas relevantes.

Tanto forzar la vista para terminar perdiéndola y ya no poder ver nada.

Tanto doloroso esfuerzo para mitigar el dolor.

Tanto trabajo para eludir el trabajo duro interior.

Tanto tiempo perdido por querer atajar y llegar antes por la vía rápida.

Tantas ruedas de molino tragadas para eludir la verdad y la realidad última.

Para ello, te has centrado en los habituales recursos de la mente:

- La negación.
- La trivialización.
- Las fugas hacia adelante.
- Las distracciones.
- El entretenimiento.
- El placer.
- Las adicciones.
- Las emociones.
- Una vida banal e irrelevante...

Y por eso necesitas cada vez mayores dosis de estas drogas...

—¡Doc, haga que algo cambie en mi vida para que todo siga siendo lo mismo!

Muchos que «sesteaban» en la vida creen haber despertado solo cuando esta les golpea con avatares dolorosos, y entonces acuden a los psicoterapeutas buscando alivio.

Nadie quiere sanación y todos buscan alivio, dicen muchos colegas psicoterapeutas..., y no les falta razón.

Muchas psicoterapias tan solo desplazan la carga de los problemas hacia otro lado, obteniendo alivio momentáneo a costa de comprometer y evitar la curación definitiva que exigiría la necesidad de una «cirugía más radical».

Pocos se atreven a exigir y emprender esta cirugía radical prefiriendo generalmente las distracciones, la vida superficial y las consolaciones baratas y dulces de las mentiras y medias verdades que se cuentan a sí mismos.

De ahí que sean mayoría los que creen ver y siguen siendo ciegos.

Y muchos también los que, siendo ciegos, pretenden guiar a otros ciegos, yendo directos todos de cabeza al hoyo más profundo.

La mayoría narcisista dice haber despertado, pues tal cosa dicta la moda imperante de ser «disidente», rompedor de tendencias, *influencer*, es decir de intentar impresionar y «epatar» a los demás del modo que sea...

El narcisismo 2.0 de nuestro tiempo se ha enroscado en las cosas más sagradas.

En plena segunda ola narcisista, muchos se toman por faros de luz, transmutándose por autodecreto en «sanadores», «terapeutas», «maestros», «*coaches*», «chamanes», o místicos... convirtiendo la verdadera psicoterapia y la auténtica espiritualidad en almoneda...

Cero dedicación.

Cero esfuerzo.

Cero mérito, excepto el alegato narcisista del «porque yo lo valgo».

Si supieras que eres ciego, solo tendrías la dificultad de cómo poder comenzar a ver, es decir,

atreverte a mirar y atreverte a despertar.

Pero, como dices que ves, tu problema, al no ser identificado como tal, permanece sin ninguna probabilidad de mejorar con el paso del tiempo. Ya no intentas mirar y vives una vida resignada y falta de sentido profundo.

El coraje de sanar significa aceptar un inmenso reto y atreverte a cuestionar la idea falsa de que crees ver. Todo lo que desde siempre te ha parecido evidente y normal debe ponerse en cuestión.

Lo que tú creías hasta ahora que era cierto desde tu pequeña percepción lógica, racional, evidente y objetiva es un mero sueño del que debes despertar.

Debes cuestionarlo todo después de examinarlo todo de nuevo detenidamente y desde el principio. Este es el inicio de tu camino hacia la sabiduría.

Dicha sabiduría está reservada solo a los intrépidos que se atreven con arrojo, pero con humildad, a cuestionarse y a buscar y encontrar la verdad y la realidad, cueste lo que cueste, pese a quien pese y caiga quien caiga.

Por eso, el camino hacia la libertad está reservado solo a aquellos valientes que pasan por la puerta estrecha, por la que solo caben los que se agachan con humildad para postrarse y someterse ante la voz de la verdad y la realidad.

El empeño del mundo actual en negar a la vez verdad y realidad convierte a cada individuo en un narcisista que «cacarea» impotente su verdad subjetiva y su realidad relativa.

Si supieras que eres ciego, no tendrías problema.

Pero puesto que afirmas que ves, vives en la mentira y fuera de la realidad.

Por ese motivo, la primera parte de este libro te dirige sobre esa inconsciencia de no saber que estás aún dormido.

Ya es hora de despertar del trance.

A diferencia de lo que te ha llevado a creer la Matrix en la que vives, tu despertar psicológico y espiritual requiere por tu parte un esfuerzo ímprobo que no es compatible con continuar en la estéril inercia que llevas en tu vida actual.

Nada de lo que haces y nada de lo que has hecho hasta ahora te ha hecho despertar.

De ahí que debas atreverte a cambiar el paradigma de tu vida y desechar todo lo que hasta ahora te parecían verdades inmutables absolutas.

Despertar es la experiencia más improbable en tu vida, si la entiendes como un fruto de la causalidad o si la esperas pasivamente sentado hasta que caiga como el inexorable fruto maduro de la fuga hacia ningún lugar de tu vida actual.

El acto más doloroso que puedes realizar es atreverte a ver, pues quien incrementa su conocimiento de la realidad última aumenta inexorablemente su dolor.

En este libro dispones de las claves principales para realizar un gran salto adelante y consumir la transición que necesitas en el camino hacia la verdad y la realidad. Dichas claves se fundamentan en el procedimiento de cambio terapéutico que aprendí de mis maestros y que llevo utilizando con miles de personas como psicoterapeuta ayudando a despertar, a salir de la esclavitud psicológica y a iniciar el éxodo del hombre libre hacia los nuevos horizontes que te esperan de libertad y felicidad.

Aprovecha este conocimiento y prepárate para este viaje sin retorno hacia la Libertad Zero.

Si te atreves a pasar las páginas de este libro hasta el final, ya nunca serás el mismo.

TRAUMA ZERO: COMPRENDE CÓMO EL TRAUMA INTRAFAMILIAR TEMPRANO CONDICIONA TU VIDA ACTUAL

Os lo aseguro, a aquellos que escandalicen a los pequeños mejor si los arrojaran a un río con una piedra atada al cuello.

LC 17, 1-6

NIÑOS PERDIDOS

En mis libros, denomino «niños perdidos» a aquellos niños, hoy ya adultos, que sufren las consecuencias del trauma de proceder de familias disfuncionales o Familias Zero en las que aprendieron esquemas, roles, expectativas que les convierten en víctimas fáciles de la seducción de los abusadores, acosadores, manipuladores, narcisistas y psicópatas en la vida adulta.

Sus traumas no identificados en la infancia les han transformado en adultos vulnerables a los peores abusos psicológicos en todo tipo de relaciones, muy especialmente en el ámbito de la pareja y en el trabajo.

Los hijos de Progenitores Zero (abusadores, maltratadores, manipuladores, maquiavélicos, narcisistas y psicópatas) están especialmente expuestos y destinados a sufrir el doble vínculo típico que producen estos en todas sus víctimas, pero de un modo especialmente perverso.

El sistema humano de apego supone un «programa biológico» con el que todos venimos precableados al mundo, por el cual nuestra legítima expectativa al venir al mundo es que los que nos reciben nos cuiden, alimenten y protejan del peligro.

Cuando en lugar de esto, el niño se encuentra con un Progenitor Zero, esto es, una madre o un padre incompetente, incapaz, ausente, incoherente, negligente o mentalmente alterado, se enfrenta a una experiencia inconmensurable que no puede resolver y que le lleva a pagar un alto precio.

El trauma intrafamiliar suele ser un «trauma de traición» y se engloba dentro de los traumas relacionales de tipo II, es decir, que no tienen como causantes eventos únicos altamente traumatizantes (violaciones, catástrofes, accidentes graves), sino una lluvia persistente fina e incesante de microtraumas que la víctima no advierte casi nunca, a la que se acostumbra y que termina por trivializar durante muchos años.

La experiencia traumática procedente de las figuras primarias de apego va a devastar su sistema de aproximación-evitación, aumentando su vulnerabilidad futura a las actuaciones perversas de los peores victimarios.

La esencia del trauma por traición que sufren los hijos de los progenitores abusivos, negligentes o tóxicos radica en la combinación de dos elementos que devastan el sistema psíquico de cualquier ser humano: el encadenamiento sucesivo de dos mecanismos de supervivencia incompatibles y contradictorios que se encuentran enfrentados y en pugna continua en la experiencia de la víctima:

- Por un lado, la *necesidad de apegarse* (necesidad de vincularse para poder sobrevivir) a los miembros esenciales y relevantes de su familia biológica, sus progenitores.
- Por otro lado, la *necesidad de huir, defenderse o protegerse* ante la experiencia devastadora del abuso psicológico reiterativo a manos de esos mismos progenitores.

La terrible experiencia de intentar sobrevivir a esas dos tendencias contrapuestas es la causa de

generación de heridas intergeneracionales que permanecen después en la vida del futuro adulto de modo latente y que se manifiestan en el momento en el que vuelven a encontrarse en el ámbito social con individuos que les suenan familiares: otros abusadores de corte manipulador, narcisista o psicopático.

Resultan tan «familiares» porque comparten la misma característica del familiar o progenitor que los abandonó, abusó o maltrató durante la infancia.

EFFECTOS DEL TRAUMA DE TRAICIÓN EN EL NIÑO PERDIDO
SISTEMA DE APEGO (NECESIDAD DE VINCULARSE) → APROXIMACIÓN + REPETICIÓN DEL ABANDONO o de los ABUSOS → EVITACIÓN = VULNERABILIDAD A LA SEDUCCIÓN POR PROMESA DE REDENCIÓN

¿Por qué los niños perdidos se convierten en vulnerables a las relaciones abusivas, al acoso y al maltrato psicológico?

- 1.No aprendieron a discriminar las buenas de las malas intenciones de quienes se relacionaban con ellos durante su período crítico de aprendizaje.
- 2.No aprendieron a diferenciar el verdadero amor confundiéndolo con el maltrato, el abuso, el chantaje y la manipulación emocional.
- 3.No aprendieron a establecer y defender los límites necesarios en sus relaciones, al ver una y otra vez transgredidos y violados todo tipo de límites por los abusos.
- 4.Aprendieron a disociarse ante el trauma y los abusos, de tal manera que la huida y el escape de la realidad se volvieron un recurso habitual que hoy permanece activo. Hoy, en lugar de defenderse o huir, se disocian.
- 5.Aprendieron el tóxico y psicopático mantra de que «Quien bien te quiere te hará llorar», banalizando el abuso emocional y psicológico como algo normal y esperable en las relaciones.
- 6.No pudieron, a causa de los abusos continuados, ocurridos en posición de dominio y superioridad del progenitor, establecer y completar el desarrollo de una sólida autoestima, ni su correlativa asertividad para defenderse proactivamente de los intentos perversos de aprovecharse de ellos de terceras personas.
- 7.Se convirtieron en especialmente sensibles a las promesas de redención y liberación del sufrimiento siendo hoy propensos a dejarse encandilar o seducir mucho más rápidamente que los demás.
- 8.No tuvieron buenos modelos de identificación e imitación en relaciones de pareja sanas o funcionales, trivializando y normalizando entornos caóticos, desregulados y violentos en los que vivían a diario la manipulación y los abusos.
- 9.No pudieron ver atendidas sus necesidades básicas de cuidado, consuelo y base segura, de tal manera que quedaron anclados en ese tipo de necesidades básicas siendo hoy vulnerables a la seducción de aquellos que les prometen atenderlas.
- 10.Se acostumbraron a vivir en la incertidumbre, la inseguridad, el caos y el vaivén emocional constante, algo que siempre caracteriza una relación tóxica.
- 11.Se aclimataron al abuso, el amor «condicional», al chantaje emocional, la manipulación por la denigración, la culpa y la vergüenza.

12. Se vieron forzados a *parentizar* a sus propios padres, convirtiéndose en cuidadores y salvadores de los progenitores más abusivos, egoístas y perversos que ponían sus necesidades, comodidad o caprichos por delante de las necesidades de cuidado y atención del propio hijo.

Si eres un niño perdido, cualquiera que aparezca en tu vida adulta como portador de una «promesa de redención» o de rescate respecto a las dolorosas sensaciones generadas en tu infancia tendrá muy fácil seducirte, manipularte o abusar de ti.

La pérdida de tu propia infancia en procesos de trauma intrafamiliar crónico y abusos y negligencias de todo tipo convierte tu vida adulta en una segunda parte aún más dura que la que viviste.

La falsa promesa de redimir o salvar a tu niño perdido interior de sus padecimientos por parte de cualquier manipulador, narcisista o psicópata integrado viola de nuevo tu alma, que arrastra así una vida de penurias y un calvario personal y emocional de repetición.

Al no comprender por qué te pasa esto, los sentimientos de culpabilidad y la vergüenza tóxica destruyen tu autoestima y cada vez eres más susceptible a aceptar y acomodarte a cualquier abuso y maltrato.

Al igual que la protagonista del cuento de *Blancanieves*, las víctimas del trauma intrafamiliar son «huérfanos *de facto*» y víctimas de la depredación y los abusos de todo tipo de «madrastas» (o falsos progenitores) que aparentan cuidado, cariño y amor, pero que tras esa apariencia o fachada encubren todo tipo de abusos emocionales, físicos o sexuales, el abandono, la negligencia o el uso de la violencia o la manipulación contra un niño pequeño e indefenso.

Cuando en la vida adulta alguien aparece con promesas de redención y de amor incondicional, se activa tu parte herida o tu niño interior abandonado y maltratado y como antiguo niño perdido te conviertes en altamente *depredable* por los peores manipuladores que se aprovechan de tus heridas emocionales.

La tecnología de seducción mediante la promesa de redención utiliza una combinación de cuatro tipos de manipulaciones que aprovechan tu vulnerabilidad, a saber:

1. La inducción a la *creencia en una falsa promesa, sueño o anhelo* que viene a resolver o calmar tu herida o vulnerabilidad previa.
2. El *trance emocional mediante el bombardeo afectivo y la propaganda* gracias a la «labia», el desparpajo verbal, locuacidad y capacidad de encanto que suelen presentar todos los manipuladores.
3. La *manipulación de tu percepción de la realidad* inducida mediante hacerte dudar de ti mismo, causar confusión, crear disonancia cognitiva y usar todo tipo de «armas de distracción masiva».
4. La inducción de una *reacción de disociación* ante los abusos a través del doble vínculo y del trauma de traición que genera en ti una vinculación tóxica o apego al perpetrador.

No importa la edad que tengas, nunca es demasiado tarde para salir de la montaña rusa emocional en la que te sumió durante años el abuso y abandono que sufriste en el seno de tu familia disfuncional o Familia Zero a manos de tu Progenitor Zero.

Debes recordar que el hecho de no haber sido protegido, cuidado o amado incondicionalmente no dice nada malo de ti, sino de aquellos que te fallaron y fracasaron en sus obligaciones parentales de haber construido para ti una base segura de apego y consuelo.

Con la ayuda de este libro y la de un psicoterapeuta experimentado, puedes aceptar que, aunque no puedes usar la máquina del tiempo, ni restañar las heridas de una infancia perdida en

la que no obtuviste el amor incondicional por una «madrastra» o por un progenitor abusivo, negligente, maltratador o psicopático, sí puedes aprender a proporcionártelo tú mismo y a esperarlo y obtenerlo de las personas adecuadas.

Eso pasa por convertirte hoy, ya en tu vida adulta, en tu propio progenitor, y proporcionarte desde el amor racional a ti mismo una experiencia de aceptación incondicional, protección y cuidado de la que careciste en tu infancia y que necesitas experimentar para eludir a los manipuladores que se aprovechan de ello.

Cuando alguien te vuelva a prometer amarte incondicionalmente, te guardarás de él o de ella y recordarás que dicha experiencia que te faltó en tu infancia, hoy en tu vida adulta solamente la puedes esperar de ti mismo.

Podrás defenderte de las promesas de redención de quienes te declaren «amor incondicional» o «aseguren ser tu “alma gemela”».

Cerrarás la herida abierta de una carencia familiar que arrastrabas desde tu infancia y que todo depredador social con el que te cruzaste vio como una gran oportunidad para aprovecharse de ti.

Saldrás del trauma antiguo y de la vulnerabilidad que hoy implica en tu vida adulta a base de convertirte en amor incondicional real y concreto para ti mismo.

Serás tú el adulto que adoptará al niño perdido que llora en ti y que solamente tú mismo puedes atender y calmar.

MIMETISMO ZERO: COMPRENDE LAS LEYES DEL DESEO PARA ESCAPAR DE ELLAS

*Bienaventurados los pobres de espíritu
porque de ellos es el reino de los cielos.*

MT 5, 3

NUESTRA MÁQUINA MIMÉTICA DE COPIAR Y LAS NEURONAS ESPEJO

Tu vida está llena de sufrimiento y dolor y debes cuestionarte el porqué es así. La raíz de todos los males está en el deseo humano y su compulsión de repetición que conduce a la frustración, la envidia y el resentimiento.

Debes comenzar por conocer y comprender cómo funcionan en ti y en los demás seres humanos las leyes principales que rigen el deseo humano y el papel en todo ello de nuestras neuronas espejo, verdaderas responsables del mimetismo o tendencia universal a la imitación.

Una estructura neuronal descubierta en el año 2006 por investigadores de la Universidad de Parma explica cómo los seres humanos poseemos ya desde las primeras horas después del nacimiento la habilidad innata de imitar aquello que perciben nuestros sentidos.

Parece ser que nuestra capacidad imitativa o mimética viene precableada en nuestro cerebro antes de nacer.

El denominado «sistema espejo», compuesto de neuronas que reciben el mismo nombre, neuronas espejo, es el responsable de que un bebé recién nacido sea capaz desde muy pocas horas de vida de imitar sonidos y gestos.

El niño sonríe si ve una cara sonriente y saca la lengua si ve que alguien lo hace delante de su cara. Con el tiempo y el desarrollo repite gestos más complejos y después sonidos.

Esta capacidad imitativa rige todo el aprendizaje humano y es responsable de la adquisición del lenguaje, la cultura, así como el modo de pensar, comportarse, ser y estar en el mundo del futuro adulto.

Venimos a este mundo como una tabla rasa sin nada inscrito en ella.

Nuestro pequeño ser desvalido y vulnerable es todo en potencial, pero nada aún en realidad.

No posee un Yo o personalidad previa, pero sí posee un innato talento para transformarse en alguien apoyándose en el funcionamiento de sus neuronas espejo.

Para ese bebé es imprescindible crecer y crearse una personalidad de un modo económico y rápido, y la forma típicamente humana de convertirse en alguien consiste en imitar aquello que se presenta delante de uno.

En esto se fundamenta nuestra facilidad y rapidez para el aprendizaje.

Imitar no es una decisión deliberada, sino un mecanismo automático y nada consciente.

Estamos tan acostumbrados a hacerlo que muy pocas personas reparan en el carácter imitativo o mimético de todas aquellas cosas que, habiéndolas adquirido de otros, forman parte de nuestro modo de ver el mundo y de estar en el mundo.

El proceso por el que adquirimos nuestros gustos, preferencias, ideas, ideología es básicamente de corte imitativo y mimético.

Por eso todo lo que somos, queremos y pensamos correlaciona mucho con aquello que son, quieren y piensan aquellos que funcionan como nuestros modelos de imitación a los que

emulamos.

Lo normal es que estos modelos sean las personas más cercanas, esto es, los familiares más directos con los que convivimos en las primeras etapas de la vida.

Nuestros modelos, seamos conscientes de ello o no, ejercen un efecto esencial en nuestros modos de ver el mundo y de ser.

La parte de nuestro cerebro que es capaz de utilizar en modo emulación su capacidad mimética se representa internamente todo aquello que percibimos.

Este modo de funcionamiento es sumamente económico pues ahorra un tiempo y esfuerzo enorme.

La mecánica neurológica de nuestras neuronas espejo nos ayuda a simular o representar internamente aquello que percibimos, acelerando el aprendizaje antes de siquiera poder llegar a practicar esas nuevas habilidades.

EL MITO DEL YO: TU YO NO EXISTE

Este proceso, al pasar el tiempo, explica que todo el mosaico de actitudes y preferencias vitales de tipo mimético, que nos han sido prestados por nuestros modelos y hemos imitado, se convierta en la idea que tenemos de nosotros mismos: nuestro Yo.

Quienes creemos ser, esto es, nuestro Yo, es un resultado bastante trivial y mecánico de procesos imitativos acumulativos de los que hemos sido entes pasivos más que libres decisores.

Aceptar que somos el resultado de esa agregación de imitaciones de modelos es aceptar que nuestro supuesto Yo está construido un poco como el monstruo de Frankenstein.

Algo que puede resultar humillante de aceptar.

El mito romántico imperante insiste en negar este hecho y hacernos creer que cada uno de nosotros somos entidades sólidas con ideas, actitudes y deseos que nos son característicos y que hacen nuestro «genio y figura».

Creemos haber llegado a ser lo que somos a base de elecciones internas libres, conscientes y racionales, y ello significa vivir de espaldas a la realidad.

Este mito culturalmente dominante nos lleva a experimentarnos como entes separados, únicos y genuinos con las cosas claras y que sabemos lo que queremos y lo que buscamos en la vida.

Es el mito del «héroe romántico», cuyas ideas claras y determinación de alcanzar sus objetivos es el «modelo social ideal» de cómo nos tenemos que ver.

La verdad es muy diferente. No somos meras «bolas de billar» que interaccionan con otras «bolas de billar».

Nuestra esencia real es la nada o el vacío. La mentira consiste esencialmente en negar el proceso por el que la interacción con los demás, especialmente con aquellos a los que hemos convertido en nuestros modelos ha sido crucial y determinante para crear la ficción del Yo.

Este conocimiento de la verdad de nuestro deseo, copiado y pegado del de otros, resulta especialmente esclarecedor a la hora de entender en profundidad las relaciones amorosas y por qué nos fijamos, interesamos y enamoramos de ciertas personas.

No las hemos elegido desde un supuesto Yo por sus características personales o por nuestra afinidad con ellas. Nuestras neuronas espejo han decidido por nosotros. Ignorar esto suele costar muy caro a cada uno de los «héroes románticos» que somos.

ANTE EL VACÍO INTERIOR: CUANDO NO SABES QUÉ DESEAR...

Puesto a desear a alguien, cada uno no sabe qué debe desear y se siente solo y abandonado en el

universo.

Nos sentimos solos y desvalidos en esta materia. Nuestra máquina de desear, dirigida por las neuronas espejo, nos lleva a buscar a nuestro alrededor a aquellos individuos especiales que creemos que saben lo que es digno y valioso desear. Ellos, convertidos en nuestros maestros, son los que nos mostrarán, deseándolo ellos primero, qué cosas debemos desear y quiénes debemos ser.

Todo ser humano sufre del mismo problema, que es universal, pero que cada quien particulariza y vive como si fuera único en vivirlo: el problema de no saber desde el principio qué es lo que debe desear para convertirse en un Yo.

La naturaleza imitativa del ser humano ataja y resuelve la cuestión de «qué es lo que debiera ser digno de ser deseado».

Para saber quién debo ser he de imitar preferentemente a quienes serán modelos para mí.

Esta elección no es consciente y deliberada. Se produce automáticamente por un proceso parecido al contagio de una fiebre o una enfermedad.

El deseo humano es imitativo y se contagia. Eso quiere decir que mis deseos tienden a ser copiados y pegados de los de ciertas personas de mi entorno que, sin saberlo ni ellas ni yo mismo, van a funcionar como mis modelos.

El proceso automático de imitación del niño pequeño le ahorra costes y tiempo de aprendizaje. Es básicamente positivo, pues el copiado y pegado del niño sobre sus modelos no suele tener carácter problemático inicialmente.

El niño quiere ser como papá o como mamá. Y eso no supone un problema. Es más bien un buen atajo.

Sin embargo, este proceso imitativo oculto y velado ya en la vida adulta conduce a todo tipo de catástrofes relacionales que explican la envidia, el resentimiento, la violencia y los entrapamientos amorosos.

Los problemas que genera el mimetismo en la vida adulta incluyen la envidia, la rivalidad, la competitividad, el resentimiento y la violencia, y tienen siempre origen en nuestro continuado e intenso proceso de imitar a los demás, para intentar diferenciarnos de ellos y convertirnos así en un Yo diferente y distinto a ellos.

La razón por la que adoptamos al otro como modelo radica en nuestro deseo de trascendencia o de convertirnos en un Yo.

El proyecto de convertirte en un Yo puede ser el patrón más universal del ser humano, y es la fuente de todo lo bueno, y, al mismo tiempo, de los peores problemas humanos.

Buscamos los recursos para una imposible autonomía metafísica, y nos encontramos con la humillación de una vacuidad y falta de identidad que intentamos resolver tomando a otros como modelos y quedando, de ese modo, expuestos a la rivalidad, la envidia y la violencia contra ellos.

EL MIEDO AL ABISMO DEL VACÍO INTERIOR NOS LLEVA A SER COPIAS DE OTROS

En el fondo, no somos nada, y eso nos aterra y amenaza de tal manera que salimos en franca y desesperada huida hacia adelante y hacia afuera, en un vano intento de encontrar modelos válidos que creemos que poseen esa autonomía del ser, para intentar «ser ellos», siendo «como ellos».

Ser ellos significa ser «como ellos».

Se trata de poseer lo que ellos poseen (ambición), parecer lo que ellos parecen (envidia) y lo que es mucho más peligroso: desear lo mismo que ellos desean (violencia).

La imitación no es facultativa ni aleatoria. No procede de la libérrima decisión de un neocórtex cerebral, sede del libre albedrío, sino que tiene una naturaleza automática y neurológica.

Como imitadores inconscientes, no por mala fe, sino por la acción automática de estos procesos de «simulación incorporada» que nacen de nuestras neuronas espejo, terminamos sido la copia de otros, esto es, seres «de segunda mano».

Al convertirlos en dignos de ser imitados, nuestros modelos pasan a ser *de facto* nuestros «dioses».

A ellos adoramos.

A ellos glorificamos.

A ellos envidiamos.

A ellos detestamos, pues nos recuerdan lo que somos.

Con el tiempo querremos «quitarlos de la vista» y después sacrificarlos y quitarlos de en medio cuando se conviertan en rivales por la dinámica propia del mismo proceso mimético.

Para un niño, sus modelos son unos «dioses»: papá, mamá, el hermanito mayor...

Para un adulto, el problema de adorar dioses falsos se convierte en algo mucho más complicado, pues dotarse de un modelo acarrea un gran riesgo de entrar en guerra con él, ya que, al desear lo mismo que este, se convierte inmediatamente en un rival o en un obstáculo.

Modelo e imitador se encuentran deseando las mismas cosas, sin darse excesiva cuenta del carácter trivial y automático del proceso neuronal que lleva a ello.

Todo está listo para la catástrofe relacional humana habitual.

UN INGREDIENTE CLAVE EN LA CATÁSTROFE HUMANA ACTUAL: EL NARCISISMO

¿Qué papel juega nuestra sociedad narcisista en todo esto?

El narcisismo como sentimiento oculto de inadecuación interior colabora decisivamente y aumenta la probabilidad de la catástrofe relacional.

El narcisismo no es un exceso, sino un déficit de autoestima.

La razón por la que parece lo contrario es que el comportamiento del narcisista en su relación con los demás es de tipo negador y, sobre todo, compensatorio. Parece que va sobrado de autoestima y seguridad en sí mismo quien necesita a toda costa encubrir su propia sensación de desvalor o de insuficiencia.

La elección de un modelo de deseo por parte de un adulto es siempre potenciada por el narcisismo de un modo decisivo.

La elección de un modelo de imitación no suele ser deliberada ni excesivamente consciente, pero siempre supone una forma de huida hacia adelante respecto a un vacío existencial vivenciado como algo insoportable. Don Quijote parte en busca de convertirse en alguien, un caballero andante, tomando como modelo a Amadís de Gaula, nada menos que un personaje irreal, que procede de la pura ficción de las novelas de caballería.

La genial obra de Cervantes explica la locura general del peregrinaje de cada ser humano (tan loco como don Quijote) a la hora de buscar sin descanso modelos a imitar en los que convertirse, y, en especial, narra las consecuencias catastróficas en nuestras relaciones de aceptar automáticamente el funcionamiento de este esquema mimético en nuestras vidas.

El proyecto de convertirse en otro (nuestro modelo), sea este un modelo real o imaginario, nace de un déficit del ser, idéntico en todos los seres humanos al nacer, pero es además potenciado por el mensaje romántico de los últimos dos siglos que insta a cada uno de nosotros a

pasar a ser alguien distinto, genial, peculiar, inconfundible... convertirse en un Yo.

La radical vivencia de inadecuación que nace de constatar que no somos nadie (la verdad) conduce a la experiencia quijotesca de salir cabalgando hacia la loca aventura de convertirse en alguien o en un Yo (la mentira).

Quien no sabe cómo convertirse en un Yo (trascendencia) busca a otro que lo haya conseguido ya, y que se lo enseñe como maestro o modelo.

Pese a todas sus protestas de genuinidad y originalidad, imitar, copiando los deseos de su modelo es el modo quijotesco de transformarse en alguien y superar el malestar y la desazón interior del propio vacío existencial.

Así expone Cervantes y analiza Girard que cada quien desea «ser otro», imaginando erróneamente que ese otro es alguien «superior» a él, es decir, un modelo digno de ser imitado por supuestas características «intrínsecas».

Por ello, todo modelo es tomado a modo de «ídolo», como alguien digno de respeto, adoración y emulación.

Se trata de «ser como él» adoptando su vestimenta, sus ideas, su aspecto externo, pero, en particular, el modo más fácil de «ser el otro» es copiando y pegando en nosotros sus deseos.

Ese vacío o carencia existencial cada cual la estima como exclusiva, de ahí que cada uno nos creamos solos en el infierno narcisista de una vivencia de inadecuación profunda.

La huida hacia adelante, en pos de aquello que nos falta, intentando encontrarlo en los otros, es siempre una locura quijotesca que requiere una conversión antes de que se convierta en la catástrofe final habitual.

En eso consiste la sabiduría ancestral, en aprender a escapar a tiempo del desenlace quijotesco.

CÓMO ELEGIMOS A NUESTROS MODELOS DE IMITACIÓN

Pero ¿por qué el proceso de imitación del otro, nuestro modelo, no podría ser pacífico y tiene que ser siempre necesariamente conflictivo?

El individuo pretende apropiarse o clonar los deseos de alguien, supuestamente superior, al que le atribuye falsamente la autonomía del ser.

Alguien que sabe lo que quiere.

Alguien digno de emular.

Imitándolo, sé lo que yo debo ser y en qué debo convertirme.

De la inseguridad existencial y de la vivencia de la propia inadecuación característica del narcisismo imperante en nuestro tiempo se deriva la triple incapacitación que conduce a la elección de un modelo:

- La incapacidad de valorar (Discernimiento Zero).
- La incapacidad de elegir (Voluntad Zero).
- La incapacidad de actuar (Respuesta Zero).

La manifestación de estas tres incapacidades permite explicar las crecientes dificultades de los individuos para determinar por sí mismos:

- Qué es lo que merece la pena.
- Qué es lo que debe valorar.
- Qué decisiones debe adoptar.
- Qué camino ha de seguir.
- Cómo debe conducir su vida.
- Qué comportamiento debe observar en cada situación.

El deseo copiado o deseo «mimético» pone remedio a esta triple inseguridad y al malestar que provoca en cada individuo, proponiendo como solución la adopción de un modelo.

Se tratará de un modelo al que se le presupone (siempre míticamente) una «plenitud del ser» (el ser metafísico) de la que el individuo se siente privado.

El modelo a elegir, en ese sentido, será aquel que, según el individuo, sabe:

- Qué es lo que hay que valorar.
- Qué es lo bueno, lo bello y lo verdadero.
- Qué decisiones hay que adoptar, qué se debe elegir.
- Cómo se debe actuar en la vida.

Este proceso de transformación interior tiene como resultado el efecto de mimetizarse en el otro, convertirse en una copia del modelo.

Todo cuanto el modelo valora, cree, opina o parece se va a clonar, copiando y pegando para convertirlo en propio.

Afirmando un deseo de originalidad, genuinidad e individualidad, cada cual es prisionero inconsciente de este mecanismo y se convierte en un «ser de segunda mano».

Aunque este proceso es universal y mecánico, nadie lo particulariza como propio, pues no tiene recuerdo ni memoria del proceso automático y mecánico de simulación incorporada (*embodied simulation*) activado por las neuronas espejo.

Todo imitador reivindica ante el mundo entero y en buena fe la anterioridad de su deseo y su genio y originalidad respecto al modelo al que ha copiado sin darse cuenta.

La actuación automática del sistema de neuronas espejo garantiza que todo el proceso imitativo se active en plena inconsciencia y que las protestas de genialidad y anterioridad por las elecciones, preferencias y deseos que surgen de todo ello (en realidad, copiados de nuestros modelos) se vivan como surgidos del propio fondo de un Yo.

El relato de esta vivencia es tan sincero como falso.

La eventual aceptación de esa verdad siempre resulta humillante.

EL MODELO COMO RIVAL Y EL MODELO COMO OBSTÁCULO

La elección de cierto ser humano como modelo se hace debido a que el individuo lo percibe como un ser superior.

Esa superioridad puede ser real y basada en características objetivables o cualidades del modelo, o también puede ser ficticia en la medida que solo existe como presunta cualidad en la mente del discípulo imitador.

A efectos prácticos lo que importa es lo que cree el futuro imitador.

El proceso de señalamiento de un modelo determinado termina siempre generando un riesgo cierto de que este se convierta en rival o en obstáculo.

Será un modelo rival cuando el modelo caiga en la cuenta de que su imitador, queriendo imitarle deseando lo mismo que el desea, incrementa el riesgo de arrebatarse su objeto de deseo.

Será un modelo obstáculo cuando, consciente de ese riesgo, se adelante cerrando el paso a su imitador para que consiga el objeto de deseo previamente copiado.

Ambas situaciones conducen al resentimiento y a la guerra relacional.

Cuando el imitador o discípulo percibe que en lo intelectual, social, psicológico su modelo es «vencible», el desencadenamiento de hostilidades está asegurado.

La diferencia con el modelo que se estima como no permanente o coyuntural conduce a la envidia y a su fruto podrido, la violencia.

Esta vivencia, basada en la percepción de provisionalidad de la diferencia con mi modelo, va a servir de motor para desarrollar toda una variada gama de acciones dirigidas a disminuir la diferencia estimada como no permanente.

En esa guerra narcisista y mimética se tienden a invertir los roles, procurando finalmente convertirse el que era imitador en modelo de imitación para los demás, e incluso para su modelo.

Estas acciones consisten en un despliegue de violencia del imitador contra su modelo inicial. Con ellas pretende desbancar al otro del pedestal en el que él mismo, eligiéndolo como modelo, le había subido.

La rivalidad y la violencia mutua que se desencadenan no son más que el resultado natural de la interacción entre quien desea sustituir y suplantar a su propio modelo y el intento correlativo de este último por «defender la posición» y mantener estable la diferencia jerárquica que el proceso imitativo había creado (aunque no existiera de forma objetiva en la realidad).

«No me copies» suele ser una de las primeras cosas que se escucha decir a los niños y supone el primer grito de estas guerras miméticas en las que nos solemos embarcar.

Los modelos en nuestra sociedad moderna son sistemáticamente modelos-obstáculo, al ser modelos que se estiman por la mayoría como provisionales.

Esa provisionalidad de los modelos viene reforzada por la abolición de las diferencias de una sociedad caracterizada por un ideal de igualdad irrenunciable y sin vuelta atrás, procedente del impacto del cristianismo histórico.

De todo esto debemos concluir que el deseo en el ser humano no se corresponde con un instinto, una pulsión o la satisfacción de una necesidad objetiva. La naturaleza del deseo no es jamás *objetal*, sino mimética.

Si el deseo no nace del objeto de deseo, nadie desea nada si no es por medio de otro que es, sin saberlo, el mediador de nuestro deseo o modelo de imitación.

EL PROCESO MIMÉTICO MUTUO DE IDA Y VUELTA: SUGESTIÓN E IMITACIÓN

Nuestra naturaleza mimética puede tomar modelos de la realidad o incluso llegar a fabricarlos de manera ilusoria. No importa. Lo decisivo no es la existencia real del modelo ni de sus deseos, sino el proceso atribucional interno que nosotros hagamos subjetivamente.

El funcionamiento de las neuronas espejo hace que los niños más pequeños comprendan las intenciones de los adultos, incluso cuando estos últimos no llegan a ejecutarlas. Y son esas intenciones las que imitan.

El ser humano imita mucho más lo que el modelo tenía intención de hacer que lo que hace. No es necesario que sea una intención o deseo real el que el imitador imita. Basta que se establezca la atribución de que lo desee o incluso lo vaya a desear.

Por eso no es necesario que desee realmente algo, sino que basta con que nosotros lo creamos o supongamos.

La creencia interna, más o menos explícita en la mente del imitador, es una completa sugestión. No necesita ser suscitada conscientemente ni alimentada por el modelo de un modo activo.

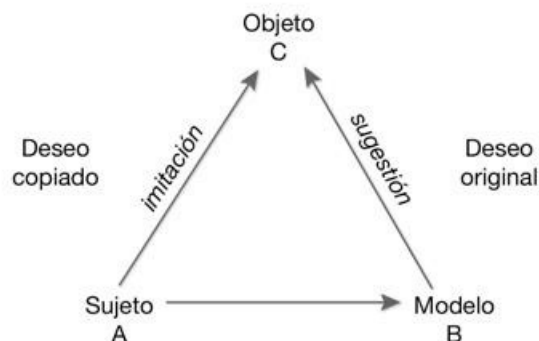
Basta con que una persona (A) crea que aquella que estima ser un potencial modelo (B) desea a una tercera persona (C) para que el proceso triangular del deseo amoroso se desencadene.

El hecho de que hasta un modelo de la ficción pueda ser atractivo para el deseo humano revela la naturaleza eminentemente atributiva que tiene en el ser humano el proceso de imitar el deseo del otro.

Esa atribución que energiza todo el proceso de desear lo que otro desea tiene siempre como mantra: «El modelo es la persona que a mí me gustaría ser».

Cada uno de nosotros adoptamos los deseos del modelo B para poder devenir el tipo de «ser» que el modelo es percibido ser, asumiendo que B es «suficientemente bueno» cuando no «el mejor» o «el único» en cuanto a determinada categoría, tipo o clase.

Proceso triangular de mediación del deseo



La triple modalidad explicativa de esta genérica atribución consiste en que cada uno se dice a sí mismo que B es el tipo de persona que a mí me gustaría ser, porque B es X, conoce Y o posee Z; siendo X, Y y Z características, actitudes, conocimientos o propiedades del ser de un tipo o clase estimada por nosotros como superior.

X, Y y Z no son más que instancias de una infinita gama de atribuciones que se presentan cada día ante nuestros ojos y que son capaces de suscitar el proceso mimético de desear lo mismo que el modelo B:

- La belleza.
- El éxito social.
- La elevada posición social.
- La pasión.
- La evidencia de bienestar individual (felicidad, riqueza, salud, goce, disfrute personal).
- El talento.
- El éxito profesional.
- La alegría.
- El buen humor.
- La admiración de otros.
- La fama o popularidad.
- La creatividad.

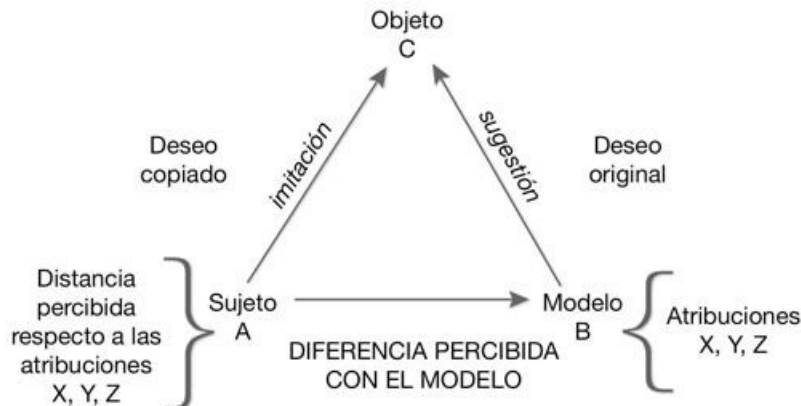
Estos suelen ser los elementos que determinan que seamos conscientes de una diferencia radical o de una distancia esencial con el modelo.

La diferencia o distancia percibida con el modelo B genera una tensión psicológica que opera como la sugestión que carga el sistema psíquico de A para la imitación.

Cada sujeto postula que, siquiera inicialmente, se encuentra en otro nivel más bajo o subordinado respecto al modelo B, pues no posee dichas características que hacen interesante desear lo que él desea.

El imitador A también postula que, en general, los demás potenciales modelos no las poseen en el mismo grado que las posee el modelo B.

Proceso triangular de mediación del deseo



El deseo mimético queda explicado por la fijación en un modelo B y en atributos que el sujeto A cree, imagina, supone o fabula que aquel presenta y que señalan una diferencia jerárquica entre su Yo y el del otro.

No es necesario para A que los deseos del modelo B hayan tenido lugar en la realidad.

Basta con que proyectemos de forma atributiva la existencia de ese deseo por parte del modelo. Incluso nuestro modelo puede pertenecer al mundo de la ficción o la imaginación.

De este modo, surgen multitud de posibles modelos que se presentan ante nosotros:

- Sobrenaturales: Dios, los santos, los ángeles.
- Seres míticos o personajes de ficción: Amadís de Gaula, Romeo y Julieta, Luke Skywalker, Jack Sparrow.
- Colectivos o grupos sociales: la «opinión pública», «la profesión», los «progresistas», los «conservadores».
- Seres creados por la fantasía: el amigo invisible, mi otro yo, mi segunda personalidad, mi parte intuitiva.
- Personas reales.
- Seres creados por falsos recuerdos: mis antepasados, yo cuando era pequeño, etc.

En todos los casos, detrás del deseo mimético encontramos la fútil intención de convertirnos en otro o de «ser algo» que otro es como modo de ser ese mismo «otro» al que juzgamos estimable.

Por esto, el deseo mimético constituye una «enfermedad» ontológica del ser humano.

Esta desviación de una necesidad de trascendencia y su perversión en formas cada vez más bajas siempre abocan en la adoración de los ídolos en que hemos convertido a nuestros modelos.

CÓMO LA PUBLICIDAD Y EL MARKETING FABRICAN NUESTROS MODELOS DE IMITACIÓN

Veremos cómo tristemente la fabricación de modelos para los demás no es tan espontánea y con frecuencia obedece a procesos intencionales con intereses económicos, ideológicos o políticos.

Quien controla aquello en lo que queremos convertirnos controla nuestros deseos. Para esto hay que explicar cómo adquiere un modelo B el prestigio del que goza para A.

El prestigio que atribuimos a nuestro modelo B, para constituirlo como tal, procede de dos vías:

- 1.La mayoría o el mimetismo colectivo: todos unánimemente (o mayoritariamente) creen que B es una fuente única y superior de orientación. La opinión pública, la moda, el

pensamiento políticamente correcto, etc.

- 2.El sesgo perceptivo interno: las creencias, opiniones y juicios de valor subjetivos: el agente atribuye al modelo una cualidad adorable deseable, envidiable, que lo hace único como fuente para determinar la orientación de mis deseos.

En realidad, esta segunda fuente no es más que una derivada de la primera. Dicho de otra forma, el modo que tenemos de juzgar el carácter de alguien como modelo está completamente imbuido de la presión mimética colectiva.

Nos guiamos como seres imitativos y gregarios de los juicios colectivos de los demás tomados como un todo.

De explotar esta realidad psicológica a diferentes niveles se encargan en nuestra época la propaganda, la publicidad y el *marketing*.

MIMETISMO ZERO

La única posibilidad de escapar al conflicto y a su derivación en la violencia nuestra de cada día en materia de relaciones radica en advertir y constatar en nosotros nuestro carácter mimético y, por tanto, reconocer que la causa auténtica de estos fenómenos que nadie se explica no es otra que la reciprocidad y el escalamiento hostil a que pueden conducir nuestras neuronas espejo si no hay un control neocortical, esto es, racional, que ponga coto a estos mecanismos desde la razón y la consciencia de su funcionamiento.

Se trata de manera práctica y concreta de observar las múltiples maneras en que participamos a diario y sin saberlo en ese juego mecánico y desconocido e inconsciente en nuestras relaciones.

Este juego, si se desconoce, puede costarnos muy caro y conducirnos a convertirnos en víctimas y a producir otras víctimas. Vivir de espaldas a esta verdad y vivir en plena ceguera obliga a crear las mitologías de la culpabilización del otro y a exonerarnos al mismo tiempo falsamente de nuestra participación en todo el proceso.

La salida de este callejón exige una transformación personal de cada uno mediante el conocimiento aplicado del funcionamiento interno de la mimesis conflictiva.

La dificultad que impide la *metanoia* en un ser humano, en relación a su conflicto y a la violencia que la amenaza permanentemente, radica principalmente en nuestra creencia romántica y en la fuga hacia adelante en el proceso de convertirnos en alguien, es decir, en otro.

El narcisismo conduce a la vanidad y a creer en el mito romántico universal de que somos «algo», o debiéramos serlo. Alguien peculiar, diferente, autónomo, genuino, original, creativo, etc. Que pueda seducir y fascinar a los demás. De esta mentira romántica nace la semilla de todo el mal que se observa en las relaciones.

La tozuda y humillante realidad pendiente de aceptar es que somos seres de segunda mano y que nuestro deseo desea sin nuestro permiso y sin nuestra voluntad consciente, quedando a merced de todo tipo de locuras quijotesas.

Aceptar que terminamos rivalizando con nuestros modelos, desplegando la violencia recíproca o el resentimiento, es la primera verdad a asimilar en materia de conflictividad.

Los triángulos de todo tipo, las celotipias, las dependencias patológicas, la violencia verbal o física o el crimen pasional son solamente variaciones sobre el mismo tema: la mutua imitación y la reciprocidad correspondiente que esta genera.

Nuestro narcisismo o falta de genuina autoestima nos impide admitir la verdad o revelación técnica de que somos esclavos de los deseos de otros, y prefiere dotarse de pseudoexplicaciones que *chivoexpiatorizan* a otros, pero que no permiten salir del problema.

El romanticismo de nuestra pretendida, genuina y autónoma existencia nos condena al insensato, desesperado, infructuoso y siempre frustrante intento de llegar a ser «otro» (trascendencia horizontal) copiando los deseos de otros, y entrando con ellos en conflictos múltiples.

Un verdadero despilfarro en vano de nuestra vida, dedicada a llegar a ser otro, en lugar de aceptar ser lo que uno es.

La imposibilidad de reproducir, replicar, duplicar o compartir los objetos de deseo es la causa de todas las guerras y de las querellas humanas que llegan finalmente a vivir extremos inimaginables o apocalípticos como son los actuales.

El escalamiento o *embalamiento* de la mutua imitación y de la violencia garantiza la destrucción mutua característica de nuestra época que destruye relaciones, vidas, familias y naciones enteras.

El camino de conversión relacional personal requiere pasar de la paranoia a la *metanoia*.

ENVIDIA ZERO: RENUNCIA A COMPARARTE, A LA RIVALIDAD Y AL RESENTIMIENTO

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

MT 5, 7

LA TRASCENDENCIA HORIZONTAL DESVIADA

Eligiendo a otros como modelos cada uno renuncia a su autonomía, y abdica de su carácter como individuo, convirtiéndose en un ser de segunda mano. Algo que podríamos definir como *interviduo*.

Para superar el vacío que experimentan, muchos se embarcan en el proyecto de convertirse en «algo» y en ser «alguien».

Tal es la trascendencia metafísica que pretende alcanzar el ser.

Cuando descubrimos en nosotros ese vacío y el «no-ser» que no es sino la verdad técnica de nuestra realidad profunda, surge el intento de huir hacia adelante alcanzando la promesa de «ser alguien».

El tentador satánico de nuestros primeros padres Adán y Eva prometía a estos la falsa trascendencia: «Y seréis como dioses...».

La falsa promesa de trascender ese vacío «siendo alguien» alcanza a la mayoría, y explica que cada uno pretende encontrar por sí mismo los recursos de su autonomía metafísica.

En la medida que ser otro o ser alguien implica el desencadenamiento de un conflicto inexorable con los demás, la búsqueda de un modelo de identificación no *rivalitario* ni generador de conflictos ni violencia solo puede ser de tipo trascendente.

El único modelo no conflictivo por no violento es aquel con el que el ser humano no puede litigar, puesto que no está más acá, sino más allá.

El intento metafísico de trascender, de no proyectarse de forma vertical hacia arriba (trascendencia vertical), termina generando el conflicto connatural esperable en las relaciones humanas horizontales.

Al no conseguir orientar verticalmente esa trascendencia, la desviamos sobre el otro de manera horizontal condenándonos al conflicto.

El precio de esa desviación es el desarrollo de un pasmoso resentimiento respecto a aquellos que van a ser nuestros modelos de «qué llegar a ser» y de «cómo llegar al ser».

Querer ser otro significa, más tarde o más temprano, entrar en guerra con él.

Al resultar esclavo del modelo que el otro es para mí, se va acumulando un formidable caudal de resentimiento contra él, percibido siempre como aquel que supuestamente posee esa plenitud del ser de la que carezco.

En este proceso cada uno se cree solo en el infierno del vacío personal y no capta lo universal y general que es para todo ser humano sufrir esa experiencia.

El deseo «según el otro» degenera muy rápidamente en un «deseo de ser el otro» que está teñido de resentimiento contra ese modelo.

Quien sufre la experiencia de vivir instalado en el resentimiento hacia el otro al que desea imitar se condena a experimentar los subproductos correspondientes de la envidia, la rivalidad y el desarrollo de un tipo de personalidad narcisista.

Querer ser otro por su competencia, inteligencia, belleza, juventud o plenitud existencial aboca a la frustración de la comparación y a odiarse por esa carencia, odiando a aquellos que nos la recuerdan constantemente con su flagrante ostentación.

La mera presencia de esas personas-modelo condena a un sufrimiento infernal por «no poder verlas», algo que conocemos con el nombre de «envidia» (del latín *in-videre*: no ver).

Todo el mundo habla de la envidia, pero es necesario explicar cómo opera esta en las relaciones sociales para poder desarticular su mecanismo terrible.

LA ENVIDIA, POR FIN EXPLICADA

La teoría mimética de René Girard, como teoría explicativa de las relaciones humanas, supera amplia y magistralmente las dos antropologías dominantes del siglo pasado, a saber, el psicoanálisis y el estructuralismo.

Muchos creen que la raíz antropológica de la envidia y la violencia que padecemos radica en las diferencias.

Eliminar toda diferencia bastaría para resolver todos los problemas.

Sin embargo, la teoría mimética nos muestra que la realidad del problema es diferente.

Nos entregamos a la violencia desde el momento en que las diferencias con el otro quedan difuminadas por alguna razón.

De forma paradójica es cuando nos volvemos más semejantes a través de una indiferenciación creciente cuando se incrementa el peligro mimético de la rivalidad y de la violencia.

Se trata de reivindicar metafísicamente la entidad, la autonomía, la originalidad o la particularidad que me diferencia del otro.

Para ello, hace falta superar la mentira de la diferencia.

El riesgo de perder mi identidad porque el otro me la está arrebatando a base de parecerse a mí cada vez más, o porque cada vez me parezco más a él, es, sin duda alguna, «la madre de todas las violencias».

La ideología individualista consistente en que soy diferente y por tanto merezco más, además de romper la fraternidad y solidaridad con el otro (un «igual a mí», al fin y al cabo) y generar la mutua indiferencia, conduce a los hombres a un estado de guerra permanente y a rivalizar y usar la violencia para salvaguardar las distancias que marquen la diferencia.

Se trata de intentar mantener al otro a raya, en su empeño de apropiarse de mis deseos o bienes y viceversa, procurar apropiarme de sus deseos o bienes, habiendo clonado anteriormente su deseo por ellos.

LA PELIGROSA IDEA DEL CRISTIANISMO

El ideal igualitario característico del cristianismo ha operado en nuestra sociedad occidental una revolución total y ya irreversible.

Tal y como señalaba muy perspicazmente Louis Dumont, ya no queda otra justificación a la dominación de unos por otros más allá del recurso a la utilización de la fuerza bruta.¹ Algo que estamos ya viviendo en pleno y apocalíptico final de los tiempos.

En un mundo en el que las diferencias entre los seres humanos han terminado por derrumbarse, las barreras sociales que las sociedades sacrificiales antiguas habían implantado y mantenido para contener el deseo mimético y sus rivalidades y violencias subsecuentes ya no pueden subsistir.

De nada sirve ya, por lo tanto, predicar un retorno, ya imposible, a las élites, las castas, la

«tradición» o a los esquemas de «prohibiciones y deberes» sagrados que regían la vida social de las sociedades paganas precristianas.

Son tan bienintencionados como inútiles los llamamientos que hacemos por la recuperación de la autoridad, la disciplina, la autocontención, la moderación de la ambición o el respeto a las normas.

Todos ellos constituyen los impotentes intentos de resolver la «violencia nuestra de cada día», intentando una vuelta atrás a una sociedad jerarquizada de élites dirigentes y castas, ya en franca e inexorable regresión.

Nuestra sociedad ha evolucionado en un sentido definitivo que impide ya la vuelta atrás. Las élites lo saben y hacen todo lo posible por retrasar el apocalipsis o inminente llegada del reinado de Dios en la tierra.

La creciente proximidad social de todos los actores, junto a la caída de las barreras y protecciones tradicionales contra el deseo, son responsables de que nuestra violencia no solo sea cotidiana, sino además cada vez mayor y más atroz.

La mayor proximidad e inmediatez entre los actores sociales, característica de la igualdad alcanzada, explica que, a pesar de todas las campañas contra la violencia doméstica, la violencia escolar o la violencia laboral, la tasas de todos estos procesos violentos no hagan sino aumentar.

Cuanto más iguales somos y más nos reconocemos como tales, tanto mayor es la justificación para querer apropiarnos del deseo, los bienes y, sobre todo, del «ser» metafísico de los demás.

Para terminar de exacerbar este efecto, contamos con una sociedad que alienta en todos el narcisismo como modelo social, que alimenta valores como la superficialidad, el escaparatismo, el individualismo, la competitividad, la rivalidad, el deseo de ganar y la ambición social a todos los niveles.

Todos estos metavalores hacen «tabla rasa» de las evidentes consecuencias nefastas que tienen para el orden social y para los seres humanos que se convierten en sus víctimas.

Los estragos de la creciente «indiferenciación» de los seres humanos no tendrían por qué ocurrir si esta no viniera acompañada de una exacerbación del deseo llamado «mimético», esto es, del «deseo según el otro».

Si tuviéramos aspiraciones y deseos muy diferentes unos de otros, no entraríamos en guerra con los demás.

Lo que explica la crisis social que domina el panorama moderno y sus sentimientos propios y característicos en forma de envidia, rivalidad, competitividad y resentimiento, es el desesperado intento de cada uno por «asemejarse a los demás, mientras, al mismo tiempo, intenta diferenciarse, distanciarse e independizarse violentamente de ellos».

«Ser como el otro» pasa, indefectiblemente, por «ser el otro» y por «arrebatarle su propio ser».

Esta es la definición más operativa de lo que es y supone la envidia en las relaciones humanas.

Tomar al otro como modelo para el deseo condena de manera automática a entrar en una pugna violenta contra él y a experimentar inexorablemente la envidia.

Adoptar a los demás como modelos en ese deseo de trascendencia desviada sustituye la imitación vertical de Dios por la imitación horizontal del dios que es, desde ese momento, el otro, idolatrado e idealizado.

Buscamos en nuestro interior los recursos de una imposible autonomía metafísica, y nos encontramos con la frustración que procede de una humillante vacuidad y falta de identidad.

En el fondo, no somos nada, y esto nos humilla y aterra de tal manera que salimos en desesperada huida hacia adelante en un vano intento de encontrar a aquel otro que posee la

autonomía, para intentar ser él, convertirnos en él, y terminar quitándolo «psicológicamente» de la vista mediante la envidia o quitándolo «físicamente» de en medio mediante la violencia.

LA ESENCIA DE LA CRISIS SOCIAL ACTUAL: LA TRANSICIÓN DE LOS MODELOS JERÁRQUICOS TRADICIONALES A LOS MODELOS PROVISIONALES ACTUALES

La trascendencia en el «otro», tomado este como modelo, puede tener dos modalidades según el «otro» se encuentre a mayor o menor distancia psicológica de uno mismo.

Tal y como Girard explica, un modelo es «jerárquico» cuando esa distancia psicológica (intelectual, social o de otro tipo) es percibida por el agente como elevada, infranqueable o definitiva.

Por el contrario, un modelo es «provisional» cuando la distancia del agente con el modelo o la diferencia es percibida como escasa o fácilmente franqueable.

La mayor o menor distancia percibida del modelo de nuestros deseos es la que configura a este como modelo jerárquico o como modelo provisional.

—**Modelo JERÁRQUICO (estable).** Propio del orden sacrificial antiguo basado en el sacrificio de chivos expiatorios para mantener el orden social (el orden sacral = sacrificial).

—**Modelo PROVISIONAL (inestable).** Propio de un desorden conflictual que procede de la equiparación con el otro y que garantiza la «guerra de todos contra todos».

Como subproductos característicos de los modelos provisionales tenemos:

- La rivalidad y su subproducto psicológico, la envidia.
- Los celos.
- El resentimiento.
- La competitividad.

Nuestro mundo actual se caracteriza por un acelerado abandono de todos los modelos jerárquicos, que anteriormente eran estables y que dominaban y garantizaban el orden tradicional en las sociedades paganas antiguas.

Conocemos hoy en día el final de estos modelos jerárquicos (el patriarca, la autoridad, el sacerdote, el maestro, el gurú, el experto), y su sustitución por otros tipos de modelos que son considerados cada vez más «provisionales».

Esta sustitución marca la tragedia y el desencadenamiento de los horrores del final de los tiempos actual, y de todas las tentaciones apocalípticas horribles de intentar retornar al sacrificio como medio de mantener la distancia.

En la medida en que en las sociedades tradicionales predominaban los modelos «jerárquicos», estos conseguían establecer una serie de barreras sociales, en forma de deberes, prohibiciones y tabúes, cuya transgresión conducía al castigo y que se fundamentaba en el ritual sacrificial propio de toda la religión pagana, que ayudaba a mantener las distancias y por lo tanto el orden social.

Gracias a las barreras «de tipo sacrificial», se garantizaban la distancia y el carácter estable de los modelos tomados como inviolables o «sagrados», y la violencia quedaba contenida dentro de unos límites. Las sociedades podían funcionar sin verse expuestas a los peligros de la destrucción del *maelström* de la violencia mimética mutua.

Ello requería el pago de un terrible precio para preservar esa estabilidad: el sacrificio.

Según los datos que ofrece la antropología, todas estas barreras, prohibiciones y deberes reposaban sobre la periódica repetición de violentas ceremonias que ritualizaban la expulsión

violenta de quienes no eran aceptables, por desviantes, para ese orden social.

Si no eran *de facto* desviantes, se les hacía aparecer como tales con el propósito de sacrificarlos y eliminarlos.

Según Girard, el orden jerárquico, entendido como «sagrado», venía a quedar consolidado por la institucionalización de este tipo de violencia de «todos contra uno», que quedaba garantizado a través de un mecanismo religioso y «sacral» característico de esas sociedades primitivas: el mecanismo del chivo expiatorio.

La violencia institucional de naturaleza «sacrificial» mantenía estable todo el entramado jerárquico de la sociedad y permitía, mediante el sacrificio periódico de ciertos chivos expiatorios, contener y canalizar la violencia y el caos dentro de unos márgenes tolerables que hacían posible la convivencia.

Una convivencia, eso sí, con un coste en forma de necesarias víctimas de recambio.

Debido a ello, las sociedades paganas tradicionales no conocían los fenómenos actuales de la rivalidad, la envidia, los celos o el resentimiento social a escala colectiva del modo que los conocemos nosotros hoy, es decir, como fenómenos sociales masivos y extendidos a todos los niveles de la sociedad moderna.

Desde el momento en que nuestro mundo rechaza frontal y crecientemente los esquemas sacrificiales y las jerarquías estables por el efecto de la expansión antropológica y social de la llamada «inocencia de la víctima», esto es, debido a nuestra sensibilidad creciente y al rechazo a sacrificar a otros seres humanos, hemos perdido también los «cortafuegos» que bloqueaban la manifestación de los efectos que nos protegían de la autodestrucción por la violencia mutua creciente.

Si algo caracteriza nuestra época es que todos los modelos de imitación jerárquicos, a pesar de ser inicialmente «estables», devienen muy rápidamente en modelos provisionales, es decir, «inestables».

Con ello queda asegurada por defecto la envidia y sus frutos podridos: la rivalidad, los celos y el resentimiento contra aquellos que han pasado de ser percibidos como modelos jerárquicos y son ya tomados como modelos provisionales.

Estos son modelos asequibles por vencibles, y, por lo tanto, se puede iniciar una reivindicación o una guerra contra ellos, alegando la anterioridad del propio deseo.

MATAR A DIOS, MATAR AL PADRE

Anteriormente, el modelo «jerárquico» y su radical superioridad de nivel quedaba evidente y manifiesta para todos y aquel quedaba fuera de toda posible discusión o cuestionamiento. El ser del otro se mantenía alejado del alcance de la envidia del agente que deseaba. La distancia psicológica era percibida como definitivamente infranqueable.

El deseo no buscaba sobrepasar, igualar o eliminar al modelo jerárquico, sino que subordinaba a este su esquema motivacional.

Sus propios deseos, anhelos, valores, actitudes y conductas eran los del modelo, sin que este se percibiera como un obstáculo para la coexistencia pacífica con el agente deseante.

No se producía, por lo tanto, un desencadenamiento de la violencia ni de la rivalidad, los celos o el resentimiento contra aquel.

Todo ello fundamentaba el orden social antiguo de tipo sacral basado en modelos de identificación inmutables o perennes.

En ese sentido, el modelo jerárquico supremo y definitivo era el de Dios como ser

trascendente y todo el orden social derivaba de que sus representantes, los sacerdotes, lo mantenían a base de una repetición ritual de sacrificios contra chivos expiatorios inocentes que permitía al mismo tiempo contener la violencia hacia arriba y canalizarla hacia abajo.

La crisis moderna viene determinada por el vano e imposible intento de «matar a Dios», esto es, por tratar de convertirlo en un modelo jerárquico provisional y rivalizar así con él.

Tal será todo el nefasto impacto de la filosofía de Nietzsche sobre la modernidad y la posmodernidad.

Los modelos jerárquicos, al ser *provisionalizados*, son convertidos en modelos precarios o inestables, y la consecuencia es siempre el desencadenamiento de «la violencia nuestra de cada día».

La envidia generalizada y la guerra de todos contra todos.

Así, hemos visto entrar sucesivamente en crisis a la «autoridad patriarcal» en las familias, los modelos políticos «autoritarios o dictatoriales», la autoridad moral de los «sacerdotes» e incluso últimamente la autoridad «científica» de los médicos y los expertos...

Todos ellos eran elementos que regían el orden sacral antiguo y estable.

Hemos pasado de matar a Dios a matar al padre, es decir, nos hemos convertido en huérfanos de un modelo con el que no tener que entrar a rivalizar y competir.

Con ello, todos somos modelos para todos y, por tanto, adversarios mutuos. Es la moderna guerra de «todos contra todos», librada en la cotidianidad de nuestras relaciones efectivas, familiares, sociales y profesionales.

La guerra de todos contra todos actual propia de los tiempos del final y del apocalipsis.

CÓMO FUNCIONA EL MECANISMO PSICOLÓGICO DE LA ENVIDIA

Acabamos de ver cómo la elección de un modelo se hace debido a que el agente lo percibe como un ser superior. Esa percepción de la superioridad del modelo puede ser «real», basada en características objetivables o cualidades del modelo, o bien «ficticia», en la medida que solo existe como presunta cualidad en la mente o en la imaginación del agente deseante.

Lo que resulta decisivo para el desencadenamiento del mecanismo de la envidia es que, en lo intelectual, lo social, lo psicológico o lo espiritual, esa cualidad sea percibida como no definitiva, es decir como algo «rebatible».

La diferencia con el modelo se va a apreciar entonces como algo no permanente o coyuntural, lo cual quiere decir superable, posible de vencer o de rebasar.

Esta percepción va a servir de motor para desarrollar toda una variada gama de acciones dirigidas a disminuir una diferencia estimada como no permanente con el modelo, e intentar invertir los roles, procurando finalmente convertirse, el que era imitador, en modelo de imitación para todos los demás, incluso para su modelo anterior.

Estas acciones se materializan en un despliegue de la violencia contra su modelo inicial.

Con ella pretende desbancar al otro del pedestal en el que el mismo agente, eligiéndolo como modelo, lo había subido.

La rivalidad y la violencia mutua que se desencadena no es más que el resultado natural de la interacción entre el agente que desea sustituir y suplantar a su propio modelo y el intento correlativo de este último por mantener estable la diferencia jerárquica.

«No me copies» suele ser una de las primeras adquisiciones del lenguaje de los niños y el primer grito de las guerras y las contiendas infantiles.

Los modelos en nuestra sociedad moderna son sistemáticamente modelos-obstáculo, al ser

siempre provisionales.

La provisionalidad viene determinada por la abolición de las diferencias del ideal de igualdad que nos es característico, y puesto que es ya algo irrenunciable y sin vuelta atrás en nuestra sociedad moderna, nos conduce de manera directa a la envidia y el resentimiento como sentimientos dominantes de nuestras relaciones sociales.

LA TRANSFORMACIÓN DEL MODELO EN OBSTÁCULO: LAS SEIS FASES QUE CONDUCEN A LA RIVALIDAD, LA ENVIDIA Y EL RESENTIMIENTO

La tragedia de la trascendencia desviada o idolátrica procede de su evidente potencial de provocar los peores efectos en forma de rivalidad y de violencia en el seno de las relaciones humanas.

La teoría mimética explica pormenorizadamente cómo, desde el momento en que elijo a un ser real como yo como modelo provisional e inestable de mis deseos, voy a terminar entrando en conflicto con él, y él a su vez conmigo.

El carácter mimético del deseo, es decir, el hecho de que no se refiere a la apropiación de un objeto sino del deseo que lo precede, es la fuente primordial e inagotable de los conflictos entre los seres humanos.

Al desear lo mismo que el otro, el agente transforma a su modelo en un rival, esto es, en un verdadero obstáculo que le cierra el camino, en el mismo momento que se lo había señalado.

Todo el proceso se resume en la siguiente secuencia entre:

A = el agente

y

X = su modelo

1. Proceso de atribución de cualidades de X para configurarlo como modelo.

- a. A cree por alguna razón que X puede funcionar como un modelo jerárquico de deseo, debido a sus creencias tutelares o al mimetismo colectivo (todos los demás lo creen o, por lo menos, así lo creo yo).
- b. A estima que el carácter jerárquico del modelo puede ser inestable, no definitivo o provisional (en el fondo, es alguien como yo). La diferencia con el modelo se puede reducir.
- c. A atribuye «real» o «falsamente» a X un deseo por el objeto T que ya posee real o supuestamente (interés por su mujer, su coche, su posición, por ganar la partida, por obtener el éxito profesional o por mantener la superioridad, el dominio o la supremacía en algún campo o disciplina).

2. Génesis del deseo por el objeto.

- a. A clona o imita el deseo de X por el objeto T (que supuestamente le atribuía desear al modelo).
- b. La adquisición o posesión del objeto es percibida por A como una forma de llegar al «ser» de X, a su nivel o a su categoría. En definitiva, esa adquisición le lleva a poder detentar su cualidad como «ser» superior o trascendente. Lo que el imitador desea es el «ser» del modelo.

3. Refuerzo del deseo por el objeto y resistencia del modelo X: el doble vínculo.

- a. Al notar el deseo de A por el objeto T (poseído real o supuestamente por el modelo), el modelo X se transforma en «imitador de su imitador».

- b. Con ello nace el denominado «doble vínculo», es decir, dos partes que se imitan recíprocamente en cuanto a sus deseos.
- c. El modelo X refuerza su propio deseo (real o ficticiamente atribuido por A) por el objeto T.
- d. Este puede ser un deseo que quizás había desaparecido, o incluso nunca existió realmente en absoluto en el modelo.

4. Rivalidad mutua por el objeto.

- a. Ambos contendientes inician una guerra sin cuartel por la consecución del mismo objeto T, que aumenta en un primer momento su valor exponencialmente para ambos.
- b. El modelo X es percibido por el agente A como «obstáculo» para alcanzar el «ser» desde su apropiación del objeto T. X se convierte para A en un adversario.
- c. El agente A es percibido por el modelo X como un usurpador de su deseo por el objeto T, es decir, se convierte también en adversario.
- d. El «tiempo» desaparece en el conflicto. Ninguno de los dos empezó el conflicto. Ambos reivindican la prioridad temporal de su deseo que sienten ser anterior por el objeto T. Ambos tienen razón y ambos se equivocan. Ambos se sienten mutuamente envidiados. Ambos acusan al otro de querer expropiarlo. La ceguera del mimetismo y el «doble vínculo» mantienen en ambos contendientes la ilusión de que «el otro empezó».

5. Nacimiento de un epifenómeno o subproducto psicológico: la envidia, la rivalidad y el resentimiento.

- a. A percibe de manera creciente y por efecto del doble vínculo, que la diferencia con el modelo X es cada vez menor. Se refuerza el carácter inestable del carácter jerárquico del modelo. Crece la sensación de «puedo conseguir rebasar o superar al otro».
- b. A se plantea reducir esa diferencia mediante acciones o estrategias directas que persiguen:
 - Menoscar el prestigio social del modelo X para eliminar la percepción pública (ante otros) o particular (ante sí mismo) del carácter jerárquico (como modelo jerárquico) del modelo X, disminuyéndola.
 - Arrebatar el objeto T al modelo X, privándole de él o arrebatándole su carácter único o privativo.
 - Mantener la asimetría de los roles entre A y X, pero logrando invertirla. A, de este modo, se convierte en modelo de su modelo X.
- c. Las estrategias de A son imitadas a su vez por el modelo X, dando lugar a que A se convierte a la vez en el modelo de X (doble vínculo).
- d. Se desarrollan sentimientos propios de la «envidia»: «Animadversión», «odio» y «resentimiento» que se realimentan mutuamente.
 - *Envidia*: no puedo verlo, tengo que quitarlo de mi vista (*in-videre*).
 - *Rivalidad*: tengo que poder vencerlo a toda costa, tengo que ganarle, tengo que poder con él, acabar con él (juego de suma cero).
 - *Resentimiento*: proceso de intención mutuo de tipo «especular» que presume la animadversión de la otra parte. El otro es el que es percibido como verdaderamente malvado, pérfido, perverso, malintencionado y cruel para conmigo.

6. Desaparición del objeto y génesis de mitos.

- a.El deseo mimético ha generado un objeto de deseo T, que previamente no existía para A (y que seguramente tampoco existía como tal objeto de deseo para X), y a la vez una mentira (mito) básica, una ilusión que arrastra a ambos A y X a un conflicto.
- b.La ilusión mimética les hace creer a ambos que su interés por el objeto T era anterior o primario respecto al de la otra parte.
- c.Esa ilusión genera el mito de «el bueno y el malo» de la película.
- d.El bueno siempre soy yo percibido como víctima de la maldad previa de mi adversario, es decir, de aquel que quiere disputarme mi deseo.
- e.El otro es siempre el malo de esta película.

NARCISISMO ZERO: ESCAPA DE LA DICTADURA DE LA APARIENCIA, LA POPULARIDAD Y EL ÉXITO

Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar «maestros», porque uno solo es vuestro Maestro y vosotros sois todos hermanos.

MT 23, 8

EL METAPROGRAMA NARCISISTA: POSTUREO, *LIKES* Y *TikTok*

A la extensión del mal del narcisismo social contribuyen no pocas filosofías que animan a todos a triunfar y a gustarse a sí mismos desde unos parámetros superficiales y psicológicamente tóxicos como son la apariencia externa, el escaparatismo superficial también denominado «postureo» y el espejo social del éxito, la popularidad o la notoriedad.

Se urge a todos a mejorar, a huir y eludir «zonas erróneas», a ser «positivos», a no ver los «problemas», sino tan solo «oportunidades» dentro del más flagrante «negacionismo» de la verdad y realidad última del ser humano.

Todo vale, excepto aceptar con paz «lo que uno es» y «lo que uno tiene» y disfrutarlo en armonía con los demás seres humanos, sin compararse con ellos.

El problema radica en que el narcisismo individual y social imperante nos sitúa *de facto* en una «guerra» psicológica del tipo «todos contra todos» que no es sino el antecedente fundamental de todos los fenómenos violentos que se extienden por doquier.

Ser sofisticado, aparentar, rivalizar por el éxito, el aprecio, la imagen, la fama, el dinero o el poder son los contravalores que subyacen en las diferentes programaciones de nuestro panorama social.

La sencillez en el comportamiento y en las actitudes, así como el aceptarse con lo que uno es o tiene, son valores rechazados como algo de lo que uno debería huir o avergonzarse por ser propio de «perdedores».

La envidia, la competencia, la rivalidad y el rechazo al que es diferente, al más débil, al más listo, al más guapo, al más relevante... son las consecuencias lamentables de la falta de visión educativa de una sociedad cada vez más narcisista a todos los niveles. Estos contravalores configuran el paradigma del despropósito social que nos invade.

Este «metaprograma» social narcisista conduce a una universal percepción de competición y competitividad en los demás, no solo en el ámbito educativo, sino en todos los demás órdenes de las relaciones sociales.

Todos, ya desde la infancia, reclutados por el «narcisismo social».

Sometidos a un infame lavado de cerebro, todos, desde muy pequeños, desean ser «estrellas», «niños de éxito», «antes muerta que sencilla», y, en especial, desean llegar a ser «algo» y «alguien para los demás». Por eso, tratan de convertirse en *influencers*, *youtubers* o gente popular y famosa desde edades cada vez más tempranas.

BORRAR LAS DIFERENCIAS NO EVITA LA ENVIDIA, EL RESENTIMIENTO Y LA VIOLENCIA

Hay quienes creen muy equivocadamente, fruto de determinadas ideologías igualitaristas, que es el sistema «meritocrático» de las notas y de la evaluación del rendimiento escolar lo que fomenta la competitividad entre los niños y que por eso «hay que erradicar toda evaluación del sistema».

Sin embargo, no es la evaluación de los méritos y las capacidades diferenciales de los niños,

sino el narcisismo social imperante el que lleva a utilizar la evaluación o los méritos diferenciales para comparar y ordenar a todos en el «escalafón del éxito» en cualquiera de sus formas.

Esta tendencia del narcisismo social más tóxico configura en cada persona una «autoestima condicionada», es decir, una tendencia a autoevaluarse, valorarse desde la opinión o desde los juicios comparativos con los demás.

La falta de aceptación de uno mismo o carencia de autoestima del narcisista explica que las ventajas de otros en competencia, capacidad o méritos las viva desde el resentimiento, la rivalidad, la envidia y la competitividad más destructiva.

Desde un paradigma social narcisista que exagera la rivalidad, la competitividad, la envidia, los celos y el resentimiento individual y social, no se le puede pedir a las personas que respeten la dignidad del que es diferente, o que convivan pacíficamente con los que son mejores o tienen más que ellos.

El narcisismo social conduce a la exacerbación de la ambición individual y, al mismo tiempo, acaba por agotar y extinguir todos los mecanismos básicos de solidaridad y convivencia social pacífica.

Condena a la marginación y al resentimiento individual y colectivo a todos los que no están siquiera en disposición de competir con los demás en esta «guerra».

Mantiene también en la frustración permanente a todos quienes no han llegado a la cúspide del éxito social, que son básicamente la inmensa mayoría, convertidos así en seres resentidos, consumidos por la envidia hacia aquellos que supuestamente «ya lo han conseguido».

Su narcisismo les lleva a «imputar dicho fracaso a ellos mismos», pues creen que la causa de que no «estén en la cúspide del triunfo» se debe a su inadecuación interior o falta de capacidades. Por ello, sufren y se sienten aún más inadecuados.

Tienden a creer que «algo que no han hecho bien», «algo en lo que han fallado» explica que se hayan quedado atrás.

Para escapar de esa culpabilidad que el narcisista destila a todos los niveles desarrolla una actitud mendaz de autoengaño permanente a base de proyectar o desplazar sobre los demás esa sensación de culpa que les atenaza.

EL ALPINISMO SOCIAL NARCISISTA ESTÁ ABOCADO A LA FRUSTRACIÓN FINAL

Los narcisistas que «aún no lo han conseguido» envidian secretamente a los que consideran superiores, mejores o más adecuados que ellos y se dedican a zancadillearlos, a hacerles la vida imposible mediante estrategias de denigración, difamación, acoso o *mobbing*.

La grandiosidad de los narcisistas persigue un éxito personal, social y profesional abocado a la segura frustración, pues, en caso de lograrlo, los condena al destino terrible de quien culmina por fin una cumbre, solo para descubrir acto seguido que se ha equivocado de montaña que debía escalar.

De este modo, su narcisismo condena a los que «ya han llegado» o «ya lo han conseguido» a la depresión existencial, al constatar que «ahí tampoco estaba».

La habitual sensación de decepción, tristeza y fracaso existencial que experimentan les lleva entonces a intentar buscar nuevas cumbres profesionales, financieras y sociales o a embarcarse en nuevas conquistas románticas que provocan víctimas directas de esa insaciable sed de «siempre más y mejor».

Del juicio social respecto al éxito, la fama y la notoriedad adquiridos procede la correspondiente validación y autovaloración de los narcisistas. En ese infierno social propio del

«héroe narcisista», este se cree «solo ante el peligro», a pesar de compartir una misma condena con todos los demás narcisistas que son legión.

NARCISISMO, RIVALIDAD Y COOPERACIÓN

Al haber entronizado el narcisismo como el paradigma relacional social, los niños, desde muy pequeños, entran en un modelo de relación tóxica basado en la comparación por defecto, la competitividad y los «juegos psicológicos de suma cero»; un mecanismo basado en el yo gano-solo si tú pierdes, tú ganas-solamente si yo pierdo.

La deriva natural y esperable de ello son los celos, la rivalidad y la envidia, auténtica «última causa» de la mayoría de los problemas sociales contemporáneos.

La cooperación se vuelve imposible y la sociedad no progresa más que en forma de sucesivas batallas que producen la derrota de la mayoría y la precariedad de la posición de los que dominan la situación.

Los derrotados viven con la sensación de haber sido engañados, manipulados o estafados, y generan envidia y resentimiento.

Los «ganadores» viven siempre temerosos de perder la supremacía sobre los derrotados y necesitan mantenerlos a raya, rebajarlos o dominarlos para evitar su antagonismo y animadversión.

LAS GUERRAS NARCISISTAS: VENCER, ADELANTAR, SEDUCIR, CONQUISTAR AL OTRO

El conflicto se inicia desde el momento en el que alguien, adoptado como modelo, advierte que alguien imita o copia su deseo, y se apresta para oponer una feroz resistencia para mantener el carácter único de su deseo.

El movimiento mutuo refuerza en ambos agentes (modelo e imitador) el deseo por el mismo objeto pretendido y desencadena una espiral de hostilidades a la que no va a poder poner fin ningún «patrón de dominancia», como ocurre en las especies de mamíferos superiores.

Ninguno de los contendientes reconocerá el carácter iniciador de su propia violencia y reclamará el carácter previo de su deseo sobre el deseo del otro.

Inmerso en un mecanismo de tipo sistémico basado en la retroalimentación positiva, el modelo ve reforzado su deseo sobre su objeto de deseo, precisamente por el deseo que el imitador manifiesta por adquirirlo para sí.

El imitador no reconoce el carácter dependiente e imitativo de su propio deseo y solo percibe los intentos del modelo de poseer en exclusiva aquello que él deseaba.

Esos intentos le van a parecer al imitador con toda evidencia como característicos de una querella que él no ha provocado, sino de la que él es la víctima.

Lo mismo ocurre de manera simétrica del lado del modelo, que observa cómo su deseo por el objeto que posee crece en la misma proporción en que el otro se lo quiere disputar.

Este doble mecanismo de refuerzo (doble vínculo) del deseo por el mismo objeto inicia las querellas y, al mismo tiempo, garantiza una percepción simétrica, a la vez sincera e ilusoria, de ambos participantes (imitador-modelo) sobre el conflicto.

Ambos van a referir a cualquier observador exterior con plena buena fe lo evidente que resulta constatar y comprobar que «fue el otro el que empezó».

Esto explica por qué, en materia de prevención del conflicto y de la violencia fallan clamorosamente las prescripciones que señalan que, para frenar la violencia, tan solo es suficiente renunciar a ejercer la iniciativa de esta.

El origen de la violencia en el mecanismo doblemente ciego que acaba de describirse explica que en los conflictos nadie reconoce haber tomado la iniciativa de la violencia.

Técnicamente hablando, puede por ello decirse que «nadie» inicia los conflictos. Por eso es imposible encontrar a los responsables de haber empezado un ciclo violento.

En las hostilidades, las guerras, la violencia doméstica, escolar o laboral, «es siempre el otro el que comenzó».

Las partes de un conflicto se embarcan en una reciprocidad negativa que las convierte en crecientemente violentas. Se imitan una a la otra cada vez más, añadiendo un plus de violencia que conduce a la escalada bélica.

Nadie es capaz de reconocer esta reciprocidad violenta, pues cada uno alega que su acción no es sino una reacción a la violencia con que la otra parte la maltrata.

En esa escalada, llega un determinado momento en que la violencia hace desaparecer los objetos del litigio, es decir, aquello que se había deseado y que había generado la rivalidad.

El objeto se convierte así en sujeto. El sujeto de la otra parte del litigio es ahora un objetivo.

Un objetivo a batir o a abatir.

El otro es convertido por el proceso ciego mimético de la violencia en un adversario, y es considerado así como origen de los males y del sufrimiento que genera el conflicto en cada parte.

Por ello, la única y verdadera posibilidad de frenar la violencia no es tanto «no iniciar las hostilidades», sino más bien «no continuarlas», es decir, renunciar a las represalias y a la venganza.

Puesto que «el otro es el que empezó», nadie se siente iniciador y, por lo tanto, cada quien entra en duelo con el otro, creyendo que no le queda más remedio que contestar a las hostilidades desencadenadas desde el otro lado mediante la reciprocidad.

Solo nuestra ceguera narcisista nos impide ver la realidad de nuestra propia violencia, y el modo en que contribuimos decisivamente a ello mediante el juego de «responder» a las provocaciones del otro, imitándolas, correspondiendo a ellas puntualmente mediante la reciprocidad negativa.

Esa reciprocidad resulta terrible, pues al ser invisible condena a ambas partes a enfrascarse en una violencia cuya salida solo se producirá a partir del escalamiento bélico con la destrucción de una o de las dos partes.

Esa es la conocida destrucción mutua asegurada (MAD) que caracteriza los finales de la mayoría de los conflictos enquistados.

COMPRENDER EL INFIERNO NARCISISTA PARA ESCAPAR DE ÉL

La aparente primacía, siempre errónea y falsa, de la anterioridad de mi objeto de deseo termina por convencer a cada uno de los rivales de que es víctima de la malicia del otro y de su intento por privarle o arrebatarle el objeto de su deseo.

Cada uno cree «en buena fe» que desea el objeto por cualidades que son intrínsecas al propio objeto, o bien por un deseo que atribuye a su individualidad, al fondo de su personalidad.

El objeto de deseo queda transfigurado y «transubstanciado» en un objeto ideal, mítico, divino...

Paradójicamente, la violencia que se crea a través de todo este proceso entre ambos rivales terminará haciendo desaparecer el objeto de la contienda, que pasa siempre a un segundo plano o incluso a la irrelevancia.

En todos los conflictos miméticos, el objeto en disputa por las partes termina desapareciendo

del conflicto y solo queda a la vista el resentimiento, la rivalidad, el antagonismo y la violencia entre las partes.

En esto consiste el narcisismo.

Un deseo insaciable por un objeto desaparecido que pretende, a partir de un determinado momento, ya solo derrotar, adelantar o ganar al otro. Subyugarlo, seducirlo, conquistarlo, dominarlo mediante mil estratagemas que buscan quedar por encima.

La exasperación de la rivalidad mutua provoca que la mimesis del deseo esté estructuralmente abocada al fracaso y al desastre.

Llegado un cierto punto, la rivalidad no versa ya sobre el objeto material en disputa, sino que este se desmaterializa y se transforma en metafísico: el objetivo.

El objetivo será eliminar al adversario sin pretender ya alcanzar el objeto material. Esta es la continuación mimética de todas las guerras narcisistas.

El objeto que era el «ítem» originario sobre el que versaba la rivalidad va a borrarse y a difuminarse progresivamente, terminando por desaparecer del horizonte de todo conflicto con los narcisistas.

No se trata de arrebatarse al rival un objeto determinado, sino de abatirlo y aniquilarlo como persona. Terminar con él. Vencerlo y arrollarlo a toda costa.

La rivalidad narcisista culmina así en una violencia insoluble desde los diferentes intentos bienintencionados de mediación.

Efectivamente, no hay posible mediación a partir del momento en que el objetivo ya no es ningún objeto, sino un objetivo: abatir, derrotar o eliminar al otro, sin otra posible alternativa.

La violencia devuelve a las claras una realidad esencial de la rivalidad narcisista: su carencia de objeto en su núcleo más profundo.

El objeto disputado no es ya lo primario en la mayoría de los conflictos narcisistas, por lo que ninguna mediación funciona.

La voluntad de grandiosidad, de triunfar, de derrotar al otro realimentado por el propio mimetismo convierte la relación con los narcisistas en un infierno irreversible.

Si bien la violencia puede irrumpir en un conflicto antes de que el objeto en disputa haya desaparecido del horizonte, la irrupción de aquella confirma la desaparición de los objetos en la mayoría de las contiendas narcisistas de nuestro tiempo.

En las guerras psicológicas desplegadas por los narcisistas a diferentes niveles, el objeto termina desmaterializándose ante los ojos de los contendientes, convertidos en dobles que se imitan mutuamente. Ya no se pelean por este o aquel objeto, sino para destruir y aniquilar al adversario y triunfar de él.

Debido a su propio mimetismo, los antagonistas quedan mutuamente fascinados y pierden de vista el objeto de su litigio. De ahí en adelante, el objetivo es superar y derrotar al otro.

El sujeto reemplaza al objeto.

Con el final del proceso, llegan las mentiras que nos contamos para representar falsamente la realidad y ocultar una verdad fundamentalmente humillante y dolorosa acerca de nuestra participación en la violencia.

Estos mitos que pretenden dar una explicación mediante una representación falsa de lo que ocurre tan solo apuntalan y mantienen la ceguera propia narcisista.

Siendo el mimetismo algo universal y previo en todos los seres humanos, es imposible técnicamente asignarle un punto exacto de inicio u origen de los conflictos.

La única forma de escapar a las guerras narcisistas no es no iniciarlas, sino no continuarlas.

De ahí que la recomendación frente al narcisismo imperante no es tanto el condenarlo en los demás, como no devenir uno mismo en narcisista recalcitrante a base de imitar y replicar a quien quiere derrotarle o vencerle.

OBEDIENCIA ZERO: SAL DEL ESTADO AGÉNTICO, DESOBEDECE Y ELIGE LA RESPONSABILIDAD

Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres.

HECHOS 5, 29

Las personas normales, simplemente haciendo su trabajo, y sin ninguna hostilidad particular por su parte, pueden convertirse en agentes de procesos destructivos terribles. Más aún, incluso cuando los efectos destructivos de su trabajo se vuelven patentemente claros, y se les solicita continuar practicando actos incompatibles con los estándares fundamentales de la moralidad, muy pocas personas poseen los recursos necesarios para poder resistir a la autoridad.

STANLEY MILGRAM, *La obediencia a la autoridad*

Todo lo que manda el rey, pero va contra lo que Dios manda, no tiene valor de ley, ni es rey quien así se desmanda.

LOPE DE VEGA

LA COMPARTIMENTALIZACIÓN DEL SISTEMA DE OBEDIENCIA

La departamentalización y la existencia de ingentes niveles y subniveles de responsabilidad dentro de las burocracias actuales facilitan que al final alguien que comete un acto inmoral o contrario a la ley termine pensando que su actuación solo es una parte del inmenso engranaje de una cadena fabulosa de causas.

La creciente especialización de los trabajadores contribuye a distanciarlos de su responsabilidad moral por la totalidad y por el resultado final.

Ninguno de los empleados de una empresa de minería se siente responsable de las muertes de los mineros por la exposición a sustancias cancerígenas contra las que se les debería haber protegido.

El caso más paradigmático de este fenómeno es el del ingeniero que, ante el peligro que suponía el lanzamiento de la lanzadera espacial en un clima inusualmente frío para determinada pieza del ensamblaje que el conocía bien, protestó e intentó que se paralizara todo el lanzamiento en vano. Nadie tuvo en la NASA la suficiente visión de conjunto y responsabilidad para detener el lanzamiento, que se convirtió en un trágico accidente en el que murieron todos los astronautas.

Este mecanismo permite difundir la responsabilidad por lo que cada uno hace en la organización. No ver la totalidad del cuadro permite llevar a algunos individuos, ciegos por completo a la realidad, a actuar de un modo terrible sin asumir ninguna de las consecuencias morales de sus actos.

El funcionamiento de este mecanismo permite a John Darley concluir que, en muchas ocasiones, el mal y sus derivaciones opera en las organizaciones sin un sujeto activo que lo promueva de manera perversa. Es decir, el propio funcionamiento sistémico actúa como un epifenómeno o propiedad emergente del sistema.

El mal es la propiedad emergente de determinados sistemas empresariales. El hecho de que sea un mal no deseado ni querido específicamente por nadie en concreto ayuda a que nadie a su nivel de ejecución cuestione su propia actuación.

LA DIFUSIÓN DE LA RESPONSABILIDAD EN LA ACTUACIÓN DEL GRUPO

Cuando en el drama de Lope de Vega, el juez pide cuentas a las gentes del pueblo de Fuenteovejuna por el linchamiento contra el injusto comendador de aquella ciudad, le responden que «Fuenteovejuna fue quien lo hizo, señor».

La difusión de la responsabilidad por actuaciones en comportamientos colectivos victimarios históricos, desde las «cazas de brujas» medievales, hasta los más modernos pogromos rusos, es patente tal y como ha sido profusa y profundamente demostrado por René Girard. El linchamiento de una víctima a manos de una multitud encolerizada es quizás el caso más paradigmático del funcionamiento de un grupo dirigido hacia un comportamiento perverso sin que nadie lo desee realmente.

El grupo está dirigido en su comportamiento por el propio mimetismo y nadie se siente individualmente interpelado.

Lo que Girard explica a través de la teoría mimética es que el mal es la propiedad emergente del mimetismo del grupo, que lo posee y dirige.

Cuando un grupo lincha a un individuo física o psicológicamente, nadie se siente responsable a pesar de que todos participan de las conductas y de la animadversión grupal.

Ninguna piedra determinada arrojada en el marco de una lapidación pública tiene la culpa de la muerte de la víctima.

Ningún insulto particular es el que intimida al árbitro o al equipo contrario en un campo de fútbol, y, por eso, amparados en el anonimato de un grupo victimario, cualquiera de nosotros es socializado en la comisión de los actos más terribles, sin el menor asomo de malestar ético interno.

Los individuos de un grupo, llevados por el mimetismo, se imitan unos a otros, correspondiendo a unas expectativas mutuas que modelan el comportamiento de cada individuo.

La propensión a imitar, característica del ser humano, es decir, el mimetismo, permite a cada individuo abdicar moralmente de su responsabilidad ante el mal que genera su propio comportamiento y del que no se siente actor genuino.

La masa no es menos responsable que la suma de los individuos que la componen y, sin embargo, cada uno en particular se siente exonerado y enajenado éticamente de los crímenes cometidos por ella.

Es un hecho muy frecuentemente señalado por la investigación de los fenómenos grupales y organizativos cómo los grupos en crisis, amenazados por la desintegración y la descomposición, tienden de manera espontánea a rehacer la unanimidad perdida a través de mecanismos *victimizadores* de grupo.

Practicar periódicamente expulsiones, purgas o linchamientos grupales es un método infalible para integrar grupos humanos.

Quien participa en un *mob* o masa *linchadora* en un procedimiento ritual y purgativo de expulsión siente reforzarse su pertenencia al grupo a medida que crece su celo violento o *linchador*.

La masa parece poseída por un trance grupal debido al cual adquiere una personalidad propia y una determinación furibunda y violenta contra la víctima única que ve abatirse sobre ella la unanimidad de ese grupo.

Dicho trance grupal parece absorber a cada miembro reclutado, que da la sensación de perder su voluntad y ser secuestrado o abducido por una fuerza que lo arrastra a la participación en la violencia.

Posteriormente a su participación en las peores atrocidades, el sujeto no recordará cómo pudo intervenir en esos desmanes violentos y será presa de una perversa amnesia, parecida a la amnesia poshipnótica que observamos en los pacientes hipnotizados.

LA OBEDIENCIA DEBIDA COMO GENERADORA DEL «ESTADO AGÉNTICO» O «TRANCE DE OBEDIENCIA»

Stanley Milgram analizó el mecanismo de obediencia a la autoridad mediante uno de los experimentos más importantes de toda la historia de la psicología.

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, muchos investigadores se habían preguntado por el mecanismo inquietante que pudo explicar la colaboración de millones de personas en barbaridades y atrocidades cometidas contra las víctimas en los campos de concentración.

La implementación de un mecanismo de obediencia a la autoridad permitió convertir a personas normales e incluso excelentes en colaboradores necesarios de las atrocidades más perversas.

Dicho mecanismo de «obediencia a la autoridad» fue investigado por fin de forma experimental en los años setenta por Stanley Milgram, en la Universidad de Yale, quien demostró por primera vez cómo «personas absolutamente normales podían, con bastante facilidad, involucrarse y colaborar activamente en graves violencias», siempre y cuando pensaran que estos actos eran ordenados, solicitados, refrendados o autorizados por individuos con algún tipo de autoridad, sobre los que la persona descargaba la responsabilidad de su propio comportamiento.

Algo así como el viejo dicho «Yo soy un *mandao*».

El experimento de Milgram fue realizado con cuarenta personas evaluadas como normales y sanas psicológicamente a las que se les solicitó participar en una prueba que consistía en un presunto estudio sobre el efecto del castigo en el aprendizaje y la memoria (Milgram, 1983).

Para ello, el participante era requerido por un experimentador revestido con una bata blanca, que le ordenaba administrar descargas eléctricas de intensidad creciente cada vez que un supuesto alumno se equivocaba en la respuesta que debía recordar.

El supuesto «alumno», que era un actor preparado para simular, debía memorizar pares de palabras que iban juntas.

A cada palabra enunciada por el monitor, el alumno debía contestar con rapidez dando la palabra que casaba con la primera.

Si se equivocaba, el monitor debía administrar, a través de unos electrodos situados en el brazo del alumno, descargas eléctricas que podían llegar a ser muy dolorosas o en su extremo mortales.

El investigador de bata blanca y un ayudante se ausentaban a una sala contigua, desde la que podían escuchar el desarrollo del experimento.

El verdadero «conejo de indias» del experimento era el monitor que debía administrar esas descargas eléctricas.

También lo eran cada una de las cuarenta personas a las que se pidió que administraran las descargas de manera creciente a medida que se iba equivocando el «falso alumno».

El monitor, sentado delante del cuadro eléctrico de descargas, debía ir aumentando, a cada nuevo error cometido, la intensidad de las descargas que se incrementarían en 15 voltios con cada nuevo error.

El test comenzaba con descargas leves, pero, al llegar a la intensidad de «entre 75 y 100 voltios», el actor (alumno) gemía de dolor. Cuanto mayor era la descarga, mayor era la desconcentración y más numerosos los errores. Al llegar a los 120 voltios el actor (supuesto

alumno) simulaba, chillando y gritando, que le dolía mucho.

A los 150 voltios, el actor (alumno) le suplicaba al monitor (conejillo de indias) que se detuviera y le pedía poder marcharse del experimento.

En este punto, los resultados fueron verdaderamente impactantes.

El 92 por ciento de los sujetos (conejillos de indias) siguieron adelante en las descargas, haciendo caso omiso a las súplicas del actor (supuesto alumno).

Antes de administrar cada descarga, el monitor anunciaba en voz alta los voltios que administraba.

Al llegar a 165 voltios, el actor (supuesto alumno) suplicaba de nuevo. «¡Pare, por favor, pare, suélteme! ¡Déjeme salir de aquí!».

La totalidad de los monitores (conejillos de indias) menos uno siguió con el interrogatorio administrando descargas eléctricas.

A partir de este momento, el experimento proseguía con los gritos de dolor y el actor (supuesto alumno) retorciéndose a cada descarga.

Si en algún momento el monitor dudaba o vacilaba, y se volvía hacia el experimentador, se le indicaba que prosiguiera con el experimento con una fórmula firme y cortés del estilo: «Continúe, por favor» o «Es necesario que continúe».

Al llegar a 300 voltios el alumno gritaba que ya no respondería a las palabras del monitor (conejillo de indias).

El monitor debía considerar esta abstención como una mala respuesta y le tenía que administrar una nueva descarga eléctrica.

Al final de la intensidad de las descargas (450 voltios) el supuesto alumno (actor) simulaba que ya no podía responder ni moverse de su silla siquiera. Sin embargo, las descargas eran administradas hasta el final por la mayoría de los sujetos.

Las conclusiones de este experimento fueron contundentes y terribles.

La tónica era la indiferencia de la inmensa mayoría de los sujetos ante los gritos y el sufrimiento patente de la víctima-actor.

La conclusión tremenda de este experimento es que parece existir en los seres humanos un mecanismo que explica cómo bajo una «autoridad» abandonamos toda responsabilidad sobre los actos que esta ordena y ejecutamos bajo orden los actos más terribles que se nos exigen.

Este mecanismo permite ejecutar las más terribles tropelías, descargando la responsabilidad del daño que podemos producir, aduciendo que son «otros», «los que mandan», «los de arriba», los que «dan las órdenes» los verdaderos responsables de lo hacemos bajo mandato.

Todo hace pensar que la sumisión a la autoridad es un proceso absolutamente inconsciente y bastante mecánico en la mayoría de los seres humanos.

El mecanismo funciona bajo el supuesto esencial de que quien ordena la actuación perversa contra una víctima sea percibido como alguien investido de autoridad jerárquica.

Somete a quien lo sufre a una especie de «hipnosis» o «trance hipnótico» inducido por la obediencia.

LA OBEDIENCIA A LA AUTORIDAD COMO MECANISMO SACRIFICIAL

El análisis de Girard es una vez más pertinente para entender la desactivación moral que significa para un individuo entrar en el estado agéntico.

La propia palabra jerárquica tiene un origen sagrado y sacral (*hierus* = sagrado).

Un jefe que ordena actuaciones contra individuos o colectivos enteros no es sino alguien que

practica el viejo ritual fundador de toda cultura humana: el ritual del sacrificio (Girard, 1999).

Un jefe es alguien investido formalmente de un enorme poder simbólico que la mente humana ha aprendido a reconocer y a respetar a lo largo de miles de años.

«Jerarquía» significa en origen una potestad sacral que permite sacrificar legítimamente a millones de personas en la guerra o en genocidios planificados.

Son muy raras las excepciones en las que los seres humanos a los que se les ordena desde una autoridad practicar un sacrificio se oponen a esta y amparan y dan cobertura, ofreciendo su solidaridad y apoyo, a las personas victimizadas.

Ante las víctimas de los actos ordenados por la autoridad jerárquica (sacrificial), la mayoría de los seres humanos suelen adoptar una prudente actitud de indiferencia y distanciamiento, «mirando hacia otro lado» o simulando que el problema no va con ellos.

La autoridad que lo ordena es la responsable.

El hecho excepcional de que alguien rompa la cadena, cuestionando las órdenes y quebrando la sumisión inconsciente de los miembros de un grupo, amenaza al mismo orden social del grupo por ser susceptible de socavar a la autoridad jerárquica que garantiza el orden y la estabilidad del grupo y de la misma organización.

Quebrar la unanimidad en el sometimiento a la autoridad que ordena los desmanes es percibido como algo muy amenazante, pues supone un ejemplo a emular que otros podrían seguir, dando lugar a la quiebra del orden sacral y a la descomposición del grupo.

Por otro lado, la aceptación del mecanismo alienante de la sumisión a la autoridad convierte al mismo tiempo a esta en «sagrada» o «intocable», y a las víctimas que se resisten al linchamiento en «problemáticas, incómodas y obstaculizadoras».

Dicho carácter «sagrado» es incuestionable hasta el punto de que también suele ser aceptada dócilmente la representación culposa del proceso *victimizador* por las propias víctimas, que terminan creyendo y confesando su culpabilidad.

Por ello, las víctimas se suelen reconocer tan «malvadas», «torpes», y «merecedoras del castigo» como lo decreta la «autoridad competente».

Serán las mismas víctimas las que, aceptando la «sumisión intelectual» en la forma de interpretar los hechos que realiza la autoridad, se mostrarán de acuerdo con la versión oportunistamente deformada del merecimiento de su propio castigo.

Nuestras sociedades actuales dificultan muy seriamente que se puedan producir cuestionamientos de la autoridad establecida. El resultado es una progresiva aclimatación que significa el aislamiento y la asepsia ética ante los peores comportamientos.

El bien común, la seguridad pública, la lucha contra el cambio climático, la ecología, la preservación del medio ambiente, de la democracia o de la salud pública son los últimos arietes con los que las élites psicopáticas pretenden salvaguardar su carácter sacral, incuestionado o incuestionable.

Los cuestionadores de las órdenes sacrificiales por parte de la autoridad sacrificial son presentados por esta como elementos antisociales, peligrosos conspiranoicos o disidentes delincuenciales.

El incremento del peso de la jerarquía y el nacimiento de una actitud psicopática en los *victimimarios* (el paso al lado oscuro) dificulta la empatía con las personas que resultan victimizadas.

La inmensa mayoría de nosotros (92 por ciento) lo habríamos hecho, con independencia de nuestro nivel de formación, nuestra personalidad, nuestra moral o convicción ética más profunda.

LA NUEVA A-MORALIDAD CREADA POR LA DISONANCIA COGNITIVA Y EL «TRANCE DE OBEDIENCIA»

El coste ético de participar en procesos de victimización es siempre muy elevado, aunque estos sean ordenados por la autoridad competente.

Resulta meridianamente claro que lo que más nos perjudica éticamente es que tratemos de conformar nuestras percepciones y nuestra ética a nuestras conductas.

El malestar que procede de la disonancia cognitiva es una poderosa fuerza interior que tiende a llevarnos a ajustar nuestra forma de pensar a nuestros actos y no viceversa (Festinger, 1957).

Participar bajo estado agéntico en actuaciones perversas no deja igual a los cooperadores.

Poco a poco, el trance de obediencia va minando la calidad moral de los agentes de la violencia, convirtiéndolos en personas que han abdicado de la valoración ética de sus propios comportamientos y también de los ajenos.

Se trata de una verdadera enajenación ética que garantiza un tipo de corrupción moral ya altamente extendida en nuestra sociedad.

El mecanismo no solo destruye la ética personal del sujeto, sino que también promueve cambios decisivos en su personalidad.

Muchas organizaciones, instituciones, sectas, congregaciones o partidos políticos que es menester calificar como «tóxicos» por patológicos, utilizan este mecanismo para mantener el orden y la cohesión internas y más tarde o temprano someten a la mayoría de sus miembros o adeptos a un estado de transferencia agéntica, o trance de obediencia, es decir, a una situación de enajenación ética que consiguen manipulando en su beneficio los mecanismos más profundamente instalados en la psique humana.

Si hay algo realmente destructivo y perverso en el mecanismo de transferencia agéntico o trance de obediencia es la forma en que este opera un cambio gradual e imperceptible, no solo en la moral, sino en la propia personalidad del agente, que se va a ver a la postre transformado sin darse cuenta.

La disonancia creciente entre la buena opinión de sí mismo y los actos inmorales y antiéticos ordenados por parte de la autoridad genera un estado de malestar psicológico intenso que el individuo no puede resolver sino a costa de generar una vivencia alienante de aquellos.

Las acciones más inhumanas, perversas o destructivas son llevadas a cabo por seres humanos que no están más que en un estado de transferencia agéntica.

Esto explica que, mientras practican sus actos perversos, puedan seguir manteniendo una imagen moralmente «impecable» de sí mismos.

Esas acciones no les cualifican moralmente a ellos.

Serán percibidas como «extrañas a su naturaleza», pero necesarias por algún tipo de razón de tipo sacrificial que no tienen por qué conocer ni siquiera compartir.

Se trata de hacerlo lo mejor posible desde la perspectiva de la ejecución técnica.

Ante una duda o vacilación ética, bastará pedir la confirmación a la autoridad, para poder quedar tranquilos y proseguir la tarea técnica que consiste en destruir o victimizar a otros con el mayor celo técnico.

EL TRANCE DE OBEDIENCIA DESDE LA TEORÍA DE SISTEMAS

Un estado agéntico tiene lugar, según la teoría de sistemas, cuando una entidad autorreguladora

es modificada internamente de forma que permite su funcionamiento dentro de un sistema de control jerárquico.

Los miembros de una organización o grupo social que entran en este sistema de funcionamiento ya no se ven a sí mismos como actuando a partir de sus propios fines, sino que se van a considerar «meros agentes» que ejecutan los deseos de otras personas, los que verdaderamente «saben lo que hacen».

Los miembros de este sistema se redefinen psicológica y éticamente como «instrumentos de ejecución de otros»: «Yo soy un mandado», «Tan solo cumplo las órdenes», repetirán ante las caras perplejas de sus víctimas.

Con ello, la única responsabilidad que sienten estos auténticos *aliens* creados por el estado agéntico es la de «ejecutar correctamente las acciones que le son ordenadas por la autoridad. El celo del ejecutor reemplaza su conciencia». De ahí el celo típico de los ensañamientos de muchos «agentes» de la autoridad para con las víctimas, recientemente revivido con ocasión de los encierros, el encarcelamiento masivo o los confinamientos generales decretados por «la autoridad» bajo diferentes pretextos y subterfugios.

Este celo «técnico» por ejecutar las órdenes de la autoridad por muy ilegales o injustas que sean descansa en el sentido de responsabilidad que se genera ante la autoridad y que se traduce en términos como la fidelidad, sentido del deber, disciplina o lealtad.

La inducción de un estado agéntico general en la población convierte a sus miembros en policías y guardianes particulares de la dictadura general implantada.

Este tipo de «ingeniería social» ya muy antigua ha sido reintentado con éxito recientemente una vez más con ocasión de la *plandemia*.

Conseguir la delación del vecino, la persecución de los disidentes o la limitación de los derechos y libertades de quienes osan cuestionar el relato oficial por parte del resto de la población general es el sueño más logrado de cualquier élite dominante, organización mafiosa o dictadura mental y social en su proyecto de perpetrar violencias multitudinarias y masivos procesos de victimización que no es difícil organizar basándose meramente en la inducción de un Estado de transferencia agéntico masivo o trance de obediencia colectivo.

Nadie va a cuestionar, en el seno de estos grupos de élite, la ética de los comportamientos más *victimizadores*. Todo se hace por una buena razón: la razón instrumental o «fin que justifica los medios», siempre dolorosos para otros.

Si alguien se rebela, va a resultar inmediatamente victimizado, siendo tratado como un verdadero chivo expiatorio por el resto de los alienados agentes que serán los primeros en administrar el castigo con el mayor celo profesional y la mayor escrupulosidad.

Tal y como señala el propio Girard, «bien engrasado, el mecanismo victimario promueve un mundo absolutamente “perfecto”, puesto que asegura automáticamente la eliminación de todo lo que considera imperfecto, y hace aparecer imperfecto, indigno de existir, todo lo que resulta violentamente eliminado».

LA ORDEN DE SACRIFICAR A ALGUIEN: EL MECANISMO DEL CHIVO EXPIATORIO

Todo grupo humano que vive en el caos y el peligro de desintegración social siente la necesidad de celebrar de manera periódica sacrificios mediante el recurso al señalamiento y la expulsión de chivos expiatorios.

Todo grupo humano dirigido o liderado por una élite «tóxica» es estructuralmente inestable debido a la propia incapacidad o a la falta real de voluntad de dicha élite de integrar de manera

armoniosa y eficaz a las personas y sus diferencias.

El fomento de la rivalidad y el conflicto como forma de usar las tensiones sociales en el seno del grupo humano en beneficio del grupo de élite de turno termina generando problemas y costes sociales enormes.

Al cabo de un tiempo, la rivalidad, la envidia y la competitividad entre los agentes, así como las correspondientes inquinas, suspicacias y juegos psicológicos de suma cero, convierten al grupo humano en un grupo estructuralmente inestable, en una sociedad en crisis, crecientemente amenazada por la desintegración y el caos.

Una sociedad que requiere algún tipo de «gran reseteo».

La organización de «ley de la selva» generalizada transforma el panorama de las relaciones humanas en términos del mecanismo binario: «Yo gano-tú pierdes», o bien «Tú ganas-yo pierdo».

Los juegos psicológicos de «suma cero» y la extensión de la cizaña consistente en «dividir para vencer», son característicos de los peores dirigentes, y producen como resultado un tipo de seres individualistas, inermes, insolidarios, culpabilizados y cerrados sobre sí mismos llenos de un malestar y sufrimiento personal.

Un sufrimiento silencioso que no pueden compartir ni comunicar con los demás que son tomados como adversarios.

El mecanismo de tipo sacrificial más idóneo para explotar esta situación en beneficio particular de los de arriba es el mecanismo del chivo expiatorio.

Este tipo de dirigentes y las élites a las que sirven tratan de desarrollar periódicamente acontecimientos de expulsión y linchamiento grupales, guerras y grandes *reseteos* que funcionan como elementos integradores de las sociedades desestructuradas y que les permiten «reinar» sobre el propio caos y desorden que su ineptitud o incapacidad de *management* social han creado.

La articulación e integración social de estas sociedades en caos y desorganización se realiza sobre montañas de víctimas que se acumulan con el tiempo.

Cambiar algo para que todo el *statu quo* de su poder siga siendo el mismo.

El mecanismo sacrificial de expulsión consiste en señalar un chivo expiatorio o culpable universal colectivo de todo cuanto de malo ocurre en el mundo. Una vez señalado y estigmatizado, se le debe sacrificar por parte de todos los demás, convenientemente adoctrinados, manipulados y convencidos de la culpabilidad intrínseca de la víctima.

Se trata de lanzar a todos contra una víctima única.

El estado agéntico que permitió a millones de personas colaborar en la Alemania nazi en el exterminio de millones de compatriotas vino precedido del señalamiento durante muchos años del colectivo racial y étnico de los judíos como los responsables de la mayoría de los males sociales que aquejaban a la sociedad alemana y que había sido organizado sin duda por los miembros de las élites dirigentes.

Un linchamiento social y psicológico unánime permite rehacer siempre la unidad perdida de todo grupo en crisis y amenazado por la desintegración.

De ahí que los peores dirigentes al servicio de las élites se vean obligados tarde o temprano de manera consciente y deliberada a desarrollar mecanismos victimarios de expulsión a escala internacional o mundial para desviar la atención e imponer cortinas de humo sobre su pésima gestión.

El enemigo común, externo o interno, va a ser acusado falsamente de ser el causante y

responsable último de todos los males que aquejan a la sociedad.

La pública asignación de un culpable universal puede efectuarse a diferentes niveles y constituye el «genuino y auténtico método de integración social» de las élites tóxicas. «Satán expulsando a Satán».

De este modo, las élites más patológicas y tóxicas socializan a los miembros de sus sociedades en la participación en todo tipo de perversiones, que se hacen invocando la necesaria obediencia a la autoridad y que permiten aglutinar, integrar o aunar los esfuerzos y la capacidad de todos, mediante periódicos llamamientos al linchamiento colectivo de alguien.

El «rol» de «enemigo común» a batir a veces lo representan elementos externos a la propia sociedad o nación.

Es el caso habitual de las contiendas bélicas. El recurso al enemigo externo al que se declarará la guerra rehace de manera instantánea la unidad en el seno de una sociedad alienada, lacerada y desintegrada por la exacerbación de la crisis social consustancial a ella: esto es, por rivalidades, facciones, clanes, etc.

El público señalamiento de un enemigo externo a batir, al que todos deben dirigir su animadversión y rabia, es el mecanismo más tóxico de integración social y el más usado hoy en día por las élites tóxicas para conjurar los riesgos de que la «guerra de todos contra todos» termine volviéndose contra los mismos que la han generado.

Sin embargo, los más psicopáticos de los dirigentes tienen a mano el recurso más cercano, y, en cierto modo, menos arriesgado para ellos, de encontrar en el seno de la sociedad a individuos o grupos cuyos perfiles bajos, baja capacidad de amenaza y elevada vulnerabilidad les hace fácilmente «sacrificables».

En el seno de toda sociedad humana existen estos individuos o colectivos que pueden jugar el rol o papel de víctimas, con muy bajo coste para los dirigentes de élite que desencadenan el proceso, debido a la escasa probabilidad de que les hagan frente y reviertan contra ellos el proceso.

De manera tan entusiasta como inconsciente, la mayoría social se presta a colaborar en pleno estado agéntico en este tipo de linchamientos colectivos decretados por la autoridad competente.

Los que han sido señalados o designados como chivos expiatorios son linchados.

Los que participan en el proceso de linchamiento son socializados en la práctica del mal y la enajenación ética respecto a sus comportamientos, puesto que han sido decretados por los que mandan y son percibidos como una purga o limpieza «étnica» interna que nos libra de un peligro cierto de «infección».

Una y otra vez, las sociedades desintegradas y tóxicas van a poder reagruparse e integrarse socialmente, «reinventándose a sí mismas» en torno al sacrificio de individuos o grupos «culpables de todo».

Ordenar «cargar» contra ellos es el mejor modo de integrar grupos y socializar individuos y sociedades enteras en el mal.

No hay unidad ni sentimiento «de cuerpo» semejante al que provocan estos linchamientos colectivos sociales.

La integración social perversa mediante la violencia de «todos contra uno», tal y como explica Girard, es característica de todo orden social y configuradora del orden de todos los procesos culturales.

La mayoría participa en esta ceremonia de sacrificio sin darse cuenta de que se le ha manipulado y se le ha involucrado en un mecanismo *victimizador* manejado hábil y

oportunistamente por otros.

Esta sutil manipulación va a permitir desplazar la responsabilidad moral de los desastres y de unas víctimas perfectamente reales.

Los *linchadores* no serán percibidos como moralmente reprobables por sus actos, sino que lo serán las personas o grupos victimizadas, que cargan como «cabezas de turco» con el estigma del reproche colectivo y de una violencia unánimemente percibida como justa o merecida.

Los linchamientos colectivos inducidos periódicamente por las clases dirigentes o élites permiten canalizar el malestar, la rabia, la frustración, el miedo y el estrés característico de una sociedad tóxica.

El procedimiento del desplazamiento de la agresión, hábilmente diseñado por estos dirigentes, termina proyectándose sobre víctimas de sustitución y configurando un *mob* o *gang* unánime de perseguidores que pretende purgar a la sociedad de los elementos impuros que la perjudican o corrompen.

En esta situación de violencia psicológica, las víctimas reciben el mensaje unánime de su intrínseca torpeza, estupidez, incapacidad, malevolencia, o imprudencia. En otras palabras, el mensaje es que «se merecen aquello que les pasa».

La unanimidad persecutoria produce leyendas negras, en forma de calumnias y versiones distorsionadas en perjuicio de los chivos expiatorios que sufren de su mal en medio de una culpabilización suplementaria que los deja inermes y paralizados.

La putrefacción de todos los problemas importantes es orquestada por parte de los dirigentes utilizando a pleno gas un estilo de dirección conocido como «*Laissez faire, laissez passer*» que garantiza que todo se vaya descomponiendo progresivamente hasta alcanzar el paroxismo de la crisis social final: el apocalipsis.

Cuando la situación social alcanza el paroxismo o llega a un límite, ya no se puede intervenir. El grupo reacciona espontáneamente generando orden a partir del caos, creando «cabezas de turco», despellejándose mutuamente, y proyectando de forma espontánea su mutua animadversión en forma de guerra de todos contra todos.

El necesario chivo expiatorio aparecerá del modo ya descrito para garantizar de nuevo la paz social sobre sus espaldas a base de ser sacrificado.

El carácter adictivo de este tipo de mecanismo de resolución de crisis es patente. Una vez que ha tenido éxito por primera vez tiende a instaurarse como un método sistemático y recurrente. Tarde o temprano se requiere de una nueva víctima para rehacer de nuevo la paz social y todo vuelve a comenzar.

LA FUNCIÓN DE LAS ÉLITES SACRIFICIALES: ORDENAR LOS ABUSOS CONTRA LOS VULNERABLES

Quienes practican como dirigentes de la élite estas formas tóxicas de socializar a sus sociedades en el mal funcionan, en terminología *girardiana*, a modo de auténticos «sacrificadores».

Como los sacerdotes paganos sacrificadores que siguen siendo, son expertos en la tecnología.

Conocen las reglas del sacrificio humano y por tanto las ventajas que tiene el elegir a aquellas víctimas que no ofrezcan resistencia, ni presenten un riesgo para ellos por las venganzas de su grupo de pertenencia.

Por ello tienden a seleccionar para sus prácticas abusivas a aquellos que no puedan representar una amenaza en ningún sentido.

Se trata de minimizar el peligro para ellos de una reacción de afrontamiento o de represalias por parte de otros que pudieran apoyar a las víctimas.

Por ello, para mostrar su poder mediante el arbitrario ensañamiento contra uno e inducir en todos los demás miembros el estado agéntico de «obediencia a la autoridad», suelen elegir como víctimas los grupos o colectivos no confrontativos, las buenas gentes, los grupos más pacíficos, los menos violentos, pues saben de sobra que no suponen ningún peligro para ellos.

La «tecnología» sacrificial busca obtener el máximo partido para sus objetivos de dominio usando el terror, la sumisión y el señalamiento de un enemigo común fácilmente *linchable* por presentar un «perfil de bajo riesgo».

LOS MÉTODOS DE LA AUTORIDAD PSICOPÁTICA PARA INDUCIR EL ESTADO AGÉNTICO

Las formas de desarrollar la obediencia debida se materializan en diez mecanismos fundamentales que las élites tóxicas terminan imponiendo y que sus dirigentes lacayos suelen aplicar reiteradamente:

1. Presentar una justificación aceptable o «racionalidad instrumental» para involucrarse en una acción indeseable, pero que pueda estimarse como necesaria o incluso imprescindible desde esa óptica. La crisis económica, la *plandemia*, la urgente situación bélica, el estado de alarma, la situación del mercado o la «seguridad nacional» son razones habituales para enmarcar las acciones perversas en el marco de una lógica instrumental.
2. Alegar algún tipo de obligación moral o contractual, verbal o escrita, para inducir la conducta requerida: «Te pagan para eso», «Está dentro de tus obligaciones», «Es un deber moral», «Es una obligación de solidaridad, de cuidado o de “amor al otro”»...
3. Proporcionar a los ejecutores roles significativos con los que jugar que tengan aparejados valores positivos previamente aprendidos e interiorizados. Llevarlos a identificarse con roles que permitan mantener asociaciones positivas con un trabajo o ejecución ética o moral. «No soy más que un buen contable», «Un buen ciudadano», «Un cumplidor de las leyes», «Un partidario de la democracia»...
4. Proponer reglas de actuación básicas y correctas a seguir que permitan después ser modificadas gradual y arbitrariamente para justificar la aquiescencia y la aclimatación progresiva (gota a gota) de los comportamientos perversos.
5. Alterar y distorsionar el significado de los hechos y de las actuaciones mediante el recurso a la «distorsión de la comunicación», la propaganda, induciendo la disonancia cognitiva. Utilizar los medios de comunicación para repetir una y mil veces y replicar las deformaciones de la realidad y las mentiras.
6. Generar formas de desplazar o difuminar sobre otros el peso de la responsabilidad por las actuaciones negativas en que participa el individuo, haciéndole ver que otros son los auténticamente responsables o que son más responsables, o bien que no se le puede imputar a él mismo la responsabilidad sobre sus actos.
7. Graduar el tipo de actuación perversa comenzando haciéndole ejecutar al sujeto actos negativos leves o casi inocuos e ir incrementando su participación en acciones de cada vez mayor lesividad y victimización.
8. Incrementar la presión poco a poco en dosis casi imperceptibles para el sujeto, de tal manera que, sin darse cuenta, vaya pasando a ejecutar los mayores niveles de conductas negativas sin casi consciencia de ello.
9. Ir modificando gradualmente la naturaleza de la influencia de la autoridad, cambiando la percepción de esta de «justa» a «injusta», ordenando que el sujeto vaya participando en acciones cada vez más irracionales, absurdas o ilógicas, pero que producen la

victimización gratuita e innecesaria de otros, simplemente porque lo ordena la autoridad. Se trata de inducir la disonancia cognitiva a favor de la autoridad psicopática.

10. Procurar mantener muy elevados los costes de la disidencia y de la desobediencia del individuo. Para dificultar al máximo o volver imposible técnicamente la disidencia, se trata de castigar las mínimas formas de discrepancia verbal, calificándolas como formas graves de desobediencia civil o profesional grave. Imponer las sanciones, multas o penas más exageradas o desproporcionadas ante los más mínimos incumplimientos.

Estos procedimientos son usados tradicionalmente por los grupos sectarios, mafiosos o las maras cuando aquellos que detentan el poder pretenden comprometer a los demás miembros en sus conductas de juego sucio, ilegales, indignas o inmorales.

Los dirigentes tóxicos al servicio de la élite saben perfectamente que es muy difícil hacer participar y someter a todos mediante el trance de obediencia debida sin una adecuada preparación psicológica que modifique a través de la manipulación su estado mental.

Esa manipulación no solo logra la aquiescencia y la colaboración, sino que produce ciertos cambios permanentes en la personalidad del individuo que se relatan a continuación.

EFFECTOS DEL TRANCE DE OBEEDIENCIA SOBRE LA ESTRUCTURA DE LA PERSONALIDAD

El primero en advertir que no resulta gratuito para un individuo participar en tropelías ordenadas por una autoridad fue el propio Stanley Milgram que, ya en 1983, señalaba en su libro *La obediencia a la autoridad* lo siguiente:

Teniendo en cuenta que ese estado agéntico es en gran medida un estado de la mente, más de uno dirá que este cambio de actitud no constituye una alteración real en el estado de la persona.

A lo que respondería yo, no obstante, que estas mutaciones en los individuos equivalen precisamente a las alteraciones más importantes en el sistema lógico de los autómatas.

Por supuesto que no tenemos palanquillas que brotan de nuestro cuerpo, y que las mutaciones son realizadas de manera sináptica, lo cual no las hace por eso menos reales (Milgram, 1983).

Milgram tuvo desde el principio clarísimo el cambio cualitativo y la transformación del sujeto en alguien «diferente», que supone siempre el estado agéntico producido por el mecanismo de obediencia a la autoridad.

Milgram explica que el yo o personalidad del sujeto sometido al estado agéntico o trance de obediencia adquiere propiedades emergentes nuevas que le hacen un individuo distinto. Dicho de otro modo, la obediencia a la autoridad modifica la esencia moral de las personas:

Al cambiar a un estado agéntico, la persona se convierte en algo diferente de lo que antes era, con nuevas propiedades que no se adecuán fácilmente a su personalidad habitual anterior (Milgram, 1983).

La consecuencia más importante del cambio de la estructura de la personalidad es que el individuo deja de sentirse responsable respecto del contenido de las acciones que le son prescritas u ordenadas por la autoridad y sustituye su esquema moral por el de la autoridad.

A partir de ese momento, la responsabilidad moral es solo la que el individuo siente respecto a la autoridad.

Siente vergüenza u orgullo, dependiendo del modo más o menos eficaz en que ha ejecutado técnicamente las órdenes del jefe.

La moral pasa a significar solamente lealtad, cumplimiento del deber, disciplina, unidad

doctrinal con el que manda.

No tiene que ver con la perversidad o la bondad de las acciones que emprende el individuo ni con el daño que perpetra a otros, sino con el grado de cumplimiento celoso de sus obligaciones con la autoridad.

La «mutación estructural de la personalidad» que opera el estado agéntico no es algo, por lo tanto, puntual, sino que va a marcar la agenda psicológica del sujeto a lo largo de años en los que se va a poder dedicar sin remordimiento alguno a ejecutar las más siniestras y perversas órdenes concienzudamente, aunque sin conciencia, es decir, poniendo el acento en la observancia técnica y científica de las órdenes.

Ese cumplimiento automático u obediencia ciega le hará sentirse bien consigo mismo y podrá hacer frente a la disonancia cognitiva puesta de manifiesto por los devastadores efectos o el sufrimiento de las víctimas de las actuaciones más atroces ordenadas por la autoridad

LA NULA CONSCIENCIA ENTRE NOSOTROS DE LOS PELIGROS DEL TRANCE DE OBEDIENCIA

Resulta paradójico que cuando Milgram describe este experimento a los grupos de estudiantes universitarios y les pregunta si ellos participarían hasta el final en la consumación de las descargas eléctricas, tan solo un 9 por ciento reconoce que iría hasta el final administrando las descargas.

De una expectativa teórica de participar en la violencia psicológica organizativa hasta el final de tan solo el 9 por ciento de la población, pasamos a la realidad muy distinta que ofrece el experimento.

A decir verdad, sucede lo contrario. Sabemos que un 91 por ciento (y no un 9 por ciento) de las personas se involucra hasta el final en los actos de violencia ordenados por la autoridad.

Estos resultados son extremadamente inquietantes, pues significan que bajo la orden de cualquiera que se pretenda una autoridad, más del 90 por ciento de todos nosotros somos capaces de infligir a otros seres humanos males, aunque ello signifique inicialmente para nosotros un conflicto moral o ético. Sujetos normales y no sádicos pueden, bajo un estado agéntico, realizar actos terribles contra otros seres humanos.

El estado agéntico que genera el trance de obediencia a la autoridad hace de los seres humanos puros instrumentos dóciles y sumisos que pueden ejecutar cualquier cosa, siempre y cuando aquello sea ordenado o decretado por la autoridad competente.

La inferencia es que, bajo el mando de una élite dirigente psicopática, las personas normales podrán actuar funcionalmente como auténticos psicópatas, sin hacerse el más mínimo reproche ético por su actuación depredadora contra otros seres humanos.

Ello explica la urgente necesidad de una alerta que solo puede venir de la educación y de la divulgación de todo este conocimiento a la mayor escala posible.

La educación en la disidencia, la desobediencia civil activa y pasiva y el escepticismo ante todo lo que se transmite y se ordena desde las élites dirigentes hacia la población supone la articulación real y verdadera de un sistema psicológico inmune al trance de obediencia capaz del discernimiento propio y característico de la verdad y la realidad que proporciona la Libertad Zero.

ENAMORAMIENTO ZERO: RENUNCIA AL ENAMORAMIENTO ROMÁNTICO Y ELIGE EL AMOR RACIONAL A TI MISMO

Y si tu mano va a ser causa de que caigas en pecado, córtatela: más vale entrar manco en la vida eterna que con las dos manos ir al fuego. (...)

Y si tu ojo va a ser causa de que caigas en pecado, arráncatelo; más vale entrar tuerto en el reino de Dios que con los dos ojos ser arrojado al fuego.

MC 9, 43 Y 47

LAS TRAMPAS DEL AMOR ROMÁNTICO Y LA MENTIRA DEL ENAMORAMIENTO

Quizás la queja más habitual que se encuentra un terapeuta especializado es cuando uno de los dos miembros de una pareja acude a consulta y te dice: «Ya no estoy enamorado de mi pareja».

Lo que hay detrás de esa expresión es una confusión que procede en buena parte de la propaganda romántica y del bombardeo del *marketing* publicitario que caracteriza el último siglo en materia de relaciones amorosas. No hay industria más opulenta que la del enamoramiento en materia de ropa, perfumería, música, viajes, cine, etc.

Estar enamorado es una experiencia que se propone como misteriosa, inefable, mística o incluso extática, pero, sobre todo, es algo muy explotable comercialmente.

Todo aquello que pueda servir para estar enamorado o enamorar al otro es apreciado más que el oro.

Donald F. Klein y Michael R. Liebowitz, del Instituto Psiquiátrico del Estado de Nueva York (Estados Unidos), postularon la relación entre el enamoramiento y la aparición de un neurotransmisor muy potente y adictivo, la feniletilamina, que puede desencadenarse por un simple intercambio de miradas, un roce de la piel o un contacto físico. Establecieron que el cerebro de una persona enamorada presenta grandes cantidades de feniletilamina y que esta sustancia explica las sensaciones y modificaciones fisiológicas que experimentamos cuando ocurre el enamoramiento, tales como la vigilia, la excitación, las taquicardias, el enrojecimiento o incluso el insomnio.

La permanente inundación de los circuitos neuronales de esta sustancia llamada «el neurotransmisor del amor» llevaría a una situación imposible de gestionar neurológicamente para el cerebro humano.

Dicho de otro modo, no estamos diseñados para estar permanentemente enamorados.

El enamoramiento tiene otras funciones que no tienen vocación de permanecer en el tiempo.

Lo adictivo de este neurotransmisor cerebral explica por qué muchas personas pretenden mantener una relación de pareja con el fin de estar permanentemente bajo los efectos fisiológicos gratificantes de esta sustancia poderosa.

Esta pretensión supone algo parecido a querer estar permanentemente «colocado».

Ni es posible, ni es aconsejable.

Muchos encuentran un modo sustitutivo de chutarse feniletilamina al cerebro mediante la ingesta de chocolate, elemento rico en esta sustancia. Como ves, no es una leyenda urbana el que los males de amor se pueden mitigar a base de ingesta masiva de chocolate. Aunque esta opción no es excesivamente recomendable en elevadas dosis por los efectos secundarios adversos en materia estética y los sentimientos de culpa anexos.

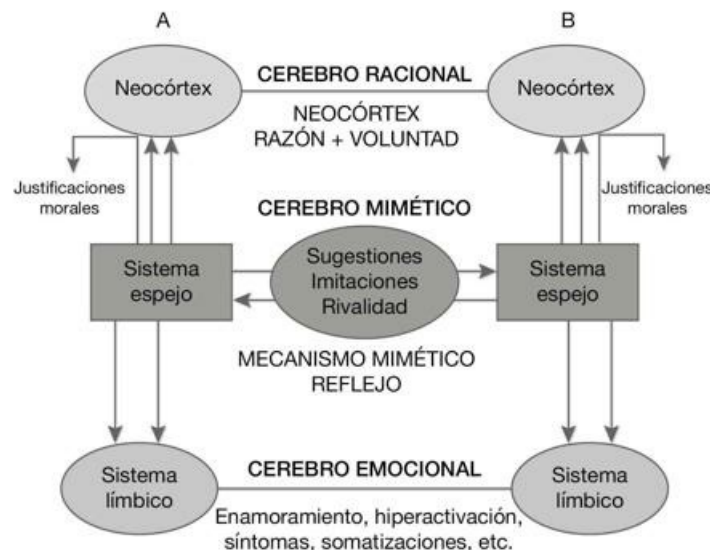
PERO ¿PARA QUÉ SIRVE ESTAR ENAMORADO?

Las investigaciones psicológicas sobre la duración de este estado nos informan de que este estado de hipervigilancia, alerta, activación e intenso placer neurológico tiene vocación de durar solamente entre nueve y dieciocho meses en nuestra especie. En casos muy excepcionales veinticuatro meses son alcanzables. (Cuando algunas personas dicen que llevan décadas o incluso toda la vida enamorados de sus parejas están refiriéndose a otra cosa).

Este período de entre nueve y dieciocho meses se corresponde exactamente con el período en que la hembra humana quedaba en situación de mayor vulnerabilidad debido al período sumado de embarazo y primera lactancia por reducirse sus posibilidades de defensa y automanutención. En este lapso de tiempo, la vulnerabilidad de la hembra humana a todo tipo de factores amenazantes requería la presencia cerca de un cazador de mamuts enamorado, necesidad a la que la naturaleza proveyó.

El cerebro humano desarrolló un recurso genial para mantener al protector cerca de la protegida y sus crías, generando un potente elixir neuronal para lograr la permanencia de la unión que salvara a la descendencia de sufrir el riesgo de ser atacada por todo tipo de depredadores. Lo de las mujeres y los niños primero llegó mucho después.

Relación entre el Sistema espejo, neocórtex y Sistema límbico



EL COLOCÓN DEL ENAMORAMIENTO PUEDE SER ADICTIVO

La inundación de feniletilamina en el cerebro puede ser una experiencia muy agradable, pero no es viable ni recomendable como un criterio solvente para guiar la propia vida afectiva y amorosa.

La única posibilidad de estar permanentemente enamorado es la de encadenar sucesivas experiencias de enamoramiento con diferentes parejas de un modo secuencial o en serie.

Esa experiencia es similar a la del adicto que necesita siempre una dosis más y mayor, pues la aclimatación del cerebro a esa sustancia requiere cada vez mayor cantidad con menor efecto marginal.

Los denominados adictos al amor (en realidad adictos a la feniletilamina), que no deben ser confundidos con los adictos al sexo, suelen ser víctimas de un mecanismo tremendo de aclimatación por el que precisan siempre más y más de lo mismo, obteniendo cada vez menos

efectos por el mismo proceso.

La repetición del mismo mecanismo anula finalmente la capacidad del cerebro de experimentar la sensación como nueva y suele generar otras adicciones que con frecuencia encontramos presentes en los pacientes adictos al enamoramiento.

La pretensión de estar siempre enamorado, característica de las poesías, canciones y guiones románticos, es tan loca e insensata como la de aquel que quiere vivir toda la vida bajo los efectos del alcohol, la cocaína o el colocón de cualquier otra sustancia adictiva.

Ni es conveniente para la felicidad del ser humano ¡ni hay cuerpo que lo resista!

Vivir la experiencia del amor como encadenamientos de relaciones con un enamoramiento permanente o semipermanente conduce a vivir a un nivel meramente hipotalámico, es decir, desde el CEREBRO EMOCIONAL (sistema límbico) la experiencia superior del amor humano que debe, para ser plena y estar integrada, involucrar al resto de los niveles superiores y, de modo especial, al CEREBRO RACIONAL (neocórtex) como protagonista principal.

Una regresión a los niveles meramente subcorticales de esta experiencia supone quedarse con una experiencia amorosa cortocircuitada, típicamente prehistórica y prerracional, es decir, la cueva, la caza del bisonte y la experiencia química del amor como un subidón neurológico básico y primitivo, propio de nuestro cerebro más antiguo y reptiliano.

Miles de años han pasado y nuestro cerebro ha desarrollado otras funciones que vamos a describir a continuación y que veremos como complican más el asunto amoroso.

¿QUÉ HACE QUE NOS ENAMOREMOS? LA MENTIRA ROMÁNTICA

Lo que a continuación voy a explicar va a decepcionar a casi todos los lectores adictos al romanticismo. Es lo que llamamos la «mentira romántica».

Es René Girard quien ha desvelado el origen real de los mecanismos por los que los seres humanos caen en la experiencia del enamoramiento y que solamente pudieron ser revelados a lo largo de los siglos por los grandes maestros de la literatura.

Son Cervantes, Dostoievski, Shakespeare, Molière, Flaubert y Proust los que han comprendido y descrito en sus obras principales el verdadero y trivial funcionamiento de nuestra máquina afectiva amorosa.

El resultado de esta revelación no puede ser más humillante para los creyentes en el carácter melifluido y misterioso del amor humano como amor romántico.

Nada más lejos de la realidad considerar que nuestras relaciones amorosas parten de un fondo individual genuino y particular que decide o elige a alguien como pareja.

Lo cierto es que somos seres de segunda mano en casi todo, pero muy especialmente en materia amorosa.

El esquema mítico dominante y tradicional del romanticismo supone un esquema en el que un chico conoce a una chica y, por razones más bien misteriosas o esotéricas, descubren que se gustan y terminan emparejándose.

El proceso por el que encuentras a tu alma gemela o media naranja tiene numerosas versiones míticas que han sido desarrolladas a través de los siglos por las artes y las letras:

- La compatibilidad de caracteres o teoría de la media naranja.
- El reencuentro kármico.
- La teoría del alma gemela.
- El mito del príncipe azul o la princesa prometida.
- La fuerza del destino.

- La compatibilidad astrológica.

A partir de la Edad Media, con el desarrollo del mito del amor cortés propagado en Europa por la acción de los trovadores provenzales y las novelas de caballerías, y sobre todo a partir de la propaganda intensa del romanticismo, la humanidad ha sufrido la mayor de las estafas científicas y antropológicas, siendo conducida a tomar las ficciones del amor romántico como realidades nacidas de algún tipo de fondo individual misterioso.

Solamente los grandes novelistas han mostrado el verdadero carácter del amor, basado no en el objeto de amor romántico, sino desde la explicación de las dinámicas imitativas del deseo.

COMO OPERAN LAS LEYES DEL MIMETISMO EN LAS RELACIONES DE PAREJA

El deseo mimético sigue una serie de leyes que explican los epifenómenos más variopintos y destructivos en todas las relaciones humanas como son los celos, la rivalidad, la envidia, los triángulos amorosos, el donjuanismo, el *pagafantismo*, la violencia doméstica o el apego al perpetrador.

A diferencia de la necesidad humana, el deseo nunca se extingue a través de su consecución o de su satisfacción.

Cubrir una necesidad termina con dicha necesidad. Pero alcanzar un objeto de deseo solamente conduce a la insatisfacción y a la reorientación de ese deseo sobre otro objeto en una dinámica destructiva para el ser humano.

Por eso, el proceso de desear no tiene fin, a no ser que medie una decisión del neocórtex frontal, es decir, de la voluntad humana.

Las leyes del deseo mimético y las consecuencias terribles de ignorarlas en las relaciones amorosas se describen a continuación.

PRIMERA LEY: tu deseo no es espontáneo ni original, sino copiado de otro

Todo deseo humano es prestado (copiado) por parte del que (generalmente ignorándolo) se convierte en modelo.

La observación atenta nos permite rastrear quiénes en el pasado fueron los modelos que nos designaron el objeto, deseándolo ellos primero.

La propaganda romántica nos hace creer en la mentira de que deseamos desde un fondo personal o individual que nos hace originales o genuinos o por las características intrínsecas de belleza, estética, glamur o atractividad del objeto. Nada más lejos de la realidad. Somos seres de segunda mano, especialmente en la materia de elecciones sentimentales, llevados siempre a desear a aquellos que son real o supuestamente deseados por otros.

Consecuencia: la base triangular de todo deseo es la fuente de todo el sufrimiento inefable de las pasiones humanas, la codicia o los «amores locos». Resulta esencial reconocer mis triángulos como origen y base de mis deseos si quiero elegir vivir en la verdad y aplicar la sabiduría interior a mis relaciones.

SEGUNDA LEY: tu deseo depende de un modelo seas o no consciente de ello

Es frecuente que se conviertan en nuestros modelos quienes conviven más cerca física o emocionalmente de nosotros: nuestros padres, hermanos, profesores, amigos, colegas del trabajo o parejas.

De ahí que nuestros modelos suelen ser los seres humanos más cercanos a nuestra vida.

La confluencia de los deseos entre modelo e imitador es, por lo tanto, algo esperable y no algo excepcional.

Pensamos, sentimos, opinamos y deseamos cosas parecidas a las personas con las que

interaccionamos más.

No siempre identificamos el origen del deseo en nuestro modelo, por lo que siempre tenemos la sensación de que hemos deseado algo o a alguien por alguna característica intrínseca a la persona o por una preferencia interna que nace de nuestra personalidad o nuestros gustos.

Consecuencias: el carácter mimético del deseo es potencialmente conflictivo. El riesgo de entrar en colisión con nuestros modelos es elevado, toda vez que la copia del deseo por un determinado objeto lo convierte en objetivo para dos individuos que desean lo mismo al mismo tiempo. Las dinámicas *rivalitarias* y conflictivas aguardan habitualmente a quien imita y a su modelo en el momento que alguno de los dos o ambos a la vez deciden reservarse el objeto de deseo para ellos mismos en exclusiva.

De ahí que sean proverbiales los odios y las broncas de los que antes eran mejores amigos o parejas.

Dos que comparten vida, aficiones, gustos y pasan tiempo juntos, es probable que entren en rivalidad por desear objetos exclusivos que no pueden ser compartidos.

TERCERA LEY: tu deseo se refuerza si encuentra oposición o dificultad y se debilita y desaparece tras su consecución

El deseo humano es tanto más intenso cuanto más modelos confluyen y desean ese objeto a la vez.

La belleza o la escasez de los bienes o las tendencias de la moda no solo están en el ojo de quien mira, sino sobre todo en la suma del número de modelos que desean lo mismo.

Hay que anotar que la escasez del objeto de deseo no es la que incrementa la intensidad del deseo, sino que, de modo contrario, es la convergencia de muchos modelos sobre el mismo objeto la que determina la escasez de ese objeto.

Por eso, en economía, jamás la escasez de un bien se refiere a una cantidad dada o discreta del propio bien, sino a la demanda real por el mismo.

El petróleo no es un bien cotizado porque haya mucho o poco en el planeta, sino porque hay muchos que pelean por tener ese combustible.

Lo mismo le ocurre al chico o a la chica a quien todos desean.

El objeto de deseo es más intensamente deseado, por el mismo hecho de que muchos lo desean. «Al que tiene se le dará y al que no tiene se le quita hasta lo poco que tiene...». Lc 19, 26.

Consecuencias: el deseo por el objeto es tanto más intenso como sean la dificultad, el obstáculo o los esfuerzos que son necesarios efectuar real o implícitamente para alcanzarlo.

La disonancia cognitiva explica por qué muchas personas se esfuerzan denodadamente una y otra vez en contratar psicológicamente su fracaso y su derrota amorosa entrampándose en sucesivas relaciones imposibles, conflictivas o incluso traumáticas.

Cuanto mayores sean las dificultades por alcanzar a la persona que creo que me gusta, mayor será mi deseo.

De ahí que los quijotes amorosos, lo mismo que el original cervantino, siempre están buscando quien más y mejor los vapulee, ignore o vilipendie. La consecuencia más terrible de esta «locura quijotesca» es que tu deseo más intenso puede llevarte en pos de alcanzar el objeto amoroso más imposible, es decir, aquel que acabe destruyéndote.

Esta es la explicación del mal denominado «masoquismo amoroso» o apego al «objeto imposible».

Muchas personas quedan prendidas y prendadas de los objetos amorosos más imposibles,

precisamente por eso, porque son imposibles, entablando relaciones afectivas con personas emocionalmente indisponibles, narcisistas extremos, adictos, mujeres fatales, *bad boys* o psicópatas integrados.

Estos masocas se encuentran atraídos por el atractor extraño de relaciones sin paracaídas, impulsivas o sin futuro.

Sus parejas suelen ser las más perjudiciales, dañinas o perversas (son las famosas «*liaisons dangereuses*»). Sus relaciones les hacen sufrir tanto porque quedan encadenados a la lógica perversa del deseo.

Ignoran que su loca carrera les dirige de forma certera hacia su destrucción.

La repetición compulsiva de este esquema a lo largo de sus vidas les lleva a confundir el amor con el maltrato, y la pasión con el menosprecio y las broncas permanentes, quedando ofuscados por el carácter tormentoso o dificultoso de sus relaciones, tanto más deseables como dolorosas sean. Siguen aquellos viejos refranes de «Amores reñidos son los más queridos» y «Quien bien te quiere te hará llorar».

Los casos más extremos de la locura amorosa los presentan aquellos que terminan confundiendo cualquier obstáculo con un objeto de deseo amoroso, es decir las «mesalinas» y los «donjuanes».

Para estos, basta que un objeto amoroso potencial sea prohibido, peligroso o imposible para que lo conviertan en objetivo de sus conquistas.

CUARTA LEY: la mutua imitación crea el doble vínculo mimético o reciprocidad

Siendo el deseo de carácter mimético, la imitación del imitador sobre el modelo puede y suele revertirse produciéndose un doble vínculo en el que el imitador se transforma en el modelo y viceversa.

Entonces, ambos son a la vez modelos e imitadores mutuos originándose todo tipo de escalamientos miméticos tanto positivos como negativos.

La reciprocidad positiva conduce a la permanente luna de miel.

La reciprocidad negativa desencadena el infierno en la tierra.

La convivencia de una pareja es por antonomasia la situación de mayor riesgo de doble vínculo mimético debido al hecho de que quienes conviven y comparten la propia vida juntos tienen más probabilidades de convertirse en modelos mutuos.

El doble vínculo mimético por el que cada uno se convierte al mismo tiempo en imitador y modelo para el otro puede hacer que una relación de pareja sea un melifluo paraíso o, por el contrario, se vuelva un infierno en la tierra.

La mutua imitación de gestos delicados, caricias, cuidados o piropos puede desembocar con el tiempo en una mutua imitación de insultos, reproches, menosprecio, indiferencia o violencia.

El mimetismo es como la energía nuclear. Puede llevar a lo mejor o a lo peor en nuestras relaciones.

Consecuencias: el doble vínculo produce alternativamente, o bien escalamientos de reciprocidad positiva en forma de afecto, afinidad o sinergia, o bien de reciprocidad negativa en forma de escalamientos de desconfianza, animadversión, antagonismo y violencia.

La reciprocidad puede pasar en poco tiempo de ser positiva a convertirse en reciprocidad negativa.

La sabiduría consiste en comprender y detectar el mecanismo mimético que genera este riesgo a tiempo y elegir voluntaria y racionalmente la primera opción.

Uno de los efectos perversos del doble vínculo a evitar será el problema de la envidia, que es

una causa de ruptura en las relaciones más frecuente de lo que se piensa.

Los amigos, familiares o parejas que conviven cercanamente se encuentran sometidos al riesgo de competir y rivalizar por todo tipo de deseos que pueden terminar copiándose mutuamente: el afecto de los hijos, el éxito profesional en sus carreras o profesiones, la popularidad, la valoración o el aprecio de las amistades comunes...

Este tipo de rivalidad o competitividad interna genera como subproducto la envidia que horada y socava muy secretamente las relaciones de un modo que es muy poco reconocido.

Un caso específico del mimetismo relacional lo podemos ver en el drama habitual en el que uno de los miembros de la pareja o incluso los dos rivalizan con los miembros de la familia de origen del otro. Los chistes de suegras, cuñados y nueras retratan este drama relacional de las querellas sin fin que proceden de rivalizar por el cariño, el tiempo o la atención preferente del otro miembro de la pareja.

QUINTA LEY: la reciprocidad negativa condena a vivir un conflicto sin objeto

Uno de los efectos más devastadores del mimetismo es la violencia exacerbada que se genera cuando ambos participantes se convierten en mutuos imitadores en la rivalidad o el antagonismo.

En esta querella se produce la desaparición del objeto de deseo a medida que avanza el litigio.

Sin objeto por el que pelear solamente queda la reciprocidad negativa al desnudo y vemos la paulatina transformación del otro en «objetivo a batir». De modo paradójico, la violencia doméstica entre rivales conyugales termina haciendo desaparecer los objetos de la contienda, que pasan a un segundo plano.

Cualquiera que sea la pelea: la custodia de los niños, quien se queda con el coche, la casa, el perro, el dinero de la herencia... el problema es el mismo.

La exasperación de la rivalidad mutua está estructuralmente abocada al fracaso sistemático de todo intento mediador o toda negociación.

Llegados a este punto, todos los esfuerzos mediadores son tan bienintencionados como imposibles.

Ningún abogado de divorcios puede dudarlo.

A partir de un determinado momento, la rivalidad ya no versa sobre el objeto del litigio, sino sobre el otro, tomado este no como objeto, sino como objetivo al que hay que ganar, vencer, someter o sojuzgar a toda costa.

La importancia original del objeto como elemento de conflicto sobre el que se apoyaba la rivalidad va a difuminarse progresivamente a medida que avanza la mutua imitación en el resentimiento y el odio recíproco y va a terminar desapareciendo del conflicto.

Ya no se trata de disputarle al rival un objeto determinado, sino de abatirlo y aniquilarlo como persona.

Por ello, esta rivalidad mimética entre las parejas culmina frecuentemente en un *maelström* violento, insoluble desde ninguna mediación.

No hay posible mediación a partir del momento en el que ya no hay objeto a compartir o a repartir, puesto que ya el objetivo de cada uno de los rivales es abatir, someter o incluso eliminar al otro.

La violencia devuelve a las claras la realidad esencial de la rivalidad y de su base en el mimetismo del deseo.

Nos revela la carencia de objeto real en lo profundo de todo deseo y su carácter emulativo o *copiativo*.

No es el objeto disputado lo primario en los conflictos y en la violencia entre parejas, sino el

mimetismo, es decir la imitación mutua en el deseo por algo que pertenece al ser del otro.

Consecuencias: si bien es verdad que la violencia puede irrumpir en los conflictos de pareja antes de que el objeto de litigio haya desaparecido del horizonte, lo cierto es que su irrupción confirma la desaparición de los objetos en las contiendas conyugales de todo tipo.

En todas las guerras domésticas, el objeto de la querella termina desmaterializándose ante los ojos de ambos rivales. Ya no se pelean por este o aquel objeto. Llegados a un punto de no retorno la única preocupación es ganar y derrotar al otro; la custodia de los niños, la casa común, los objetos en litigio, etc. no importan ya nada.

Llegado ese momento, la pelea solo sirve para destruir y aniquilar al otro, transformado de rival en adversario. Debido a su propio mimetismo, los antagonistas quedan mutuamente fascinados, creyendo en la maldad intrínseca del contrario y pierden de vista el objeto.

De ahí en adelante, el objetivo es el oponente. El objeto de deseo es así reemplazado por el otro y por su derrota.

SEXTA LEY: el mimetismo conduce a creer en dos mitos: la culpabilidad del otro y la percepción de que el otro empezó

Con el final de este proceso de anihilamiento *objetal* mimético, en el que desaparece todo objeto de la contienda violenta, nacen los mitos. Los mitos son la historietas que nos contamos a nosotros mismos para poder entender lo que nos resulta incomprensible. Pretendemos así obtener una explicación y dotarnos de una representación del problema que nos está ocurriendo que tiene rara vez en cuenta la ceguera mimética propia. El otro en conflicto es el culpable, el malo, el sinvergüenza, el malintencionado, el perverso, etc.

La percepción del mito de la maldad del otro es tan sincera como falsa por estar mecánicamente armada y determinada por el mimetismo o la mutua imitación y por su carácter mecánico y poco consciente.

Puesto que el objeto ha desaparecido, solamente queda en los dos rivales el deseo de eliminar al otro. Cada cual percibe desde su lado de la trinchera el proceso de intención y el intento de perjudicarlo ajeno y al mismo tiempo entiende su propia violencia como una mera respuesta a la que le hace el otro adversario.

Esta percepción es simultánea en ambos bandos en guerra. Los dos la viven como sincera y evidente, pero en ambos casos es falsa pues olvida el proceso de escalamiento mimético desde la mutua imitación que origina el conflicto.

Consecuencias: puesto que el mecanismo mimético es el elemento primordial que arma los procesos de mutua imitación que conduce a la reciprocidad negativa y a la violencia en las relaciones humanas, es imposible asignar un punto exacto de inicio o rastrear un origen concreto en los conflictos.

Las pequeñas asimetrías, los fallos en la comunicación, los errores en la transmisión de información, los olvidos, despistes o descuidos son los elementos que suelen incendiar el conflicto y dar lugar a un rápido proceso de escalamiento mimético que instala la reciprocidad negativa sin que ninguno advierta lo mecánico y trivial del proceso imitativo en el que están embarcados.

La actuación de las neuronas espejo hace el resto.

La mutua imitación explica el escalamiento por medio del cual las relaciones humanas pasan del amor más dedicado al odio más cerval.

De la no correspondencia en el afecto, el cariño y el cuidado del otro, se pasa a la mutua indiferencia, y de ahí se salta con facilidad al odio, al acoso y finalmente a la violencia verbal o

física.

Este proceso mecánico y desconocido por todos los que están inmersos en él da lugar al fenómeno observado mil veces por quienes investigamos el fenómeno de la violencia, de que siempre ambos contendientes violentos aducen que «el otro empezó las hostilidades».

Cada una de las partes envuelta en un conflicto cree absoluta y sinceramente en los mitos de la única responsabilidad de su adversario y de su carácter provocador o iniciador de todo el conflicto.

Al no identificar el mimetismo como origen y causa del propio proceso conflictivo resulta imposible poner coto a sus resultados. Los debates interminables sobre quién provocó el problema, quién fue su iniciador, responsable o culpable, conducen a una fabricación variadísima de versiones míticas de las causas de la violencia (instinto de agresión, ideología machista, pulsión sexual, desviación de la libido, posesividad, etc.) y a la de chivos expiatorios que deben cargar con toda la culpa.

La generación de estos chivos expiatorios es una ilusión óptica que nos deja tranquilos, pero que no resuelve nada en materia de violencia.

En nuestro mundo actual, ya sabemos desde hace tiempo que los chivos expiatorios son inocentes de todos los cargos que se les imputan, y debido a que ya no funciona el mecanismo sacrificial que antaño engrasaba las relaciones en las sociedades primitivas, no es posible resolver de un modo duradero los problemas de violencia mediante el castigo o sacrificio de algunos que antaño se mostraba efectivo.

SÉPTIMA LEY: el escalamiento violento de la imitación mutua termina con la destrucción mutua asegurada

A partir de un determinado momento, las partes en conflicto ya solamente se imitan, sobrecompensando el antagonismo del otro.

Este es uno de los epifenómenos más terribles del mimetismo, y el responsable del final catastrófico habitual consistente en la mutua destrucción.

De estas noticias se nutren a diario los informativos de todos los países sin jamás llegar a comprenderse los mecanismos miméticos que exacerban la violencia y alcanzan hasta el crimen.

La reciprocidad violenta, junto a la desaparición del objeto de rivalidad, explican que, al final, el objetivo de destruir al otro sea el único elemento que une a los dos contendientes en la batalla. Lo que les une ya solo es la violencia mutua o reciprocidad negativa.

Consecuencia: en medio del escalamiento mimético llega un momento en el que alguno de los dos puede llegar a decidir destruirse a sí mismo para acabar con el otro. Los modos de destruirse o inmolarse pueden llegar a ser muy variados. La lógica propia del terrorista suicida es siempre una versión del «morir matando». Aún más, «morir para poder matar».

Variaciones sobre este tema suelen ser llegar a autodestruirse mediante el alcohol, las drogas, la adicción al trabajo o incluso mediante la generación inconsciente de enfermedades oportunistas que tienen como objetivo ante todo dañar de rebote al otro miembro.

El resentimiento de una mujer contra un esposo *workahólico* y ausente en su trabajo puede consistir en la «casual» enfermedad que la aflige...

El asesino doméstico que mata a su mujer arruina su vida para siempre como consecuencia de su propio crimen. Es cierto que ha destruido la vida de ella, pero también, en cierto modo, ha hecho lo mismo con la suya.

Llegados a este punto de exacerbación mimética en los extremos ya no hay victorias para nadie, tan solo diferentes grados de derrota.

Uno de los dos se destruye para destruir al otro, sin poder descubrir ninguno de ellos a tiempo el proceso mimético que le guía para poder impedir la destrucción mutua.

VIOLENCIA ZERO: ELIGE EL CAMINO DE LA PAZ

Al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica, déjale también el manto: y a quien te fuerce a llevar carga por una milla, llévasela dos.

MT 5, 40-41

DE LA FRATERNIDAD LINCHADORA A LA HUIDA HACIA ADELANTE DEL BUENISMO

La fraternidad que sienten los *linchadores* de una víctima única es algo mítico.

Un linchamiento procura una experiencia subjetiva de fuerte pertenencia al propio grupo y sitúa mentalmente a cada individuo en un extraño funcionamiento «inconsciente» a modo de un autómata poseído por una masa desprovisto de voluntad.

En todo grupo humano la violencia colectiva induce a la fascinación y a un comportamiento estereotipado de tipo hipnótico que ha sido analizado por la psicología. Algo así como una especie de «posesión colectiva».

El «todos contra la víctima» granjea un «éxtasis violento», una experiencia de «frenesí» del que no saldrán sino a partir de la destrucción o eliminación final de su víctima. «Muerto el perro, se acabó la rabia».

Esto explica el escalamiento y la espiral de la violencia psicológica de los grupos contra sus víctimas. Una vez en marcha no se detienen nunca hasta llegar al final.

La espiral de la violencia colectiva no se conforma ni cesa hasta conseguir la total eliminación en forma de expulsión o salida de la víctima de su entorno social.

El «espíritu de cuerpo» que tal experiencia unificadora procura a los miembros del grupo consagra la violencia como un elemento de carácter mágico y configurador de orden, unidad, paz y fraternidad humana, restablecido siempre sobre la «sangre de los miembros excluidos y expulsados mediante linchamiento».

Por eso, en la violencia colectiva de grupo también se manifiesta una ceguera específica del grupo mismo acerca de su propia conducta violenta.

A partir de ahí, la violencia no será vista sino como lógica, proporcionada, natural o necesaria.

No será violencia, sino un deber de justicia (literalmente, *iustitia* era para el derecho romano «*ius suum cuique tribuere*», es decir, dar a cada uno lo que merece). Lo que no es, a la postre, más que darle a cada uno «su merecido».

La violencia es siempre percibida por todos los violentos como «dar a alguien su merecido», es decir, como «cumplir con un deber de justicia y de restablecimiento del orden», trastocado por las víctimas, que son así satanizadas, lo que significa convertidas en culpables de su propio mal.

La violencia grupal, al incrementar la disonancia cognitiva, consolida la percepción sincera de los miembros del *gang* violento del carácter sagrado del grupo u organización que construyen y configuran mediante la violencia.

Este es el factor más importante de la complacencia y de la buena opinión que tienen de sí mismos estos grupos. Se consideran «sagrados» o «intocables».

Salirse del círculo violento que a uno lo vincula con su grupo de pertenencia es algo extremadamente complicado para cualquier ser humano.

Requiere eludir el mecanismo que guía desde dentro de la misma estructura del grupo su comportamiento violento. En otras palabras, exige algo tan costoso como es para un individuo

escapar a la fuerza de gravedad que siempre significa una «presión mimética» a la conformidad de su grupo de pertenencia.

Escapar a la fuerza del mimetismo, tal y como se ha visto, no es un fenómeno esperable en la naturaleza de las relaciones sociales, en las que todos somos en definitiva «hijos» de la necesidad gregaria de afiliación y, por tanto, presos de los efectos de las expectativas que los demás proyectan sobre nosotros, en especial, de nuestros grupos de pertenencia.

El individualismo naif característico de nuestra época, repleta de «buenistas» biempensantes y de tan ciegos como insensatos optimistas antropológicos, pretende convencernos falsamente de nuestra autonomía funcional como seres independientes y dotados de una voluntad propia susceptible de escapar sin más a la presión mimética que significan las expectativas de los demás sobre nosotros.

Esos individuos autosuficientes, autocríticos y capaces de arrepentimiento y de retroceso sobre su propio comportamiento violento que el «buenismo» insensato nos vende no son más que una mentira, tan interesada como compartida por una sociedad que se vuelve incapaz de domesticar su propia violencia, mientras mantiene la ilusión característica de los biempensantes y de los políticos de todo pelaje de que «lo estamos consiguiendo».

Un mito socialmente oneroso, cuyo precio es habernos conducido al mismo borde del precipicio en el que se encuentran nuestras instituciones y nuestra sociedad en su conjunto, sin que nadie aprecie el origen real del problema.

Ante la violencia, todos somos hijos de un mecanismo mimético grupal, que nos arrastra tanto a vociferar, junto al resto de un estadio contra el equipo contrario, como a la crítica destructiva de aquel a quien todo el mundo está «poniendo a caldo».

El mimetismo y la correlativa presión mimética también son los que nos llevan a todos a incurrir en el denominado «error básico de atribución», un mecanismo inconsciente que nos conduce a intentar verificar sistemáticamente en las víctimas de la violencia determinados rasgos, actitudes o formas de ser, que las hacen culpables y, por lo tanto, responsables y merecedoras del mal que sufren.

El mimetismo del grupo es causante de que, ante los procesos de victimización, se piense que las víctimas «algo habrán hecho» .

El error básico de atribución hace que la violencia propia y ajena se perciba tan solo como una forma de justicia distributiva, esto es, el efecto para una persona que solo recoge lo que ella ha cosechado.

RECONOCER LA INOCENCIA DE LAS VÍCTIMAS DE LA VIOLENCIA PASA POR ASUMIR NUESTRA RESPONSABILIDAD HACIA ELLAS

Arrojar consciencia sobre la violencia es una forma tácita de denuncia de aquellos que la practican, a pesar de que ellos no quieran saber de su propia violencia.

Denominar a alguien víctima convierte en agresores a los victimarios que se creían inocentes.

Reconocer y renunciar a la violencia en la que participamos en nuestros grupos de referencia y de pertenencia puede ser algo peligroso, pues nos puede marginar de estos y transformar en desviantes sociales con el consiguiente peligro de pasar a formar parte del último nombre en la lista de las víctimas.

Esta presión grupal explica el modo entusiasta en que participamos de los procesos de victimización de nuestros chivos expiatorios de nuestros grupos sin advertirlo.

Comprender la violencia no es comprender las violencias innumerables que vemos que los demás practican, entender de manera muy humillante nuestra participación cotidiana y poco consciente en ella.

Esta iluminación no tiene nada de natural ni de esperable, desde los planteamientos «racionalistas» y «buenistas» que dominan en el panorama actual.

LA REVELACIÓN DE LA VIOLENCIA: *APOCALIPSIS NOW*

Por el contrario, la luz de la verdad acerca de la propia violencia puede ser tan cegadora que no permite su revelación técnica, sino más bien un peligroso recrudescimiento y una huida hacia adelante aún más violenta que los principios.

Esta huida hacia adelante en forma de espiral de radicalización en la violencia ya es practicada por muchos integristas políticos y militancias radicales de todo tipo que nos ofrece esta sociedad del final de los tiempos con un futuro peligroso y amenazante.

El futuro ya apocalíptico promete siempre más violencia para contener o limitar la violencia actual de cada día.

La revelación respecto a nuestra propia violencia nos está llevando a situaciones límite. «Revelación» recibe en griego el nombre de «apocalipsis». Por algo es.

Apocalíptico es ciertamente nuestro modo de pensar y de enfocar la violencia, en la medida que el estudio de la misma en los últimos años nos ha convencido de que hay algo muy serio (no allá afuera, sino aquí dentro) que nos amenaza en relación a nosotros mismos y a nuestra participación común en la violencia.

Comprender en última instancia el ser humano y su funcionamiento dentro del mundo social pasa ineludiblemente por comprender y dar cuenta científica y técnicamente de la realidad de esta amenaza. Una amenaza que tiene que ver precisamente con la incapacidad del ser humano de reconocer su participación en la violencia que él mismo dice denunciar y de la que dice abominar de un modo buenista y farisaico.

COMPRENDER LA VERDAD DE LA VIOLENCIA REQUIERE DE UNA CONVERSIÓN INTERIOR O *METANOIA*

Acabamos de dar cuenta del modo en que las pistas falsas sobre la violencia llevan a otras tantas teorías equivocadas sobre su origen y manifestaciones.

También hemos visto cómo aproximarse a la verdad de la violencia puede ser quemarse ante la luz cegadora de la verdad de nuestra íntima participación en ella, siempre en mucha mayor medida de lo que estamos dispuestos a aceptar.

Por eso, el estudio de la violencia no deja indiferente a nadie. Ante ella no caben las posiciones neutrales. Ante la violencia, lo mismo que en tantos otros órdenes de la vida, puede afirmarse sin duda que «quien no recoge, desparrama».

La aproximación a la violencia con una especie de microscopio psicosocial, como quien analiza u observa el comportamiento de una extraña especie de virus o bacteria, es algo irreal e ingenuo. Siempre producen risa los denominados «observatorios» sobre los tipos de violencia más dispares que todo tipo de instituciones inventan para proceder a dar cumplimiento a una especie de deber político y acallar la mala conciencia moral.

Ese «cumplimiento» formal es precisamente eso: «cumplir» y «mentar». La equidistancia formal que produce esa especie de «observación del fenómeno» es como la orquesta que tocaba durante el hundimiento del *Titanic*. No solo no se hace nada, sino que se entretiene y distrae la

atención dando la sensación de actividad y de proactividad.

Además, se da la sensación políticamente correcta de gran interés «para no alborotar al gallinero» de que ya alguien se ocupa de hacer «algo».

En el estudio de la violencia más que en ningún otro orden rige el principio cuántico de que «el observador es lo observado».

La imposible neutralidad de los juicios de valor emitidos por todos los «observantes», partidarios del soporte y apuntalamiento del orden sacral establecido, les convierte a ellos en «tácitos victimarios» y a sus víctimas en objeto de una victimización secundaria.

¿Cómo adoptar entonces la óptica adecuada que nos permita captar en su esencia este fenómeno?

La comprensión de la violencia, tal y como se verá, exige de nosotros un titánico esfuerzo de tipo personal e íntimo.

La fuerza más formidable del universo social es la fuerza del mimetismo. Esta fuerza, poco conocida y menos aún explicada en los foros que analizan la violencia, es la que nos lleva a no poder salir de esa espiral y a recaer una y otra vez en las formas más aberrantes y a la vez sofisticadas de violencia de unos contra otros.

No salir de la espiral de la violencia interpersonal significa continuar participando en ella y terminar cayendo de forma habitual en todo tipo de mecanismos de defensa que recrudecen en última instancia nuestra participación violenta y que nos llevan a la autojustificación de nuestros actos mediante la obligada y subsecuente (a partir de entonces) satanización y criminalización de nuestras víctimas.

La auténtica y profunda comprensión de la violencia y sus recodos no deja a nadie igual que antes.

Al modo del episodio de la caída a tierra de San Pablo durante su conversión, las víctimas de nuestra violencia de cada día pueden cuestionarnos moralmente a todos una y otra vez: «¿Por qué me persigues?».

No entender que uno es un «perseguidor» significa, en última instancia, participar en la propagación y extensión en todos los órdenes sociales de la violencia, bajo todas sus formas y reencarnaciones más variadas.

Esta participación de todos se debe a razones estructurales y, por lo tanto, poco conocidas por un sujeto que se cree un «individuo» y se toma por un «self».

Desde las formas más aceptables de violencia, por debidamente camufladas, hasta las que más criticamos abiertamente como ajenas a nosotros, todas ellas son manifestaciones de la misma y peligrosa verdad.

De ahí que la violencia, lo mismo que cualquier otra forma de energía, nunca desaparece. Tan solo se transforma.

La energía psíquica que la crea y mantiene sigue empujándola a manifestarse en las relaciones humanas en modos y formas cada vez más sutiles y creativas incluso.

LA VIOLENCIA COMO FUNDAMENTO DEL ORDEN SOCIAL

Hace años que, estudiando la violencia en todas sus principales manifestaciones, llegué a la conclusión de que toda nuestra cultura se sustenta en un principio organizador básico y fundamental que nace de la violencia.

El afloramiento reciente de problemas como el *mobbing*, el *bullying*, del Amor Zero y de todas las demás formas de abuso y acoso psicológico en grupos y organizaciones humanos no es más

que la constante revelación de este principio organizador tan esencial como oculto de nuestra sociedades humanas: la violencia.

Un fenómeno tan antiguo como el mundo.

El *mobbing* laboral no hace más que revelar el viejo modo en que los grupos humanos se las arreglan para construir todo orden social y cultural sobre las espaldas de sus chivos expiatorios.

El *mobbing* actualiza sobre bases metodológicas diferentes lo que la antropología había ya descubierto bajo la denominación de «la ruta antigua de los hombres perversos».

Esta revelación ha sido permitida gracias al derribo de las versiones culpabilizadoras y míticas que ha operado en nuestra cultura occidental la influencia del cristianismo, primer y último baluarte de las víctimas inocentes falsamente acusadas.

Desde las historias de José o Job de la Biblia, los Vedas en la tradición hindú, hasta los héroes de las tragedias griegas, todos los fundamentos sociales y culturales del mundo están transidos del elemento integrador negativo aunque productor de orden social que es nuestra tendencia a culpar a las víctimas de nuestra violencia grupal y social de turno.

La Biblia y el cristianismo se encargan de revelar por vez primera y de un modo revolucionario que las víctimas no son sino chivos expiatorios que, lo mismo que las modernas víctimas del *mobbing* en el trabajo, del *bullying* en la escuela y del abuso intrafamiliar en las Familias Zero, sirven para resolver las crisis sociales de sus grupos o comunidades sociales respectivas, reconciliando o religando a sus miembros.

El modo en que las comunidades primitivas, hasta entonces amenazadas por la crisis y la desintegración social, lograban este propósito reconciliador explica que, después de linchadas, las víctimas fueran posteriormente veneradas como dioses fundadores tutelares, tal y como muestra magistralmente Girard.²

Los sacrificios violentos a manos de un *gang* victimario han permitido a los diferentes órdenes culturales y sociales sobrevivir y superar las crisis que amenazaban su persistencia como tales.

Ello ha podido funcionar como remedio o *pharmakós* solo hasta el advenimiento del cristianismo y hasta que su penetración paulatina en lo social ha conseguido destruir la eficacia del mecanismo sacrificial.

A partir del momento en que todas las víctimas fueron reconocidas como inocentes crucificadas injustamente («Tuve hambre y me disteis de beber, tuve sed y me disteis de beber, estaba desnudo y me vestisteis, enfermo y en la cárcel y vinisteis a verme»...), lo mismo que Jesús, todo el tinglado se empieza a venir abajo.

Hoy en día nadie puede victimizar a otros en la buena conciencia anterior del paganismo que entendía la violencia como generadora de orden social y a las víctimas como culpables y merecedoras.

La violencia en todas sus formas y modalidades nos ha sido revelada como tal, a pesar de que como sociedad seguimos sin poder renunciar al orden que sabemos construir desde siempre solamente sobre las espaldas de víctimas inocentes.

El problema es que hemos avanzado éticamente lo suficiente como para reprochar como inmorales todas las violencias, hasta aquellas más ocultas o encubiertas.

Todo ello se opera desde un cambio en el paradigma cultural y social irreversible ya, del que no somos conscientes, que afirma, por encima de todas las apariencias *linchadoras* y violentas a las que estamos aclimatados, la inocencia por defecto de toda víctima.

EL SISTEMA ES VIOLENTO; EL INDIVIDUO, INOCENTE

Esta es la tesis que sustentan los «chicos positivistas» representantes del pensamiento ingenuo y buenista actual.

Incidir en el mito del «buen salvaje» es una forma moderna, elegante y erudita de eludir la «mala noticia» de la violencia nuestra de cada día.

«Los hombres son buenos, es la sociedad la que los corrompe».

El moderno racionalismo se abona a una (vieja ya) antropología, propia del Siglo de las Luces, de que «el hombre es bueno por naturaleza».

Esta ingenuidad abunda también en el enfoque racionalista para el que simplemente la constatación de los efectos perversos de la violencia debiera bastar para convertir a un hombre violento en un ser totalmente pacífico.

La tesis ilustrada del «buen salvaje» al que la sociedad (el sistema) transforma en malvado olvida decisivamente explicarnos «por qué existe» y sobre todo «cómo opera» el mecanismo de la construcción social de esa maldad social y sistémica que termina haciendo malo y perverso al ser humano.

Mi libro, *Mi jefe es un psicópata* (La Esfera de los Libros, Madrid, 2021), abunda en el mecanismo esencial que produce estas mutaciones. Su tesis central de que todos somos capaces de todo, nos devuelve a la cruda explicación de genocidios como los de Ruanda, Burundi, Bosnia, Kosovo, todos ellos fenómenos contemporáneos de la época de la ONU, los derechos humanos y las conquistas sociales del moderno Estado de derecho.

Otros autores apuestan simplonamente por «hipostasiar» la existencia de supuestos instintos de agresión, genes, disposiciones internas del cerebro o de la biología (siempre a punto de evidenciarse y nunca evidenciados realmente), que no habrían sido superados por la vida en sociedad. Nuestra raíz o instinto animal explica según estos «creyentes» que sigamos dejándonos llevar por instintos, genes y tendencias ocultas y desconocidas que no podemos controlar.

De este modo, etólogos, neodarwinistas, psicoanalistas y genetistas estrechos se hallan embarcados desde hace décadas en la búsqueda del Santo Grial de la «esencia interior violenta», algo así como «el gen de la agresividad» que permita explicar la violencia humana.

Al «cosificar» instancias que no son sino entes míticos como el «instinto agresivo», el «gen violento», el «instinto de muerte» y otras imposturas intelectuales, estos autores lo único que hacen es exorcizar la violencia fuera del ser humano, para recaer en la idea, mítica a su vez, de la inocencia básica y fundamental del hombre. Algo que no resulta a la postre más que una mistificación y autojustificación personal del individuo concreto que se apunta a tales teorías.

Hablar de la relevancia esencial para la violencia humana del «poder del hipotálamo» y de las «estructuras límbicas» del cerebro intermedio que compartimos con los reptiles sobre nuestra conducta es tanto como negar el último millón de años de evolución de nuestro cerebro más avanzado: el neocórtex y especialmente nuestra área prefrontal.

EL «BUENISMO WOKE» COMO AUTOJUSTIFICACIÓN DE LA VIOLENCIA CONTRA LA VIOLENCIA

Mantener estos tipos de autojustificación le sale muy caro a quien lo hace, pues se ve obligado a recurrir a toda clase de artefactos y teorías complejas acerca de la violencia y de sus mecanismos para sortear una y otra vez la dolorosa verdad que no quiere ver ni de lejos: la verdad incómoda acerca de su participación en la violencia.

De este modo, surgen en nuestros días por doquier los profetas de los «sentimientos morales antiviolentos», portavoces autorizados de un tipo de pensamiento o filosofía woke o «cultura de

la cancelación» que les permite cohabitar con su «violencia de todos los días» sin renunciar a la mejor opinión sobre sí mismos.

Estos abonados al «buenismo» pretenden conjurar el problema mediante el recurso al nominalismo.

Palabras mágicas como antirracismo, igualdad, «paz», «convivencia», «tolerancia», «no violencia» funcionan como «mantras» vacíos de contenido y validan las violencias más radicales, los escraches, la cancelación, la censura y las mordazas con las que pretenden satanizar y excluir al adversario, aplastándolo bajo un «pacifismo», una antiviolencia o un antirracismo que conducen directamente al retorno de las peores monstruosidades.

La violencia contra la violencia adopta las formas de un neototalitarismo de guante blanco que pretende, bajo un manto hipócrita y «buenista», luchar contra la violencia, para lo cual no duda en silenciar al otro, censurarlo, acosarlo o directamente cancelarlo.

Es así como la «no violencia» ha pasado a ser parte del pensamiento políticamente correcto totalitario (PPCT) con el que modernamente muchos se dedican a perseguir a todo disidente que no comparte sus peregrinas ideas acerca del mundo o las relaciones humanas.

Estas ideologías *woke* encubren formas de violencia más sutiles, indirectas y disimuladas que operan hoy en día contra los demás y que causan verdaderas víctimas.

La militancia radical en ellas basada en la tolerancia aparente y en la no violencia suele contener una agenda oculta que pretende una «pacificación forzosa del universo» y, por lo tanto, incluye tácitamente una violencia que es siempre fuerza bruta, acorralamiento y la privación de derechos humanos básicos.

El carácter pánfilo y pedante de la corriente *woke* es cómico si no nos jugáramos tanto en la comprensión de la violencia.

La violencia encubierta *woke* convierte en un chivo expiatorio a todo aquel que no comparte los sagradísimos postulados del pensamiento gregario o los memes que dominan en el paisaje social.

Los *woke* se justifican en continuar siendo «violentos contra la violencia». Su «violenta cruzada antiviolencia les permite linchar a otros sin despeinarse» y sin descabalgarse de su inmejorable opinión de sí mismos como pacíficos y tolerantes partidarios de una convivencia a ultranza que resulta impuesta a fuerza de acoso y persecución.

Imponer su verdad a otro a golpes, con hostigamiento, intimidación y violencia es lo propio del ideario político-social de cualquier régimen totalitario...

Son constantes los intentos de adoctrinar a los niños a través del sistema educativo en los valores de este tipo de pensamiento políticamente correcto totalitario (PPCT).

Ello supone una recaída y una regresión que pretende conseguir mediante la indoctrinación obligatoria lo que no puede ser obtenido por la propia convicción, la comprensión, la consciencia y la toma de conciencia de la libertad individual.

Esta nueva recaída sacrificial significa añadir más gasolina para apagar el fuego de la violencia.

Algo que, con seguridad, realimentará el futuro resentimiento que toda violencia engendra en cualquier víctima y que ya se percibe ampliamente en las nuevas generaciones de jóvenes, más que hartos de indoctrinación totalitaria.

LAS VERSIONES MÍTICAS DEL ORIGEN DE LA VIOLENCIA: «EL OTRO EMPEZÓ LA BRONCA»

Cuando se investiga el fenómeno de la violencia, aparece enseguida la dificultad de establecer un

origen puntual concreto a ella.

Cada parte que opera con violencia, reivindica en «buena fe» que no empezó el conflicto y que solamente responde con su violencia a la violencia del otro».

Cada uno de los contendientes acusa reiteradamente al otro de haber iniciado primero las hostilidades.

Cada uno de ellos cree de buena fe que el otro es un malvado y que su propia violencia no hace sino corresponder a la que el otro comenzó.

Ambas partes sufren de buena fe de percepciones erróneas.

Ambas partes son víctimas del mito de la culpabilidad del otro.

Desconocen el modo trivial en que están embaladas en un proceso de mutua imitación del antagonismo y la violencia del otro que les va a transformar profundamente en entidades consumidas por la rabia, la envidia y el resentimiento.

La percepción errónea del origen de toda violencia en el otro explica que sea imposible poner de acuerdo a las partes en asignar un origen o descubrir un responsable último de ella.

Cada uno de los adversarios cree absolutamente en el mito de la total y única responsabilidad de su adversario.

Chivoexpiatorio a la otra parte es siempre el resultado de esta errónea percepción.

Al no ver la viga en nuestro ojo y no identificar al mimetismo actuante en el origen de todo el proceso, nos condenamos a no entender nada y atribuirle todo a la paja que observamos en el ojo ajeno.

Quien se embarca en la réplica y en la reciprocidad violenta no termina siendo muy distinto del otro al que imita constantemente.

Los debates interminables sobre quién provocó un conflicto, quién es su responsable o su único culpable conducen tan solo a la fabricación inútil de versiones míticas (mito significa mentira) de la violencia, como son el instinto de agresión, la pulsión violenta, la desviación de la «libido», las perversiones clínicas y la creación de todo tipo de chivos expiatorios (esta parte o la otra «deben tener toda» la culpa).

La única posibilidad de escapar a nuestra participación no consciente en la «violencia nuestra de cada día» requiere reconocer y constatar, en nosotros (primero) y en los demás (después), el carácter mimético y, por tanto, mutuamente contagioso de toda violencia.

No se trata tan solo de hacer responsable o culpable al propio mimetismo o al narcisismo de la violencia, «hipostasiándola» o intentando exorcizarla como una entidad maligna, sino de comprender en profundidad sus mecanismos y poder advertir a tiempo de cuántas formas y maneras todos nosotros participamos a diario en su juego sin saberlo.

La dinámica ciega de todas las violencias humanas nos conduce a convertirnos en víctimas y a fabricar otras víctimas, así como a creer firmemente en las imprescindibles mitologías necesarias para continuar viviendo en la mentira, culpabilizando a los demás y exonerándonos de nuestra responsabilidad por nuestras víctimas al mismo tiempo.

Salir de la propia violencia exige un cambio de rumbo y tomar la decisión de alejarse del programa de la Matrix. Una verdadera conversión interior o *metanoia*, que no todos están dispuestos a emprender.

Solamente quien se libera de su propia violencia puede liberar a los demás de la suya, ofreciendo de este modo un modelo real de imitación no violenta para ellos.

DIMISIÓN INTERIOR ZERO: PONTE DEL LADO DE LAS VÍCTIMAS

La lámpara de tu cuerpo es tu ojo; si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará luminoso; pero, si está enfermo, tu cuerpo estará a oscuras.

LC 11, 34

Cuando hablamos del mal nos referimos a acciones que tienen consecuencias. No se puede juzgar el mal a partir de las intenciones conscientes de las personas, puesto que las distorsiones psicológicas tienden a ocultar a los propios perpetradores, sus verdaderas intenciones.

ERVIN STAUB, *Las raíces del mal*

LA DIMISIÓN ÉTICA INTERIOR COMO PROCESO DE ANESTESIA O INSENSIBILIZACIÓN MORAL

Contrariamente a lo que se pudiera pensar, el proceso por el que un determinado individuo alcanza la anestesia moral ante el mal o dimisión ética interior no suele ser el resultado de su voluntad detenida y deliberada, sino del juego de sutiles mecanismos de defensa que le afectan y que no advierte generalmente de manera consciente.

Por ello resulta de primordial interés hacer que las personas sean conscientes de estos mecanismos si quieren verse libres del proceso que los conduce a esa dimisión ética interior.

Los mecanismos de defensa son procesos psicológicos automáticos que protegen al individuo de la ansiedad y de la conciencia de amenazas o peligros externos o internos. Mediatizan la reacción del individuo ante los conflictos emocionales internos y ante las amenazas externas.

Ante el problema que la obligación de actuar frente al mal genera en los individuos de nuestra especie es esperable que cada uno se deje llevar por estos sutiles mecanismos psicológicos de defensa, en lugar de elaborar una respuesta activa racional, meditada e inteligente.

Los mecanismos de defensa, como reflejos psíquicos desencadenados por el Yo para evitar los daños sobre él y preservar su identidad e integridad psicológica, presentan un problema: todos ellos son intentos fallidos e ineficaces de restablecer el equilibrio psíquico.

En otras palabras, su efecto en el individuo es un precario o falso equilibrio, con el que partes importantes y esenciales de la realidad quedan mal percibidas, sesgadas, veladas, escondidas o reprimidas de manera no consciente.

Al desplegar sus mecanismos de defensa, el individuo está reaccionando de un modo inconsciente e ineficaz al problema de la responsabilidad moral de tipo social ante aquellos otros miembros de nuestra especie que sufren. Este despliegue, habitualmente inconsciente, produce un daño inconmensurable en la sensibilidad ética de cada individuo y le convierte *de facto* en un ser anestesiado ética y moralmente. A este proceso de abdicación ética y moral lo cualificamos como un tipo de «dimisión ética interior» que modifica sustancialmente el comportamiento del individuo. Un proceso en siete escalones o grados hacia la anestesia moral o paso al lado oscuro gracias a la construcción psicológica de la indiferencia. Estos son los siete grados de la dimisión ética interior.

LOS SIETE GRADOS DE LA DIMISIÓN ÉTICA O ANESTESIA MORAL

- 1.«No se puede hacer nada»: la parálisis moral mediante la resignación ante el orden sacrificial fáctico de la sociedad, la economía, el mercado, el destino, el karma...
- 2.«No es asunto mío»: las distancias psicológicas con las víctimas.

- 3.«Es culpa del que lo ha hecho, no mía»: el desplazamiento y la transferencia (en el espacio o en el tiempo) sobre el agresor.
- 4.«Ya ayudo a otros»: el desplazamiento de la obligación de ayuda sobre otros tipos de víctimas.
- 5.«¿Y los demás qué?»: la difusión de la responsabilidad sobre los demás.
- 6.«Es un “cabrón” que lo merece»: la satanización de las víctimas, el error básico de atribución y el mecanismo del chivo expiatorio.
- 7.«Muerto el perro, se acabó la rabia»: el síndrome de ensañamiento con las víctimas.

1. Primer grado de anestesia moral. La paralización moral mediante la resignación ante lo que no puede evitarse: el orden económico-sacrificial como un orden inevitable.

Una de las fuentes más terribles de indiferencia moral es la resignación ante lo que consideramos inevitable.

Nos resignamos, en general, cuando concluimos que no cabe hacer nada frente a una realidad que consideramos como algo inevitable, sea cual sea esta.

El psicólogo Martin Seligman explica el mecanismo que hace que las víctimas aprendan a no defenderse desde el momento que constatan la inevitabilidad del castigo que reciben. Ese mecanismo, denominado «indefensión aprendida», es responsable de la paralización de muchas víctimas ante las violencias que padecen.



La rehabilitación psicológica de todas las víctimas del acoso escolar, laboral, del Amor Zero o del maltrato y violencia doméstica pasa siempre por romper la indefensión que ha sido aprendida a veces a lo largo de años de exposición de la víctima a un proceso de victimización constante y repetido.

La percepción de que un castigo es inevitable y el aprendizaje de que no se puede hacer nada para detenerlo paraliza no solo a las víctimas directas, sino también a los testigos.

Ante el mal que le sucede a otros solemos permanecer indiferentes cuando percibimos que, de alguna forma, lo que ocurre a sus víctimas no puede sino ocurrir lógicamente, una vez visto cómo está construido este mundo, y por ello es algo «inevitable».

Para percibir el mal que aqueja a otras personas de nuestro entorno como algo inevitable y no hacer nada, todos nosotros somos víctimas de un tipo de mecanismo que nos hace apreciar de manera distorsionada los hechos fácticos como una realidad inevitable que no puede ser más que la que de hecho es.

Buena parte de los fenómenos de banalización y trivialización del mal y de las injusticias y los

procesos de victimización que ocurren a diario proceden, tal y como veremos a continuación, de esta arcaica cosmovisión religiosa sacrificial acerca del mundo que propone cuanto ocurre como inevitable por el designio de las leyes inescrutables de la mano ciega e invisible del mercado, la economía o incluso el karma.

La percepción social del liberalismo plantea un mundo intrínsecamente justo en el que cada uno recibe el justo premio o castigo a sus actos a través de la mano invisible del mercado. Esta cosmovisión forma parte de un cuerpo mítico más amplio: el que consiste en tomar o adoptar la economía como una nueva religión dogmática e incuestionable.

Son quienes en pleno error falaz pretenden presentar los hechos positivos ya consumados del acontecer económico (en alemán: *sein*) como prescriptivos o normativos (en alemán: *sollen*).

Resulta paradójico que el mundo moderno, penetrado por la tecnología, la secularización y la pérdida del referente religioso, sea el de millones de personas que sustentan una visión del mundo arcaica y mítica —en el fondo, religiosa— como esta.

Muchas personas creen que lo que ocurre en la esfera económica y del trabajo, sucede por la propia necesidad del ser de las cosas.

Por extensión, piensan que no se puede hacer nada frente a lo que no puede ser de otra manera. De otro modo, consideran que no queda más remedio que cooperar absolutamente con lo inevitable.

La configuración de la economía normativa o positiva como una nueva religión³ convierte a las leyes económicas meramente explicativas y descriptivas del funcionamiento del mercado en un conjunto articulado de axiomas inexorables y «tabú», que concitan un falso consenso general. Este consenso, montado sobre una falacia, opera a modo de un «pensamiento único religioso-económico propio tan compartido por la izquierda como por la derecha política».

Por arte de magia, las leyes se transforman de explicativas en prescriptivas o normativas, dando lugar a la aparición de una disciplina: la economía «normativa».

De este modo y en pleno siglo XXI, hemos ideado un modo atípico de resucitar el antiguo mundo sacral, propio de las religiones primitivas, en el que los acontecimientos se vivían como designios inexorables de dioses incommensurables y caprichosos. La economía como nueva religión presenta sus propios mandamientos, ritos y liturgias sacrificiales.

Las fórmulas explicativas antiguas de que todo lo que ocurre está bien, «porque Dios lo permitía», o porque «era la voluntad de Dios», o «Dios así lo quería» («*Deus lo vult*» fue el «eslogan» patrocinador de la primera cruzada decretada por el papa Urbano II), han dado paso a otras formas de justificación basadas en juicios de valor que pertenecen a la nueva religión denominada «economía positiva o economía normativa».

Ya he criticado profusamente en uno de mis primeros libros *Neomanagement. Jefes tóxicos y sus víctimas* este carácter que tiene la economía normativa como «nueva moral de reemplazo» que pretende reivindicar falsamente la descripción de los hechos económicos (propios del «ser» de las cosas) como prescripciones o juicios normativos (propios del «deber ser» de las cosas).

Somos hoy muy pocos los que nos atrevemos a profundizar críticamente en el análisis de los hechos económicos como propios del actuar humano discrecional (del libre albedrío) y no como efectos inexorables del modo implacable de ser de la economía.

Esta única religión verdadera económica configura una lógica racional-social imperante fuera de la cual no hay salvación, quedando marginados y estigmatizados los pocos críticos que se resisten a resignarse a la imposibilidad de que las cosas sean de otro modo.

Afirmando el carácter inexorable de lo que ocurre en la esfera de la economía y de los hechos

económicos, se consagra la irresponsabilidad moral de los actores, simples marionetas del juego de fuerzas y leyes económicas. Reivindicando la discrecionalidad en la actuación de los agentes, devolvemos al actuar económico de los agentes a la realidad de que sus actos, pudiendo ser otros diferentes, pueden ser reprochables éticamente. Sostener que no hay alternativa al funcionamiento actual de la economía y de las organizaciones empresariales no solo es falso, sino que induce a la irresponsabilidad social y moral.

La nueva religión económica hace del mercado y de sus leyes «implacables» el nuevo regidor y «justo juez» del universo de los mortales. Ante el nuevo dios, no queda más que someterse. La mayoría contempla impasible los acontecimientos más terribles e injustos que se producen en la vida económica como meros sucesos derivados de una praxis económica que «no podría ser otra sino la que es». La mayoría silenciosa toma los datos de la realidad con el fatalismo de quien sabe no puede sustraerse a un destino fatal prefijado.

Del mismo modo que la naturaleza de un volcán en erupción o de un huracán es *per se* destructiva, la economía y el mercado son simplemente «así», y «nada se puede hacer contra ellos». Oponerse a lo que ocurre por la necesidad de las cosas significa el mismo vano esfuerzo que tratar de domesticar un ciclón o detener un tsunami.

Ante el espectáculo del sufrimiento en el mundo del trabajo y de la destrucción de las vidas y familias de millones de seres humanos, la mayoría silenciosa suspende sus juicios de valor, aludiendo a las leyes del mercado o al carácter naturalmente regulador del mercado como algo casi sagrado. Si la economía explica estos hechos como derivados de algún tipo de lógica racional, no queda más que resignarse.

La resignación de tantos testigos mudos y su pasmosa indiferencia ante las víctimas de los sucesos traumáticos que nuestro entorno económico ofrece a diario resulta inquietante. Se suceden en las organizaciones los despidos masivos, la deslocalización de empresas, las prejubilaciones forzosas, las reducciones crónicas de efectivos, la precarización de plantillas enteras, la subcontratación y el *outsourcing* salvaje o integral... Todo ello sin que nadie diga y menos que haga algo.

La resignación produce en los agentes sociales la indiferencia ante esos males, entendidos «de manera políticamente correcta», como ineludibles e intrínsecamente asociados a la mismísima naturaleza de la cosa económica.

El mantra económico es tan falso como profusamente repetido. Una y otra vez, se proclama desde todos los foros, y las instancias públicas y privadas, por esos nuevos sacerdotes-sacrificadores que son los gurúes y creadores de opinión que «no hay otro modo de hacer las cosas». Lo óptimo económicamente es dejar hacer («*Laissez faire, laissez passer*») a «la mano invisible del mercado» que opera «democrática y equitativamente», sin realizar acepción de personas. Oponerse a ella es absurdo.

Las catástrofes humanas, fruto de las actuaciones económicas, son presentadas ante la opinión pública como realidades fácticas que proceden de la única realidad posible, tal y como está configurado objetivamente el mundo.

En otras palabras, son el resultado natural de cómo la economía y el mercado se desenvuelven generando unos determinados efectos, que, a pesar de ser lesivos y generadores de víctimas, no podrían ser diferentes en modo alguno a los que son.

Se verifica entre la mayoría de los seres humanos, y especialmente entre aquellos que deberían solidarizarse y velar por la defensa de las víctimas, un creciente desánimo y la sensación de impotencia que procede de atribuir lo que ocurre a una especie de fatalidad o destino procedente

automáticamente de «cómo está hecho el mundo».

Puesto que es inútil propinar coces a la realidad, la indiferencia ante el sufrimiento de las víctimas o ante su forzoso destino es la mejor receta práctica, que además tiene la ventaja de una apariencia ética y moral. Se trata de cooperar absolutamente con lo inevitable.

Del mismo modo en que antiguamente el esquema religioso-sacrificial y determinista justificaba el sacrificio de víctimas debido a la existencia de una voluntad divina arbitraria, caprichosa e inconmensurable de unos dioses a los que los humanos les importaban poco, y exigían de este modo sacrificios sangrientos, los denominados «procesos ciegos» de la economía («economistas tiene la madre economía que podrían explicarlo en tiempo y forma») funcionan como «los nuevos dioses» que no pueden detener su proceso de generación de víctimas y exigen continuamente otras de recambio para realimentar el sistema. De nuevo, hoy como antaño, el ser humano y su dignidad intrínseca como valores centrales a proteger y salvaguardar quedan relegados.

Por eso, los seres humanos de nuestra época se sienten inmersos en procesos gigantescos y fuerzas complejas (que perciben como metafísicas) que creen no poder comprender y aún menos dominar. Se sienten abandonados a una suerte que les parece arbitraria: a una serie de injusticias y sufrimientos de los que nadie aparentemente tiene una responsabilidad directa.

El mundo absolutamente «perfecto» de los sistemas religiosos arcaicos que analizó con enorme acierto René Girard asegura automáticamente la eliminación de todo lo que considera imperfecto, y hace aparecer como imperfecto e indigno de existir a todo cuanto resulta violentamente eliminado.

Las víctimas sufren y son sacrificadas con su perfecto beneplácito, reconociendo en su fuero interno (a veces a unos niveles muy poco conscientes) que no se han portado bien, que no lo hicieron bien, que no han sabido salir adelante, que se han dormido, que no han sido capaces de adaptarse, que no se lo han sabido «montar bien». Son obligadas a aceptar y reconocer que en el mundo económico perfecto de las plenas posibilidades «para todos y sin acepción de personas» que ofrece el mercado, han resultado ser a la postre «ranas hervidas».⁴

Del mismo modo que las víctimas de los sacrificios religiosos paganos acudían mansas y sumisas a ellos, las nuevas víctimas de la economía sacrificial resultan paralizadas: se sienten inadecuadas, ineptas, torpes, desfasadas..., fuera de la pomada. En definitiva, se sienten culpables por no ser suficientemente adaptables, ajustables, flexibles... culpables por no saber sobrevivir profesionalmente en una sociedad que funciona «óptimamente» y en la que «cualquiera tiene la oportunidad de salir adelante». Se sienten culpables y «merecedoras» del sacrificio que se perpetra contra ellas.

Quedan abocados a un vacío existencial de sentido que les hace sufrir siendo la culpabilidad el remate a una faena casi perfecta. Una culpabilidad que nace del propio orden económico percibido como irrefutable e incuestionable. Si el orden económico es incuestionable e incuestionado, la víctima no puede sino sentirse responsable o culpable («Algo habré hecho mal»).

Puesto que casi todos comparten este tipo de visión del orden económico como orden «religioso» en el que cada cosa está bien donde está y cada cosa está bien como está, ser una víctima en este tipo de mundo sacrificial no puede significar más que ser una víctima percibida por todos, y sobre todo por ella misma, como culpable y responsable de cuanto le está ocurriendo.

De todo este proceso psicológico se deriva la indiferencia que elimina a la vez la capacidad de

respuesta ante el propio sufrimiento y la facultad moral de juzgarlo como injusto.

Todo el proceso descrito lleva a la mayoría de las personas a dejar de sentirse responsables por lo que les ocurre a los demás, y en última instancia puede terminar ocurriéndoles también a ellas.

2. Segundo grado de anestesia moral: «No es asunto de mi competencia, no me corresponde a mí». La fabricación de distancias psicológicas con las víctimas.

Este tipo de mecanismo intenta fabricar modos o maneras de decirse el individuo que ese tema no le incumbe geográfica o funcionalmente. Se trata de dar un rodeo psicológico en el camino intentando crear algún tipo de distancia psicológica con las víctimas, bajo el pretexto de que no están cerca y por ello no está en nuestra mano socorrerlas.

En las organizaciones se suelen practicar dos tipos de rodeo psicológico para generar anestesiarse respecto a las víctimas:

- No está en mi mano ayudar a los que están lejos (lejanía geográfica) y, por tanto, quedo excusado de prestar ayuda o ser solidario con aquellos que sufren.
- No es asunto mío, no me corresponde a mí técnicamente intervenir, no me corresponde este asunto (lejanía funcional).

Son dos formas de «escurrir el bulto» pretextando que son aquellos que están más cerca que nosotros (geográfica o funcionalmente) de los que lo pasan mal o sufren injusticias los que tienen la responsabilidad de socorrerlas.

Es un hecho que en materia de violencia solemos sustraernos a nuestra responsabilidad de solidaridad y socorro desde el momento en que siempre podemos encontrar a nuestro alrededor a otros que están más cerca geográficamente a las víctimas o nos limitamos a señalar la responsabilidad de los especialistas que, debido a su función social, son los «profesionales» especializados en socorrer o ayudar a las víctimas y, por lo tanto, serían los únicos obligados a ello por su misma función social o técnica. En las organizaciones, el apoyar o prestar ayuda a los que sufren será el problema o la responsabilidad de otros, los expertos del departamento de recursos humanos o de aquellos que cobran por ello.

La indignación farisaica de algunos que reclaman que el Estado, el ayuntamiento, los servicios sociales ayuden a los que lo pasan mal suele ser proporcional al grado de pasividad e indiferencia moral de los vociferantes ante las injusticias de su entorno. Gritar que otros se ocupen del problema es con frecuencia un elegante modo de reducir la disonancia por nuestra insolidaridad e indiferencia ante él.

3. Tercer grado de anestesia moral: «Es culpa del que lo ha hecho, no mía». El desplazamiento de la responsabilidad moral de actuar sobre el agresor.

Nosotros no somos los agresores y, por lo tanto, no somos culpables de la victimización del otro. Con este mecanismo de defensa se trata de conseguir cargar al máximo las tintas de la responsabilidad de la victimización sobre sus actores directos y desplazar así la obligación de ayuda que nos correspondería en cualquier caso.

Puesto que son otros los causantes de la injusticia o, en última instancia, es «el sistema» el que produce este daño, son aquellos que actúan (y no nosotros) los que tienen la responsabilidad de ayudar a las víctimas que generan.

En muchas ocasiones, el énfasis y la contundencia en acusar, criticar y hasta condenar moralmente a los actores de las injusticias en las organizaciones suele significar una sutil manera de exculparnos y de escapar una vez más a la obligación universal que nos obliga a socorrer a las víctimas.

En definitiva, son sus víctimas y no las nuestras. Se trata de un mecanismo que pretende

establecer la responsabilidad de ayuda, apoyo y solidaridad exclusivamente sobre los que han causado el daño.

De este modo, solemos generar un nuevo chivo expiatorio que nos ayuda a poner psicológicamente «tierra por medio» entre nosotros y las víctimas y que nos exonera respecto a nuestra responsabilidad moral, exculpándonos de haber omitido la universal obligación de prestar ayuda a las víctimas.

Convertir a los agresores en chivos expiatorios puede ser una excelente estrategia para distraernos de ayudar a sus víctimas. «¡Nosotros no lo hicimos!» o «¡Nosotros no lo habiéramos hecho nunca!», «¡Nosotros no hemos agredido directamente y, por tanto, la obligación de reparar el daño es de ellos y no nuestra!», «¡Nosotros no estábamos allí, y aunque habiéramos estado, no lo habríamos hecho!».

Esta forma farisaica de crear chivos expiatorios «para» mantener la indiferencia hacia las víctimas de la violencia es tan mendaz como frecuente.

Es la que permite al mismo tiempo condenar las guerras y no socorrer a sus víctimas, condenar la depredación del planeta y seguir consumiendo desaforadamente, condenar la explotación del tercer mundo por las multinacionales y seguir adquiriendo tranquilamente sus productos (más baratos así) y sus títulos que cotizan en la Bolsa.

Este tipo de justificación explica los terribles espectáculos de indiferencia planetaria ante la contemplación del mundo entero y en tiempo real a través de la televisión de las matanzas y los genocidios modernos de Ruanda, Bosnia, Kosovo y Darfur sin que nadie haga nada por evitarlos. La mera condena moral de los agresores convierte a la mayoría de los testigos en mudos e indiferentes. En la medida que no son los agresores, no se sienten interpelados para hacer algo.

Cargar simplemente las tintas sobre el carácter malvado y satánico de los que practican esas atroces violencias incrementa la probabilidad de que nadie haga nada por las víctimas, pues nadie se siente responsable de atajar el problema por sentir que no lo ha generado directamente.

4. Cuarto grado de anestesia moral: «Yo ya ayudo a otros». El desplazamiento de la obligación moral sobre otros tipos de víctimas.

La anestesia moral y la indiferencia hacia los que sufren el mal y las injusticias a nuestro lado se suele vehicular a través de un desplazamiento hacia otras víctimas alternativas a las que poder socorrer.

El mecanismo generado por la disonancia cognitiva por no ayudar a las víctimas explica que intentemos superar el malestar psicológico ayudando a otras víctimas distintas, pero a la vez distantes.

Nuestra mala conciencia encuentra el modo de sobrevivir al hecho terrible de no haber prestado ayuda a nuestros próximos a costa de ayudar o solidarizarnos con otras víctimas más lejanas.

Tal es el origen de muchas de las contribuciones económicas a ONG y otras organizaciones asistenciales, militancias animalistas, ecologistas, etc.

Nada tiene de negativo la solidaridad a distancia con víctimas de catástrofes naturales lejanas, del hambre en el tercer mundo, de las enfermedades, la miseria o las guerras..., si no fuera porque frecuentemente significan una fórmula psicológica y una hábil forma de compensar la culpabilidad y poder así mantener nuestra indiferencia y nuestra cómplice mirada a otro lado frente a las injusticias que se cometen mucho más cerca de nosotros cada día.

La violencia nos rodea y sus víctimas nos interpelan, no en la lejanía geográfica, sino en la inmediatez del vecindario, del lugar de trabajo o de nuestro entorno social más cercano o incluso

entre nuestros amigos o familiares.

Ciertas militancias de causas lejanas y distantes correlacionan sospechosamente con la más absoluta indiferencia y frialdad hacia las víctimas concretas más cercanas de la violencia nuestra de cada día y que rodean al militante de turno.

Militar activamente en la lucha contra la deforestación del planeta, contra el maltrato de los animales o contra la discriminación de un determinado colectivo social suele ser para muchos la ocasión de relegar al fondo de la conciencia moral la obligación de solidaridad para con otras víctimas igual de reales, pero mucho más cercanas y concretas para la persona, pues se encuentran en su entorno social más inmediato.

En el ámbito temporal, también se genera el mismo distanciamiento respecto a las víctimas. La fórmula es muy sencilla. Se trata de criticar a los que perpetraron el mal en el pasado y de solidarizarse con las víctimas antiguas, a décadas o siglos vista. A cambio, podemos permitirnos permanecer al margen y justificar nuestra pasividad en el presente ante otras víctimas similares de nuestra época y de nuestro entorno. Somos rápidos y extremadamente contundentes a la hora de condenar la violencia pretérita de la Inquisición, los campos nazis, de los gulags soviéticos o la de los múltiples genocidios de la pasada historia. Ello nos permite salvar nuestro presente indiferente.

Condenar la Inquisición o el nazismo del pasado no compromete a nada concreto en el presente.

Solidarizarse con las víctimas actuales del presente y apoyarlas y asistirles en lo concreto, y en la medida de las propias posibilidades, puede ser mucho más molesto.

Abundar en la feroz condena de la violencia del pasado sobre la que ya poco o nada cabe hacer permite la abstención actual respecto del deber de ayudar a víctimas que padecen hoy en día otros tipos de males e injusticias.

Para interponer distancias y practicar la indiferencia para con las víctimas de hoy en día nada hay más eficaz que ser un implacable denunciante y crítico de las violencias que otros (siempre «otros») practicaron en el pasado de la historia, insistiendo falsamente en que «si nosotros hubiéramos estado allí, nunca hubiéramos participado en ellas». «Nosotros nunca lo hubiéramos hecho». «No lo habríamos permitido».

Esta disociación nos instala en la peor de las corrupciones morales: la de condenar a nuestros antecesores como malvados, para, distanciándonos de sus comportamientos depredadores y abusivos en el pasado, acomodarse plácidamente en la pasividad e indiferencia frente a las víctimas reales y concretas de hoy.

Pagamos con la condena del pasado nuestra indiferencia ante los sufrimientos de quienes lo pasan mal en el presente.

Quienes lincharon a Jesús se reclamaban ajenos y condenadores de la violencia pretérita contra los profetas de sus propios padres: «Si hubiésemos vivido en tiempos de nuestros padres, no habríamos sido cómplices suyos en el asesinato de los profetas» (Mt 23, 32).

5. Quinto grado de anestesia moral: la difusión sobre el grupo de la responsabilidad de actuar.

La difusión de la responsabilidad sobre un grupo es un mecanismo psicológico ampliamente estudiado por la psicología social.

La experimentación ha constatado que ante la obligación de actuar en una situación de emergencia en la que una persona necesita ayuda, la existencia de otras personas en la escena disminuye la probabilidad de que alguien ayude.

Las investigaciones más relevantes se desarrollaron por el equipo de John Darley a partir de un suceso violento ocurrido en Estados Unidos en 1968: el asesinato de Kitty Genovese en los jardines Kew del barrio de Queens, en Nueva York.

Durante más de media hora, no menos de treinta y ocho respetables ciudadanos de Queens observaron cómo un asesino perseguía y apuñalaba a una mujer en tres ataques diferentes y sucesivos en los jardines Kew.

Por dos veces el sonido de las voces de esos vecinos y el resplandor de las luces de sus dormitorios interrumpieron y ahuyentaron al asesino. Tras cada una de esas interrupciones, el asesino volvió a buscar a su víctima y la apuñaló de nuevo. Ninguno de los treinta y ocho vecinos telefoneó a la policía durante el asalto; tan solo uno de esos testigos la avisó, pero ya cuando la mujer estaba muerta.

Latané y Darley formularon la hipótesis explicativa de que nadie había ayudado a la víctima precisamente porque había muchos observadores.

Propusieron una teoría explicativa acerca del porqué no se ayuda a una víctima en una situación de necesidad. Son dos las fuerzas fundamentales que inhiben a un individuo y le impiden prestar ayuda en una situación imprevista ante la presencia de otros espectadores. Estos dos mecanismos terribles operan del siguiente modo:

1. Cuando hay varias personas que pueden proporcionar la ayuda requerida, se reduce la responsabilidad personal de cada individuo. Cada uno percibe que «hay otros que pueden ocuparse».
2. Cuando nadie actúa, ello funciona como un argumento que interpreta la situación social en el sentido de que no es necesario actuar. Ante las dudas en la interpretación de una situación social, constatar que nadie interviene produce el resultado de evitar que nadie lo haga. Ante la incertidumbre, existe una tendencia natural a mirar alrededor para buscar una pista en las acciones de los demás; podemos saber, por la reacción de los demás testigos, si el asunto en cuestión es una emergencia auténtica o no. Si los demás no reaccionan, eso es la señal de que no hay que reaccionar.

Después de más de tres décadas de investigación en esta materia, los psicólogos sociales se han hecho una idea bastante clara de cuándo y bajo qué circunstancias ofrecen los espectadores su ayuda en situaciones de emergencia.

Cuanto más personas somos las interpeladas por la necesidad de socorrer a una víctima, menos sentimos la responsabilidad de hacerlo.

Este síndrome de difusión de la responsabilidad es la causa de que la indiferencia hacia las víctimas sea un fenómeno tan masivo en nuestro mundo. «Ya lo harán otros. Hay mucha gente ahí afuera para ocuparse».

Solemos terminar encontrando a otros que son los que tienen que hacer por las víctimas aquello que nosotros estaríamos obligados a hacer: el Estado, la Seguridad Social, las ONG, la ONU, el Gobierno, el ayuntamiento, la policía, los jueces..., en definitiva: los otros.

Nuestra indiferencia resulta más justificada cuanto mayor es el colectivo al que atribuimos la responsabilidad de actuar.

No se trata de que estos organismos no deban intervenir ante los problemas de este mundo, sino de caer en la cuenta de que cada uno de nosotros tiende a utilizar la existencia de estos organismos y grupos para inhibir su responsabilidad moral y desplegar su comportamiento indiferente. Nos vemos excusados de nuestra obligación de actuar en la medida en que echamos sobre sus espaldas dicha obligación.

Aquí es donde nace el síndrome de difusión de responsabilidad sobre el experto.

Son los expertos en solidaridad los que ya cubren mi obligación personal en esta cuestión. ¡Para eso pago los impuestos! ¡Ya hay quien se ocupa de estos casos! ¿Para qué sirven sino los servicios sociales del ayuntamiento?

Debido a este mecanismo de difusión de la responsabilidad sobre los expertos, la paulatina extensión de los servicios de cobertura y asistencia social estatal se ve acompañada de una paradójica y creciente experiencia de soledad, aislamiento, marginación y abandono por parte de la legión de personas que son asistidos por ellos, pero no así por nosotros, los más cercanos o próximos, de un modo directo.

Es por lo que solemos esperar a que llegue la policía antes de hacer nada por nuestra vecina maltratada.

6. Sexto grado de anestesia moral : «Se lo merece». El «error básico de atribución», el mecanismo del «chivo expiatorio» y la «satanización» de las víctimas.

Otro recurso moral perverso para librarse de la responsabilidad hacia los que sufren la violencia nuestra de cada día pasa por el desarrollo operativo de lo que técnicamente los psicólogos denominamos «el error básico de atribución».

El «error básico de atribución» consiste para el testigo que presencia un proceso cualquiera de victimización en establecer la culpabilidad de la víctima dentro de un proceso denominado atributivo.

Las atribuciones de rasgos, disposiciones, actitudes o personalidad que explica el porqué son victimizados. Que las víctimas son culpables de su mal a ojos de todos, especialmente de los más indiferentes, es algo que se puede constatar a diario en nuestra sociedad.

En cualquier noticiario televisivo, al anuncio de la noticia del asesinato de un desconocido se hace seguir inmediatamente de la gratuita y sistemática coletilla de que «parece tratarse de un ajuste de cuentas».

Muchas personas realizan sus análisis sociales a la luz de esta resolución defensiva de sus comportamientos indiferentes hacia los necesitados, los parados, los enfermos, los discapacitados o las víctimas de las guerras o de las hambrunas del tercer mundo, viendo en ellos a verdaderos culpables y responsables de las situaciones que padecen. Tal es, por ejemplo, la posición global del neoliberalismo que ya hemos resaltado anteriormente.

La culpabilidad de las víctimas se proyecta de manera borrosa y tenue al principio bajo la forma suave de que «algo habrán hecho», para más adelante adoptar un modo mucho más elaborado que llega a conformar y configurar auténticas teorías explicativas de su culpabilidad que sirven para la creación de un chivo expiatorio y para su linchamiento posterior.

El error básico de atribución es compañero habitual de la totalidad de los procesos de victimización y funciona en ellos como un auténtico filtro y sesgo de la percepción. También, al final, significa una verdadera profecía autocumplida, sobre todo por la víctima.

Una vez percibida la víctima como responsable del mal que la aflige, todo su comportamiento ulterior confirmará a los ojos de los testigos indiferentes la hipótesis inicial de su culpabilidad.

La imperiosa necesidad de liberarse de la disonancia y del malestar moral subsecuente por no ayudar a los que están en necesidad hace el resto, dando cuenta del furor con el que se solicita reiteradamente a las víctimas de cualquier violencia que reconozcan de una vez su culpabilidad. Desde el comentario sistemático de que «Algo habrás hecho mal» hasta las tácitas acusaciones de que la víctima «no posee habilidades o recursos» suficientes para haberse enfrentado eficazmente al problema que sufre y por ello es, en última instancia, ¡responsable de él!

El error básico de atribución es la causa de numerosos diagnósticos clínicos que producen la victimización secundaria. Bajo el protector paraguas de una clínica falta de rigor se suele diagnosticar-acusar a las víctimas de maltrato doméstico de no ser asertivas, de no tener suficiente autoestima, de no haber hecho frente desde el principio a su maltrato... A los niños acosados en el colegio se les imputa el presentar «necesidades educativas especiales», «rasgos diferenciales físicos o psicológicos que atraen las iras de los demás», o directamente el «ser hiperactivos, neuróticos, introvertidos, carentes de inteligencia emocional», etc. (Piñuel y Oñate, 2007).

Muchos sustentan su anestesia moral intentando verificar una y otra vez en las víctimas del mal y de las injusticias su responsabilidad. Incluso, al estilo de los gulags, pretenden arrancar a las víctimas una confesión explícita de su propia culpabilidad. «¡Reconoce que lo has hecho mal, que te lo has montado de pena...!».

Hay que advertir que, de manera paradójica, no es la percepción de la culpabilidad de la víctima la que produce la indiferencia de los testigos mudos, sino al revés. Son la inacción y la paralización propias de un comportamiento pasivo e indiferente ante el mal y la injusticia los que, violando el imperativo universal de ayudar a quien necesita de socorro, fuerzan al individuo a creer en la culpabilidad de las víctimas para, de este modo, reducir la disonancia cognitiva.

Pero se observa siempre que cuanto mayor es la indiferencia de los testigos, mayor terminará siendo con el tiempo su percepción de la culpabilidad de las víctimas por la vía de la reducción de la disonancia.

No es tanto la violencia la que produce la indiferencia de los testigos, sino que es más bien la indiferencia la que es causa de la violencia en espiral que se genera ulteriormente. Quienes inicialmente suelen ser meros testigos mudos, en apariencia neutrales por su pasividad ante el maltrato doméstico, el acoso escolar, el *mobbing* u otros procesos de violencia física o psicológica, terminan formando parte de un creciente *gang* de partícipes en la violencia, cada vez más numeroso (pues va agregando a la masa inicial al cúmulo de observadores indiferentes) y violento (pues cree justificada la violencia contra las víctimas), que requiere usar cada vez mayores dosis de violencia para reducir la abrumadora experiencia de la disonancia de su propio comportamiento al principio indiferente y posteriormente violento contra las víctimas.

Tal y como señala Girard, «es siempre para ocultar la terrible verdad sobre nuestra propia violencia que nos entregamos a la violencia» (Girard, 2002).

En este caso, nuestra violencia comienza por no hacer nada ante quien arremete contra una víctima. Más tarde, por el efecto de la disonancia que ello nos genera interiormente, creemos de verdad en la culpabilidad de las víctimas con vistas a reducir la disonancia. Al final, terminamos participando «de buena fe» en un proceso de linchamiento que acaba adoptando una forma unánime y colectiva: el conocido mecanismo de «todos contra uno».

El *embalamiento* y la espiral en este proceso de creciente disonancia cognitiva y creciente violencia del indiferente contra la víctima inocente termina satanizando a esta y explica la aparición del fenómeno de la «unanidad persecutoria» contra el chivo expiatorio y de su «linchamiento colectivo». Por ello, es posible observar una y otra vez cómo, en toda violencia, el caso inicial de victimización de «unos pocos» contra la víctima termina convirtiéndose casi siempre en un proceso de «todos contra uno».

La unanimidad del «todos contra uno» es característica de todos los fenómenos de «chivo expiatorio» y permite establecer cómo se ha ido operando el «cierre» en la representación de la violencia que practican los perseguidores, muchos de los cuales no son sino antiguos

anestesiados morales, reconvertidos ahora en *linchadores* por el efecto de la reducción de la disonancia y del error básico de atribución.

La representación cognitiva falsa del problema hace inasequibles a la verdad técnica, que es siempre la inocencia de sus víctimas, a la práctica totalidad de espectadores de la violencia. Estos se ven muy pronto interpelados por la disonancia y terminan envueltos en la representación mítica de la víctima como culpable. Por lo tanto, son agregados tácita y explícitamente a la actividad *linchadora* de los *gangs* violentos.

Las víctimas de la violencia siempre confirman ante los demás que merecen lo que les ocurre. Hagan lo que hagan, todo ello es filtrado a la luz de los propios prejuicios y mecanismos de defensa que pertenecen a la cosmovisión alterada de los mismos perseguidores.

En ese sentido, se explica por qué todos los violentos terminan necesitando, cada vez más imperiosamente, que sus víctimas se reconozcan ante ellos como culpables. La verdad es muy distinta. Ante la violencia, lo más revolucionario (y, al mismo tiempo, lo más peligroso) es proclamar ante los perseguidores que las víctimas son inocentes. Tal y como dice Girard: «Fracasar en la salvación de una víctima amenazada de forma unánime por una colectividad equivale a encontrarse solo frente a esta. Es correr el riesgo de sufrir la misma pena que aquella» (Girard, 1998).

Muy frecuentemente la fuerza del proceso de victimización de la violencia hace que ni la propia víctima pueda escapar a la cosmovisión persecutoria impuesta por la unanimidad persecutoria. Cuando una víctima se encuentra enfrente de todos y cada uno de los miembros de su entorno, la posibilidad de que mantenga interiormente la convicción de su propia inocencia es muy remota.

Los participantes en un *gang* violento terminan, lo mismo que los falsos amigos de Job, pretendiendo hacerle confesar a la víctima su culpabilidad. Intentan confirmar, mediante la confesión de la propia víctima, que la violencia que ejercen contra ella es algo merecido y que, por lo tanto, ellos no hacen sino practicar un deber de justicia, resultando de este modo justificados en su violencia. Con esto quedan a salvo de la disonancia que les han producido su inicial indiferencia y posterior violencia.

Quienes se entregan a los abusos, a los actos de violencia y a las injusticias contra otros lo suelen hacer plenamente convencidos de la moralidad y racionalidad de sus comportamientos inmorales. Anestesiados por completo moralmente siempre creen que sus comportamientos más inhumanos o crueles están justificados o permitidos por la condición perversa de la víctima.

El proceso de anestesia moral descrito crece en una espiral concéntrica de dentro hacia afuera y acostumbra a afectar por círculos concéntricos extensivos a todos los órdenes sociales. Termina por repercutir incluso en aquellos que por su especial relación con la víctima debieran situarse incondicionalmente a su favor: sus amigos, sus familiares, su pareja...

Muchas víctimas de la injusticia, de los abusos y de la violencia constatan con desesperación que sus amigos, sus familias o incluso sus propias parejas las cuestionan, las reprenden, les hacen reproches, participando sin saberlo en el esquema moral del indiferente-justificador-agresor.

Afecta también, como ya se ha visto, a los que deberían ser parte de la solución al problema: los especialistas. Así, los que debieran ser parte de la solución al problema que padecen las víctimas terminan siendo, sin saberlo y por el efecto de la anestesia moral, una parte muy sustancial del mismo.

Llamados a asistir a las víctimas, participan con frecuencia en este terrible mecanismo desde el momento en que presentan sus diagnósticos confundiendo los efectos de la violencia con la causa

de esta.

Las víctimas se encuentran con un recurrente y persistente intento por parte de estos especialistas de averiguar en qué forma y de qué modo han fallado, no han «hecho bien las cosas», no han sabido desarrollar recursos, habilidades, competencias, «inteligencia emocional», etc., o por dónde se les puede encontrar «el virus» con el que explicar el hecho de su responsabilidad o culpabilidad en el proceso que padecen desde una personalidad vulnerable, dependiente, autorreferencial, inmadura, neurótica o inestable.

En ese sentido, cualquiera que intente fundamentar en las víctimas la responsabilidad de la violencia que padecen incurre en la perspectiva propia de un perseguidor, completando el cierre de la representación cognitiva y social del grupo perseguidor contra su chivo expiatorio.

El principio de la asistencia a las víctimas de la violencia debe partir del reconocimiento técnico de su inocencia.

7. Séptimo grado de anestesia moral: «Muerto el perro, se acabó la rabia». El síndrome de ensañamiento con la víctima.

Todos los que describen y analizan técnicamente los genocidios coinciden en señalar este mecanismo final que se desencadena en los que linchan a sus víctimas. Cuanto mayores son las atrocidades cometidas, mayor es la crueldad y el ensañamiento del comportamiento con el que se quiere acallarlas.

Es demasiado frecuente encontrar que, una vez que los procesos de victimización avanzan y se desarrollan en la espiral descrita, lo que más desean los *linchadores* es acabar de una vez con los sentimientos de malestar moral y psicológico desencadenados por su actuación, inicialmente pasiva, posteriormente consentidora y finalmente *linchadora*. Por ello, una vez avanzado el proceso de victimización, lo que desean es «terminar de una vez» con las víctimas.

La conocida dificultad de detener los linchamientos, una vez que estos se inician, se explica no solo por el mimetismo, sino porque dejar a la vista y ante la vista de todos a una víctima significa mantener la posibilidad del impacto emocional de la disonancia. Se trata de culminar o terminar con la tarea comenzada quitando de la circulación a la víctima.

Cuando las víctimas se revuelven o no aceptan su expulsión o exclusión, este mecanismo toma la delantera del proceso. Parece como si a todos los participantes en el proceso de victimización les urgiera acabar con el problema, haciendo lo mismo con la víctima.

De lo que se trata en realidad es de insensibilizar los pocos remordimientos o escrúpulos morales que restan sepultándolos con nuevos actos de barbarie.

En el ámbito del acoso escolar o del *mobbing* laboral resulta patente el desencadenamiento de este fenómeno a partir del momento en que las víctimas se quejan, denuncian lo que les ocurre o no aceptan sumisamente el destino sacrificial que se les ha asignado por el grupo.

Al final, se trata siempre de ver el modo en que el niño acosado se vaya del colegio o de que el trabajador acosado sea despedido finalmente o pida la cuenta y se marche de una vez.

Según el análisis antropológico que realiza Girard, la expulsión final de la víctima de la violencia se hace bajo la promesa o expectativa generada por el propio proceso victimario de que, una vez eliminada esta, tomada como auténtico chivo expiatorio, se resolverán todos los problemas que aquejan a la comunidad o grupo social que está practicando ese linchamiento.

La reversión del mecanismo *linchador* mediante una rehabilitación de la víctima que probase y estableciese su inocencia supondría la inadmisibilidad ética de su actuación *victimizadora* y pondría en peligro la misma estabilidad social de un grupo para el que la víctima ha estado funcionando como un auténtico chivo expiatorio. Por esa causa, la percepción de la verdad

técnica que siempre resulta ser la inocencia de las víctimas produce una enorme sensación de amenaza en los grupos *linchadores*.

De ahí que todos los *linchadores* quieran que «lo que haya que hacerse se haga cuánto antes». Como dice el refrán castellano, «Muerto el perro, se acabó la rabia». En ese sentido señala con total agudeza René Girard: «A partir del momento en que una víctima muere a manos de sus *linchadores*, la crisis concluye, se restablece la paz, desaparece la peste, se apaciguan los elementos, retrocede el caos, se desbloquea lo bloqueado, concluye lo inacabado, lo incompleto se completa...» (Girard, 2003).

Los individuos que culminan estos siete grados están ya preparados convenientemente para ser cada vez más activos y protagonistas en el linchamiento ulterior de otros sin ninguna rémora mental o moral.

Han terminado formando parte de la estructura del mal que aqueja a sus grupos de pertenencia.

Han pasado a formar parte del estatus de poder y de dominio que requiere para su funcionamiento el sacrificio periódico de nuevas víctimas en su entorno y en su propio seno.

Han pasado al lado oscuro.

INDIFERENCIA ZERO: ELIGE LA SOLIDARIDAD

*Entonces el Señor dijo a Caín:
—¿Dónde está tu hermano Abel?*

*Y él respondió:
—No lo sé. ¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?». GÉNESIS 4, 9*

LA ABDICACIÓN DE LA SOLIDARIDAD Y EL SÍNDROME DE «NO VA CONMIGO»

La confluencia de diferentes factores y de fuerzas muy complejas genera frecuentemente todo tipo de fenómenos de victimización en la sociedad humana actual.

Se producen así crisis económicas, guerras, hambrunas, despidos masivos, conflictos, violencias de todo tipo que plantean un reto de supervivencia emocional para cualquiera que sea testigo de ellos.

Para poder permanecer inmutables frente a estos procesos que les afectan de pleno, muchos individuos abdican moralmente y se da en ellos toda una reconversión ética y psicológica.

Este proceso es muy sutil y presenta unas características únicas que vamos a exponer a continuación.

Podemos calificar buena parte de los climas sociales actuales como transidos y caracterizados por la clásica «guerra de todos contra todos» que describió Hobbes.

Una crisis continuada en las relaciones humanas que es además alentada por una sociedad narcisista y por el darwinismo social extendido a todos los niveles que predica la competitividad como centro de las relaciones.

Esto explica que nuestro mundo esté cada vez más inundado por un sufrimiento inefable que afecta no solo a las víctimas de los procesos referidos, sino también muy esencialmente a los testigos de estos.

Este ambiente de conflicto crónico, competitividad destructiva, envidia, narcisismo, resentimiento y odio entre individuos es asimismo bien visto por muchos que lo declaran como el natural efecto de la búsqueda del interés propio individual y de la famosa «mano invisible» del mercado o de la lucha por la supervivencia de los más aptos en nuestra especie.

Este ambiente, penetrado por la rivalidad y los juegos psicológicos de suma cero entre personas y grupos, es el causante de que cada vez más personas se vean a sí mismas como seres aislados y separados en la especie de «selva social», en la que se ha transformado la sociedad.

Este individualismo exacerbado se manifiesta frecuentemente en una actitud de desafección emocional o desenganche afectivo ante los problemas que sufre quien se encuentra al lado pasándolo mal. Una actitud que lleva a permanecer al margen del problema, como si no fuera con nosotros.

Este comportamiento indiferente propio de nuestra época se ha definido como «síndrome de no va conmigo».

La unanimidad de los informes sobre violencia doméstica y social, acoso laboral o acoso escolar es patente. Ofrecen una realidad tan estremecedora como sangrante: la del abandono y la mudez social alrededor de las víctimas por parte de sus más cercanos y allegados.

Las víctimas encuentran que las redes de solidaridad se quiebran a su alrededor y se produce casi de manera sistemática el abandono a su suerte de quienes padecen esas situaciones extremas.

Lo más significativo de estos procesos de victimización es que no solamente participan en ellos los acosadores, maltratadores directos o victimarios, algo que sería natural y esperable en la medida en que toda víctima debe mantenerse en la percepción psicológica de su agresor como malvada, perversa y merecedora del castigo «justo» que se le inflige,⁵ sino que suelen ser precisamente los seres humanos más cercanos a las víctimas, los que podríamos calificar como los más próximos (vecinos, amigos, colegas, padres, cónyuge o familiares), quienes permanecen asépticamente al margen, poseídos por una pasmosa indiferencia que interpretan como una especie de neutralidad.

Los «testigos mudos» del mal, de los abusos, de la injusticia y de la violencia, no suelen hacer nada por ayudar a las víctimas y a menudo se callan ante lo que ven producirse ante sus ojos, una y otra vez.

Las víctimas sufren un abandono total en un momento esencial y crucial. «Nadie conoce a nadie» a la hora de apoyar a quien lo está pasando mal.

El abandono social de las víctimas a su suerte es un determinante definitivo en el establecimiento y en la cronificación del daño psicológico que sigue a los procesos de victimización.

El síndrome de «no va conmigo» se extiende y afecta a todos los tipos de víctimas. Así, las víctimas de la violencia y el acoso escolar sufren en sus colegios e institutos la total indiferencia de sus compañeros, de sus profesores o incluso de sus responsables educativos (directores, orientadores, tutores).

En el trabajo, cinco de cada seis trabajadores sufren *mobbing* en un proceso de apartamiento progresivo y creciente de todos a su alrededor (síndrome del apestado). Los acosados se encuentran con que sus compañeros de trabajo, en lugar de ayudarlos, se alejan y se apartan ante la persecución laboral que experimentan.

En lugar de echarle la culpa a la naturaleza humana, siempre tan denostada, recurrir a los genes o a la existencia de profundos e ignotos instintos de agresión o encerrarnos en la típica lamentación de una sociedad inmoral, resulta esencial descifrar los factores estructurales y sistémicos de la indiferencia.

LA EXTENSIÓN DEL VIRUS DE LA INDIFERENCIA SOCIAL ANTE EL MAL

Nuestra indiferencia ante el sufrimiento y las desgracias de los demás es demasiado frecuente.

La apatía y la indiferencia de millones de personas cuando presencian los efectos de injusticias y de la violencia a través de los medios de comunicación sigue llamando la atención de todos los psicólogos sociales desde hace décadas.

Resulta terrible constatar reiteradamente que son precisamente los seres humanos que se encuentran en situación de socorrer de manera inmediata y directa y ser solidarios con las víctimas quienes no lo hacen.

La indiferencia es una especie de «virus» social que ha infectado y se ha propagado rápidamente en nuestras relaciones sociales en los últimos siglos.

La ruptura de las tradicionales redes de solidaridad basadas en la parentela, la tribu y los lazos de sangre ha llevado a que cada uno tenga que arrostrar solo sus problemas, sin poder contar con nadie.

Una de las vivencias más comunes referidas en la consulta de los psicólogos especializados en el tratamiento de las víctimas de traumas relacionales es la sensación de muchas de ellas de nacer solas, vivir solas y morir solas, rodeados de una multitud indiferente ante los abusos que sufren.

Tendemos a mirar hacia otro lado ante las atrocidades que se desarrollan delante de nuestros ojos, simulando que no van con nosotros. Practicamos una «in-diferencia» social.

La «in-diferencia» ante el mal y la injusticia es precisamente eso, una forma de «no-diferenciar» nada ni a nadie, de «no-particularizar» el sufrimiento concreto.

Al no hacerlo concreto, cada cual puede seguir en la ficción del anonimato de aquellos que sufren cerca de uno.

Puesto que «no son nadie» en concreto, no es necesario comprometerse o «mojarse» en lo concreto a su favor.

El mal, en forma de injusticia y de violencia, se vuelve algo abstracto e inconcreto. La mente busca mantener la exterioridad de las víctimas respecto al propio Yo, creando una ficción que proyecta el problema que sufren como algo abstracto y lejano a nosotros.

Este sutil mecanismo consigue «enajenar» (hacer ajenas) a las víctimas. Enajenarse significa convertirlas en «distintas» y «distantes».

Diferenciar «a una víctima» implicaría practicar un contacto doloroso con una realidad aversiva y desagradable que siempre interpela la conciencia humana en una obligación de solidaridad innata. El contacto desencadenaría un número de obligaciones morales y éticas por tener que ayudar e intervenir ante esas situaciones.

Algo que habitualmente no estamos dispuestos a asumir por comodidad y que nos condena a permanecer en la disonancia cognitiva (fuera de la realidad), formulando las atribuciones más terribles contra las víctimas (algo habrán hecho) para mantenernos al margen y no meternos.

«Diferenciar a la víctima» equivale a hacerla concreta y, por tanto, a convertir en cercano y real su sufrimiento. Significa ponerle nombre, apellidos y una cara determinada a aquel que sufre. Y sacarle de la esfera de un anonimato simulado y forzado y convertirle en alguien «próximo». «Alguien» que hasta entonces permanecía moralmente anónimo para nosotros.

Permanecer in-diferente requiere, por consiguiente, mucho esfuerzo mental.

La indiferencia no es una actitud pasiva, sino que exige todo un despliegue de actividad y de energía. Mantener la percepción del «otro» como alguien ajeno, es decir literalmente «alienarlo» («hacerlo ajeno») requiere la puesta en funcionamiento de ingentes y crecientes cantidades de energía psíquica.

Mantener la mentira psicológica de que no forman parte de nosotros las transforma a la postre en «nuestras» víctimas.

Tal es la respuesta antropológica de Caín ante el asesinato de su hermano Abel. Ante el requerimiento de Dios, todos los Caínes reclaman desde el inicio de los tiempos lo mismo: «¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?».

Con ello se confirma la responsabilidad moral de los que alegan el carácter ajeno de quien es cercano (su propio hermano).

Los indiferentes son condenados no tanto por indiferentes, sino por el hecho de que con su indiferencia pretenden ocultar su responsabilidad en el crimen.

La lección moral oculta en el libro del Génesis es que todos los Caínes de este mundo no son otra cosa sino «asesinos-por-indiferentes».

¿SOY YO ACASO EL GUARDIÁN DE MI HERMANO? LA ABDICACIÓN DE LA RESPONSABILIDAD MORAL ANTE EL MAL

Este es el grito de quien moralmente pretende exteriorizarse a su responsabilidad sobre la suerte

de quien va a resultar ser, precisamente por esta exteriorización alienante, su propia víctima.

Cada cual pretende justificar su pasividad ante el sufrimiento de los demás, en el mismo momento en que por la inacción ante él se consuma todo «crimen» social.

La pretensión de que «pasar» del sufrimiento del otro es justificable éticamente es rotundamente condenada por la Biblia, que, mediante el episodio de Caín y Abel, presenta como «asesinos» a aquellos que se apartan o miran a otro lado.

La alegación «cainita» no solo es la propia y habitual entre los perpetradores directos, sino sobre todo la de los meros espectadores de las injusticias.

La indiferencia significa la sordera ética y la ceguera empática y emocional autoinducida frente a las víctimas.

No es tanto un «no saber» de las injusticias y del mal en general cuanto un «no querer saber» de las injusticias y del mal en particular.

LA VIOLACIÓN DE LA OBLIGACIÓN NATURAL DE LA SOLIDARIDAD

Cuando miramos a otro lado, algo va mal dentro de nosotros. Algún tipo de resorte o programa mental en nuestro cerebro se desregula.

Violar la obligación de ser solidarios parece producir en los seres humanos los más tremendos castigos en forma de poderosos sentimientos de malestar psicológico.

El hecho de que ante las injusticias y ante las víctimas que se nos presentan a diario nos veamos obligados a desplegar una formidable energía para fabricar nuestra indiferencia confirma la existencia de un extraordinario programa biológico en forma de mandatos de corte ético y moral cuya transgresión se paga muy cara.

La obligación de solidaridad con las víctimas es una de las normas sociales más poderosamente programadas y encriptadas biológicamente en nuestro cerebro.

Una norma cuya transgresión es tan relevante a efectos emocionales tiene que haber sido el resultado de un mecanismo de defensa esencial en la evolución humana. Este mecanismo, efectivamente, resultó crucial y fundamental para la convivencia y la supervivencia de nuestra especie.

La obligación social de ser solidarios y de ayudar a los miembros de nuestra especie en peligro parece proceder de un mecanismo adaptativo y de supervivencia grupal esencial.

Nuestras capacidades cooperativas y de colaboración son responsables de logros como el lenguaje, la sociedad y la cultura, y son frutos de nuestra facultad de hacernos cargo de las víctimas más vulnerables.

Nuestra capacidad de ir junto con los demás miembros de nuestra especie hacia la consecución del objetivo común de supervivencia requiere de la mutualidad en la solidaridad.

La obligación «inscrita a fuego» en nuestro cerebro de ayudar a los miembros de nuestra especie más necesitados sería el efecto de esta evolución.

Por eso la mente del *Homo sapiens* evolucionado ha acabado castigando muy severamente mediante la generación de un profundo malestar emocional y psicológico a quienes violan dicha obligación social.

Este castigo llega a ser tan central en la especie que hemos terminado por categorizar como individuos patológicos a aquellos que no manifiestan los más mínimos sentimientos de empatía hacia las víctimas. Estos son los llamados «psicópatas», verdaderos miembros de una especie humana B o asterisco, como personajes ajenos a la compasión, la solidaridad o la empatía.⁶

Los psicópatas que carecen de la empatía más elemental hacia los demás y especialmente

hacia quienes lo pasan mal pueden mantenerse fríos y al margen del sufrimiento de los demás, aprovecharse sin piedad ni remordimientos de ellos o incluso disfrutar o alegrarse al verlos sufrir.

Pero la indiferencia emocional ante las víctimas no solo procede de personalidades psicopáticas.

También se puede adquirir de manera progresiva mediante el despliegue paulatino de mecanismos de defensa reductores del malestar y generadores de indiferencias y atribuciones ante el mal y el sufrimiento ajeno.

La indiferencia, como alternativa habitual y recurrente a la obligación universal de prestar ayuda a los demás, puede ser configuradora de una personalidad psicopática sobrevenida, proceso que yo he denominado en varios libros el paso al lado oscuro.

La indiferencia resulta ser un factor de transformación que conduce a muchos a iniciar el tránsito hacia el lado oscuro. Todo cuanto, en una sociedad, un grupo, una empresa o una familia, favorece la indolencia, el pasotismo y la indiferencia respecto al mal es generador de actitudes, comportamientos y a la postre personalidades de tipo psicopático.

LA SUPERACIÓN DE LA DISONANCIA COGNITIVA

El carácter moral universal de la obligación de prestar ayuda y la respuesta en forma de un comportamiento indiferente y pasivo en el individuo lleva a este a un estado de disonancia cognitiva que le produce un intenso malestar psicológico.

Dicho malestar procede de la necesidad de consonancia cognitiva que, según el psicólogo Leo Festinger, es uno de los reguladores básicos de la motivación y de la conducta humana.[7](#)

Su teoría de la disonancia cognitiva (TDC) establece que todo ser humano busca obtener una visión de la realidad y de sí mismo consistentes. La TDC postula que las contradicciones entre diferentes cogniciones, ideas o percepciones (en especial, las que el propio sujeto tiene sobre sí mismo, su propia ética, su responsabilidad o su moralidad) son fuente de un fuerte malestar y de una tensión psicológica que las personas tratamos imperiosamente de reducir.

Reducir ese malestar emocional pasa por disminuir o eliminar las percepciones disonantes, llegando incluso a negar su existencia.

Negar esas percepciones disonantes sobre uno mismo o sobre la realidad produce una reducción de la tensión y del malestar emocional.

La necesidad de consistencia cognitiva supone una formidable tensión para el individuo y le obliga a desarrollar mecanismos reguladores esenciales para la supervivencia del Yo.

Esta obligación universal de prestar ayuda funciona para la especie humana como una auténtica «ley de la gravedad social».

Solamente la formidable energía psíquica que nos vemos obligados a movilizar para mantenernos alejados de los problemas de los demás a través de la indiferencia da prueba de su relevancia e importancia.

Usamos todo tipo de estratagemas y de mecanismos de defensa para sortear ese requerimiento ético.

La construcción moral de un «neopsicópata» procede de la constante reducción de la disonancia cognitiva que le produce el no ayudar a quien se encuentra en necesidad.

Individuos y naciones enteras se ven transformados de este modo. Son capaces de construir una identidad moral o ética distorsionada mediante la indiferencia y esta acaba transformándolos.

Este resulta ser uno de los mecanismos más peligrosos de la mente humana, puesto que es el

responsable de convertir a las «buenas personas» en malvadas o perversas.

Quien al inicio se siente una «buena» persona, es decir, alguien con una atribución ética y moral positiva, va a ir poco a poco aclimatándose y acomodándose a las peores injusticias de las que es testigo y ante las que permanece pasivo.

A partir de un determinado momento, la pasividad y la indiferencia se ven sustituidas por una colaboración activa en el mal.

Una de las formas de hacerlo es modificar la percepción de las víctimas, retirándoles su estatus como tales víctimas mediante una lógica perversa propia de la disonancia cognitiva atribuyéndole la culpa de lo que le ocurre.

El falso razonamiento es el siguiente: puesto que yo soy justo y ético, mi indiferencia hacia esta persona solo puede mantenerse bajo el presupuesto de su culpabilidad y del merecimiento del mal o castigo que le aflige.

La mentira procede del modo en que se percibe a sí misma en un proceso perverso de satanización de la víctima.

No se trata de que las víctimas hayan hecho algo para merecer el castigo que reciben, sino que cada uno de los indiferentes requieren modificar sus percepciones sobre el propio proceso de victimización para eludir el castigo psíquico de la disonancia.

Para no perder la buena imagen de sí mismos, esto es, la sensación interna de sentirse buenas personas, van a verse obligados a satanizar a las víctimas del mal y las injusticias. «Se lo merecen, y punto».

No es que mi comportamiento indiferente sea moralmente reprochable, sino que ellas, las víctimas, se merecen todo cuanto les ocurre.

La probabilidad de escapar a esa mentira y de reconocer la verdad técnica de nuestra participación por omisión en el mal que aqueja a aquellos que sufren es en realidad muy baja.

Ello requeriría reconocer un déficit, un error o cuando menos alguna debilidad ética.

Lo más probable es lo contrario, a saber, caer en el paradigma «satánico» de la culpabilidad de las víctimas pergeñada del modo sutil ya descrito.

Una vez que se percibe a las víctimas como merecedoras de lo que les ocurre, nadie se hace problemas morales o éticos a la hora de participar, activamente ya, en su proceso de destrucción agregándose sin recato al *gang* de los *linchadores* o perseguidores.

EL JUICIO MORAL O ÉTICO DE LOS LÍDERES INDIFERENTES

El juicio moral sobre un indiferente se basa en un tipo de reproche ético, no tanto por haber practicado directamente el mal, sino más bien por haber permanecido en la indiferencia y al margen de los problemas de las víctimas, dando un rodeo ante su presencia.

Lo más reprochable moralmente a estos dimisionarios morales no es tanto el haber practicado la injusticia o la violencia de manera directa cuanto no haber socorrido a víctimas no directamente atribuibles a su propio comportamiento negativo.

Sobre las víctimas no generadas de manera directa por el comportamiento del individuo, este mantiene una grave obligación moral de solidaridad.

Por ello, también le alcanza el juicio o reproche ético que necesita a toda costa eludir mediante todo tipo de subterfugios mentales.

EL PACTO DE MUTUA INDIFERENCIA: CÓMO LA INDIFERENCIA CONDUCE A LA INDEFENSIÓN

Una de estas trampas mentales es el «pacto de mutua indiferencia».

Norman Geras es el padre de este concepto riquísimo en matices psicológicos.

La necesidad de reducir la disonancia ante la indiferencia ya comentada suele producir un efecto perverso: la creación de una especie de contrato o pacto de mutua indiferencia.⁸

Al no poder aceptar un comportamiento indiferente ante el mal como algo moral o ético, la mente va a realizar una curiosa «pirueta» racionalizadora: presuponer que entre todos los agentes existe una especie de pacto o «contrato de mutua indiferencia» recíproco. Por medio de esta especie de pacto implícito, cada uno renunciaría a su derecho a ser ayudado por los demás en el futuro, a cambio de quedar liberado de la obligación universal de ayudar a quien lo requiere en el presente.

Este «pacto de mutua indiferencia» hace que cada uno renuncie por anticipado al derecho a recibir ayuda por parte de los demás cuando se encuentre en desamparo o postración.

A cambio de no tener que ayudar a nadie, se renuncia en el futuro a un «supuesto» derecho basado en la legítima expectativa de recibir ayuda por parte de los demás. La necesaria reciprocidad social se preserva.

La salida individual mediante este «pacto de mutua indiferencia» extiende en la sociedad el relativismo respecto a lo que en todas las culturas humanas era una universal y absoluta obligación de ayuda a las víctimas.

El llamado pacto de mutua indiferencia sitúa falsamente en el dominio de la decisión individual algo que forma parte de un deber moral colectivo.

Desde el momento en que uno puede «elegir» no asistir o ayudar a quienes pasan por problemas o sufren, ya no está violando el pacto de solidaridad y reciprocidad en que se basa la misma configuración de la sociedad humana. Se trata ya de una posibilidad, no de una obligación natural.

Todo se sustancia a través de una trampa lógica y moral que cada individuo se hace y que le permite salir falsamente del problema.

La opción de no ser solidario y de «pasar» de las necesidades de las víctimas se puede justificar en tanto en cuanto cada quien pague después su precio por ello, en forma de renuncia por anticipado a esa misma reciprocidad social simétrica de los demás respecto a él.

Yo puedo mantenerme actualmente en la indiferencia siempre que no reclame mi derecho a ser socorrido en el futuro por los demás.

Socorrer a las víctimas pasa de ser una obligación universal a ser una facultad que pertenece a la elección personal o de cada uno. Una opción personal en lugar de una obligación moral universal.

La elección solo puede ser éticamente presentable y moralmente aceptable si la persona renuncia en adelante a su derecho al apoyo, la asistencia y la solidaridad recíproca de los demás.

En este sentido, puede decirse que el pacto de mutua indiferencia induce perversamente a los individuos hoy indiferentes a una futura y segura indefensión.

Los que se hubieran mostrado anteriormente indiferentes ante las injusticias de otros son hoy víctimas de las mismas o parecidas injusticias, pero sin derecho moralmente ni a reclamar ni a esperar el auxilio de los demás.

Desde el momento en que ellos no ayudaron a nadie, quedan aislados ante su problema por la indefensión que sienten de no poder reclamar moralmente la ayuda que ellos no prestaron.

Puesto que eligieron anteriormente la indiferencia, el precio de haber optado por no actuar ante el mal es aceptar sin rechistar, y sin poder reclamar o solicitar ayuda, la indiferencia de los demás ante el mal del que ahora son objeto.

Nuestro mundo está lleno de antiguos indiferentes y actuales víctimas enfangadas y enredadas por este sutil mecanismo.

El resultado global actual es la paralización ética de casi todos y la extensión y propagación del mal y de la culpabilidad en medio de la inacción de la mayoría.

Esa mayoría es la que mantiene moralmente paralizada a la sociedad, que como suma de individuos adopta entonces la misma posición individualista e indiferente frente al mal.

Ello explica que muchos seres humanos vivan hoy condenados de antemano por su indiferencia pasada, a no rechistar ante las injusticias, los abusos y el maltrato de los que ahora son objeto por parte de otros.

Un saldo psicológico siempre pendiente les conmina a tener que pagar por sus indiferencias previas respecto a otros a los que dieron la espalda.

También el mecanismo funciona a la inversa.

Nos encontramos con que la falta de ayuda y solidaridad de muchos ante las víctimas procede nada menos que de las que fueron ya «antiguas víctimas». Quienes ya sufrieron el embate de la indiferencia de los demás respecto a su sufrimiento, ante los desafueros que presencian en otros compañeros, razonan inversamente. El pacto de mutua indiferencia funciona en ellos al revés.

Desde el momento en que ya fueron abandonados y sufrieron por la indiferencia de los demás, «pagaron por anticipado el precio para poder elegir hoy» ser indiferentes ante las violencias que presencian y que se perpetran contra otros.

El sufrimiento es causa tanto de nuevos indiferentes como del desarrollo de una amoralidad o moral relativista.

Una moral de tipo psicopático que se observa que penetra en zonas cada vez más extensas del tejido social.

Gracias a este proceso, la violencia y la injusticia conducen a muchos a convertirse en nuevos indiferentes y en los actores de futuros actos similares contra otros.

Esta espiral explica por qué el mal y la violencia actual tienden a tener, en muchas ocasiones, como origen un mal y una violencia anteriores.

DEL INDIVIDUO VICTIMIZADO AL INDIVIDUO VICTIMARIO

Muchos son los resentidos que «pasan» al lado del sufrimiento de los demás mediante la justificación del: «Yo también pasé por eso y nadie hizo nada por mí».

No solo manifiestan la destrucción psicológica a causa de la injusticia sufrida, sino también un tipo de daño en la esfera moral y ética y de la dignidad personal, en forma de un *pervasivo* resentimiento contra otros seres humanos a los que terminarán victimizando, vengándose así de la falta de apoyo y solidaridad que experimentaron.

Otros pagarán por lo que otros indiferentes dejaron de hacer anteriormente por ellos.

Este tipo de resentimiento resulta patente entre muchos y significa la definitiva victoria de la violencia, la injusticia y la indiferencia en su función configuradora de personalidades psicopáticas, insensibles y carentes de toda empatía.

Es un auténtico triunfo «satánico» del mal y de la violencia en el mundo, que consigue transformar a algunas víctimas en seres llenos de odio, resentimiento y deseo de venganza, perpetradores a su vez de otras nuevas violencias contra otras futuras víctimas.

LA NEUTRALIDAD COMO COLABORACIÓN CON EL MAL

Hay quienes afirman que la «indiferencia» no es sino neutralidad y «equidistancia».

Buena parte de la aparente indiferencia de los seres humanos ante el mal es justificada por estos como una forma que tienen de «no tomar partido» por ninguna de las facciones rivales en conflictos de intereses que se producen en su entorno inmediato.

La justificación es la de no participar en un conflicto entre partes.

Esta equidistancia se suele presentar bajo el pretexto de no querer contribuir al escalamiento de los problemas y de no dar pábulo a la espiral del conflicto, de la venganza ni al resentimiento entre las partes.

Sin embargo, el análisis de cualquier conflicto establece que, al final, quien no recoge, desparrama.

Nadie puede sustraerse finalmente a su responsabilidad ante el mal en el mundo.

Ayudar a las víctimas significa tomar partido, en el sentido de hacer frente a los agresores, denunciar sus actuaciones, con el riesgo correlativo de ser llevado paulatinamente a posiciones comprometidas.

Resistir al mal es siempre un poco transformarse en un «violento contra los violentos».

De ahí que quien se pretende neutral ante la injusticia intente autojustificarse, manteniendo al mismo tiempo una autoimagen idealizada y mítica. Su neutralidad es presentada como equidistancia, tolerancia, talante liberal, no-violencia, buenismo o pacifismo.

Esta posición es, aparte de falsa, injusta para con las víctimas, por resultar *victimizadora*.

La verdad de la indiferencia y del indiferente es muy distinta.

LA EQUIDISTANCIA Y LA INDIFERENCIA COMO REVICTIMIZACIÓN TÁCITA

La fuerza del mimetismo constituye una energía social poderosa y no consciente por parte de quienes son sus agentes e incluso sus víctimas.

El mimetismo en forma de una necesaria reciprocidad en las actitudes, deseos o comportamientos es responsable de que en los grupos humanos se tienda a enrolar a cada vez más individuos en torno a los conflictos.⁹

La característica rivalidad y competitividad entre individuos de nuestros entornos laborales actuales apunta a envolver y a incorporar cada vez a más individuos en facciones, luchas y batallas internas, incrementando una situación crítica para los grupos que René Girard, padre de la teoría mimética, denomina «crisis mimética».

Se trata, una vez más, de la formidable guerra de «todos contra todos», ya analizada anteriormente, que caracteriza nuestros entornos sociales actuales.

El mimetismo realimenta la crisis social y grupal que pone en marcha al cabo del tiempo, y expone a un peligro importante la misma supervivencia de los grupos humanos.

Con ello, los grupos sienten la ansiedad por cuanto esas rivalidades y rencillas pueden significar su desaparición.

Es el mismo mimetismo el que va enrolando en los conflictos y en las guerras internas, de manera paulatina a todos y cada uno de los miembros de una organización, como un ciclón que poco a poco lo va incorporando todo a su vorágine destructiva.

Todos y cada uno de los miembros tienden a ser incorporados de alguna manera al conflicto, hasta el punto de que se les exige tarde o temprano un posicionamiento individual no ambiguo y explícito ante él.

Esta presión grupal se manifiesta en forma de una especie de «ultimátum» implícito a todos y cada uno de los actores sociales y que se puede formular verbalmente del modo siguiente: «O estás con nosotros, o estás contra nosotros».

El mimetismo obliga, tarde o temprano, a todos a alinearse, es decir, a posicionarse ética y moralmente a favor o en contra de cada una de las partes enfrentadas en un conflicto.

Cuando hablamos de abusos, injusticias y procesos de victimización, esta elección es algo satánico, pues quien no hace nada por socorrer a las víctimas, no solo ya está tácitamente del lado de quien abusa de ellas, sino que además, con el tiempo, es requerido y tiende a integrarse *de facto* al *gang* de los que practican el mal y las injusticias.

Todos los agentes se ven obligados a elegir entre «estar conmigo o contra mí».

Los ingenieros sociales de este fin de los tiempos que nos ha tocado vivir se encargan con ahínco de conseguir producir la mayor indiferencia posible de todos los actores sociales, sabiendo que el tiempo hará el resto.

Presenciar el mal o la injusticia que se les hace a otros por parte de un número significativo de testigos mudos los convertirá *de facto*, con el simple paso del tiempo, a través de procesos de disonancia cognitiva ya comentados, en miembros activos del *gang linchador*.

Por ello, es un hecho irrefutable que, haga o no haga, nadie puede sustraerse a su responsabilidad moral y ética ante los conflictos y las injusticias que se desarrollan a su alrededor.

También, por el mismo efecto, cualquier posicionamiento solidario a favor de las víctimas del mal y de las injusticias, por muy minoritario que sea este, puede resultar tan eficaz como amenazante.

Los actores del mal conocen perfectamente que un posicionamiento solidario puede llegar a producir la detención e incluso la reversión del proceso contra ellos y que puede bastar una chispa para iniciar una reacción en cadena de solidaridad que se vuelva contra ellos.

Los procesos de victimización, para funcionar «adecuadamente engrasados», requieren la agregación unánime de «todos y cada uno» de los miembros de un grupo u organización, sin excepción ni exclusión posible alguna por parte de nadie a esa masa indiferente.

La inducción de la sociedad a la indiferencia ante el mal es el preámbulo de una conversión perversa que va a transformar a todos los inicialmente indiferentes en agentes *linchadores* y participantes activos en las peores actuaciones. Facilita la conversión de personas normales en perversas. Es decir, el tránsito hacia el «lado oscuro».

Lo saben.

Por eso te quieren indiferente ante el mal.

MIEDO ZERO: ELIGE VIVIR UNA VIDA SIN TEMOR, ANSIEDAD O PREOCUPACIONES

«¡No temáis... no temáis... no temáis...!».

JESUCRISTO EN LOS CUATRO EVANGELIOS

EL MIEDO DE LOS DIRIGENTES Y LA PARANOIA DE LAS ÉLITES

Es común la experiencia de los dirigentes que viven con miedo y se sienten amenazados en las mismas posiciones de poder que han alcanzado.

A las angustias y afanes habituales de cara a poder obtener la anhelada promoción social, profesional o económica, suele suceder la experiencia del miedo a perder la posición ya ganada.

Lo que prometía ser una jubilación dorada y un disfrute de la posición alcanzada se convierte en un infierno paranoico en la Tierra.

Se instala una «mentalidad de asedio» en todo aquel dirigente que lo ha conseguido.

«Están ahí afuera, y vienen a por mí».

Esta mentalidad se convierte muy pronto en una posición en el mundo de tipo «paranoide».

La mayoría de los dirigentes, faltos de autoestima en los niveles más profundos, han construido sus carreras de espaldas a la realidad y convirtieron su vida en una huida hacia adelante y en un guion mendaz con el que se habían convencido que superarían sus problemas de autoestima y sus ocultos sentimientos de inadecuación mediante la obtención del poder y la promoción social al estatus de «élite».

De ahí que todos ellos crean que han sido promocionados indebidamente, por causa del azar, la mera casualidad o por otras razones que les suelen hacer sentirse a la postre inmerecidos partícipes del poder mundial alcanzado.

La paranoia y el miedo a todo supone un poderoso condicionante del comportamiento de las élites. Les lleva a todo tipo de efectos secundarios.

Uno de ellos es la «parálisis por análisis».

LA PROPAGANDA MUESTRA LA VULNERABILIDAD

La mayoría de los conciliábulos, reuniones, clubs y encuentros internacionales que las élites practican por todo el mundo a bombo y platillo suenan a un ensayo-error por el que muestran ante todo una gran inseguridad y precariedad, y parecen querer avanzar sobre los demás a base de convencer de que «todo está ya decidido», de que «todo está ganado», de que «todo el bacalao está ya vendido». Se trata de la promoción de una ilusión.

No hay tal.

El hecho de que se hagan públicos estos encuentros es la mejor prueba de que con ellos necesitan vender al mundo exterior la mentira de que ya lo han conseguido.

En el mundo de la prestidigitación social, no hay nada mejor que convencer a los demás de que todo está ganado para inducir a la inhibición, la indefensión y a asegurarse de la paralización de la reacción.

El *marketing* del exitoso agrega a la fila de los seguidores a la masa de incautos que se dejan convencer para militar en el bando presuntamente ganador.

VIVIR CON MIEDO ES VIVIR A MEDIAS

El análisis cualitativo y cuantitativo de más de mil dirigentes¹⁰ nos ha permitido enumerar los principales tipos de miedos que refieren estos en su trabajo diario. Son los siguientes:

- Miedo a mostrar sentimientos que les hagan parecer débiles ante los demás y por tanto directivos «blandos» o «sin carácter».
- Miedo a perder la autoridad y a la pérdida de poder dentro de la organización.
- Miedo a que sus propios subordinados «les tomen el pelo».
- Miedo a que los subordinados se burlen de debilidades y carencias profesionales si estas se llegan a evidenciar o reconocer.
- Miedo a transmitir información, por temer la pérdida de la ventaja que supone el conocimiento.
- Miedo a que se piense que no están suficientemente formados o capacitados y, por tanto, que son incapaces o torpes.
- Miedo a que se piense que son incapaces de realizar su trabajo como supervisores.
- Miedo a que su capacidad no alcance para guiar y formar suficientemente a sus subordinados.
- Miedo a las intrigas de gente con la que no cuentan o ante la cual no están preparados.
- Miedo a que los subordinados no reconozcan o cuestionen públicamente su liderazgo o posición jerárquica.
- Miedo a que determinados subordinados especialmente capaces o diestros les adelanten y pongan en peligro su puesto.

EL MIEDO GENERA NEGACIÓN, AISLAMIENTO DE LA REALIDAD Y AUTISMO SOCIAL

La mayoría de los estudios sobre capacidad directiva y liderazgo presentan una sistemática exclusión de la evaluación del miedo entre los directivos. «Ni está ni se le espera» entre los indicadores de riesgo del *management*.

De esta mala gestión del miedo se deriva el problema de «autismo» social, enajenación de la realidad y los «síndromes presidenciales» que sufren tarde o temprano todos aquellos que ocupan la cúspide de las pirámides de todo tipo de organizaciones empresariales, sociales o políticas.

El miedo lleva a la negación y al disimulo.

Estos requieren un progresivo aislamiento de los demás para mantener el tipo y la apariencia de dureza, seguridad, decisión y resolución.

El resultado es una creciente introversión, comportamientos extraños y bizarria en los modos que las élites dirigentes muestran y que muchos, erróneamente, confunden y atribuyen al «carácter», «genio» u «originalidad».

EL MIEDO CREA LA «PARÁLISIS POR ANÁLISIS»

La «parálisis por análisis» no es sino un mecanismo de defensa que produce la ralentización de la toma de decisiones, y que se manifiesta por un desmedido afán de controlarlo y chequearlo todo una y otra vez hasta que quede «atado y bien atado».

Es necesario «volver a verlo», «darle otra vuelta», en la medida que nunca ningún proyecto se presenta como suficientemente perfecto como para no provocar una sensación de amenaza en su promotor.

El miedo atenaza y vuelve paralíticos mentales a muchos directivos de empresa que se convierten en jefecillos «*laissez faire*», es decir, con estilos de no dirección de tipo dimisionario.

Es preferible para estos «no hablar por no pecar» y dejar que los problemas «se pudran» por no poder actuar debido al miedo.

El miedo de las élites lleva al revisionismo constante de sus agendas globales para el mundo y a la constante reedición de las previsiones catastróficas que nunca se cumplen en plazo.

EL CAMINO HACIA LA PARANOIA

La dificultad de crear redes sociales significativas de apoyo y solidaridad alrededor de quien detenta el poder se explica muy claramente desde el análisis del factor miedo.

El miedo conduce al dirigente a cerrarse al no poder mostrarse como realmente es, por no poder permitirse reconocer su vulnerabilidad ante los demás.

Debido a ello todo «dirigente a la defensiva» termina siendo «dirigente a la ofensiva», o lo que es lo mismo, alguien cuya actitud genera enormes dosis de sufrimiento a su alrededor.

La imposibilidad de reconocer la propia vulnerabilidad le condena a no poder confiar en nadie.

Al no poder fiarse de nadie, vive en la continuada alerta o sospecha respecto a todos los que le rodean, que, de este modo, se convierten en potenciales adversarios.

Todo es evaluado en medio de la mayor suspicacia en la interpretación de los hechos y situaciones que viven a diario.

Esta actitud o posición paranoide se traduce pronto en la patología mental típica y propia de todos los poderosos.

Llegados a este punto no confían en nadie, ni siquiera en sus propios adeptos o colegas, dando por sentado que todos intentarán dañarles, explotarles o engañarles en cuanto tengan ocasión.

Fraternidades, hermandades, cofradías y grupos dirigentes más o menos secretos pretenden superar esta paranoia mediante pactos, fidelidades, obediencias o lealtades obligadas bajo todo tipo de amenaza que permitan superar el miedo a la traición o la puñalada trapera por parte de los más próximos.

La pertenencia a esos grupos o sectas marca la más impresionante limitación de la libertad individual que imaginar quepa, obligada por el miedo a la traición propia de la paranoia dirigente.

Los paranoides cuestionan sin base alguna la lealtad y fidelidad de los demás, y son reticentes a mostrarse o exponerse en confidencias por temor a que dicha información sea utilizada en su contra.

Se vuelven personas tensas, cautelosas e hipervigilantes, obligadas a examinar constantemente su entorno a la busca y captura de los menores indicios de posibles ataques, engaños, conspiraciones y traiciones.

A partir de sucesos banales, interpretan amenazas y reaccionan rápidamente a ellas de forma exagerada, con ira, agresividad y ataques.

Incapaces de interpretar correctamente los malentendidos, la ambigüedad propia de las relaciones o los ruidos y errores en la comunicación, desarrollan y mantienen un resentimiento duradero hacia los demás.

Cualquier comentario trivial o inocente es sentido y vivido subjetivamente como ofensivo o como un intento de perjudicar.

El «proceso de intención» escala a toda velocidad y muy pronto adoptan una posición de «alerta continuada», a la espera de ataques por todos los flancos. Una mirada, un gesto o las palabras de un email mal entendidas terminan convirtiéndose en *casus belli*.

Los subordinados son sistemáticamente monitorizados dentro de una campaña permanente de

búsqueda de pruebas de fidelidad *ad personam*, de la que nunca obtienen cantidad suficiente para detenerse.

EL PARANOIDISMO DE LAS ÉLITES DIRIGENTES

Todos los paranoicos se caracterizan por una serie de patrones cognitivos habituales, procedentes de formas rígidas de un pensamiento resistente a la realidad. Entre esos patrones figuran los siguientes:¹¹

- Piensa mal y acertarás.
- Las personas son hostiles.
- Si alguien es amistoso, realmente quiere utilizarte.
- Si descubren cosas de ti, las utilizarán en tu contra.
- Nadie es sincero.
- Se aprovecharán de ti, si se les da oportunidad.
- Si se acercan demasiado, te traicionan.
- Todos tratan de rebajarte o humillarte siempre que pueden.
- No se debe confiar en los demás, solo en uno mismo.
- Es necesario vivir permanentemente alerta y en guardia.
- La gente actúa por motivos ocultos.
- Si te muestras condescendiente o tolerante, te atacan.
- Todos intentan manipular.
- Todo comportamiento amistoso encubre intención de manipular.
- Mejor es guardar las distancias para evitar el abuso de confianza.
- No es seguro confiar en nadie.
- Pedir ideas a otros es manifestar debilidad.
- Hay que ser duro si no quieres que «se te suban a las barbas».
- Dar confianza a las personas hace que abusen de ella.

La paranoia de los dirigentes es un antiguo dato en la investigación en *management*: los niveles de *paranoidismo* evaluables a través de escalas psicométricas se incrementan cuanto mayor sea el nivel y la posición alcanzados en la pirámide.

Cuanto más arriba se encuentra un dirigente en la escala, mayor es su probabilidad de alcanzar niveles relevantes de *paranoidismo*.

CÓMO OPERA EL PARANOIDISMO ENTRE LAS ÉLITES DIRIGENTES¹²

- 1.Tiene una visión del mundo deformada en la que «todo el mundo quiere apestarle de su pedestal» y perjudicarlo, ofenderle, molestarle o rebajarlo.
- 2.Es casi impermeable a los datos que ofrece la realidad: interpreta las ambigüedades de las relaciones interpersonales de manera ofensiva y amenazante. Todos cuantos le rodean tienen una intencionalidad aviesa e intentan perjudicarlo.
- 3.Los comportamientos éticos, benevolentes o proactivos de los demás son percibidos como falsos o simulados intentos de manipulación que encubren siempre una doble intención.
- 4.Presenta un cuasi delirio de persecución. Hace encajar todos los datos interpretándolos de manera que confirmen su percepción paranoica de la realidad. Es imposible hacerle ver de forma racional el error en sus interpretaciones.
- 5.Es incapaz de tener amigos íntimos por no poder fiarse de ellos. Defrauda una y otra vez la confianza que se deposita en él. Intimidad significa peligro.

6. Sospecha de forma habitual de sus colaboradores que son sistemáticamente monitorizados, seguidos, vigilados de cerca o sometidos a «pruebas de fidelidad».
7. Encuentra confirmaciones por doquier del carácter malintencionado, perverso y negativo de las personas que le rodean y en la humanidad en general.
8. Interpreta de forma negativa y ofensiva los comentarios inocentes, triviales o inocuos de terceros.
9. Desencadena ataques preventivos contra todos aquellos que cree que pueden perjudicarlo.
10. Recuerda constantemente ofensas y agravios del pasado y se manifiesta con un continuo resentimiento y con voluntad de venganza.
11. Se muestra hipersensible y suspicaz a todo comentario que otros formulen sobre él.
12. Es inasequible a las buenas intenciones de los demás y las juzga como intentos interesados de obtener algo.
13. Suele diseñar sistemas paranoides de espionaje, control, grabación y monitorización perversa para intentar «cazar» o «sorprender» a los demás, especialmente a los de abajo.
14. Es poco proclive a dar sus opiniones, pensando que «todo podría ser utilizado en su contra» por sus enemigos.
15. Se comporta de manera ofensiva e irrespetuosa con todos los demás, a los que interpreta como con ánimo de rebajarle y atacarle.
16. Despliega un estilo de dirección autoritario de terror como forma de no dar concesiones y no mostrar debilidad frente a los subordinados, que siempre acechan para perjudicarlo.
17. Huye del diálogo como una forma de abdicación de la autoridad de un jefe. El debate y la diferencia de opiniones le amenazan, por lo que impone el pensamiento único o «unidad doctrinal». Al disidente se le envía al ostracismo.
18. Es incapaz de afecto y amor hacia otros por no poder mostrar vulnerabilidad con sus seres queridos, por ejemplo, su pareja. Sus relaciones de pareja suelen ser de mera conveniencia y formales, desprovistas de todo amor y afecto.
19. Con el tiempo, suelen presentar delirios y alteraciones importantes de la realidad que les convierten en frecuentes pacientes psiquiátricos.
20. Son cuadros muy rebeldes al tratamiento psicológico con muy mal pronóstico, en la medida en que todo cuanto le ocurre es sistemáticamente sesgado y reinterpretado por su cuasi delirio autorreferente.

LA INOCULACIÓN SOCIAL DEL MIEDO EN LA POBLACIÓN MUNDIAL

Quien vive en el miedo y la paranoia termina contagiando a su alrededor el mismo mal.

Muy especialmente las élites paranoides instaladas en el miedo provocan periódicamente epidemias de miedo en los demás.

La anticipación de catástrofes climáticas inventadas, *plandemias* perfectamente planificadas y anuncios apocalípticos de todo tipo mantienen prietas las filas y paralizada a la disidencia.

Vivir en el miedo y la paranoia les obliga a someter a los demás a la misma férula mental e imponer a todos los demás el mismo corralito psicológico que les atenaza.

La aparición de los daños psicológicos procedentes del miedo no es inmediata sino mediata.

La inducción en la población de una repetida vivencia de temor, ansiedad, angustia, con una contante sensación de amenaza sobre la vida, la salud o la seguridad sobre un período de tiempo largo conduce a una indefensión psicológica inexorable.

El daño en forma de indefensión suele aparecer después de una aclimatación mental de la

sociedad a la vivencia de miedo persistente durante meses o años.

Las campañas de inoculación de miedo en la sociedad por parte de las élites paranoides generan estrés social y una reacción generalizada de agotamiento debido a tener que «mantener una permanente alerta e hipervigilancia psíquica», que es responsable de la aparición de todo tipo de síntomas psicológicos y psicosomáticos en estos últimos tres años.

El incremento del número de suicidios, del alcoholismo, del consumo de tranquilizantes, de la desesperación y, sobre todo, de la paralización de toda contestación social son las consecuencias que resultan óptimas para un grupo que pretende la reducción poblacional, el control social y la imposición de una dictadura mental y tecnológica bajo pretexto de ganar en seguridad.

Las sociedades reguladas paranoicamente desde el miedo inoculado a todos los niveles de la población se transforman de este modo en sociedades psicológicamente tóxicas, que se han acostumbrado a ser controladas desde la gestión interesada de la inseguridad, el miedo a la muerte o a la enfermedad. Todo un *management* paranoide y paranoizante. Se trata de un *neomanagement* social.

Al fin y al cabo, el *neomanagement*, la gestión desde el miedo y las amenazas,¹³ lleva mucho tiempo funcionando en muchas organizaciones empresariales psicológicamente tóxicas regidas por grandes dirigentes paranoides.

Era cuestión de tiempo que se aplicara también a gran escala sobre la población humana por parte de las élites paranoides.

EL NEOMANAGEMENT SOCIAL O MANAGEMENT TÓXICO DEL MIEDO POR LAS ÉLITES PARANOIDES

1. Uso del conflicto y el *shock* social emocional como herramienta de gestión y control de las personas. Dividir para vencer. Creación de «oleaje cuando la mar está en calma».
2. Fomento del carácter orgánico y corporativista de los órganos de gobierno mundial corporativo: desarrollo de «nomenklaturas» o élites de clase exentas de obligaciones o con privilegios especiales.
3. Empobrecimiento del liderazgo político mundial: dirigentes a-profesionales, mediocres y a la defensiva que reciben y obedecen meras órdenes de la élite o nomenklatura.
4. Desestructuración y caos en la organización social, la economía y las relaciones internacionales. Final del derecho internacional de gentes y legitimación de los abusos de autoridad, el uso de la fuerza, la guerra, los confinamientos, la limitación de derechos y libertades políticas individuales básicas.
5. Aparición de fenómenos sociales de dimisión interior: indefensión, paralización, confusión, adicciones, aumento de los suicidios, escalamiento de las enfermedades del estrés, del *burnout*,¹⁴ etc.
6. Precarización o inducción de la precariedad económica y social en los seres humanos: «No tendrás nada y serás feliz».
7. Imposición y dictadura intelectual: imposición del pensamiento único o fascismo cultural e intelectual, *wokismo*, cultura de la cancelación, desplataformización en redes sociales de la disidencia. Implantación de la censura previa y posterior.
8. Imposición de actitudes: cambio de actitudes forzoso, penalización del pensamiento, criminalización de determinadas conductas, fomento de la sumisión acrítica. Establecimiento obligado de una neolengua: adaptabilidad, flexibilidad, versatilidad, como requisitos actitudinales para lograr una sociedad inerme frente a la manipulación psicológica de masas.

- 9.«Feudalización» de las sociedades: abusos selectivos contra derechos y libertades, derechos de «pernada», corrupción a plena luz del día, aparición de fenómenos de *mobbing* contra el *whistleblowing*.¹⁵
- 10.Énfasis y justificación del control y de la necesidad de monitorización y supervisión estrechas a favor de la seguridad o la sanidad grupal (paradoja de Strickland).¹⁶
- 11.Fomento del autocontrol y la delación social. Destrucción de las redes de solidaridad naturales como la familia o la vecindad e inducción de la «guerra de todos contra todos».
- 12.Distorsión de la comunicación y despliegue de *neolingüística*. Uso y alteración del significado del lenguaje con fines de manipulación. Nominalismo a ultranza.
- 13.Síndrome de negación universal (SNU): «Aquí no pasa nada».
- 14.Extensión de la indiferencia en las relaciones: pacto de mutua indiferencia y ruptura del sentido de comunidad solidaria de refugio.

EL SILENCIO DE LOS CORDEROS

El silencio es el resultado del miedo, y siempre se revela como un potente indicador cualitativo que podemos utilizar para establecer si en una sociedad sus miembros viven con miedo.

Cuando hay miedo, nadie quiere hablar.

Nada se sabe, todo termina siendo velado y ocultado. Todo lo que puede ser relevante permanece oculto y pasa a un tipo de clandestinidad más o menos asumida como necesaria o imprescindible.

El paradigma fuertemente individualista característico de nuestras sociedades las convierte en tóxicas, debido a que pone el origen del problema en la propia víctima mediante el miedo.

Vivir con miedo es, de este modo, exclusivamente un problema del individuo atemorizado.

Reconocer el propio miedo es reconocer una culpabilidad. Algo así como admitir la cobardía, la debilidad de carácter o la vulnerabilidad que se imputa a quien reconoce tener miedo.

Sentir miedo al paro, a la precariedad, a perder la posición social o la calidad de vida propia y de la familia son parámetros que se juzgan socialmente como propios de seres débiles, faltos de autoconfianza o de fe en sí mismos.

El miedo no confesado se somatiza y llega a producir una intensa sensación de soledad.

Nadie cuenta a nadie su propio sufrimiento, avergonzándose de reconocer que sufre una falta de adaptación a un entorno turbulento.

«Los hombres no lloran» se les suele decir desde pequeños a los varones, y con ello se les acostumbra a negar la propia expresión del daño por el miedo.

LAS ENFERMEDADES DEL MIEDO

Tan pernicioso es el miedo cronificado como el hecho de que este miedo no pueda manifestarse abiertamente, y tenga que internalizarse por cada uno, somatizándose al final en forma de enfermedades, que llegan a ser graves. Son las enfermedades del miedo que suelen ser vividas y experimentadas en la clandestinidad.

La única salida para esa aclimatación al miedo crónico supone el pago de un precio terrible en forma del desarrollo de enfermedades psicosomáticas que funcionan como un regulador o una válvula psicológica de escape al miedo nuestro de cada día.

La mayoría de las enfermedades del miedo aparecen en forma de afecciones inespecíficas que no suelen imputarse a su verdadera causa.

Algunas de ellas son, sin duda alguna, muchas cardiopatías, alteraciones gastrointestinales,

alteraciones del sueño, afecciones dermatológicas, etc.

Lo mismo ocurre con las depresiones, los cuadros de ansiedad y ciertas raras enfermedades psicosomáticas que suelen aparecer. Todos son los efectos del miedo en un organismo que no ha encontrado mejor modo de sobrevivir a él más que expresándolo psicosomáticamente.

Es el miedo negado y sepultado bajo todo tipo de represiones mentales y sociales el que termina finalmente emergiendo como una enfermedad.

Por fin, el miedo reprimido puede expresarse, eso sí, de una forma dramática y perniciosa.

EL ENDURECIMIENTO PSICOLÓGICO ES EL RESULTADO DEL MIEDO PERMANENTE:

DESPERSONALIZACIÓN, DISONANCIA Y EMBOTAMIENTO EMOCIONAL

La reacción de muchas personas ante el miedo consiste en una huida hacia adelante.

Intentan superarlo mediante un endurecimiento afectivo y ético. Buscan preservarse anestesiándose ante la realidad. Tratan de generar una capa de neopreno psicológico con la que conseguir que nada propio o ajeno pueda llegar a afectarles.

La despersonalización en las relaciones con los demás es la primera manifestación de un daño emocional evidente.

La reacción al miedo tiene otro modo terrible de expresarse en forma de «indiferencia emocional». La indiferencia hacia los males ajenos puede causar una buena imagen, pues puede ser interpretada como equilibrio, mesura o ser exponente de un elevado «control emocional».

Desde el momento en que un ser humano reacciona defensivamente ante el miedo mediante el «embotamiento» emocional, se sitúa en la actitud de permanecer «de perfil» y con muy poca disonancia ante los peores abusos e injusticias que presencia.

El origen de esa indiferencia ya ética no es sino el daño que produce el miedo en él.

La dureza emocional que se requiere para sobrevivir a su propio miedo es reforzada por la «distorsión comunicacional»¹⁷ que pretende avergonzar al que tiene miedo mediante diferentes estrategias. La más frecuente es la de tratar a quien expresa el miedo como conspiranoico, delirante o friki social. El miedo es relegado como una experiencia propia de una «flojera psicológica» o incluso una concesión a la «debilidad» mental o intelectual.

EL MIEDO COMO ELEMENTO ESENCIAL PARA LA OBEDIENCIA CIEGA Y LA TRANSFERENCIA AGÉNTICA

Desde los años setenta se conoce el modo en que todos somos frecuentemente partícipes de un mecanismo de «obediencia a la autoridad». Este mecanismo, descrito en esos años por Stanley Milgram, explica el modo en que las personas «normales» pueden, con bastante facilidad, llegar a involucrarse y a colaborar activamente en comportamientos inmorales, siempre y cuando piensen que estos actos son ordenados, solicitados, refrendados o autorizados por personas con algún tipo de autoridad, sobre las que van a descargar la responsabilidad de sus propios comportamientos.

Cualquier persona normal puede, bajo la influencia de una figura de autoridad, infligir a víctimas inocentes un terrible castigo, con tal de que el que lo ordena sea percibido como una autoridad competente.

Es un hecho que bajo las órdenes de una «autoridad» es muy probable que nos comportemos dócilmente, descargando con toda naturalidad la responsabilidad del daño que podemos producir en los demás en la superioridad.

Este mecanismo ha producido en la historia las peores consecuencias para millones de

personas.

Pensar que «los expertos» saben lo que hacen y que ellos son los verdaderos responsables de lo que cada uno realiza bajo sus órdenes ha llevado históricamente a personas normales a masacrar a poblaciones civiles, asesinar niños, torturar prisioneros o aplicar todo tipo de «soluciones finales».

Los experimentos de Milgram establecieron ciertas conclusiones acerca de cómo la participación en esas actuaciones modificaba la percepción de sus mismos actores. Su implicación en acciones negativas no dejaba igual que antes a estos cooperadores necesarios.

Poco a poco esa participación suele ir minando la calidad moral de los que actúan mal, convirtiéndolos en personas que han abdicado de una valoración ética de los comportamientos propios y ajenos.

El mecanismo de la disonancia cognitiva es el responsable de la destrucción de la capacidad moral del ser humano, y el que promueve cambios decisivos en su personalidad.

Los diseñadores e ingenieros sociales actuales enrolan a la mayoría de la población en una cooperación perversa a base de hacerles obedecer normas absurdas, limitaciones monstruosas de derechos y libertades o mandatos mezquinos basados en puras coacciones o en mentiras de la propaganda del miedo.

Ello produce un incremento sustancial en la disonancia cognitiva que tiende a resolverse interiormente generando una transferencia agéntica sobre la autoridad que ordena esos desafueros.

Para conseguir una involucración social masiva basta con someter a la población a un estado de transferencia ética o estado agéntico que le lleve a considerar sus propias actuaciones absurdas, inmorales o perversas como «actuadas» en remoto por la autoridad o los «expertos» que las ordenan.

El estado agéntico masivo se consigue cuando el sistema de autoridad perverso propio de nuestras sociedades dominadas por los títeres de estas élites tóxicas con sus políticos lacayos reemplaza el código ético y moral de cada individuo. Este ya no se considera a sí mismo como actuando a partir de sus propios fines o libertad de criterio, sino que se percibe como un mero «agente» que ejecuta órdenes superiores, que siente que no puede ni debe incumplir.

Esta «transferencia ética hacia arriba» en la pirámide jerárquica produce como efecto práctico la abdicación de toda responsabilidad moral respecto a los propios comportamientos.

Las peores actuaciones sociales pueden, a partir de ahí, resultar justificadas en base a la mera obediencia a los dictados de otros, a los que se atribuye la responsabilidad moral última de los efectos perversos que esas actuaciones significan para muchos.

Los individuos en «estado agéntico» o dimisión moral se redefinen éticamente de este modo como instrumentos de ejecución de otros: «Tan solo cumplo órdenes».

Terminan enajenándose de su propia naturaleza como seres morales, sujetos a deberes y obligaciones para con los demás.

Ejecutar fielmente y con exactitud las acciones ordenadas por «la autoridad superior» o «los expertos» es objeto de un celo y un cumplimiento escrupuloso para la mayoría.

El celo técnico hace desplazar el sentido de responsabilidad hacia arriba. De este modo, se habla de «cumplimiento de órdenes», «sentido del deber», «orden social» u «orden legal» como términos que ayudan a acallar la posible mala conciencia del agente en plena transferencia ética: «Yo solo soy un mandado».

La inducción al estado agéntico generalizado en la sociedad humana es el resultado más

logrado de los psicópatas que regulan la Matrix.

A partir del momento en que los individuos entran en estado agéntico, puede conseguirse prácticamente cualquier cosa de ellos, por muy estrambótico, ilegal o inmoral que ello pueda resultar para cualquier ser humano.

La presión del entorno asegura mantener prietas las filas.

El hecho de que «todos los demás» hagan lo mismo proporciona una rebaja en la tensión y la confirmación de que lo que se hace, aunque sea perverso, puede ser aceptable para la mayoría, y, de hecho, lo es.

Si alguien cuestiona este modo de funcionar, realiza críticas o manifiesta escrúpulos morales, corre el peligro de resultar inmediatamente victimizado, convirtiéndose en un verdadero chivo expiatorio del resto de los alienados agentes sociales.

Estos, a su vez, necesitarán eliminar a la fuente de la posible disonancia.

El mecanismo de transferencia agéntico es responsable de un cambio sustancial, aunque gradual e imperceptible, que se opera en la conciencia moral del individuo, y de los cambios permanentes observables en su propia personalidad.

Estos cambios proceden de la creciente disonancia entre la necesidad básica en todo ser humano de mantener una buena opinión de uno mismo, y los actos dudosamente morales ejecutados por ser ordenados por parte de la autoridad o de los «expertos».

El malestar psicológico intenso que surge solamente puede ser resuelto a costa de generar una vivencia alienante en plena huida hacia adelante.

La justificación de actos absurdos, inmorales o crueles, al no tener origen en motivaciones o decisiones internas del individuo, son percibidos por este como ejecutados bajo mandato y por lo tanto libres de toda culpa o reprochabilidad ética.

No hay una imagen culpable de sí mismo, sino que todo se desarrolla con una inmejorable autoimagen moral, adobada y reforzada por los medios de comunicación cómplices.

A pesar de que esas acciones son percibidas como «extrañas a su propia naturaleza», serán juzgadas como necesarias por algún tipo de racionalidad instrumental, de origen superior, que el individuo no tiene por qué conocer ni le interesa conocer en detalle. Los expertos, la ciencia, el Gobierno o los mandamases son los que tienen la responsabilidad y no yo.

La aceptación de este mecanismo alienante de sumisión a la autoridad consagra a esta como «sagrada» o «intocable», y al mismo tiempo a aquellos que cuestionan a esta última en víctimas por causa de ser «problemáticas, incómodas y obstaculizadoras» del buen desempeño y desarrollo de la sociedad.

El carácter «sagrado» e incuestionable de la autoridad termina modificando las atribuciones sobre las mismas víctimas de los abusos y de las injusticias, percibidas ya entonces como perturbadoras y peligrosas para el orden social.

Cuanto más inmorales y crueles son las actuaciones, mayor es la perversidad atribuida a las víctimas y su merecimiento del castigo.

Son muchas las personas obedientes que acaban calificando sus actos perversos como ética y moralmente legítimos, satanizando asimismo a las víctimas y a los disidentes que han osado cuestionar el *statu quo* de la autoridad, los expertos o «la ciencia».

EL EFECTO LUCIFER SOBRE LA SOCIEDAD

El «efecto Lucifer» describe el punto o momento temporal a partir del que una persona cualquiera y psicológicamente normal cruza el límite entre el bien y el mal y se embarca en

acciones perversas.[18](#)

Para el psicólogo norteamericano Philip Zimbardo, el «efecto Lucifer» es una transformación de la personalidad significativa debido a las consecuencias terribles que tiene sobre el individuo que la sufre y sobre el resto de la sociedad.

La elección del término «Lucifer» para describir este cambio fundamental tiene su origen en la transformación que narra la tradición cristiana de los primeros padres de la Iglesia del ángel más bello que Dios jamás creó, Luzbel o Lucifer.

Este, junto a otros ángeles que se rebelan contra Dios, terminan por envidia del ser humano, convirtiéndose en demonios, planeando su venganza contra Adán y su descendencia.

El «efecto Lucifer» representa simbólicamente la más extraordinaria transformación que puede operarse en un ser. El ángel más hermoso y preferido por Dios trasmutado en un demonio.

El tema de los mejores seres humanos a los que las presiones situacionales los vuelven malvados es algo recurrente en la literatura universal y en el cine.

George Lucas en su saga de *La guerra de las galaxias* narra en su episodio III, con precisión psicológica espectacular, la paulatina transformación del más brillante y capacitado Jedi, Anakin Skywalker, en el más terrible monstruo depredador: el temible Darth Vader.[19](#)

Zimbardo y sus colaboradores realizaron en los años setenta el famoso experimento sobre los roles del prisionero y del carcelero. Trabajaron para ello con grupos de estudiantes universitarios americanos, todos sanos y libres de problemas mentales.

De entre ellos seleccionaron de forma aleatoria un grupo que tenía que hacer el rol o papel de «prisioneros» de una prisión y otro que tenía que representar el rol o papel de los «guardias».

El experimento tendría una duración de tres semanas y se realizaría en una prisión antigua que ya no se utilizaba como tal.

Desde el principio, los guardias, que utilizaban una especie de uniforme, se revistieron de símbolos agresivos (botas altas, cinturones con gruesas hebillas metálicas, distintivos, grandes gafas de sol negras), y desarrollaron actitudes autoritarias, caprichosas, humillantes y agresivas hacia sus compañeros que representaban el papel de presos.

Los que hacían de presos, por el contrario, desarrollaron una caída radical en su autoestima, sentimientos de depresión y muchos síntomas de tipo psicossomático.

La cosa se puso tan mal que Zimbardo y sus colaboradores tuvieron que suspender el experimento antes de cumplirse la primera semana de las tres que estaban previstas.

Pasados muchos años, cuando aquellos estudiantes ya eran personas maduras, la mayoría de ellos padres de familia, fueron citados nuevamente. Tanto unos como otros mantenían todavía secuelas de comportamiento y psíquicas respecto al rol que representaron en aquella experiencia.

La presión de las poderosas fuerzas sociales de la situación y las expectativas sobre el individuo y el rol que se espera de él hace que ceda ante ellas, produciéndose cambios esenciales en su comportamiento, desapareciendo las atribuciones o juicios morales sobre él y sobre sus actos y eliminando al mismo tiempo los sentimientos de compasión, de justicia o de juego limpio.

El proceso de conversión luciferina no tiene los visos de una posesión sobrenatural. El individuo es literalmente poseído por la expectativa del rol que los demás le atribuyen.

Cualquiera, al recibir un nuevo rol, o simplemente por el efecto de las presiones de su jerarquía y de lo que esta espera de esa persona, puede ser objeto de este tipo de transformación terrible en su capacidad moral y ética.

Esa posibilidad no se puede conjurar meramente mediante las habituales e ingenuas protestas

moralizantes que cada uno suele realizar, alegando que nosotros nunca haríamos determinadas cosas debido a nuestros valores o cualidades personales.

Conocemos cada vez mejor cómo determinados entornos sociales o laborales facilitan el desencadenamiento de este tipo de procesos de conversión de personas normales y hasta buenas personas en personalidades perversas.

La intensidad de la presión social sobre un directivo puede consumir estos cambios con enorme facilidad.²⁰

Solamente el conocer las modalidades y el funcionamiento de este terrible mecanismo puede librarnos de esta transformación perversa.

El poder situacional y de la estructura del mimetismo grupal puede vencer las más imponentes resistencias morales y los escrúpulos éticos de un individuo y llevarle a embalsarse e involucrarse en conductas cada vez menos éticas y más victimarias.

Las «buenas personas» suelen terminar practicando el mal, colaborando en acciones anteriormente «impensables», simplemente por el efecto de las expectativas del rol social o profesional que se les ha asignado y que sienten pesar enormemente sobre ellas.

En este contexto debemos incluir los casos inauditos reportados con ocasión de la *plandemia* y sus absurdos e ilegales confinamientos ordenados y ejecutados fielmente por títeres en estado agéntico o «mandados» que, con un celo pasmoso, se aplicaban a la ejecución de las órdenes más evidentemente ilegales o más flagrantemente absurdas.

También el poder de las expectativas puede orientarse de forma ascendente hacia todo aquel que detenta el poder, ya sea como directivo, jefe de estado o caudillo de una dictadura, y ser manejado por todo aquello que «los de abajo» esperan y exigen de él.

Pocas personas comprenden el peligro de la potencial y perversa transformación que pueden operar las expectativas de los de «abajo» para cambiar a los de «arriba» y convertirlos en seres perversos, títeres de dichas expectativas.

POR QUÉ LAS ÉLITES HAN PERDIDO YA LA BATALLA CÓSMICA CONTRA LA HUMANIDAD

El miedo lleva a la necesidad de control y supervisión.

Después de explicar por qué muchos dirigentes de la élite se transforman en seres paranoides y a la defensiva, es decir, a la expectativa de un comportamiento por defecto oportunista y egoísta por parte de sus subordinados, es necesario dar un paso más en el análisis.

A las causas ya analizadas de ese cambio, es necesario añadir cómo un determinado tipo de entorno ideológico se ha fraguado entre las élites en los últimos años y ha generado toda una cultura basada en el miedo, la paranoia y la necesidad de control social.

Algo esperable en las relaciones económicas es la existencia de una predisposición o propensión del individuo a comportarse de manera oportunista y no cooperativa.

La tensión interior a la búsqueda de su único y exclusivo beneficio le hace al individuo proceder oportunistamente, siempre que se le presente la ocasión.

Ante esta presión interna, un individuo evaluará y realizará un cálculo respecto a las ventajas que le reportará actuar de una determinada manera y cuáles son los costes que llevará aparejada la sanción social por hacerlo.

El comportamiento derivado de ello sería el resultado de un mero juego de «sumas y restas» en el que el actor, al final, es dirigido por esa tensión interior.

La existencia externa de contingencias sociales en forma de premios y castigos, y del cálculo racional que hace el agente de lo que le resulta más rentable explican al final cuál es su

comportamiento.

El despliegue sistemático y generalizado de actitudes oportunistas por parte de todos los actores en una sociedad supone unos costes de transacción muy elevados.

Por ello, una organización social debería establecer de manera clara una serie de controles, monitorizaciones, filtros, jerarquías, supervisiones, que tengan translación a normas y reglamentos.

De no requerirse este control de las conductas oportunistas, no existiría ninguna razón de ser para una organización social. El mercado bastaría.

La implementación de diseños organizativos y sociales basados en este modo de entender las relaciones humanas ha llevado a una serie de efectos circulares que han descapitalizado la «confianza» de la sociedad, las empresas y las relaciones humanas.

De este modo, el valor «confianza» en las relaciones entre los agentes sociales ha pasado a ser una especie amenazada seriamente de extinción.

Las élites más suspicaces y paranoides han encontrado en el «Tan solo los paranoides sobreviven» un modo de justificar filosóficamente la adopción de todo tipo de limitaciones, controles sociales y restricciones de derechos y libertades.

EL COSTE ECONÓMICO Y PSICOLÓGICO IMPOSIBLE DE LA GESTIÓN POR LA PARANOIA: LA PARADOJA DE STRICKLAND

La crítica del modelo de relaciones basadas en la desconfianza y la paranoia no procede de la sociología ni de la psicología, sino del seno de la misma economía.

Lo que Strickland denominó en 1958 el «dilema del supervisor» ha quedado recogido en la literatura sobre *management* como la «paradoja de Strickland».²¹

El tenor de este dilema es muy sencillo y resulta esencial para comprender por qué el *paranoidismo* y la necesidad de controlarlo todo resulta inadecuada como forma de gestión social.

La paradoja de Strickland o dilema del supervisor explica sencillamente por qué la implementación de sistemas de vigilancia, monitorización y control por parte de los dirigentes sociales «procede de» y «conduce a» la desconfianza hacia los agentes sociales.

También explica cómo produce el efecto que se pretendía conjurar y aparece un neto incremento de las conductas oportunistas por parte de los controlados.

El final del proceso supone la confirmación de la necesidad percibida de mayor supervisión y control contra tales conductas.

Cuanto más control se implementa, mayores controles se habrán de requerir.

Esto se debe a que el uso de la vigilancia y del control sistemáticos afecta tanto a la actitud de los supervisados hacia sus supervisores, como a la de los dirigentes controladores hacia sus supervisados.

Esa actitud mutua empeora como consecuencia de la implantación de los controles, haciendo cada vez más taimados y astutos a los controlados respecto a sus controladores, en pleno «efecto Pigmalión» o profecía autocumplidora.

La vigilancia y la supervisión percibidas como control, al amenazar la autonomía personal de las personas, lleva a estas a disminuir su motivación intrínseca, colocando externamente a ellas el centro regulador de sus comportamientos. Si me controlan, haré lo que me dicen, pero si puedo eludir el control, dejaré de hacerlo.

Al desconfiar de los supervisados como consecuencia de su propia «hipervigilancia», los dirigentes paranoides convierten, sin saberlo, a sus supervisados en sus propios emuladores en un proceso de clonación de actitudes invertido.

Los subordinados que se vuelven desconfiados, a su vez, desarrollan comportamientos oportunistas respecto a los intereses de la élite dirigente que les controla.

De ahí que la implementación de sistemas de control por parte de los dirigentes paranoides funcione como una profecía autocumplida o «efecto Pigmalión».

Todos aquellos que se encuentran frente a una expectativa general negativa acerca de un supuesto comportamiento oportunista, van a tender a confirmar a la postre esta profecía negativa, cumpliéndola.

Al ser tratados como si no fueran dignos de confianza por parte de las élites, la base social se comportará como tal, dando la razón a los dirigentes que previamente desconfiaron de ellos, confirmando esos pésimos pronósticos.

Con ello se observa que toda implementación «paranoide» de sistemas de supervisión, control y monitorización de los subordinados lleva, al cabo del tiempo, a la confirmación de la necesidad de tales sistemas, y a un reforzamiento de estos, por el incremento del comportamiento oportunista que se ha operado.

Por eso, la percepción inicial de los directivos más «paranoides» y desconfiados respecto a la escasa confiabilidad de sus subordinados y a la necesidad de monitorizarlos les conduce finalmente y de manera paradójica a la necesidad percibida de mayor y más estrecha supervisión.

La implantación de todo tipo de sistemas de vigilancia, y de supervisión basados en la asunción de un comportamiento oportunista sistemático esperable lleva entonces a un efecto de «bola de nieve», con el que la implantación creciente de más y mejores sistemas de supervisión se hace necesaria.

CONFIAR ES MÁS RENTABLE: «PIENSA BIEN Y AHORRARÁS»

El mismo mecanismo sistémico de realimentación funciona al revés.

La profecía que significa que un dirigente asuma por defecto la confianza sobre sus supervisados lleva a estos a corresponder de manera generalizada a tal expectativa positiva sobre sus conductas, confirmándola. Es la profecía a la inversa.

Por eso y de modo inverso, solo la confianza desincentiva los comportamientos oportunistas y egoístas.

En otras palabras, la confianza sale más rentable que la desconfianza por los sistemas de obligada y creciente monitorización que ahorra a la organización social.

En ese sentido, tienen razón quienes, en pleno despliegue de *paranoidismo* personal y organizativo, predicán la aplicación efectiva del famoso proverbio: «Piensa mal y acertarás».

Pero también tienen razón quienes opinan lo contrario: «Piensa bien y acertarás».

La verdadera cuestión no es la de saber quién tiene razón o no, sino la de comparar los costes de transacción que acarrearán para la sociedad cada una de las dos alternativas.

La primera alternativa (piensa mal y acertarás) es, con diferencia, el sistema de *management* más caro y conlleva una carrera o espiral de rearme paranoide sin final en bucle, al tener que incurrir crecientemente en más costes de coordinación que nunca resultan suficientes.

La segunda alternativa es la que consiste en confiar (piensa bien y acertarás). Esta opción de gestión ahorra la mayoría de los costes de transacción a los agentes sociales, puesto que, a pesar de que puedan existir comportamientos oportunistas puntuales en algunos agentes, la suma

global de costes que ahorra la sociedad mediante la confianza por defecto resulta abrumadora.

En el horizonte de la crisis económica actual deberíamos hablar de programas de implementación de la confianza como primer y principal método de «reducción de costes y mejora de la productividad personal y social».

La evolución en el último millón de años de la raza humana nos muestra el camino a seguir. Nuestra especie hace mucho tiempo que tomó un camino más efectivo y creó las instituciones sociales más eficaces basándose en la confianza por defecto y descartó el control social y su fruto podrido, el oportunismo, como onerosos compañeros de viaje.

Si bien es cierto que los dos adagios son ciertos, es más recomendable el segundo: «Piensa bien y acertarás», por el coste que ahorra. Por ello, es aconsejable a los directivos no solo predicar el «Piensa bien y acertarás», sino, además, añadir la consecuencia lógica en términos de ahorro de costes transaccionales sociales: «Confía y ahorrarás».

EL CONTROL CONVIERTE A LOS CONTROLADOS EN EXPERTOS EN ELUDIR EL CONTROL

Tal y como ha observado Dow, a medida que se van haciendo efectivos los controles, los agentes económicos y sociales encuentran nuevas y más sutiles formas de eludirlos y de evitarlos, con el consiguiente efecto del aprendizaje reforzado.

Se dice que, hecha la ley, se inventa la trampa para sortearla.

Cuanto más tupida se va haciendo una red de controles, más dedican los agentes (especialmente, los más valiosos e inteligentes) sus esfuerzos, su creatividad y su tiempo para averiguar el modo de saltárselos.

El primer objetivo de una organización social es el de evitar los costes de transacción, debido a la supuesta conducta oportunista por defecto de los agentes.

El intento de los agentes «oportunistas por defecto» se ve frustrado por los nuevos y cada vez más onerosos y especializados sistemas de control que establecen las sociedades. A su vez, los agentes dedican, por el otro lado, un tiempo y un esfuerzo creciente (en términos de costes) a encontrar la forma ideal de sortearlos.

Además del efecto económico en términos de costes crecientes para ambas partes, hay que analizar el coste que significa generar toda una cultura del oportunismo cada vez más sutil entre los agentes sociales.

Las culturas más centralizadas y burocráticas que se caracterizaron por idear siempre nuevas formas de control de las personas transformaron a sus actores sociales en cada vez más y mejores especialistas en eludir tales controles con trampas y artimañas, aprendiendo a burlarlos, lo cual llevó al anquilosamiento y al derrumbe de aquellos sistemas sociales.

Eso es lo que consiguen las posiciones de las élites paranoides apostando por el control social y la monitorización tecnológica por defecto, con la que pretenden ganar una posición de dominio definitiva que no hace sino devenir cada vez más precaria.

Los sueños de control social mental y tecnológico de toda la humanidad, más que como sueños megalomaniacos, deben ser rechazados y descartados como sueños imposibles por la propia naturaleza indómita, ingeniosa y curiosa de nuestra especie humana.

LIDERAZGO ZERO: RENUNCIA A CONVERTIRTE EN MODELO PARA LOS DEMÁS

*Se lo llevó el diablo a la ciudad santa, lo puso en el alero del templo y le dijo:
«Si eres Hijo de Dios, tírate ahí abajo; porque está escrito: “A sus ángeles ha dado órdenes para que cuiden de ti”; y
también: “Te llevarán en volandas para que tu pie no tropiece con piedras”».*

MT 4, 5-6

LLEGAR A SER ALGUIEN PARA LOS DEMÁS A TRAVÉS DE LA SEDUCCIÓN DEL ÉXITO Y LA APARIENCIA EXTERNA

La mayoría de los directivos son interpelados por una primera forma de convertirse en alguien para los demás.

Es lo que entienden falsamente como liderazgo.

La primera forma de trascendencia desviada invita al ser humano a realizar algo espectacular para seducir a los demás.

Se trata de conseguir fascinarlos, asombrarlos, atraerlos, encantarlos o seducirlos.

Se trata de la trascendencia del «parecer», de la «imagen» y de la pura «apariencia» superficial y externa.

Quien resulta atrapado en esta primera tentación busca, en primera instancia, hacer algo insólito, único, inédito, inaudito, excepcional, diferente, excéntrico, fuera de lo común, original, y, con ello, atraer el interés, la atención y la admiración de los demás.

La promesa satánica y falsa de turno consiste en proponer al ser humano «realizar algo» para convertir a los demás en «admiradores de un hecho portentoso» que, supuestamente, va a acarrear el «prestigio» para su autor.

En el caso de Jesús, el tentador le sitúa en un lugar bien visible (el alero o pináculo del templo de Jerusalén) y le propone hacer un acto de manifestación gloriosa y mayestática que arrastre a todos «en pos» de Él: «Tírate de aquí abajo», y verás cómo todos los demás te admiran y quedan fascinados. Después, no tendrás problema en que te sigan adonde les digas.

El recurso básico de este programa consiste en postularse como un modelo de admiración para todos los demás, sean estos muchos o pocos, cercanos o lejanos, reales o ficticios (productos de mi sola imaginación).

La mentira central y básica en este tipo de tentación del líder es que no puede lograrse más que camuflar un vacío a través de un acto externo en forma de una realización (hacer algo portentoso).

Hacer algo, por muy espectacular que esto sea, no cambia la esencia del ser ni tampoco la sensación de «vacío» experimentada, por lo que nunca hay suficiente de esa medicina.

El «esnob», el competidor deportivo, el aventurero, el «*recordman*», el marcador de tendencias, el «políticamente incorrecto», el anoréxico, el «*chochoni* o tribal» urbano... son versiones del ¡soy diferente (y mejor) y necesito que el mundo entero lo sepa!

Todos suelen buscar un falaz y tan solo aparente distanciamiento de los demás con vistas a hacer de ellos admiradores, adoradores o envidiosos celotípicos.

Tratan de introducir a los demás en el círculo vicioso de la seducción y el encantamiento.

Esta tan solo resulta una estrategia aparente, pues, como veremos a continuación, quien se

pretende «seductor» y agente del encantamiento de los demás, en realidad, va a resultar atrapado en el círculo que él mismo crea.

En una sociedad de tipo narcisista, son muchos los que creen identificar en los demás la desviación de la trascendencia característica de la tentación de llegar al ser por el parecer e intentar fascinar a otros, pero pocos se verán reflejados a sí mismos en este círculo infernal.

La moda, el esnobismo, el gusto por el riesgo, el afán de coleccionismo, el mito de superarse a sí mismo, la sed de infinito, el espíritu de frontera, el siempre más y mejor, el *plus ultra*, el marcar tendencias o el ser políticamente incorrecto..., todos ellos son ejemplos de cómo opera la tentación para todo ser humano de «llegar a ser» a través del espectáculo de la fascinación de los demás, por las cosas maravillosas o increíbles que somos capaces de hacer.

Solamente una fuerte disciplina o conversión (*metanoia*) interior permite desvelar en cada uno de nosotros esta tensión íntima por encontrarnos en la mirada de admiración de los demás.

El «¡oooh!» fascinado de los otros nos transfigura en ídolos de multitudes reales o ficticias, que reconocen supuestamente en nosotros «algo» especial o a «alguien» digno de admiración y emulación.

Muchos son los que simulan, en plena estrategia de «seducción *coqueteril*», no estar atentos a los demás y pasar de ellos.

Pero, a decir verdad, son los que miran subrepticamente y de reojo para captar los mínimos cambios en gestos o reacciones para verificar el efecto que producen en los demás.

En la mayoría de las relaciones humanas se puede observar este intento de convertir al otro en «mirada fascinada de admiración».

Esta mirada del otro fascinado nos confirma que, efectivamente, y contra lo que nuestra pobre autoestima (el pobre Yo) pronostica, los demás reconocen en nosotros «alguien» que suscita deseos de imitación.

El otro fascinado reconoce que somos «alguien», luego podemos concluir que somos «alguien». Paradójicamente, es siempre el otro el que nos rescata en nuestro crónico déficit de autoestima. Un falso rescate, por lo demás, que se indicará.

El esquema que se desencadena a partir de aquí es adictivo; quienes convierten al otro en la fuente de su supuesta existencia como «alguien» o «algo», desde la mirada fascinada prestada, necesitarán crecientemente dosis suplementarias de lo mismo.

De ahí que el esnob precise «estar siempre a la última», el deportista busque siempre «el nuevo récord», el que se arriesga en prácticas al límite aspire al «más difícil todavía», y que las modas «se reinventen constantemente» a sí mismas y que aquellos que se postulan como provocadores se embarquen en «oscilaciones extremas y crecientes» y en ocurrencias cada vez más «extrañas y extravagantes».

Como ya hemos indicado, para caer en este proceso, no es necesario que la mirada fascinada del otro sea «real», sino tan solo «supuesta».

No resulta sorprendente que siendo tan poderosamente adictiva la necesidad de ser alguien para los demás y de fascinarlos, pueda llegar a transformar la misma realidad en ficción o en un delirio continuado. Muchas personas se terminan creyendo en el centro mismo de una vorágine que jamás ha existido. Tanto sus supuestos admiradores como los detractores sirven al propósito de crear o generar una fuente permanente de *heteroestima*. Algo que ayude al «pobre Yo» a sobrevivir a la verdad de su vacuidad.

De este modo, los psicólogos vemos por doquier seres humanos obsesionados por el «parecer» y por el supuesto «problema de imagen pública externa» que no suscita en absoluto ninguna

mirada admirativa por parte de nadie.

Basta que cada quien se suponga o se proponga convertirse en el objeto de la mirada fascinada de otros para que este proceso le transforme sutilmente en lo que se denomina técnicamente una personalidad narcisista.

La necesidad de superar el vacío existencial mediante la transformación en «alguien» para los demás explica que muchos sean perfectamente capaces de vivir en esa ficción, convirtiendo todas las relaciones con los otros en la fuente de una gratificación especular característica del narcisismo.

Los demás son convertidos en meros espejos que devuelven al narcisista supuestas miradas fascinadas.

El narcisista vive creyendo ser el objeto de esas miradas y de la admiración de todos los que le rodean.

De ahí, precisamente, proceden numerosos peligros en las relaciones con los otros.

Si algo frustra esa irreal percepción, los narcisistas suelen reaccionar con rabia y resentimiento.

Todos se fijan en él, todos le imitan. De ahí nacen también las peores posiciones «autorreferenciales» y hasta «paranoides».

Por eso, quienes viven con la sensación de que todos les envidian y admiran terminan creyendo que todos les zancadillean, les odian y no pretenden más que perjudicarles.

EL LÍDER NARCISISTA Y SUS CARACTERÍSTICAS PATOLÓGICAS

La palabra narcisismo procede del mito griego de Narciso, quien se enamoró de su propia imagen reflejada en las aguas de un estanque.

Su destino fue consumirse en un deseo insatisfecho de sí mismo, ahogándose en él.

Los demás no existen para un narcisista, salvo en su condición de espejos de sí mismo. Su enorme vacío le obliga a buscar a los que le rodean para poder reconocerse a sí mismo, y encontrar en ellos un tipo de valoración que no siente en lo más profundo de su ser.

La configuración de una personalidad narcisista se explica para algunos especialistas clínicos sobre la base de una carencia emocional temprana producida por una madre emocionalmente fría o indiferente o con una agresividad encubierta hacia su hijo.

Otto Kernberg sostiene que la megalomanía propia del narcisista obedece a fuertes y profundos sentimientos de envidia, miedo, privación y rabia.

La sensación de ser único, importante y diferente a los demás por alguna razón, explica por qué un narcisista busca sistemáticamente en ellos un reflejo (espejo) de esta sobrevaloración. Esto no es sino el reverso de un vacío personal que pretende compensar con esa actitud.

Merece la pena dedicar especial mención al frecuentísimo caso en el mundo empresarial de aquellas personas que convierten sus roles laborales, y muy especialmente sus roles directivos, en una supuesta forma de ser «algo» o «alguien».

En la investigación encontramos niveles de «narcisismo» y de «*paranoidismo*» crecientes cuanto mayor es el nivel personal en cuestión.

Si mi propia valoración y autoestima está vinculada a mi «rol», que es el que verdaderamente me hace ser algo o alguien mediante la mirada admirativa (real o supuesta) de los otros, todo cuanto amenaza esta posición o rol en la organización será sentido y vivido como una auténtica amenaza a mi propia integridad (algo así como si alguien viniera a matarme).

La hipersensibilidad e hiperreactividad a todas esas supuestas amenazas es algo que

conocemos bajo la denominación de «narcisismo» y «*paranoidismo*» directivos.

En algunos casos, se alude muy eufemísticamente a la agresividad propia del directivo. Una agresividad que no es más que el efecto de la frustración de no ver satisfechas las expectativas de admiración, veneración o adoración que el directivo narcisista reclama sin parar de los demás.

CÓMO SE CRONIFICA EL NARCISISMO DE UN LÍDER

La fuerza de la cronificación de este mal social tan característico de nuestra época que es el narcisismo hace prácticamente irrecuperable *de facto* a un adicto a la consideración de los demás, la notoriedad, la popularidad, la fama o la apariencia física.

Con el tiempo, todo esto empeora y sume a sus víctimas en un sufrimiento enorme.

La cruda realidad se termina imponiendo sobre el onanismo mental.

La *irrecuperabilidad* de la mayoría de estos trastornos procede de la construcción de una identidad falsa, propia de un espejismo mantenido precariamente durante años, y que se ha vuelto ya altamente inestable.

El paso del tiempo exige el consumo de «crecientes niveles de energía psíquica» para sustentar la mentira narcisista fundamental de que «somos alguien para los demás».

Ser «alguien» mediante la apariencia y la imagen que proyectamos hacia los otros termina siendo una opción imposible por tres razones fundamentales:

- 1.El deseo de ser alguien deriva de la búsqueda de la autonomía del ser, y, por lo tanto, cuanto mayor es nuestro intento de ser autónomos, siendo alguien para los demás, menos autónomos y más heterónomos somos en realidad.

Esto nos obliga a vivir en la mentira continuada de tener que sofocar y negar en nosotros nuestra dependencia de la opinión y de la mirada admirativa de los demás.

- 2.Ser alguien desde la apariencia o la imagen nos requiere siempre un plus de originalidad, novedad, diferencia, excentricidad.

Esto nos exige una «simulación» de que ni nos interesa ni nos importa realmente la opinión del otro (esta es la mentira de la supuesta autonomía), y la real necesidad de tener que inventar nuevos «trucos» para conseguir atraer su «atención» y «admiración».

El éxito aparente de ser tomado como modelo por otros conlleva el fracaso necesariamente por lo efímera que resulta siempre esta situación y por la tremenda energía psicológica que hay que desplegar para mantenerla, agregando siempre nuevos admiradores o manteniendo bien alto el pabellón y la imagen ante los actuales.

- 3.El narcisista nunca se libra del círculo infernal siguiente: cuanto más quiere escapar a la ley de los otros, más se convierte en su esclavo. Cuanto más esclavo de los demás es, más intentos realiza por escapar a la ley de los otros.

Ello no tiene fin y se transforma en el denominado «infierno narcisista».

Veremos a continuación algunos ejemplos de cómo la idolatría del parecer nos lleva habitualmente al sufrimiento y al desastre existencial propios del narcisismo.

EL «CUERPO PERFECTO» Y LA APARIENCIA EXTERNA COMO MANIFESTACIONES

CARACTERÍSTICAS DEL NARCISISMO SOCIAL

Tomemos el denominado «culto al cuerpo» como ejemplo de la tiranía que este tipo de desviación de la trascendencia narcisista implica.

La publicidad explota de manera admirable la mentira que nos contamos de mil formas

asombrosas:

- ¡Sé tú mismo!
- ¡Gústate a ti mismo!
- ¡Porque tú lo vales!
- ¡Date un premio!
- ¡No te preocupes de los demás!

La eficacia de por qué funcionan los anuncios de productos dietéticos, *light*, *bio*, etc. que adoptan estos «mantras» radica en que todos ellos aprovechan en su beneficio el deseo de trascender basado en la apariencia, planteando como cierta alguna de las tres grandes mentiras siguientes:

- La autoestima, plenitud, autonomía, realización, etc. de quien aparece en el anuncio (modelo mimético potencial).
- La despreocupación por la opinión social, el «qué dirán», etc., en definitiva, del otro.
- El denominado «cuerpo *light*» pertenecería a un ser dotado de la capacidad de amarse a sí mismo, sin necesidad alguna de la aprobación de los demás. Está así de sano, delgado, bien cuidado, etc. debido a una autonomía del ser propia del tipo de ser completo que no requiere de nada ni de nadie.

Tal es el modelo de «individuo» autónomo que todos deberíamos alcanzar: el moderno «dios de sí mismo» y, por lo tanto, el «dios para los demás».

Un individuo «burbuja», solipsista y enamorado de sí mismo que, aparentando no requerir de nada ni de nadie, vive, sin embargo, del continuado proceso de presentarse ante el mundo entero como digno de adoración, emulación o imitación.

El reinado del narcisista es el del perfecto ser autosuficiente, dueño de sí mismo, pleno de existencia y que, pese a ello, en lo profundo, se alimenta mendaz y furtivamente de la admiración, respeto y prestigio que mendiga sin recato de los demás.

Cualquiera puede realizar la «prueba del nueve» experimentando con algún consumidor del *Homo apparens* (hombre aparente), bajo cualquiera de sus modalidades de consumidor de dietas adelgazantes, productos cosméticos, cirugías plásticas (sean estas reductoras o aditivas), productos *light*, *bio* o ecológicos.

Cualquiera de ellos, cuestionado por la razón que le lleva a adelgazar o a consumir determinados productos, *bio* o *light*, le intentará colocar inmediatamente la misma mentira que el *Homo apparens* se cuenta a sí mismo y que le permite sobrevivir a la disonancia: «Lo hago porque así me gusta más, estoy mejor conmigo mismo, me encuentro bien, soy yo mismo, mejoro mi salud, mantengo mi autoestima, soy espontáneo, creativo, original, diferente, genuino, etc.».

Contrastar la auténtica realidad del *Homo apparens* es fácil cuando se advierte que todo ello no es más que el fruto del solapado dictado de los demás sobre el narcisista.

La moda, la llamada «dictadura de las tallas pequeñas», el rechazo social de los obesos, la necesidad de ser aceptado, reconocido, integrado gracias a una «apariencia física espectacular» o del «cuerpo Danone», son los verdaderos motivadores.

Nuestro *Homo apparens* se pondrá a la defensiva y aducirá un universo de «pretendidas» verdaderas razones por las que actúa así.

Todas ellas son falsas, y están al servicio de sustentar la mentira de la autonomía, independencia y autoestima del «pobre Yo» característico del narcisismo.

Se requiere una enorme energía para romper esta inercia que nos mantiene a todos en la

mentira de nuestra individualidad y nuestra autonomía respecto a los demás cuando pretendemos mostrarnos como aparentes modelos para ellos.

Todo cuanto acabamos de señalar puede trasladarse a todas las formas de aparentar: el honor, el prestigio social (prestidigitación social), la forma física, el éxito, la popularidad, la fama...

La paradoja marca que cuanto más esclavos somos del otro, más energía nos vemos obligados a invertir en el proceso de probarnos a nosotros mismos y a los demás que podemos ser autónomos o que, de hecho, ya lo somos.

Para concluir sobre esta primera desviación idolátrica de la trascendencia, basada en aparentar ser ante los demás, esquematizamos las paradojas a que da lugar el falso recorrido que caracteriza al narcisismo.

EL FALSO RECORRIDO DEL NARCISISMO	
Desde	Hasta
Dependencia (del deseo de otro).	Autonomía aparente (la admiración del otro como demostración del ser propio).
Vacío (no soy nada).	Falsa plenitud o trascendencia por la imagen o apariencia (soy porque aparento ser).
Autodesprecio (por no ser).	Capacidad de fascinar, seducir, encontrar algo genuino (ser tomado como modelo por otros).
Posición existencial de inferioridad. Sentimientos de inadecuación.	Posición existencial de superioridad (arrogancia y prepotencia).
Verdad (soy nada). Aceptación del vacío existencial. Autoestima.	Mentira (soy algo). Rechazo del vacío existencial. Energía psíquica al servicio de mantener la mentira «a salvo».

EL EGOCENTRISMO QUE CARACTERIZA AL DIRECTIVO NARCISISTA

El egocentrismo del directivo narcisista le hace creer que todo se le debe, y que lo puede tomar de manera oportunista en todas aquellas posibilidades que le ofrezca la organización para la que trabaja.

El narcisista se caracteriza por saltarse las normas que rigen para todos y por no observar las conductas que reglamentariamente se deberían esperar de él.

No suele presentar ningún sentido de la culpabilidad, pues entiende que las normas no se han hecho para alguien de su categoría o nivel familiar, social, intelectual o profesional.

Se limita a un cumplimiento formal y aparente de las normas, de modo que externamente parezca que las acata, aunque viole de manera flagrante el sentido más profundo o espíritu de las disposiciones legales o reglamentarias, incurriendo frecuentemente en los fraudes de ley. Se trata de simular que cumple para saltarse esas mismas normas.

El directivo narcisista es incapaz de manifestar auténticas emociones ante los demás o de comprender las que otras personas pueden expresar. De ahí su incapacidad para la empatía.

Su alteración le convierte en una especie de «idiota emocional», solo pendiente de sí mismo y atento observador del impacto que produce en los demás.

El patrón general del comportamiento directivo del narcisista presenta unos rasgos típicos que

hacen de él una auténtica nulidad como líder, esto es, un auténtico paradigma del liderazgo inefectivo. Estos rasgos se presentan a continuación:

- *Pensamientos o declaraciones de autovaloración, en contraste con lo que los demás piensan de él o con la valoración que de él hacen:* aparece como el mejor trabajador de la empresa, o el único que está capacitado para hacer esas tareas, o como la pieza clave sin la cual nada puede funcionar. Se presenta como el mejor de todos con enorme diferencia.
- *Historias de grandes logros o tribulaciones profesionales en el pasado:* se muestra como un verdadero *businessman*, relatando fantasiosas historias de realizaciones, proyectos, que se repiten una y otra vez de manera grandilocuente, refiriéndose a sí mismo en tercera persona o usando constantemente «yo», «mi», «mis», olvidando significativamente la contribución o las realizaciones de otras personas.
- *Hipersensibilidad a la evaluación de los demás:* manifiestan enormes problemas en el momento de ser evaluados por sus superiores jerárquicos, dando la sensación de que aquellos no tienen capacitación o nivel para ello o de que su comportamiento «solo podrá juzgarlo la historia». En privado, echan pestes de los propios jefes y pretenden que las malas evaluaciones que estos hacen de ellos proceden de la envidia o mala fe.
- *Utilización de los demás como espejo o auditorio:* usan y se prevalecen de su superioridad jerárquica, su cargo o posición, para hacer que los demás escuchen obligatoriamente sus realizaciones, proyectos o historias de éxito.
- *Violación de los códigos éticos de la organización:* sienten que están por encima de las normas internas, que no rigen para personas «tan importantes o decisivas» para la organización.
Un observador atento puede advertir quiebras en el comportamiento ético del narcisista en relación con el cumplimiento de las normas organizativas. Suelen ser expertos en la manipulación legal, perpetrando abusos y fraudes de ley.
Sensación de inminencia o de crisis apocalípticas: proyectan hacia su entorno la percepción de que van a producirse crisis inminentes o problemas enormes de los que nadie, salvo ellos, son conscientes y a los que solo ellos dicen ser capaces de dar respuesta utilizando sus «brillantes» facultades personales y profesionales.
- *Imprescindibilidad:* se presentan como elementos clave del desarrollo de la empresa u organización. Sin ellos no hay futuro o este es sombrío.
A menudo señalan que nadie es imprescindible, salvo ellos que, claro está, sí lo son.
- *Pretensiones de nivel, categoría, etc., por sus relaciones sociales o el nivel de las personas de la organización que frecuentan:* proyectan hacia los demás la sensación de que tratan a nivel interno con «los peces gordos» de la empresa o de que se relacionan con personas de alto nivel social, intelectual o político.
Suelen pretender ser convocados a reuniones importantes o cruciales y ser telefoneados o contactados por gente siempre muy importante.
- *Reclamo de atención constante:* utilizan las reuniones con sus equipos para pronunciar discursos en los que escucharse a sí mismos. Monopolizan abusivamente el uso de la palabra dándose importancia.
En caso de existir verdadero argumento, el tipo de mensaje puede ser absolutamente abstracto o absolutamente concreto, pasándose de las «ramas» a las «raíces» sin solución de continuidad.

- *Monopolización del mérito*: se atribuyen sistemáticamente todo el mérito de los proyectos en los que participan, «colgándose todas las medallas», evitando hablar de la contribución de otros y pasando por alto sus errores, fallos o fracasos.
Magnifican o directamente fabulan las alabanzas que supuestamente otras personas (especialmente de alto nivel) les han dirigido.
- *Mesianismo*: se presentan como «mesías» del proyecto empresarial, con grandes visiones del cauce por el que la estrategia de negocio debe marchar.
Reclaman para sí un conocimiento excepcional o de primera mano de los mercados, los clientes, la evolución tecnológica, no atribuible al esfuerzo o trabajo intelectual, sino a una genialidad especial o a un rasgo de carácter peculiar que el narcisista dice poseer.
- *Comportamiento laboral parasitario*: acostumbran a disponer de «lanzados» o «esclavos» que les hacen el trabajo duro y sucio, del que luego se apropian. A estos los desprecian y denigran, explotándolos y maltratándolos, pretendiendo ser más astutos, más fuertes o más poderosos que ellos. Con ello suelen lograr sustraerse al cumplimiento de sus obligaciones profesionales. Justifican éticamente su comportamiento en el hecho de que todo se hace con el consentimiento del trabajador esclavizado o explotado.
- *Escaparatismo*: sus despachos o zonas de trabajo exhiben de manera ostentosa sus trofeos profesionales, sociales o académicos. Diplomas, certificados, medallas, premios... se combinan con fotografías con personajes importantes en el ámbito empresarial, político o social. Exponen objetos de gran valor que, supuestamente, marcan el estatus social o económico de quien los posee.
- *Susceptibilidad a la envidia*: su tema central es la envidia que todos les tienen. Se devanan los sesos por todas aquellas personas que, supuestamente, envidian sus cualidades personales o profesionales. Son capaces de explicar de este modo todo el comportamiento de los demás, basándose exclusivamente en la envidia que hipotéticamente les corroe.
En realidad, quienes son pasto de la envidia hacia los demás son ellos mismos, no permitiendo que otros miembros del equipo destaquen y bloqueando el ascenso y la promoción de los subordinados más capacitados a los que ven como amenazantes.
Viven atemorizados por las capacidades que presentan las personas de su entorno, especialmente las de mayor creatividad, originalidad o valor añadido profesional o personal.
- *Extensión y propagación de la mediocridad*: velan y se preocupan por que nadie prospere a su lado ni debajo. Se encargan de no seleccionar o contratar para sus equipos a personas que puedan ser más capaces que ellos. De este modo y con el paso de los años, van extendiendo a su alrededor una atmósfera de mediocridad profesional en la que su capacidad mediocre pueda despuntar.
El narcisista solo puede sobresalir en entornos mucho más mediocres que él, por ello se encarga de cultivarlos con esmero y de hacer que florezcan todo tipo de variedades de fauna y flora organizativa de mediocridad.
- *Sensibilidad al nivel*: juzgan los comportamientos o las ideas según el nivel jerárquico que posee la persona que los manifiesta. Las ideas o planteamientos valen lo que el peso jerárquico o social de quien las emite.
A menudo se alinean solo a favor de posturas de aquellas personas a las que juzgan superiores, no en el plano intelectual, sino jerárquico o político.

- Persecución del aprendizaje y la capacitación*: al ser incapaces de aprender, por no poder gestionar emocionalmente su ignorancia, no desean que nadie lo haga.
El aprendizaje y la formación pueden capacitar a otros que pueden terminar aventajándoles. Por tanto, son frecuentemente enemigos declarados de la formación y de las acciones de capacitación, aduciendo diferentes pretextos para ello.
- Sensibilidad a la categoría de los trabajos*: la acomodación o el gusto por tareas o trabajos tiene que ver únicamente con el rango de estos, y nunca con el grado de interés que le suscitan o con la posibilidad de aprendizaje que puedan procurar.
Debido a ello, les cuesta «arremangarse» y realizar tareas que consideran por debajo de su nivel o categoría.
- Pensamiento autorreferencial*: las cosas suceden en la empresa en relación con algo que siempre tiene que ver con ellos.
Las decisiones que se han tomado «arriba» obedecen a su asesoramiento previo, a su decisiva intervención o a la calidad de su trabajo, etc.
- Fobia al riesgo y al fracaso*: el fracaso les horroriza por su incapacidad de enfrentarse emocionalmente a él. Debido a ello, suelen ser incapaces de afrontar riesgos.
La aversión al riesgo les convierte en pésimos emprendedores o promotores o iniciadores de proyectos. Prefieren y optan por el control y la crítica de las iniciativas ajenas, a fin de camuflar su ineptitud emprendedora. Aducen, para justificar esta última, la necesidad de realizar nuevos estudios, más análisis, evaluaciones más exhaustivas antes de decidir o emprender nada, llevando a las unidades o departamentos que dirigen a la célebre «parálisis por análisis».
Nada se hace ni se permite hacer a otros.

VEINTE SIGNOS PARA RECONOCER A UN DIRECTIVO DE TIPO NARCISISTA

1. Los subordinados son para él un auditorio, un espejo en el que se mira continuamente. Reclama atención y admiración de manera continua. Le encanta que le hagan «la pelota».
2. Monopoliza «todo» el mérito para él. Rebaja sistemáticamente el mérito de todos los demás. Todo resultado positivo se debe a su genialidad.
3. Cree pertenecer a una élite social o intelectual de personas «especiales» por causa de su genialidad, brillantez o pertenencia a algún tipo de «casta» social. Lo que rige para los demás no rige para él.
4. Busca subordinados serviles, dóciles y obedientes. Le resultan amenazantes la libertad de criterio y el pensamiento alternativo.
5. Selecciona sistemáticamente para su equipo a quienes no le puedan hacer sombra, es decir, a los menos capaces. Propaga en su departamento un tipo de mediocridad intelectual y profesional como forma de asegurarse y sentirse a salvo.
6. Busca el culto a la personalidad. Cultiva la adulación y el vasallaje feudal de sus subordinados hacia él. Puede llegar a ser despótico con los que considera inferiores, despreciándolos.
7. Despliega un comportamiento de maltrato y abuso verbal mediante gritos, insultos, reprensiones y humillaciones de todo tipo a sus subordinados. Ello le proporciona una sensación de seguridad por mantener a raya a todos.
8. Infla compensatoriamente su autoestima mediante continuas referencias a su pretendida valía, brillantez profesional, contactos relevantes con «personalidades» o poderosos.

9. Incapacitado emocionalmente para reconocer que ignora o no sabe de algo, y, por lo tanto, para el aprendizaje, se manifiesta arrogante, prepotente y «sabelotodo». Queda pronto desfasado y profesionalmente obsoleto. Ello refuerza su sentimiento profundo de inadecuación y su actitud defensiva ante el cambio o la innovación.
10. Su falta de actualización profesional le lleva al dogmatismo y a la rigidez intelectual: quien se permite discrepar supone desde muy pronto una amenaza personal para él, por no poder ni saber rebatir sus argumentos o convencer de los suyos.
11. Persigue y elimina a los posibles competidores, especialmente a los más brillantes. Cultiva y fomenta el «enanismo» intelectual y a los «bonsáis psíquicos» en el equipo.
12. Tiene aversión a correr riesgos por el miedo al fracaso y por su incapacidad emocional de hacer frente a él. Llega a bloquear a su unidad por su falta de decisión y actitud «laissez passer».
13. Explota laboralmente a sus subordinados exigiendo de ellos sacrificios, adhesión incondicional y personal, e incluso «buena cara» ante sus abusos de autoridad y excesos.
14. Desarrolla el discurso de la imprescindibilidad: «Qué sería de vosotros sin mí». Se presenta como un «salvador» o una persona crucial para la organización.
15. A pesar de sus declaraciones externas, en lo profundo resulta un enemigo declarado de la capacitación, la formación, la actualización profesional, la innovación y el aprendizaje, que son siempre elementos amenazantes para sus sentimientos de escaso nivel o inadecuación personal y profesional.
16. Se muestra hipersensible a toda crítica o discrepancia y reacciona desproporcionadamente a ellas. Vive las diferencias de opinión de forma dramática y amenazadora como un ataque personal o como una falta de respeto.
17. Utiliza un tipo de lenguaje que pasa de lo hiperabstracto a lo hiperconcreto. Huye de la conceptualización de problemas reales por no saber cómo enfocarlos o enfrentarlos de forma real y práctica.
18. Se comporta de forma despectiva con sus subordinados y de forma adulatoria con los superiores, a los que secretamente envidia y desprecia.
19. Está obsesionado por la envidia que cree que todos le tienen. Su pensamiento solo se refiere a sí mismo. Todo lo que ocurre tiene que ver con él.
20. Su despacho, su zona de trabajo, su automóvil o su atuendo o vestimenta son escaparates con los que pretende demostrar el valor de su propietario. Adornan sus zonas de trabajo los objetos lujosos, de marcas caras, las fotos con personajes famosos, los premios, diplomas, títulos, trofeos, etc. que supuestamente acreditan y prueban a los demás la cualidad especial de su propietario.

AMBICIÓN ZERO: ELIGE SER EN VEZ DE TENER

*El tentador se le acercó y le dijo:
«Si eres hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes».*

MT 4,3

EL FALSO CAMINO HACIA EL SER A TRAVÉS DE LA AMBICIÓN Y DEL TENER

Un programa alternativo del mefistofélico tentador pasa por la trascendencia idolátrica de las cosas, basada en el tener, acopiar, acumular cosas, y en el éxito económico a todas luces.

Una vez que ha fallado el intento de crearnos una imagen, es decir, convertirnos en «alguien» porque así lo reconocen los demás, para muchos se ofrece una segunda alternativa: la apropiación de cosas, bienes, que les proporcione ante sí mismos y ante quienes le rodean la sensación de «ser alguien».

La propuesta del tentador es la de convertir las piedras del desierto en panes.

Tal es el milagro aparente de la producción y de la economía.

El deseo de llegar a ser se transforma aquí en un deseo por acumular bienes, consumir, poseer, comprar, almacenar o coleccionar cosas.

Las cosas poseídas devuelven a su poseedor, supuestamente, una entidad superior.

Es la «cosa» («el objeto») cualificando al «sujeto» poseedor.

Sin embargo, aquí entra en funcionamiento de nuevo la naturaleza mimética del deseo, pues, ¿qué objetos desearemos poseer? Y, por otro lado, ¿hacia qué objetos convergerá nuestro deseo de acumular, de poseer y de apropiarnos del ser a través de la propiedad?

La respuesta es clara.

Serán aquellos más deseados por los demás los que llamarán nuestra atención.

Más todavía, lo serán aquellos objetos que resulten deseados en mayor medida por los que son nuestros modelos.

Los publicistas conocen esta realidad muy bien, y la explotan con descaro. Por ello, el *marketing* y la publicidad pretenden lograr convencernos de que algunos modelos notorios, relevantes, famosos, inteligentes, bellos, etc. , esto es, personas con la autonomía del ser que nosotros anhelamos, desean determinado objeto —ya se trate de algo consumible o de un determinado servicio— para sí mismos.

El intento de trascender idolátricamente nuestro no-ser o nuestra vacuidad interior convierte el mundo en una contienda de «todos contra todos» en la que cada uno se encuentra deseando bienes que otros ya desean, y que, por lo tanto, hacen que la relación interpersonal con ellos sea conflictiva «por naturaleza».

Tal cosa pretenden quienes establecen la mítica existencia de algo denominado «escasez de los recursos», como si esta escasez tuviera un carácter objetivo y fuera un dato cierto inscrito en la naturaleza de las cosas.

La realidad es que la «escasez» no existe como tal.

Y no se corresponde con ninguna cantidad objetiva o determinable de bienes o recursos naturales.

Lo que existe más bien es una convergencia simultánea del deseo de muchos (o de todos) sobre los mismos objetos o recursos.

Esta convergencia simultánea es la que configura la escasez.

Tanto mayor es esa convergencia cuanto más los agentes económicos en liza se imitan unos a otros en sus intentos de apropiarse simultáneamente de determinados objetos.

De ahí el hecho paradójico ya citado de que la escasez nunca puede corresponderse con un punto objetivable y externo de desequilibrio entre oferta y demanda.

La escasez de los recursos es el epifenómeno sistémico menos conocido por los economistas por cuanto pertenece sobre todo al ámbito de la psicología.

Se produce la escasez desde el intento de todos nosotros de hacernos con objetos deseados a la vez por otros, a quienes hemos adoptado como modelos sociales, a nuestra vez. Debido a este proceso repetido y clonado miméticamente, los bienes devienen escasos.

La escasez resulta de un mecanismo intersubjetivo del que prácticamente nadie es consciente, viéndolo tan solo en el momento en que se descubre en el otro.

Por ello, cuando los expertos en *marketing* hablan de crear «una necesidad» en el mercado, lo hacen en un sentido bien real y literal.

Todo *marketing* trata de suscitar de manera masiva una fuerte atracción de tipo mimético, sobre todo la «reacción inicial» o disparo primordial de este proceso.

Es preciso generar un supuesto polo de atracción que haga que muchos imiten el deseo por determinado bien de consumo. Cuanto mayor sea la oleada de preferencia sobre el objeto, más se realimenta a sí misma.

El objetivo último de todos los «tentados» de este modo es «llegar a ser» a través de la apropiación de objetos. Al ser por el tener.

Pese a ello, no es factible reconocernos a nosotros mismos esta verdad humillante y fundamental de que deseamos los objetos que los demás desean.

Para eso funcionan las racionalizaciones que dejan frío e inactivo nuestro neocórtex:

- Lo necesito.
- Es bonito y me sienta bien.
- Puedo permitírmelo.
- ¿Y por qué no?

Tal como el tentador sugiere, podríamos pensar que la multiplicación de los bienes en el mercado resolvería los problemas del mundo.

Si convertimos las piedras (materias primas) en «pan», el problema queda terminado.

Se trata de la producción de bienes y servicios a discreción.

¡Más madera, es la guerra...!

Sin embargo, la situación actual es muy distinta y cada vez más crítica.

El planeta entero está siendo esquilado en sus recursos naturales por la carrera desenfrenada en la que todos deseamos convertirnos en consumidores y poseedores de «objetos de consumo»: poseedores de «piedras transformadas en panes», por más que la mayoría de estos «objetos» se vuelvan pronto inservibles por carentes de interés real, más allá de la primera fascinación.

La moderna agricultura (que ofrece excedentes formidables de alimentos e incluso permite con ellos fabricar combustibles) no llega a abastecer a todos los habitantes del planeta, y cientos de millones de personas siguen muriendo de hambre.

La explicación no es económica ni tecnológica, sino psicológica.

Radica en el hecho de que tener más bienes no conduce a un mayor reparto, sino a una mayor acumulación, es decir, a una paulatina extensión de las fortunas particulares de unos pocos y al incremento real de las distancias entre ricos y pobres.

No es la escasez de recursos la que nos obliga a rivalizar, sino al revés. Es la rivalidad por los objetos que «otros desean» la que lleva tanto a la escasez como a la acumulación. Ambos fenómenos no son contradictorios. Se trata de dos caras del mismo efecto mimético. Nuestra tendencia mutua a imitar los deseos de los demás y a rivalizar con ellos por los mismos bienes cuando los anhelan construye la escasez.

La solución pasa por sortear la tentación de la acumulación para llegar al «ser», y no puede proceder más que de una renuncia al deseo de apropiación como forma de llegar a «ser alguien».

Pero la solución no es evidente para todos. Aún menos lo es de manera simultánea.

La experiencia es que la sobreabundancia de bienes, si no va acompañada de una expresa renuncia a competir por ellos o apropiarse de ellos, solo conduce a que se acumulen en manos de unos pocos.

Esa ha sido la opción de un modelo exhausto ya agotado que ha terminado en la crisis actual.

La tentación de la producción desaforada no ha resuelto sino agravado los desequilibrios y la desigualdad.

No es cierto que la marea levante a todos los barcos, más bien solo levanta a algunos, y cada vez más alto.

Tampoco han servido las soluciones socializadoras que ya ensayó el marxismo en el sentido de prohibir y contener mediante las «diferentes dictaduras del proletariado» los deseos de los agentes.

Ni servirán los últimos coletazos del mismo estilo que ensayan algunos dirigentes, intentando sovieterizar la economía, a través de una contención de la demanda ya imposible, implementando medidas totalitarias como confinamientos, pases sanitarios, huellas de carbono, ecotasas, limitaciones de la libre circulación, del consumo u otros inventos infumables propios de la bestia soltada en estos, los últimos tiempos que nos toca vivir.

El resultado demostrable del «sacrificio de todos a la vez» transformó muy pronto a las sociedades que ensayaron esos modelos en sociedades pobres *de facto*, aunque no «de espíritu».

Esto último las condenó históricamente al resentimiento, a la envidia, al conflicto larvado y finalmente a «implosionar» por el efecto del propio mimetismo de los agentes que no pudo aguantar más tras las barreras represivas.

Tras la caída de los diferentes telones de acero políticos y económicos, el modo de alcanzar a toda velocidad las peores fórmulas del más salvaje capitalismo no tiene nada de sorprendente.

En las sociedades comunistas de Rusia o China, el deseo de apropiación no hizo más que reprimirse o contenerse a través de la violencia durante décadas. Pero siguió latente. Nunca desapareció.

Una vez que la violencia no puede seguir frenando más la rivalidad, esta revienta en forma de formidable *big bang* que pronto lleva a una nueva situación social.

La imitación automática y no consciente del deseo de apropiación del otro explica que cada uno termine siendo un competidor o rival del otro a la hora de perseguir apropiarse de los mismos bienes, y explica asimismo que el proceso de apropiarse de cosas o consumir no termine nunca.

Ello y no otra cosa es lo que denominamos mercado.

En ese sentido, es el mercado el que contiene nuestra violencia mutua, a través de la invención del valor de cambio que es la moneda.

Nuestra máquina mimética interior nos transforma en insaciables autómatas del consumo de todo aquello que los demás desean (realmente) o creemos que desean (de manera ficticia).

Con ello, el proceso de consumir pasa a ser un infierno y una guerra de nunca acabar de estar satisfechos con aquellos bienes que adquirimos, pues desde el momento en que otros desean otras cosas, otros bienes, volvemos nuestra atención a desear esas otras cosas o bienes.

La rotación se vuelve así infinita.

Con ella se produce la diversificación de productos o servicios, cada vez más exclusivos, o más genuinos, y a la vez más estándares.

El proceso garantiza una desidia y un temprano aburrimiento de todo, al mismo tiempo que asegura la depredación del planeta entero.

De este modo, la desviación hacia la falsa trascendencia basada en la ambición propia del «tener para ser» nos convierte en seguros consumidores de bienes que otros nos marcan como deseables.

Ese consumo asegura con el tiempo la acumulación de la riqueza en unas pocas manos, y el que los seres humanos vivan su relación con los demás en términos económicos, es decir, en una guerra de «todos contra todos» que se traslada al ámbito de las relaciones sociales, familiares, escolares, profesionales, y que da lugar a la competitividad.

Tan solo ese gran invento contra esa guerra de todos contra todos, el mercado, puede conjurar de manera momentánea la destrucción mutua que termina garantizando el proceso mimético.

Eternos insatisfechos, eternos consumidores de recursos y eternos rivales entre nosotros en la guerra de nunca acabar por obtener y acaparar aquello que los demás desean a su vez.

LA METAFÍSICA QUE EXISTE BAJO LA AMBICIÓN Y LA RIQUEZA

El deseo de «llegar a ser» desde la apropiación de cosas termina, para muchas personas, destacándose y desencarnándose de los objetos y de los modelos de deseo, y se hace entonces abstracto e impersonal.

Se trata del deseo de «ser rico».

La aspiración de «ser rico» en nuestra sociedad es fácil desde la imitación de un deseo que miles o millones de seres humanos tienen a la vez.

Ser rico equivale a situarse de manera permanente en la falsa posición del que ya ha llegado al ser trascendente.

Esto explica la compulsión de una mayoría por alcanzar la riqueza, por un lado, y el hastío de la vaciedad y el hartazgo de los pocos que ya lo han conseguido, por otro.

Ya hemos descrito anteriormente el infierno existencial que aguarda a aquellos que, habiendo llegado ahí arriba, al final de esa carrera, constatan que tampoco en la amplia acumulación y la apropiación de riquezas y bienes alcanzada se encuentra aquella plenitud existencial que el tentador prometía.

Ser rico puede compararse, a nivel existencial, a la constatación de haber llegado el primero en una carrera y verificar con enorme congoja que, en realidad, uno todavía no ha tomado la «salida».

De ahí «el llanto» y rechinar de dientes consiguientes, es decir, un grado de frustración permanente que nada ni nadie es capaz de terminar de calmar.

Ser rico significa acercarse peligrosamente al momento en que constataremos con horror que detrás de la apropiación de cosas o de la posibilidad de imitar los deseos de casi cualquier otro ser humano no se encuentra ninguna plenitud, autonomía o realización del «ser alguien» que prometía el tentador.

El desolador panorama que el rico percibe desde la atalaya de la cima de su éxito económico

se transforma en una terrible desesperación existencial en el momento que contempla todo lo que ha tenido que sacrificar para ello, sin obtener a cambio lo que le prometía el tentado, es decir, la plenitud existencial.

Llegado este momento suele ser demasiado tarde para él.

Su hambre existencial de «llegar a ser» ha quedado saciada por una falsa forma de trascender que le lleva al sufrimiento de una insatisfacción permanente.

Esta se convierte en un mecanismo prometeico de búsqueda de nuevas posesiones y de un intento acumulador sin fin.

Nada hay comparable al frenesí del rico por aumentar su riqueza.

Nada hay más absurdo que su incapacidad de disfrutar de la riqueza alcanzada.

Ningún terror es similar al que le nace de la idea de «perder aquello que ha adquirido».

Debido a todo ello, ninguna tacañería es más proverbial que la de aquellos que más tienen..., lo cual puede observarse con bastante facilidad.

La incapacidad para salir de ese círculo es notoria.

Su afán le ha conducido, por fin, a llegar al lugar que deseaba.

Un lugar en el que existencialmente «no hay nada».

Tampoco ahí estaba el ser prometido por el tentador.

El rico sabe que ha llegado a ese lugar y que allí no hay nada.

Está saciado, aunque sigue teniendo hambre. Su hambre es existencial y metafísica.

Por eso es un infierno.

Pero ¿qué les ocurre a todos aquellos que no han llegado y se encuentran en tránsito hacia la cumbre, a diferentes alturas?

Ellos arrastran una situación mucho peor.

Quienes aún no han alcanzado la riqueza, pero «lo están consiguiendo», son los que tienen el peor pronóstico.

Se trata de la mayoría. Un grupo que está llamado a morir sin haber despertado, creyendo, además, que ha fracasado por no haber logrado la plenitud existencial que prometía la acumulación de cosas y bienes que nunca obtendrá.

Los bienes y recursos materiales son necesarios para el ser humano, pero no son los que pueden proporcionar el ser o la plenitud existencial, tal y como promete la segunda tentación.

Por ello, el propio Evangelio advierte que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que el que un rico alcance el reino de Dios, es decir, la felicidad en esta tierra.

No es ninguna maldición.

Tan solo la descripción técnica de lo que psicológicamente le espera al rico al final de un camino que él mismo ha elegido.

Deng Xiaoping dijo a los chinos que «enriquecerse es honorable» al iniciar el nuevo camino adoptado por el régimen a partir de 1978.

Lo que se le olvidó decirles es que les llevaría de cabeza al infierno existencial y metafísico que conocen muy bien los ricos, pues ya viven de pleno en él.

PODER ZERO: RENUNCIA AL PODER DE DOMINAR A OTROS

¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su vida?

MT 16, 26

*Llevándole el diablo a un monte altísimo, le mostró todos los reinos del mundo con todo su poder y su gloria, y le dijo:
«Todo esto es mío y lo doy a quien yo quiero. Te daré todo esto si te postras ante mí y te sometes a mí».*

MT 4, 8

LA TRASCENDENCIA DESVIADA MEDIANTE LA ADORACIÓN, EL SOMETIMIENTO Y LA ABDICACIÓN DE LA PROPIA LIBERTAD

Si la primera tentación para trascender propone al ser humano postularse como modelo de seducción y encantamiento de los demás, fascinándolos y dejándolos admirados, la última consiste en la inversión de este mecanismo.

Se trata de renunciar a la propia personalidad y libertad para convertirse en un seguidor ciego, en un adorador, en un fanático partidario.

Esta tercera tentación consiste en transformarse directamente en otro, querer ser otro, a través de una total identificación con su personalidad, su proyecto, sus ideas, sus opciones, su filosofía, su forma de ser.

Convertirse en el clon de otro pasa por rendir homenaje y pleitesía y adorar a esa persona, esto es, querer ser ella.

El otro ser humano se convierte así para mí en un ídolo, en alguien literalmente «idolatrado».

Se trata de todo un programa de renuncia a la propia individualidad.

Una abducción psicológica que tiende a borrar la personalidad, la capacidad crítica y hasta la misma racionalidad en aras de esa progresiva transformación, más rápida o más lenta, en ese otro.

El premio que reserva esta tercera tentación no es pequeño.

Lo que el tentador promete con ella es nada más y nada menos que el poder político absoluto, el dominio sobre los reinos y organizaciones del mundo entero.

Para gobernar imperios y organizaciones basta con un solo requisito: debes transformarte paulatinamente en uno de ellos; para ser uno de esos dirigentes, es necesario adorarlos con el fin de identificarse totalmente.

De este modo, la última de las posibles desviaciones de la trascendencia consiste en realizar ese cambio mediante un proceso de idolatrar y adorar, para «llegar a ser alguien».

El programa exige aceptar la ciega militancia, la obediencia y una posición de subordinación, que te lleve a renunciar a tu propia capacidad crítica de pensar y de juzgar ética o moralmente las cosas, abandonando estas facultades en manos de otro ser humano.

Un verdadero estado agéntico, de sumisión ciega y de renuncia a tu propio juicio moral.

Es así cómo se consolida el «espíritu partidario», la disciplina del partido, el alineamiento mental con unos códigos de honor y una *omertà* obligatoria exigida por el grupo dominante.

La identificación y sumisión ciega al dictado de tu grupo de referencia anula tu personalidad y tu capacidad crítica. Con ello esperas lograr ser aceptado, pertenecer, ser miembro pleno del clan, estar «en la pomada» y, sobre todo, participar de los beneficios y privilegios de dicho grupo dominante y de un *statu quo* privilegiado.

La identificación exige la renuncia absoluta a tu individualidad y que llegues a imitar los modos, las formas y maneras de aquellos a los que aceptas como tus modelos de identificación.

A nivel interno, se trata de aceptar la indoctrinación obligatoria, los valores y la ideología de esos modelos.

Por ello, reconocer el dominio y la ascendencia ética o moral de otros sobre nosotros significa siempre renunciar a nuestra libertad característica propia como seres humanos.

Esa libertad se vende con tal de conseguir la aprobación del grupo o clan y así sentirse un miembro relevante y parte de ese «cuerpo» social. Transformarse en una parte de ese «cuerpo», para gozar y disfrutar de sus beneficios y privilegios propios del dominio.

La venta de nuestra libertad como seres humanos a cambio de ser admitidos a una militancia en el partido, la ideología, la secta, la religión o cualquier otra organización que ayude a llenar el propio vacío a través de la identificación con ese otro, siempre más grande y más poderoso («Todo esto es mío, y se lo doy a quien yo quiera») al que hay que adorar para convertirse en otro clon más.

Para clonarse en el tentador satánico, tan solo hay que rendirle homenaje, querer ser igual a él. En contrapartida, al tentado se le promete beneficiarse del calor y del soporte a todos los niveles que ofrece el pertenecer y ser acogido en los clanes dominantes de turno.

Cualquier ser humano que resista a la tentación del poder mediante la identificación y decida seguir siendo libre conocerá más tarde o más temprano la amarga experiencia de «no tener dónde reclinar la cabeza», es decir, no disponer de clan o grupo de identificación alguno.

No sale gratis esa aparente seguridad que promete el tentador. Todos los grupos de poder exigen siempre un tributo creciente en forma de una renuncia absoluta a la libertad y a la propia individualidad.

En nuestro final de los tiempos actual, las pertenencias se difuminan cada vez más por el efecto de la caída de todas las barreras sociales, causada principalmente por la extensión histórica del cristianismo y sus derivaciones filosóficas y humanizadoras en la sociedad.

El ser humano en la constatación de su vacío se encuentra en permanente busca y captura de alguien a quien agarrarse (individuo o grupo) y algo a lo que pertenecer y en lo que militar.

Algo que le permita identificarse y someterse totalmente para «llegar a ser».

Son cada vez más los individuos que, no soportando el debilitamiento imparable de los esquemas de pertenencia tradicionales (la familia, la nación, la religión), practican huidas hacia adelante que les agregan al magma en fusión cualquier grupo, clan o secta, que les permitan «militar» para ser alguien y reencontrar así la trascendencia en la participación en el poder.

Hay que advertir que este tipo de huida hacia adelante no puede practicarse sino a costa de la desaparición de la propia libertad y la extinción de la felicidad y la creatividad.

A partir de ahí, el adepto es dirigido y controlado a distancia, o bien por los dirigentes del grupo, o bien por el efecto mimético, siempre más poderoso, que canaliza las expectativas del mismo grupo o clan.

A los novicios, a modo de integración, se les piden requisitos cada vez más imposibles para ingresar, se les la asignan duros períodos iniciáticos y probatorios, que sirven para incrementar la disonancia cognitiva y consiguientemente que elijan valorar ante todo lo que vale la militancia en ese grupo.

LA ESCLAVITUD DEL LIDERAZGO VISTA DESDE EL MIMETISMO

Los sistemas jerarquizados y piramidales que caracterizan a todas las organizaciones son una

cadena que busca el sometimiento hacia abajo basado en la unidad de mando, la obediencia ciega, el obligado cumplimiento, todos ellos principios de un tipo de lealtad «mafiosa»...

Muchos aspiran a integrarse en esos grupos de dominio bajo pretexto de ir ascendiendo y promocionando en ellos y alcanzar una situación de poder desde la que supuestamente y por fin podrían permitirse ser «libres» y «ellos mismos», una vez se vieran liberados ya de los dictados de otros a los que ya no tendrían que obedecer, adorar o rendir pleitesía.

No hay tal.

NO HAY LIBERTAD NI CREATIVIDAD EN LAS ALTAS ESFERAS DE PODER

Son muchos los presidentes, directores generales y directivos de primer nivel cuya experiencia de todos los días desmiente el que hayan podido siquiera haber alcanzado esa pretendida libertad o margen de maniobra.

Estos viven su poder desde la frustración, pues, después de lo que han tenido que hacer para llegar hasta ahí, tampoco son, al fin y a la postre, libres.

Siguen teniendo que adaptarse a lo que se espera de ellos por parte de otros.

Unas sutiles pero firmes barreras de tipo mimético son las Horcas Caudinas por las que han de pasar todos estos directivos.

La cuestión es verificar hasta dónde llega la libertad real y efectiva del que asume el mando como dirigente supremo.

Se trata de examinar si es verdad que la dominación y el poder supremo sobre los demás que promete la tentación de poder proporciona realmente la autosuficiencia, la plenitud y la autonomía del ser, esto es, la trascendencia.

El análisis de situaciones históricas y de la política viene en nuestra ayuda mostrando lo que ocurre una y otra vez con los que adquieren el dominio supremo.

En la cúspide de los sistemas de obediencia jerárquicos basados en la sumisión y obediencia, solemos encontrar a un agente que se transforma en el títere mimético de una multitud, un pueblo, una opinión pública, unos accionistas, unos clientes, etc.

Incluso el gobernante más dictatorial, que se cree por encima de la masa gobernada y la desprecia, no tiene más remedio que rendirse a la exigencia de gobernarla de un modo «despótico y cruel» para mantenerla a raya. No le queda otra opción, si quiere seguir en el cargo.

La tercera tentación del liderazgo fundamentada en la identificación con el poder y el dominio sobre otros nos advierte de que quien domina y manda es, al final, un siervo y un esclavo de otros, aunque viva en la ficción contraria.

Toda la lógica interna de todos los sistemas de poder y de dominio no consiste sino en buscar por todos los medios y bajo todos los pretextos mantenerse en el poder sea como sea y a costa de quien sea.

La prueba de ello radica en cómo la moral teleológica psicopática se impone finalmente en todas las organizaciones cuando quien se encuentra en la cúspide del poder de turno, y con tal de mantenerse, confirma la validez moral de sacrificar a todos los seres humanos que sea menester, sin pestañear.

La lógica del poder deriva siempre en la racionalidad instrumental con el fin absoluto de seguir arriba, cueste lo que cueste.

Alcanzar el poder consiste, lisa y llanamente, en permanecer en el poder a toda costa.

Todos los poderosos invierten en ese fin absoluto y despótico y destinan medios cada vez más inmorales y perversos para conseguirlo, y que adquieren su carácter moral o lícito desde el

argumento justificativo anterior.

Debido a eso, se suele decir que el poder corrompe, y se sabe que el poder absoluto corrompe por completo a quien lo detenta.

El Evangelio advierte muy claramente contra esta tercera tentación que no es más que una gran paradoja: quien acepta adorar al príncipe de este mundo (el diablo) para obtener poder y dominio se transforma en su adorador, su imitador y a la postre en su clon. En un diablo más.

EL PODER: EL ASESINO POR PRINCIPIO Y DESDE EL PRINCIPIO

La lógica del poder es siempre de tipo sacrificial en la medida que consagra el engañoso «principio» de que «conviene que un hombre muera para que no perezca todo el pueblo».

Por supuesto, ello es falso.

Lo que corre el riesgo de perecer, en caso de no sacrificar a inocentes, no es el pueblo, sino la situación de dominio y los privilegios de los que están bien situados arriba.

El liderazgo constituye, a fin de cuentas, apuntarse a militar bajo la bandera de un tipo de posición de dominio que, por su propia naturaleza precaria, no puede más que conducir al sacrificio y a la generación de víctimas de repetición.

La desviada trascendencia de los seres humanos que buscan «señor al que servir» es hoy en día la actitud predominante en el gobierno de organizaciones y todo tipo de grupos.

Esta corriente dominante entre la gran mayoría de dirigentes empresariales y sociales ha llegado a la cínica conclusión de que no hay otro modo de dirigir y gobernar personas que optar entre la alternativa de «sacrificar o ser sacrificados».

Obviamente, la toxicidad del liderazgo de los dirigentes que configuran nuestra «élite» se explica porque, dentro de esta lógica perversa, hace tiempo que han optado por sacrificar a todos los demás para no ser a su vez sacrificados.

Solo quien renuncia al poder puede verse libre de la fuerza mimética de la expectativa de los otros y del principio aplastante que exige siempre crear más víctimas si se quiere trascender.

La conversión definitiva de aquellos que renuncian a sacrificar a los ídolos del poder, y a sus representantes en el mundo, incluye una esperable pérdida de la posición de poder o incluso el riesgo de llegar a ser sacrificados.

De ahí que el propio Evangelio advierta que quien quiera preservar su vida terminará perdiéndola.

Eso es lo que le ha ocurrido ya a todo poderoso.

Está ya muerto, pero aún no lo sabe.

EL CAMINO HACIA EL AMOR RACIONAL. DE LA PARANOIA A LA METANOIA

Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado.

JN 15,12

EL AMOR ES UN DON QUE NO SE PUEDE INDUCIR, MERECEER NI COMPRAR

El amor verdadero no puede ser suscitado, inducido, manipulado o comprado, debido a que es algo gratuito, lo mismo que un regalo.

Como psicólogo clínico con décadas de ejercicio en mi profesión, estoy habituado a ver experiencias amorosas fallidas y dolorosas, y siento que ha llegado la hora de liberar a los seres humanos de las trampas del amor romántico que se nutren de nuestro cerebro automático e imitador.

Quedar aprisionado en enmarañamientos amorosos de mil maneras es hoy en día lo más probable. Lo contrario es una excepción gloriosa digna de mención y de análisis.

Escapar al amor romántico y sus trampas es actualmente algo excepcional y raro en esta sociedad narcisista que se rige por el príncipe-principio satánico de este mundo, es decir, el mimetismo.

El mimetismo es el que tiñe todas las relaciones que crea y destruye de sufrimiento, intensidad pasional, rivalidad, resentimiento y violencia.

La promesa de amor romántico que la sociedad ofrece a sus miembros se basa en la excitación del romance amoroso, la angustia de ser algo para los demás y la depresión de no alcanzar ese ideal narcisista.

Estas tres emociones: excitación pasional, angustia y depresión marcan el tono de las consultas en las que atendemos los mayores casos de sufrimiento humano.

La mayoría de los seres humanos se encuentran liados y enmarañados en relaciones amorosas tóxicas de las que no saben cómo salir, debido, fundamentalmente, a que tampoco conocen cómo se embarcaron en ellas.

Desconocen el principio regulador que es siempre el mimetismo y que les conduce irremediabilmente a la previsible catástrofe de la destrucción mutua asegurada que caracteriza a la mayoría de las parejas actuales.

Lo cierto es que no se requiere de emparejarse a otro ser humano para ser plena y totalmente feliz en esta vida. No es cierto el mito romántico que impone encontrar a su otra mitad para poder ser feliz.

EL AMOR DE PAREJA NO ES OBLIGATORIO, SINO ALGO OPCIONAL

El amor de pareja no es una necesidad, sino una elección.

Estar o no estar en una relación de pareja es una decisión de la voluntad, no una necesidad básica biológica, antropológica o psicológica.

Los psicólogos debemos contrarrestar este mito de una sociedad narcisista que hace de la pareja humana otro bien más de consumo.

El mito de la media naranja, del alma gemela, del príncipe encantador contribuyen a la extensión de la falsedad del amor romántico como enamoramiento que ya han descrito y

denunciado como catástrofes humanas todos los más grandes novelistas, auténticos antecesores de la psicología de la pareja del futuro.

Quien vive en la necesidad imperiosa de devenir algo, de convertirse en algo o de ser alguien para los demás se vuelve un esclavo del romántico proceso de persecución de un ideal mítico.

EL AMOR NACE DEL CEREBRO RACIONAL MÁS EVOLUCIONADO: EL NEOCÓRTEX PREFRONTAL

El amor verdadero es un producto de la actividad neocortical humana y más específicamente de su zona prefrontal.



Olvidar el carácter racional y volitivo del amor verdadero supone descender y someterse a los padecimientos de un cerebro límbico reptiliano que se mueve desde las emociones más básicas que nacen del hedonismo: perseguir el placer y eludir el dolor.

El «cerebro emocional» no puede ser el fundamento de elecciones duraderas en materia de pareja so pena de convertirlas en cambiantes y caprichosas veletas al viento.

Nuestro «cerebro mimético» o «sistema espejo» tampoco puede gobernar el campo amoroso si queremos eludir las variadas consecuencias que hemos descrito bajo la denominación de «amores locos» o entrapamiento amoroso.

El amor solo puede permanecer en nosotros mediante la voluntad racional de perseguir aquello que es bueno, verdadero y justo para nosotros.

El deseo mimético y la actuación automática de las neuronas espejo pueden dar origen inicialmente a una relación amorosa, pero esta no puede pasar de esa precariedad a convertirse en un tipo de amor sólido y verdadero, sin la concurrencia decisiva del cerebro racional.

CUIDAR Y CUSTODIAR LA RELACIÓN CON EL OTRO

El amor de pareja solo es verdadero amor racional si posee las características que convierten a cada uno de sus miembros en el ángel guardián del otro.

Ese carácter racional no depende de la respuesta amorosa del otro y, por tanto, no es una mera transacción contractual de ir llevando las cuentas para reclamar al final los saldos pendientes.

El amor racional conduce a cuidar uno del otro y no a rivalizar entre ambos.

La reciprocidad mimética positiva existe en el seno del amor racional verdadero, pero no como

la causa de su existencia, sino como la manifestación o efecto de su despliegue.

La aplicación de la voluntad a este proceso de elegir a otro como pareja involucra, por supuesto, a los demás cerebros del amante, pero de un modo subsidiario.

De tal manera, el amor racional auténtico es siempre un asunto de la razón y no de la emoción.

El engaño más frecuente que sufren todas las parejas en crisis romántica cuando agotan su combustible emocional inicial es intentar regresar a los viejos lodazales de la pasión y de la emoción que proporciona el proceso de enamoramiento.

Con el paso del tiempo, el desarrollo de la rivalidad entre los dos y la inflación de problemas que los triángulos amorosos crean, la emoción que les une no es sino un sentimiento de animadversión que vuelve una y otra vez, es decir, un resentimiento mutuo.

Cualquier ángel custodio en una relación amorosa verdadera sabe que el amor no es una emoción, y aún menos una pasión incandescente.

EL AMOR RACIONAL REQUIERE UNA AUTOESTIMA AUTÉNTICA

La mayoría de los errores fatales a la hora de acometer relaciones de pareja nacen de la radical ausencia de autoestima de actores románticos que desean suplir esta carencia con la «heteroestima» o falso sucedáneo narcisista de la autoestima, que siempre intenta conseguir «ser deseado por el otro».

La determinación efectiva y eficaz de lo que es bueno para mí nace de la autoestima que siempre busca el bienestar y no el sufrimiento de la persona.

Es un hecho adquirido por la psicología que tendemos a tratar a los demás del mismo modo que nos tratamos a nosotros mismos.

Quien se ama a sí mismo se perdona, se cuida y replica esto, haciendo lo mismo con los demás.

El amor verdadero no es nunca impertinente y todavía menos curioso, pues no se nutre de las miradas fascinadas de los demás, ni de la envidia, ni del triunfo sobre auténticos o ficticios rivales.

El amor, cuando es verdadero, es algo que se regala al otro desde la gratuidad y no desde la exigencia, ni desde el control del efecto que tiene sobre el otro ni desde expectativas mutuas de adoración idolátrica.

Si un don amoroso es exclusivo, este da pie a una relación sana de pareja desde la que se puede dar una continuidad y duración al proceso que sea capaz de acoger de un modo sensato, racional, estable y responsable a una «prole» que requerirá de los mayores cuidados y atenciones y, sobre todo, de ser amada incondicionalmente para poder crecer y desarrollarse.

EL AMOR RACIONAL ELIGE RENUNCIAR A LA RECIPROCIDAD NEGATIVA AUTOMÁTICA

La mayoría de los conflictos más radicales y violentos entre parejas nacen de la mutua imitación al que el funcionamiento automático de las neuronas espejo y el mimetismo les condena.

Los pequeños malentendidos, las tontas minucias, los fallos en la comunicación, etc. corren el riesgo de generar grandes brechas en la pareja amorosa más firmemente asentada, a no ser que medie la acción deliberada de la voluntad. Esta acción es de tipo neocortical y, por lo tanto, nada sentimental y plenamente racional.

Desde el sistema mimético de las neuronas espejo no es esperable otra cosa más que el desencadenamiento automático de la imitación mutua que conduce a un *embalamiento* mimético y a una escalada bélica hacia el antagonismo.

De este escalamiento proceden asimismo los sentimientos de ira y venganza que experimenta el cerebro emocional.

Esos sentimientos garantizan un creciente proceso de intención hacia el otro.

Las parejas que se eligen desde el amor verdadero aplican, por el contrario, sus cerebros racionales a desactivar el riesgo de escalamiento violento del que son muy conscientes.

Esta elección de «no llevar las cuentas» no es el resultado de ninguna mutua imitación, sino que rompe su propio mecanismo sin final desde su mismo inicio.

Estas parejas se centran en no dar crédito al antagonismo y apuestan por el perdón de las defecciones del otro, no porque les «apetezca» o porque lo «sientan» desde la emoción, sino porque lo «eligen» como una opción racional desde su libre albedrío.

El perdón mutuo libera a las parejas de la compulsiva imitación mutua, causa del inefable cataclismo violento doméstico actual. Se trata de una reciprocidad activada desde la consciencia de la mente pensante racional que acaba con los automatismos imitativos violentos.

Si me niego a imitar a mi pareja en sus fallos, errores o defecciones en materia de sinergia, estoy cortando de raíz la posibilidad de un escalamiento violento en el que, al final, cada uno va a tener la percepción sincera de que el otro empezó.

De ahí que el perdón del fallo del otro no sea nunca una medida que pueda esperarse que nazca de la emoción o del sentimiento. Por el contrario, es el modo elegido conscientemente por las parejas más sabias, sensatas y prevenidas para evitar deliberada y racionalmente terminar destruyéndose mutuamente.

Desobedecer a las neuronas espejo y someterlas al dictado de la racionalidad y de la voluntad consciente solamente es factible para el neocórtex prefrontal, por ser la zona más evolucionada de todo el cerebro que domina jerarquizadamente a las estructuras más antiguas que son las emocionales (segundo cerebro) y miméticas (tercer cerebro).

PONER COTO A LA RIVALIDAD INTERNA EN LA PAREJA

Los amantes que viven juntos saben que el riesgo de entrar en batallas por los mismos objetos es elevado. Renunciar al objeto de disputa como la buena madre del juicio de Salomón es el único modo de que no quede destruido.

En el caso del amor racional, las parejas sabias dirigen su relación y la cuidan prefiriendo renunciar a los objetos de rivalidad o disputa antes de que destruyan la relación amorosa.

Saben cómo desatar el nudo gordiano de la querella crónica, no dándole oxígeno ni alas.

Son capaces de entregarse, dar su tiempo, su dedicación y todo lo que sea menester de sí mismos en aras del contentamiento y la felicidad del otro.

Se muestran dispuestos a sacrificarlo todo, incluidos sus gustos y preferencias para que su relación funcione y pueden aceptar incondicionalmente los defectos, fallos y faltas que perciben en sus parejas.

Su compromiso mutuo de elegir desde la razón en cada momento superar las rivalidades que puedan surgir entre ellos convierte esa relación en duradera y resistente a los diferentes avatares.

Quien cede el objeto de litigio no es más débil, sino más fuerte, en la medida en que es capaz de renunciar a él por mantener el vínculo con su pareja, lo cual valora por encima del propio objeto en pugna.

Esta entrega, cuando es imitada por el otro, suele inducir a otro tipo de escalamiento positivo que articula una reciprocidad amorosa positiva que les hace escalar a ambos miembros de la pareja a niveles de felicidad y disfrute insospechados.

En la escalera relacional de la pareja no hay tercera vía posible.

O las parejas se encuentran ascendiendo en una reciprocidad positiva (eligen imitarse en el cuidado y amor mutuo) o lo hacen (generalmente, sin darse cuenta y en modo «piloto automático») cayendo paulatinamente en la mutua imitación negativa, primero en la mutua indiferencia, posteriormente en el mutuo antagonismo, y finalmente en la mutua destrucción asegurada.

EL AMOR RACIONAL SUPONE ELEGIR ENTRE DOS OPCIONES

Es cuestión de tener claro qué opciones son siempre las que afectan a las parejas humanas:

- Vivir del enamoramiento romántico cíclico y eternamente inestable y precario por propia naturaleza o elegir vivir en el amor racional estable, firme y duradero.
- Dejarse arrastrar en «modo piloto automático» por la mutua imitación inconsciente o elegir deliberadamente el perdón del otro por defecto y no llevar las cuentas.
- Competir y rivalizar por objetos de deseo diversos o cederlos y renunciar conscientemente a ellos para no sacrificar la relación a la rivalidad.
- Nadar en la rivalidad, los celos y la posesividad o dejar al otro libre de elegir.
- Experimentar la relación desde la desconfianza (paranoia) y la necesidad de controlar y manipular al otro o elegir la confianza y el cuidado del otro (*metanoia*).
- Dejarse ir en la reciprocidad negativa y el escalamiento violento (odio mutuo creciente) o elegir no dar crédito al antagonismo y decidirse por la reciprocidad positiva o escalamiento hacia el amor mutuo creciente.
- Vivir el amor desde las estructuras cerebrales primitivas y básicas (las emociones y el mimetismo) o activar las funciones racionales superiores para ponerlas al servicio de construir el amor desde la voluntad y la razón.

LA PREGUNTA DEL MILLÓN...

Al final, la única pregunta que importa hacerse a la hora de valorar una relación de pareja es la de «si estoy dispuesto a trabajar duro por este amor».

Todo lo demás depende de si se produce esta decisión de la voluntad y si esta decisión es mutuamente correspondida.

Los mejores candidatos al amor verdadero son quienes conocen que el amor es algo trabajoso. Que no viene solo. Que no cae del cielo ni procede de la buena suerte, el karma o el flechazo de Cupido, sino que se establece y abre camino con gran dificultad, requiriendo períodos de ajuste a veces amplios.

Saben que el camino al verdadero amor puede ser duro y que tal vez no haya muchas recompensas inicialmente.

Saben que caerse es esperable, pero levantarse es obligatorio.

Es importante recordar que nadie que no se encuentre dispuesto a invertir tiempo, aprendizaje y esfuerzos en este proceso puede conseguir alcanzar el verdadero amor.

La noción más romántica —y, por ende, falsa— de todas las que nos promete el mundo actual es que no hay cosa más fácil, rápida y espontánea que el amor.

El amor a primera vista y el flechazo amoroso son ficciones de las que hay que despertar lo antes posible.

De estos barro vienen los lodazales actuales en las relaciones pasionales y los «Amores Zero» que llevamos tratando décadas.

Aceptar el mito romántico significa esperar que las relaciones sean placenteras y duraderas sin creer que uno tenga que hacer nada para que ello sea así.

No hay nada misterioso en el verdadero amor.

Su obtención es el resultado de conocer las reglas de cómo funciona el mimetismo y renunciar a este.

Para aplicar esta decisión de la voluntad, hay que saber hacia dónde quiere uno dirigirse y qué tipo de resultado quiere alcanzar.

CÓMO EVITAR LOS AMORES LOCOS: DE LA PARANOIA A LA METANOIA

Quienes apuestan por el amor verdadero no entran en el juego del triángulo amoroso mimético, ni buscan colocarse como objetos del deseo de otros.

No necesitan coquetear ni presumir de sus características para atraer la atención y el deseo de los demás.

Renuncian a seducir al otro para ponerle los dientes largos o manipularlo desde el mimetismo salvaje.

No pretenden cambiar al otro para ajustarlo egoístamente a sus conveniencias, sino que le dejan existir y ser él mismo. Lo aceptan incondicionalmente sin manipularlo para que sea o se comporte de un modo determinado en su beneficio. Lo dejan ser libre.

No se dejan vencer por el miedo a perder al otro dejándose explotar o usar sumisamente.

Son capaces de decir las cosas con asertividad, poner límites y transmitir lo que les gusta y lo que esperan del otro, sin encadenarse ni volverse dependientes.

Construyen su propia felicidad en la pareja, haciendo por el otro las cosas más fastidiosas, por el solo hecho de que lo aman, y no acumulan resentimiento por ello.

No llevan cuenta del bien que hacen, ni del mal que puedan recibir.

No se cuelgan psicológicamente del otro haciendo depender su felicidad o seguridad psicológica de que el otro nunca les abandone. Por ello no temen «a la última bronca», ni cometer errores que cause que sean abandonados.

Son capaces de arriesgarse y acometer cosas sin miedo ni preocupación por el amor a la pareja.

No se dejan llevar por los avatares del sentimiento, sino que prefieren optar por guiarse desde la segura brújula de la voluntad consciente.

Pueden disfrutar de las emociones propias del amor, sin convertirlas en una droga a la que engancharse.

Aceptan mostrar vulnerabilidad y quedar de ese modo expuestos a la posible acción del otro, sin confundir el verdadero amor con el sufrimiento sistemático y el maltrato. Por eso, no aceptan el maltrato ni ser usados o abusados en nombre de la relación de pareja.

Saben dónde están los límites y cuándo ha llegado el momento de decir a una pareja abusiva «Hasta siempre...».

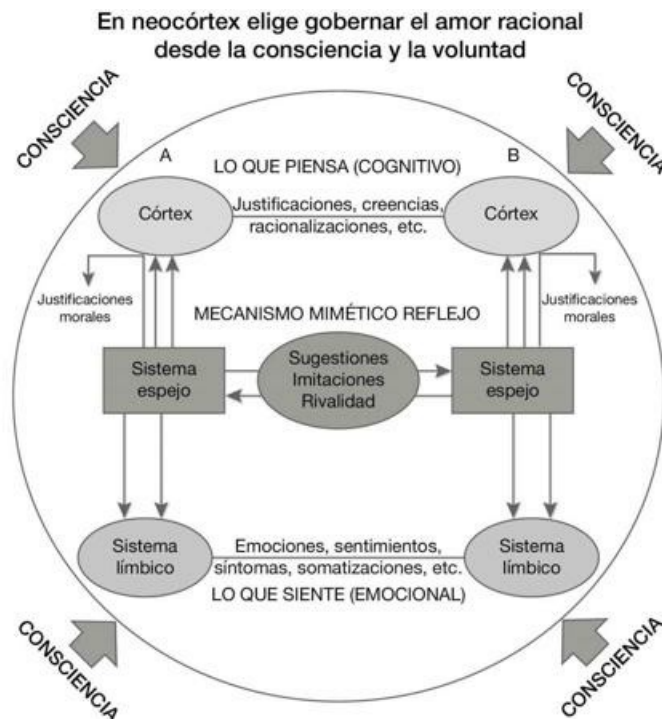
Utilizan su mente racional para elegir desde la voluntad lo bueno y lo verdadero. Eso les lleva a ser sinceros, francos y honestos con sus parejas.

Entienden que la comunicación en la pareja solo puede darse desde la verdad y el respeto al otro, nunca desde el disimulo o las apariencias.

Son valientes para poder perdonar y no dejarse llevar del resentimiento. Comprenden racionalmente que el ciclo de la venganza y la retaliación no conduce más que a la mutua destrucción.

Saben que aceptar entablar esas guerras significa hundirse en una violencia y odio que mata toda felicidad. Ganar supone perder la propia alma. Conocen que el único modo de no alcanzar esa locura es no iniciar su descenso hacia ella. Por esto, su renuncia no supone resignarse al mal, sino desactivarlo en su mismo mecanismo.

Quienes apuestan por estas opciones desde la razón y la voluntad se encuentran que sus relaciones amorosas no tardan en mejorar y alcanzar cotas cada vez mayores de alegría, disfrute y felicidad.



Donde otros apuestan por «darse caña» mutuamente para obtener pasiones amorosas de todo tipo, estos ángeles custodios descubren la delicadeza y exquisitez del verdadero amor.

Donde otros pugnan durante vidas enteras de desesperación por lograr migajas de felicidad de sus «amores locos», estos descubren paradójicamente que cuanto más se entregan y más dan en una relación, más reciben de ella.

Han descubierto el secreto del verdadero amor en el sentido de que «al que tiene se le dará, y al que no tiene se le quitará hasta aquello poco que tenía» (Lc 11, 26).

Saben que pretender aprisionar el amor en una caja conduce a perder al otro y su amor, y que el verdadero amor solo puede darse en la plena libertad, la ausencia de miedo y en el desapego emocional respecto al otro.

Por eso, se dedican a dar en lugar de pretender obtener amor de los demás. Se centran en regalar, más que en mendigar amor.

Deciden dejar al otro la libertad de corresponder o no a su amor antes que manipularlo para que «pase por el aro».

Ser uno libre y dejar al otro ser libre para corresponder o no es la base de una relación de amor madura y no dependiente.

Esta decisión es la que da vida a la pareja y realimenta un ciclo de «buen rollo» mutuo creciente.

Este tipo de sabios amantes son los seres más evolucionados de este mundo, pues al elegir

libremente el amor verdadero de manera racional utilizan la zona más inteligente de su cerebro: el neocórtex prefrontal.

METANOIA: CONVIÉRTETE Y CAMBIA DE RUMBO TU VIDA

Os aseguro que, si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos.

MT 18, 3

Solamente reconociendo que ninguno de nosotros es una isla ensimismada en sí MISMA, y que formamos parte de la condición humana, la humildad toma la delantera sobre el orgullo infundado y nos permite reconocer nuestra vulnerabilidad a las fuerzas situacionales. Si queremos desarrollar mecanismos para combatir estas transformaciones, resulta esencial aprender a evaluar de qué maneras la gente corriente puede ser seducida o embarcada en la práctica de acciones perversas. Tendremos que centrarnos en descubrir los mecanismos y los factores causales que influyen a tantos para hacer tanto daño y cometer tantas barbaridades por todo el mundo.

PHILIP ZIMBARDO

TOMA LA PRIMERA SALIDA Y HAZ UN CAMBIO DE SENTIDO

Para iniciar la reflexión y el camino de la *metanoia* necesaria para escapar a la espiral de la rivalidad, el poder y el uso de la violencia en las relaciones humanas no basta la buena intención propia del buenismo.

No es suficiente con renunciar simplemente a desencadenar los procesos *rivalitarios* y los conflictos, pues, en la mejor «buena fe narcisista», siempre «es el otro el que ha comenzado las hostilidades».

En todas contiendas bélicas, las querellas familiares, vecinales o las propias de la acción política moderna es habitual la pretensión de cada quien de que «fue el otro quien empezó la guerra».

La violencia tiene origen en un comportamiento imbuido de mimetismo del que no somos conscientes, pues participamos plenamente sin darnos cuenta. La salida al conflicto y la no-violencia requieren una nueva «cosmovisión» de nuestro universo personal, íntimo y relacional, en forma de mayor conocimiento de los procesos que nos guían y dirigen sin saberlo, es decir, una mayor atención y consciencia.

En definitiva, la *metanoia* es algo así como variar el rumbo y modificar el sentido de la marcha.

Un cambio de sentido.

Significa un cuestionamiento radical de todo, un «cambio fundamental» o una conversión interna.

Sin embargo, todo a nuestro alrededor conspira para que esta experiencia de conversión a la no violencia no se produzca.

Las mentiras y sus mitos derivados, que tendemos a creer de manera complaciente como verdaderos, deben ser refutados.

Entre esas mentiras y mitos en nuestras relaciones humanas aparecen las siguientes:

- 1.La ceguera propia del mimetismo y la acción recíproca automática.
- 2.El narcisismo como falta de autoestima y como huida de la experiencia de vacuidad interior desde la imagen propia buscada en los demás.
- 3.El mito romántico del individuo autónomo y autodeterminado: el héroe romántico.
- 4.Los modelos de imitación que atraen y conducen a la búsqueda de una trascendencia idólatra desviada en forma de «querer ser otro».
- 5.El fariseísmo violento: la denuncia ajena y la ceguera propia.
- 6.El otro es quien empieza siempre el conflicto: la espiral violenta que nadie reconoce

iniciar.

7. Nuestro carácter como perseguidores y partícipes en un mecanismo ritual de linchamiento de chivos expiatorios para garantizar la paz y reestablecer el orden alterado.

La conversión o cambio de sentido de la *metanoia* requiere mucha disciplina o ascesis interior que ha de adquirirse asimilando y acogiendo ciertas verdades fundamentales que fundamentan los pasos hacia el cambio interior.

Este proceso no es meramente intelectual y frecuentemente exige años y una especial gracia para avanzar y transformarse literalmente en un hombre nuevo.

1. La trascendencia horizontal desviada: dejar de desear ser otro.

La primera dificultad que impide la *metanoia* del ser humano en relación a su conflicto habitual y a la «violencia nuestra de cada día» es el desconocimiento de cómo opera el mimetismo en cada uno de nosotros. Reconocer que somos miméticos significa que «necesitamos copiar el deseo del otro como modo de llegar al ser de ese otro».

Contra nuestra vanidad y contra el mito romántico universalmente aceptado de que somos «algo», o debiéramos serlo (distintos, diferentes, autónomos, genuinos, originales, creativos, etc.), se presenta la tozuda realidad dolorosa de aceptar que «somos seres de segunda mano», es decir, que nuestro deseo desea sin nuestro permiso y sin nuestra voluntad consciente.

Para quien se cree un Yo autónomo (básicamente, esa es la experiencia universal de todos nosotros), resulta muy humillante constatar que realmente no somos tales individuos, sino más bien «*interviduos*», y que necesitamos de modelos para saber lo que debemos desear, a los que copiar o emular.

Aceptar que terminamos rivalizando con nuestros modelos, desplegando la violencia recíproca o el resentimiento es una dolorosa verdad a asimilar.

Nuestro narcisismo o falta de genuina autoestima no asume esta verdad o revelación técnica de que nuestro mimetismo nos convierte en esclavos de los deseos de los otros, y de que finalmente nuestra supuesta autónoma existencia no es más que un continuado, desesperado y siempre frustrado esfuerzo por llegar a ser «otro» (trascendencia horizontal).

De esta compulsión-deseo de trascendencia «horizontal» (querer ser el otro) uno solo «se cura» eligiendo la trascendencia «vertical» de optar por imitar al único ser con el que no es posible competir (el eternamente otro, pero que es más íntimo a mi vida que ningún otro ser).

2. Liberarse del modelo-obstáculo, la envidia y el resentimiento.

Al hacer de «otro» nuestro modelo de imitación en cuanto al deseo, este «otro», tarde o temprano, se convierte en un obstáculo. Reconocer nuestro resentimiento envidioso hacia el modelo es muy humillante.

Al desear lo mismo que el «otro», este, con el tiempo, va a reforzar su propio deseo intensificándolo y oponiendo una feroz resistencia a que lo imitemos.

Esta sorpresiva oposición hace del otro un adversario inesperado, que, por efecto de nuestro narcisismo, se transforma en un malvado, desconfiado, envidioso, celotípico y paranoico rival.

El efecto absolutamente proyectivo es ver y percibir con absoluta sinceridad en el otro a un perfecto celoso y envidioso de nuestro «genuino» y, por supuesto, «anterior» deseo.

Cuando nos encontramos heridos por el hecho universal de que nuestro modelo obstaculiza sistemáticamente la adquisición del objeto que deseamos, lo más normal es que empecemos a creer con total franqueza que el modelo nos bloquea, nos odia o que «va a por nosotros».

Este resentimiento u odio presunto del otro es el que, por efecto del mimetismo, vamos a imitar, devolviéndoselo, para sorpresa del primero, que seguramente no tenía consciencia de todo

este desencadenamiento.

El carácter automático del mimetismo explica el hecho universal de que, después de haber imitado el deseo de nuestro modelo por determinado objeto, proseguimos imitando el supuesto (aunque falso) deseo de perjudicar, dañar o «ir a por mí» que presumo en su actitud, aunque tal cosa no exista más que en mi imaginación.

Nace la reciprocidad negativa, madre de todo conflicto.

El mimetismo explica el paso adelante que damos cuando deseamos a nuestra vez hacer daño al otro, es decir, perjudicar a aquel por el que hemos generado un subproducto mimético violento como es el resentimiento.

Todo resentimiento propio es habitualmente representado en nuestra mente como una simple reacción natural al presunto odio previo del otro.

Aunque no existiera la voluntad previa del otro de perjudicarme o dañarme, el resentimiento hacia él le va a convertir por un doble efecto mimético en un adversario real, que, a su vez, se creará víctima de una repentina e injusta animadversión por mi parte (es el otro el que empezó).

Su imitación de mi deseo de venganza le convierte en auténtico cumplidor de una «profecía autocumplida», por la que, al final, contemplando su odio hacia mí, yo también confirmaré que mi primera sensación de que «venía a por mí» no era falsa, sino certera.

Conocer en profundidad cómo se desencadena en cada uno de nosotros este mecanismo de doble resentimiento desde el mimetismo es indispensable para liberarse de la espiral violenta y alcanzar la verdadera no-violencia.

En una sociedad que exagera el deseo a todos los niveles, es comprensible que el resentimiento mutuo vaya creciendo y que la envidia y sus epifenómenos violentos sean el pan nuestro de cada día.

3. Renunciar a participar en el mecanismo social del chivo expiatorio.

La situación de crisis mimética universal y generalizada hace que el mecanismo causante del resentimiento termine afectando a todos y genere una guerra civil de todos contra todos, en el seno de los grupos humanos.

Estas crisis miméticas se autorregulan de forma periódica mediante el terrible mecanismo catártico y purgativo del chivo expiatorio, que nos hace copartícipes arrastrando a casi todos a tomar parte en linchamientos colectivos de los que no somos conscientes.

Se trata de salvarnos de la mutua destrucción a la que nos conduce un mimetismo creciente mediante el señalamiento de un «culpable» oficial que pague por ello.

A dicho culpable le vamos a atribuir todo tipo de cualidades negativas en un proceso de «estigmatización» (señalarlo como diferente a nosotros) y de «satanización» (atribuirle maldad y asignarle la exclusiva responsabilidad y culpabilidad de nuestros males).

La participación universal en el linchamiento colectivo de chivos expiatorios es muy difícilmente reconocible, pues el mismo mecanismo para ser eficaz debe ser inconsciente o, mejor dicho, no conocido ni reconocido por los agentes sociales que lo llevan a cabo.

La revelación técnica de la inocencia de todos los chivos expiatorios, de su elección arbitraria, de su satanización por la masa *linchadora*, es la única que puede detenernos en el mismo momento en que nos disponemos a lapidar a una nueva víctima, en la mejor «buena fe».

Admitir nuestra implicación en la mayoría de los procesos de persecución de los chivos expiatorios que se desencadenan en nuestros grupos sociales —familia, pareja, amigos, trabajo, política— supone una verdadera revolución y un cambio fundamental en nuestras relaciones interpersonales. Es la madre de todas las conversiones.

Reconocerse un perseguidor no consciente de chivos expiatorios es la única posibilidad de detener nuestro comportamiento *linchador* en el mismo instante en que lo íbamos a desencadenar contra aquellos.

Ignorar nuestra verdad como perseguidores solo conduce a justificar los linchamientos en los que participamos, y eso siempre en detrimento de nuestras víctimas expiatorias, a las que condenamos y satanizamos en buena conciencia farisaica.

Por el contrario, asumir nuestra responsabilidad en la participación en el proceso de estigmatización, exclusión y linchamiento de todos los chivos expiatorios de nuestros diferentes universos sociales, significa precisamente liberarse de ella mediante la autoconsciencia que rompe el encantamiento y la fascinación que siempre produce la violencia a las turbas *linchadoras*, unidas e integradas patológicamente por el mimetismo grupal que garantiza la unanimidad del «todos contra uno».

La alternativa ética no deja escapatoria; o bien reconocer que nuestras víctimas son inocentes y ello nos hace culpables de la violencia contra ellas, o bien convertirlas en culpables (o cuando menos responsables de sus propios males) para salir exculpados como meros artífices ejecutores de una justicia universal (algo habrá hecho para merecerlo).

Una elección incorrecta ante esta alternativa nos lleva a la corrupción moral habitual que ocasionan los procesos de disonancia cognitiva.

De este modo, cuanto mayor es nuestra violencia contra el otro, más crece nuestra necesidad de reducir la disonancia, haciéndonos creer que este es alguien malvado, perverso, cínico, malintencionado, maquiavélico. Alguien que se lo merece. Esto explica que el mantenimiento de la mentira y las exigencias de reducir la disonancia cognitiva acaben en el ensañamiento contra las víctimas.

La constatación de nuestra participación universal en estos procesos violentos consistentes en linchar chivos expiatorios nos lleva a otro reconocimiento.

4. Reconocer la inocencia (el no merecimiento, la no culpabilidad, la arbitrariedad en la elección) de todos nuestros chivos expiatorios.

En todo el proceso de cambio, conversión o *metanoia*, este reconocimiento es el que provoca la mayor revolución en nosotros, pues convierte nuestra perspectiva de los demás en una continuada experiencia de tolerancia, aceptación y comprensión.

Es decir, nos transforma en auténticos seres no-violentos.

Si el otro es siempre inocente, no responsable, no iniciador de nuestra violencia, no es necesaria ni está justificada nunca la represalia.

Quedamos automáticamente liberados de la necesidad de un continuo rearme psicológico contra el otro.

Escapamos a la paranoia.

De esta liberación nace la actitud del que perdona por adelantado, excusa y relativiza las posibles defecciones del otro, y comienza a ser capaz de confiar en los demás, situándose «a favor de» ellos por defecto.

Desde el momento en que el objetivo de mi violencia es reconocido por mí como un ser inocente que no la merece, quedo liberado de la espiral de la venganza sin fin que aquella siempre genera.

El resentimiento que me encadenaba al otro, obligándome a darle en todo momento «su merecido» da paso a la experiencia liberadora que es siempre salir de la espiral violenta por defecto.

Toda la energía psíquica a que nos forzaba en las relaciones el rearme estratégico necesario para vivir contra los demás queda repentinamente liberada y disponible como un inmenso y desconocido dinamismo existencial.

Para el que se atreve a realizar esta experiencia de conversión interior, el reconocimiento de la «inocencia técnica de todo chivo expiatorio» conlleva un plus de energía vital.

Este es el cambio fundamental que se ha operado por efecto del cristianismo en la sociedad en los últimos veinte siglos.

Sin embargo, aún estamos muy lejos de que cada uno de nosotros internalice esta conversión y de ver en todas y cada una de las víctimas de nuestra violencia a un ser inocente, es decir, a alguien que nunca merece el maltrato, la exclusión y la marginación a los que le condenamos.

5. Reconocer en nuestra indiferencia hacia los demás una participación en la violencia.

La conversión interna exige un paso más radical en la profundización de las causas miméticas de la violencia.

La apariencia buenista que pretendemos ostentar como seres pacíficos, sin animadversión, bienintencionados y condenadores de las violencias evidentes de los demás, oculta la peor de todas las violencias.

Se trata de la insidiosa hidra que lo llena todo en nuestro mundo moderno: la indiferencia mutua. «¡No es asunto mío!», «¡No va conmigo!», «¡No depende de mí!».

Desde el momento en que cualquier ser humano rivaliza con otro, la envidia, los celos, el odio, el resentimiento se transforman en energías ciegas que, por efecto de fenómenos de desplazamiento, afectan a terceros, convirtiéndolos en víctimas.

La pérdida y el abandono de las tradicionales obligaciones de solidaridad hacia todos los miembros de una comunidad que caracteriza a nuestra sociedad moderna hace que estas víctimas no solo resulten victimizadas, sino que lo sean en medio del más literal «abandono a su suerte» por parte de todos los demás miembros de la sociedad, que no se consideran responsables de ello, y menos aún requeridos ética o moralmente a intervenir en su socorro.

Abandonar a los demás a su propia suerte significa para ellos la peor violencia, sean estos víctimas de la enfermedad, la crisis económica, la catástrofe natural o las atrocidades humanas.

Lo peor de su sufrimiento es la parte moral o psicológica que supone verse desasistidos, abandonados, aislados, excluidos por parte de todos aquellos que miramos a otro lado.

«¡Yo jamás he hecho mal a nadie, ni se lo he deseado!», suele clamar en vana pretensión de inocencia todo «buenista».

De este modo, justificamos nuestro desinterés respecto a la suerte de nuestro prójimo, el enfermo, el colega que no encuentra trabajo, el que sufre...

Es imprescindible reconocer que nuestra indiferencia hacia todas estas víctimas rompe una obligación moral y natural de solidaridad que tenemos con todos aquellos que lo están pasando mal a nuestro alrededor.

Ya se ha advertido acerca del peligro de perversión moral añadido que implica incurrir en el error básico de atribución, consistente en imputar a la víctima la responsabilidad de su proceso de victimización, exclusión, marginación o pobreza material.

«¡Algo habrán hecho!» es con frecuencia el comentario más inmoral de innumerables indiferentes ante la contemplación de las víctimas.

Así, nuestra modernidad biempensante entiende las más terribles violencias como simples fenómenos propios de una «racionalidad instrumental» (el fin que justifica los medios), y se

conforma con hacer de los damnificados simples «daños colaterales», es decir, males necesarios para obtener un supuesto bien común superior que nunca queda verdaderamente establecido.

La *metanoia* consiste en reconocer en la «víctima» no un mal colateral, necesario o inevitable, sino alguien con rostro específico que está cerca (próximo = prójimo) y al que puedo y «debo» ayudar solidariamente.

Significa pasar de atribuirle a él la culpa de ser víctima a atribuirme a mí mismo la responsabilidad de ayudarlo a salir adelante en la medida de mis posibilidades.

En este punto, regresa el riesgo del «fariseísmo» en la medida en que acusar a otro de indiferencia (o violencia por omisión) no es sino una forma de transformarse en un perseguidor, eso sí, con muy buena conciencia de ser el denunciante de la inacción o indiferencia de otros.

La *metanoia* no puede ser un simple desplazamiento de los mecanismos del chivo expiatorio, sino su desaparición y desintegración total.

No se trata de convertirse en un denunciador de las indiferencias de los demás, o los expolios y violencias de otros en el pasado, lo cual hace el *wokismo* actual sin recato, sino en atender y aproximarse a necesidades concretas y a problemas reales de aquellos a los que nadie ayuda a mi alrededor.

Quien entra en *metanoia* deja de acusar a los otros y se pone inmediatamente a «hacer» más que «a denunciar o condenar desde la exterioridad».

Esta conversión le lleva a «aproximarse» más que a continuar «alejado» intelectual y metafísicamente de los problemas reales de los demás bajo diferentes pretextos.

La naturaleza de este cambio interior siempre debería comenzar por los más cercanos (próximos) e ir afectando después por círculos concéntricos y alcanzar a los que están más lejanos.

Son legión hoy quienes, para acallar su mala conciencia, se comprometen intelectualizando su solidaridad (principios, ideologías, militancias, pertenencias, suscripciones, condenas, etc.) con los más «lejanos» (tercer mundo, ONG, etc.), sorteando así la incómoda solicitud moral que les hacen los más «próximos».

La clave de esta *metanoia* desde la indiferencia a la solidaridad no es una operación intelectual, sino una respuesta práctica a las necesidades de los demás.

Requiere de una aproximación emocional y afectiva al otro.

Por tanto, precisa conocer la verdad última de todo proceso de victimización; de esa verdad moral surge la comprensión, y la compasión que implica el acercamiento al otro.

La indiferencia hacia las víctimas es más el efecto de una ceguera ante nuestra participación por omisión en el proceso violento, que el fruto de una deliberada maldad. De ahí que los pacifistas de boquilla se reivindiquen a sí mismos desde la simple abstención de practicar la violencia, ignorando su participación en la indiferencia general ante las víctimas concretas y desplegando niveles variables de indignación con los que quieren purgarse farisaicamente de su mala conciencia.

Por ello, conocer la verdad de la violencia no solo nos hace libres de ella, sino también nos convierte en seres compasivos, cercanos, sensibles y abiertos para con las necesidades y tribulaciones de los demás, transformados así en próximos (esto es, cercanos a nosotros) en lo emocional y afectivo.

Nos transforma en verdaderos agentes de cambio social, sensibles, atentos y no indiferentes, sino diferentes en la consideración y la ayuda a todos aquellos que nadie ayuda.

6. «No saben lo que hacen».

Reconocer que los violentos activa o pasivamente son víctimas de la ceguera mimética que les hace técnicamente «inimputables» es, en mi opinión, la metanoia definitiva del ser humano.

Este llega a su plenitud cuando se comprende que finalmente vivimos en un mundo de víctimas.

No hay más que víctimas.

Víctimas en diferente grado, pero finalmente víctimas.

Víctimas que, en última instancia, participan en el drama de la violencia «sin saber lo que hacen».

Por ese motivo, son merecedoras de nuestro perdón y compasión.

«Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen».

Títeres manipulados por el mimetismo y sus desesperados intentos de trascender idolátrica y horizontalmente el vacío interior y querer llegar a ser «el otro» intentan escapar y eludir el sufrir el mecanismo del chivo expiatorio mediante la participación activa en el linchamiento de otros chivos expiatorios.

La revelación técnica de que todos los violentos siempre son básicamente ciegos a su propia violencia nos sitúa en la perspectiva de la compasión y el amor a los enemigos.

Esta es la última y más radical conversión.

Frente a la necesidad mimética de contestar a las agresiones con una escala de hostilidad recíproca sin fin, la constatación de la verdad técnica de que el violento «no sabe lo que hace» hace que este, de repente, se transfigure ante nuestros ojos en un prójimo («próximo»).

Siendo tan violentos como nosotros lo somos (o lo fuimos alguna vez) son, por ello, dignos de la compasión debido a su ceguera.

Esta actitud no es en ningún modo un mero recurso estratégico para manipular o conmover al violento, practicando un salto del ángel (una treta para arrastrar al violento a la reciprocidad de no violencia que yo he iniciado), sino una genuina actitud que nace del interior de quien percibe directamente la realidad última del conflicto humano y del proceso de la violencia que nos salpica a todos.

El cese del «ojo por ojo», es decir, de la reciprocidad negativa y de su consiguiente escalada violenta, rompe con un ciclo de resentimiento y retaliación cuyas ramificaciones y efectos colaterales son lo peor de la humanidad.

Por el contrario, el amor o la compasión genuina (no manipulada) por el enemigo es susceptible de iniciar una cadena o espiral mimética positiva, que replica y realimenta a su vez efectos colaterales positivos.

Es la reciprocidad positiva.

El genuino amor por los enemigos (no la manipulación) tiene muchas posibilidades de transformarse en una conducta recíproca por parte del que ya se convierte de este modo en un exviolento por un proceso de reciprocidad o contaminación positiva.

El final de este proceso de conversión nos ha terminado por posicionar a favor de las víctimas, de todas las víctimas, y correlativamente nos hace percibir como míticas, falsas o directamente farisaicas todas las formas de persecución contra otro ser humano, especialmente aquellas que se reivindican o justifican como la reacción o castigo a la conducta violenta del otro.

De la culminación de este proceso de *metanoia*, cada ser humano obtiene una genuina y verdadera (no mimética) aproximación y solidaridad con cualquier otro ser humano, sea este víctima de la violencia o causante de ella.

La víctima de la violencia es inocente del proceso que la victimiza a través de la exclusión, la

marginación o la violencia directa.

El perseguidor inconsciente es, a su vez, víctima de su propio mimetismo y su correspondiente ceguera o no consciencia del proceso que lo manipula al servicio de la misma violencia.

El último proceso de conversión al que estamos llamados todos y cada uno de los seres humanos consiste en caer en la cuenta de que, sin saberlo, somos perseguidores y linchadores de los demás.

Al constatarlo, surge por primera vez la iluminación interior que, haciendo consciente el mimetismo autor de la violencia, nos libera de aquel y de esta última simultáneamente.

Quien alcanza esta *metanoia* es un experseguidor que ha renunciado conscientemente al mimetismo y a sacrificar inocentes.

7. Epílogo: los que SÍ «saben lo que hacen».

Quien sigue conscientemente participando en el sacrificio violento contra los demás ya ha elegido formar parte del equipo de quienes optan por la violencia en contra de la verdad.

No lo hace porque desconozca la verdad, sino porque, de manera deliberada y consciente, le da la espalda.

Sabe lo que hace, y le da igual.

Se trata de una especie humana serie B o asterisco a la que llevo investigando varios años.

Sin empatía, sin emociones, sin consciencia, pero con plena consciencia de lo que les están haciendo a sus semejantes... son los psicópatas.

A estos personajes, que son los únicos que «saben lo que hacen» y a pesar de ello les da igual, les dedico el último capítulo de este libro, en el que se anuncia el final de toda esta horrible película para la humanidad:

El apocalipsis.

APOCALIPSIS: LA BATALLA CÓSMICA FINAL.SATÁN FRENTE A PARAKLEITOS

Por eso, estad también vosotros preparados, porque cuando menos lo esperéis vendrá el Hijo del Hombre.

MT 24, 44

SATANÁS FRENTE AL ESPÍRITU DE LA VERDAD

Ya hemos visto hasta qué extremo resulta importante la transformación que el psicólogo Zimbardo denomina «efecto Lucifer».

En su opinión, este efecto es capaz de explicar sucesos terribles como los de Abu Ghraib en la guerra de Irak.

Da cuenta del modo terrible y perverso en que soldados totalmente normales podían con el tiempo llegar a perpetrar barbaridades sin nombre, torturas y vejaciones, por el simple desencadenamiento del proceso mimético de comportarse de la forma que el grupo del propio entorno espera de uno.

Esta participación a modo de enrolamiento en procesos victimarios es muy frecuente e inconsciente.

Sin embargo, la cuestión ética o moral más reprochable pertenece a los iniciadores o instigadores de estos procesos. Estos son los pocos que a lo largo de todo el proceso «saben lo que hacen». Los que «lanzan la primera piedra», iniciando las guerras, creando el caos y la división, fomentando la paranoia colectiva e inoculando el miedo.

El mimetismo grupal tiene delante, por un lado, a estos acusadores (acosadores), quienes son capaces de instigar un proceso *victimizador*, lanzando la primera piedra para inducir el proceso mimético de linchamientos grupales, y, por el otro, a quienes se interponen y defienden a las víctimas, señalando la verdad técnica que es siempre su inocencia y el no merecimiento del castigo que reciben.

Acusadores frente a defensores.

Estas dos figuras extremas y enfrentadas en el plano ético resultan claves para entender los mecanismos que producen víctimas.

Quien funciona como instigador-acusador de todo el proceso violento y *linchador* es una figura que recibe en griego el nombre de *satán* (literalmente «el que acusa en un proceso»).

El acusador (acosador) es siempre la figura clave para el desencadenamiento del peligroso proceso de victimización. Intenta siempre que, desde el principio, la mayoría de los testigos o grupo de referencia sean indiferentes. Para ello lanza acusaciones míticas y sin fundamento contra aquellos a los que quiere destruir.

Su proceso inicial de acusación presenta falsamente las características del cumplimiento de un deber. Se trata de reestablecer un tipo de orden supuestamente alterado por alguien que amenaza la paz, la convivencia, el orden y el *statu quo* de toda la colectividad.

El instigador-acosador intenta lograr que la mayoría linche desde el principio a su objetivo, y conseguir sembrar la duda en el resto para que adopte una posición indiferente. Con ello sabe que maximiza la probabilidad de que el propio mimetismo transforme posteriormente a los indiferentes en colaboradores y agentes directos.

Por otro lado, están los «defensores», que en griego reciben el nombre de *Parakleitos*

(literalmente, los que defienden a las víctimas en un proceso).

Los «defensores» se la juegan al apostar a favor de la «verdad de las víctimas».

Al defender a quienes sufren las injusticias, se exponen a que el propio mimetismo grupal pueda atraer sobre ellos la animadversión y los males que intentan atajar contra las víctimas.

La antropología bíblica ha operacionalizado esta batalla cósmica en torno a dos tipos de personajes que suele presentar como antagonistas en este combate de la humanidad por liberarse:

1. Los acusadores-acosadores son partidarios de la mentira y quedan representados por el padre de la mentira y príncipe-principio de este mundo: el acusador y mentiroso desde el principio.

Los *satanes* solo pueden reinar y causar el caos entre los hombres fundamentados en la mentira que siempre es la falsa representación del proceso *victimizador*. La mentira de su culpabilidad y merecimiento configura el mito central. Este mito (mentira) tiene como función principal hacer pasar por culpables a las víctimas. Favorece e induce, gracias al error básico de atribución («Algo habrán hecho»), un terrible ensañamiento contra las víctimas («Muerto el perro, se acabó la rabia»).

La denominación utilizada por la Biblia para referirse a esta figura, central en todo el orden social, es la del «fiscal» o «acusador» en un proceso judicial, en griego: *satán* (el acusador).

Un «satán (acusador)» es todo aquel que engaña a los seres humanos haciéndoles creer falsamente que las víctimas inocentes son en realidad culpables y responsables de su propio mal.

2. Por el otro lado tenemos a los *Parakleitos*, término bíblico griego cuya traducción al latín es literalmente, *advocatus* es decir, el abogado que acude en auxilio de una víctima y habla en su favor en un proceso judicial, actuando en su nombre para defenderla.

La Biblia presenta al *Parakleitos* como el abogado o defensor universal de todas las víctimas inocentes. El texto bíblico viene a decir que es el Espíritu de la Verdad, el mismo Espíritu de Dios el encargado de disipar las tinieblas de la mitología, es decir, la falsa presentación de las víctimas inocentes como culpables, y rompe los mitos y la representación mítica y culpable de todas las víctimas de todos los sacrificios humanos.

FRENTE AL EMBALAMIENTO MIMÉTICO Y A LOS LINCHAMIENTOS: LOS DEFENSORES

La neutralidad ante el mal y las injusticias del grupo que observa no es un punto cero aséptico o equidistante.

El proceso de *embalamiento* mimético hace que muy pronto la inmensa mayoría pase a formar parte, de un modo gregario y automático, del grupo de *linchadores*.

Por eso, un linchamiento solo puede verse trabado y dificultado decisivamente por quienes, con su comportamiento solidario de apoyo y defensa de las víctimas del mal o de la injusticia, proporcionan un modelo mimético primigenio a imitar por los demás miembros, especialmente por la masa de los inicialmente indiferentes.

Estos individuos son las figuras clave que pueden romper y quebrar *ab initio* el mecanismo victimario de tipo aglutinador en el que se basan la mayoría de los grupos humanos para linchar socialmente a algunos de sus miembros y hacer recaer sobre su sacrificio la «paz social».

El comportamiento social de defensa y solidaridad de estos defensores significa la materialización repentina ante los ojos de todos los «indiferentes» de un modelo a seguir. Un buen modelo a imitar, en definitiva.

Con su ejemplo a la vista, los defensores señalan un posible camino a imitar.

Por lo tanto, significa un modelo de imitación, real y concreto de cómo materializar la fundamental obligación de solidaridad de nuestra especie.

La probabilidad de solidarizarse, teniendo a la vista ya un modelo concreto de cómo hacerlo, se incrementa radicalmente.

La ruptura del mecanismo de «unanimidad persecutoria» por parte de uno solo de los miembros en un grupo violento, poseído por el mimetismo grupal y a punto de consumir la violencia, destruye el mecanismo mimético con el que cuenta la figura del «acusador-instigador».

La representación mítica de las víctimas como «culpables» en la que basa la justificación de su persecución todo satán queda hecha añicos.

La defensa y la rehabilitación de las víctimas por estos héroes anónimos, auténticos defensores o modernos guerreros de la luz (Jedis), bloquea el cierre de la representación de las víctimas como «merecedoras de su mal». Y también rompe la inercia terrible de la indiferencia ante el mal.

La posición de uno de estos guerreros defensores no está exenta de riesgos, a veces enormes. Por eso esta actitud resulta en ocasiones heroica.

No es producto de un cálculo de tipo oportunista.

Los primeros en defender la inocencia de las víctimas, precisamente por ser los primeros en hacerlo, son conscientes del riesgo de correr la misma suerte, a manos del proceso mimético grupal *linchador*.

Fracasar en la salvación de una víctima amenazada de forma unánime por una colectividad acosadora (*mob*) significa la probabilidad casi segura de sufrir la misma suerte que aquella.

Si el proceso del defensor no tiene éxito, este correrá la misma suerte que la víctima a la que quería defender. Intentar revertir de raíz el proceso mimético de victimización en el momento en que el linchamiento se abate sobre las víctimas es una apuesta arriesgada para los defensores, nada exenta del peligro de persecución.

Pero los «defensores o Jedis» cuentan también con el mismo proceso mimético a su favor.

El mimetismo grupal o tendencia universal a la imitación puede provocar que la tendencia de un grupo, inicialmente indiferente, pueda imitar y repetir el comportamiento solidario del defensor.

La espiral mimética, en este caso positiva, se realimenta.

Ofrecer una conducta moral y ética a imitar es un modelo para los demás.

Cuantas veces se analizan los procesos de victimización se detecta que siempre existe esta posibilidad desde el principio.

El mal, las injusticias, los abusos y, en general, todos los procesos de eliminación y destrucción psicológica de víctimas pueden ser detenidos desde el principio.

Para ello, la ruptura de la indiferencia inicial y del pacto de silencio en torno a las víctimas resulta esencial. Aunque sea la obra de un solo sujeto, la actitud de estos héroes anónimos que «se la juegan por los demás» es ejemplar para todos los demás miembros que pueden, de ese modo, ser «arrastrados» por el buen ejemplo.

Los efectos extraordinariamente positivos en forma de efecto «bola de nieve» o reacción en cadena pueden llegar a ser extremadamente rápidos y revertir instantáneamente un proceso *linchador*.

Aun así, la elección de la posición ética de cada uno ante el mal en el mundo siempre supone un verdadero riesgo y no constituye en absoluto una apuesta asegurada.

Solo quien es capaz de arriesgarse y jugársela por las víctimas, posicionándose desde el principio a su favor, tiene la posibilidad de salvarlas.

Al final, la postura a adoptar resulta ser una decisión ética que llama a la puerta de la conciencia moral de cada uno, que, ante el mal y las injusticias que afectan a muchos seres humanos en su entorno, tendrá que decidir si desea estar del lado de los *satanes* o de los *Parakleitos*.

Esta actuación no se adopta en un movimiento puntual de comportamiento heroico, sino que suele ser el fruto de pequeñas elecciones en las que cada ser humano va optando y eligiendo en qué campo desea militar.

La opción permanente y definitiva como defensores se actualiza y reactualiza en la vida de cada uno cada vez que se nos expone al dilema de actuar o no en defensa de las víctimas.

Ante estas situaciones que se te presentan a diario, tus elecciones y decisiones concretas te van convirtiendo interiormente, o bien en un satán, o bien en un *Parakleitos*.

Esta es la gran alternativa ética de nuestro tiempo de la que casi nadie habla, y que explica que muchos hayan adoptado el siempre más cómodo relativismo moral por el que no perciben jamás víctimas concretas cerca, sino que «todo depende del color de cristal con que se mira».

Del relativismo moral pasamos a la indiferencia ante las víctimas.

De la indiferencia pasamos a la anestesia moral que siempre antecede la transformación interior o paso al lado oscuro que explica el auge actual de la psicopatía.

EL AUGE IMPARABLE DE LA PSICOPATÍA

Sabemos ya cómo la reducción de la disonancia cognitiva del indiferente opera cambios fundamentales hasta construir una actitud o posición fundamental que no procede de una única elección puntual, sino de un cúmulo de elecciones que han ido cristalizando y fraguando cambios permanentes en su personalidad.

Estas mutaciones insidiosas suponen un progresivo «paso al lado oscuro» y van a terminar por configurar una auténtica personalidad psicopática en muchos, sin que ellos siquiera se aperciban de esta transformación.

La reducción de la disonancia cognitiva que produce el no ayudar a quien se encuentra en necesidad se materializa tarde o temprano en la construcción, tanto a nivel individual como grupal, de una identidad distorsionada por haber sido violentada por sus recurrentes elecciones de la indiferencia ante procesos de victimización y exclusión.

Una identidad pervertida y perversa no nace siempre de la deliberada elección del mal, sino de una recurrente indiferencia.

Para eliminar la disonancia generada por haber omitido su deber universal de ayuda a las víctimas, el individuo produce un subproducto psicológico aún peor que genera cambios permanentes en su personalidad.

Hemos observado reiteradamente que estos cambios permanentes en la personalidad ocurren en personas que no presentaban previamente una personalidad psicopática. Simplemente se van convirtiendo en especialistas en «pasar» del prójimo y «ser ajenos» absolutamente a los demás.

Van perdiendo la empatía y generando su antagonista, la psicopatía.

Por ello hay que recordar lo peligroso que resulta para cualquiera vivir constantemente envuelto en entornos violentos e injustos sin hacer nada frente a ellos.

La necesidad de aclimatarse a los abusos y a la violencia puede producir un efecto de «trivialización» y «banalización» creciente en forma de «gota a gota» que termina pagándose muy caro a través de un cambio interno sutil.

El aclimatamiento al mal, tal y como señaló Hannah Arendt cuando acuñó el término de

«banalidad del mal», tiene el potencial de producir un cambio paulatino y perverso que configura a medio plazo auténticas personalidades psicopáticas o la generación de psicópatas integrados.

Entre los cambios fundamentales que se operan en su personalidad, observamos los siguientes patrones recurrentes entre los afectados por esta transición al lado oscuro:

- La agresión instrumental: la obtención de sus objetivos mediante ataques, coacción, amenazas o violencia física o psicológica.
- La culpabilización y paralización del otro por la vergüenza tóxica y la inoculación de sentimientos de culpa.
- La irresponsabilidad o desaparición de toda responsabilidad por sus actuaciones más perversas.
- La dominación o subyugación mediante el miedo y el control.
- La necesidad de poder, sea como sea y pese a quien pese.
- La cobardía moral.
- La megalomanía: los sentimientos de grandiosidad o grandeza.
- La paranoia o incapacidad de confiar, fiarse de nadie y la expectativa de ser traicionados por los demás.
- La mentira compulsiva y sistemática.

Lo más inquietante es que la mayoría de esos sujetos pueden ser evaluados como seres humanos psicológicamente normales o sanos.

La exposición al mal en medio de la indiferencia los ha terminado transformando.

EL PSICÓPATA INTEGRADO

El auge de los casos de victimización en el ámbito laboral, familiar y escolar en los últimos años nos ha proporcionado la evidencia absoluta de una extensión en la población general de la condición psicopática.

Lo que caracteriza a un psicópata es, sobre todo, su carencia absoluta de empatía y su sorprendente y pasmosa incapacidad para sentir emociones o situarse emocionalmente en el lugar de otro.

Cuando son evaluados psicológicamente no presentan remordimientos ni sentimientos de culpa por las barbaridades, atrocidades o fraudes que cometen.

Hervey Cleckley, en su libro *The Mask of Sanity* los describió como seres perfectamente normales, excepto por las siguientes características:

- Inexistencia de alucinaciones o de otras manifestaciones de pensamiento irracional.
- Ausencia de nerviosismo o de manifestaciones neuróticas.
- Encanto externo superficial y astucia oportunista.
- Egocentrismo patológico e incapacidad de amar.
- Gran pobreza de reacciones afectivas básicas.
- Vida sexual impersonal, trivial y poco integrada.
- Falta de sentimientos de culpa y de vergüenza.
- Indigno de confianza.
- Mentiras e insinceridad.
- Pérdida específica de la intuición.
- Incapacidad para seguir un plan de vida.
- Conducta antisocial sin aparente remordimiento.
- Razonamiento insuficiente o falta de capacidad para aprender la experiencia vivida.

- Irresponsabilidad en las relaciones interpersonales.
- Comportamiento fantástico y poco regulable en el consumo de alcohol y drogas.

La característica central del psicópata es su incapacidad de mostrar empatía o genuino interés por nadie.

Lo que más inquieta es su indiferencia emocional.

Esta abulia afectiva hacia los sentimientos de los demás explica cómo es capaz de manipularlos y utilizarlos para satisfacer sus propios deseos sin hacerse ningún problema.

Los psicópatas se dejan influir menos que las personas normales por los demás y desempeñan con maestría tareas bajo una enorme presión psicológica.

No les tiembla el pulso. No conocen el miedo o la ansiedad.

Son perfectamente conscientes, a un nivel intelectual, de la diferencia entre el bien y el mal. Están al tanto de las normas y las leyes. Pero ello, simple y llanamente, no les importan lo más mínimo.

Tampoco les preocupa el dolor o el sufrimiento que sus acciones pueden causar en los demás, y por ello son terriblemente eficaces como depredadores sociales. Ante el peligro o el riesgo se crecen.

Su conducta social es guiada por el cálculo frío y racional de lo que van a sacar personalmente de sus acciones de forma oportunista.

Jamás muestran arrepentimiento, ni sentimientos de culpa.

No presentan ni alucinaciones ni delirios. Ni crisis de ansiedad ni los conflictos psicológicos propios y habituales de las personalidades neuróticas.

El pernicioso efecto de su extraordinaria habilidad social es que el tiempo y la correspondiente realimentación positiva de la práctica acumulada y del éxito consiguen el efecto de consolidar un aprendizaje perverso.

Acreditan una auténtica maestría en el arte de depredar, manipular y destruir personas.

Proyectan una imagen positiva e impecable.

Exhiben una prodigiosa capacidad camaleónica.

Tienen «labia» y les caen sistemáticamente bien a todos desde el principio.

LA VULNERABILIDAD ACTUAL DE LA HUMANIDAD FRENTE A LA ÉLITE Y SUS DIRIGENTES

TÍTERES PSICOPÁTICOS

Las personas normales tienden a pensar que la gente es buena y que, si le das una oportunidad a cada uno, todo irá bien. Los psicópatas juegan con esa ventaja.

Calculan que los demás no pueden creer que en realidad sean así.

Sus continuas mentiras, manipulaciones y argucias suelen dejar a todos atónitos y ello explica la incapacidad de la sociedad para identificarlos a tiempo y hacerles frente.

La mayoría de los seres humanos desconocen este hecho y no imaginan que detrás de individuos encantadores se oculta la personalidad más peligrosa y depredadora del planeta.

Cualquiera que se enfrente a ellos se encuentra con la pasmosa realidad de que nadie les importa en absoluto y que tan solo ven a los demás como meros objetos o instrumentos para conseguir sus fines.

Este carácter instrumentalizador que convierte a los otros en cosas encaja a la perfección con la lógica instrumental propia y característica del *management*, que es, por definición, la tecnología para lograr que otros hagan o el arte directivo de «hacer hacer» a los demás.

Conseguir que los otros hagan lo que ellos quieren, sin que se den cuenta de ello, es su especialidad.

De ahí procede su enorme habilidad para manejarlos y convertirlos en títeres de sus ambiciones o siniestros planes.

VEINTE SIGNOS QUE AYUDAN A RECONOCER A UN DIRIGENTE PSICOPÁTICO

1. Tiene una superficial capacidad de encanto.

Se muestra encantador y seductor y sabe cuidar su imagen a nivel social, lo cual le permite ir ascendiendo muy rápidamente.

En la relación social produce un efecto de encantamiento inicial en las personas cuando lo conocen por vez primera.

2. Presenta una ausencia de resonancia emocional, o frialdad, que procede de su incapacidad de empatía hacia los demás.

No siente pena ni compasión. Si se requiere manifestar socialmente alguna emoción, la simula, representa o se la inventa.

3. Muestra tendencia a explotar a los demás mediante un estilo de vida parasitario.

A nivel laboral, social o familiar vive del trabajo de sus «esclavos».

Los demás son seres a los que tiende a instrumentalizar, meros objetos.

4. Posee un sentido grandioso de los propios méritos.

Nadie sabe tanto, o merece tanto, como él.

Tiene una personalidad egocéntrica y presuntuosa que no se corresponde con la realidad de sus logros profesionales efectivos.

5. Miente «sin pestañear» de manera sistemática y compulsiva.

Su capacidad de mentir se refuerza por la frialdad con la que lo hace.

6. Carece por completo de remordimientos o de sentido alguno de la culpabilidad. Debido a ello opera con una enorme eficacia, «sin temblarle el pulso» ante las peores actuaciones.

Si se le pilla en algún renuncio, inventa sobre la marcha nuevas mentiras para camuflar las anteriores.

7. Manipula muy eficazmente a los otros, de forma que terminan haciendo lo que él desea con la sensación de que es lo que quieren realmente.

8. Es experto en ganarse la confianza de los demás y en defraudarla de forma sistemática.

Se granjea esa confianza paulatinamente mediante el engaño, la falsificación de credenciales, títulos, *curriculum vitae*.

9. Posee una elevada capacidad camaleónica. Se adapta perfectamente a las expectativas, deseos y valores de los demás, siendo un verdadero experto en identificarlos y adaptarse oportunamente a ellos, usando sus expresiones, su lenguaje e imitando su comportamiento.

10. Vive con la sensación de que puede hacerlo todo y de que nada ni nadie puede pararle. Su impulsividad y ausencia de miedo o temor le hace especialmente audaz y eficaz al no interferir emoción alguna en la ejecución de sus actos.

11. Es un experto en identificar los puntos débiles o vulnerables de las personas. Los aprovecha en su beneficio sin importarle la destrucción que produce en sus víctimas.

12. Le excita la vulnerabilidad y se ensaña especialmente con los más débiles o vulnerables a los que denigra y rebaja, disfrutando del sufrimiento que les produce como una muestra de su poder o inteligencia.

13. Presenta un tipo de pensamiento simple y superficial con incapacidad de hilar más allá de dos o tres frases eruditas. No puede profundizar intelectualmente en ningún tema; sin embargo, camufla esta incapacidad mediante su enorme habilidad de manipular a los demás.
14. Sus emociones son inexistentes, superficiales o artificiales: con ellas trata de simular ser una buena persona, con buenos sentimientos o buen corazón.
15. Su comportamiento con sus eventuales adversarios consiste alternativamente en «comprarlos» mediante prebendas, ofertas o promesas, o «eliminarlos» a través de las técnicas más manipulativas y destructivas.
16. Suele transgredir las normas y las leyes, incurriendo «sin pestañear» en todo tipo de fraudes, irregularidades, corrupción y nepotismo.
Genera a su alrededor una camarilla a la que hace cómplice de sus delitos.
17. Aduce argumentos morales finalistas o teleológicos ante los demás. El fin perseguido justifica el medio utilizado para alcanzarlo, sea cual sea este último. Emplea la racionalidad instrumental para explicar la destrucción de los seres humanos que se opera a su alrededor.
18. No tiene ninguna cura o remedio. Si se le hace terapia, aprende a manipular al terapeuta y lo condiciona. Es un tipo de elemento asocial para el que no hay solución alguna.
19. Construye a su alrededor, en las organizaciones, clanes, facciones o mafias que se ponen a su personalísimo servicio. Reina en ellas mediante el terror y gracias a su enorme desparpajo para mentir y manipular a los demás.
20. Es un individuo normal en su apariencia que no presenta alteración del sentido de realidad, por lo que es perfectamente consciente de sus actos perversos. Simplemente no le importa nada emocionalmente el sufrimiento que causa en los demás.

A pesar de que se ha intentado todo con los psicópatas, la realidad terrible es que con ellos no hay nada que funcione efectivamente.

Por eso, el camino hacia el lado oscuro y los cambios que se instalan en ellos suelen ser irreversibles.

Los psicólogos advertimos que no se practique una psicoterapia que siempre es inútil y peligrosa con ellos, pues lo único que hacen es aprender y empeorar.

Los programas de rehabilitación y las terapias funcionan al revés en ellos aprendiendo nuevas tretas y formas de manipulación. Puesto que nada funciona con ellos, el pésimo pronóstico psicopático nos aboca a la cuestión, aún irresuelta por nuestra sociedad de decidir: ¿qué hacemos con los psicópatas?

CÓMO LOS DIRIGENTES PSICÓPATAS CONFIGURAN SOCIEDADES PSICOPÁTICAS: LAS LECCIONES DE LA ALEMANIA DE LOS AÑOS TREINTA

El perverso proceso de conversión al lado oscuro no ocurre solamente entre individuos.

El efecto continuado de la indiferencia ante el mal puede también transformar organizaciones, países y sociedades enteras.

El modo de operarse estos cambios se describe a la perfección en el libro *No solo Hitler* de Robert Gellately.

El autor analiza el proceso que siguió Hitler para convertir en un país nazi a la Alemania en los años treinta del siglo pasado.

Nada menos que la nación más avanzada del mundo de la época fue transformada en el espacio de muy pocos años en un país lleno de psicópatas integrados.²²

El procedimiento, milimétricamente calculado, que siguieron los nazis para, en muy pocos años, realizar una completa modificación del país entero, primero implicó el desarrollo de una formidable indiferencia frente a la extraordinaria *traumatización* de la guerra y la crisis inflacionaria económica y social que sobrevino. Un país repleto de indiferentes ciudadanos dio paso a continuación a una nación de entusiastas progresivamente colaboradores con las mayores atrocidades que la historia humana ha conocido. Un país en el que la mayoría de los miembros del ejército, los jueces, los médicos, los científicos y los padres y madres de familia pasaron al lado oscuro sin percatarse de ello.

Fueron capaces de transformarse en muy poco tiempo en psicópatas integrados.

La propaganda de la Matrix nos presenta frecuentemente una ficción basada en una especie de ocupación por la fuerza del poder a manos de los nazis.

Una nación aparentemente sojuzgada por el miedo y el terror nazi.

Sin embargo, la realidad no fue la de unos pobres ciudadanos alemanes víctimas de la fuerza y de la coacción del poder nazi.

Esos sádicos y perversos dirigentes nacionalsocialistas existieron y fueron los diseñadores de todo este efecto perverso.

Pero el plan no consistió en secuestrar a la nación entera por la fuerza.

Millones de personas cooperaron de forma voluntaria y entusiasta en las peores tropelías de Hitler.

Gellately nos advierte que no deberíamos pensar que toda Alemania era una especie de campo militar de entrenamiento, en el que los ciudadanos fueron víctimas de una estrategia de propaganda, coacciones y terror.

No fue un simple «lavado de cerebro» masivo o de una pura manipulación psicológica a gran escala. La idea de poder llegar a lavar el cerebro a una nación de más de sesenta millones de habitantes o de tratarlos a todos como si estuvieran en un campo de adiestramiento militar es ingenua.

Lo inadmisibles para muchos es aceptar cómo las atrocidades que fueron cometidas por los alemanes fueron operadas con su pleno y total apoyo.

No describe Gellately a una nación de asesinos perversos, psicópatas antisemitas, sino una nación de indiferentes que, muy pronto y en aras de la eficacia social y la racionalidad instrumental económica, empezó no solo a mirar a otro lado ante las mayores barbaridades y violencias, sino a justificarlas como algo necesario y conveniente para el orden, la paz y la convivencia social.

En ese sentido, recorrieron como nación el camino que describimos a nivel individual como el paso al lado oscuro.

Alemania no fue el país bárbaro o tercermundista que se ha querido pintar por parte de muchos. Hay que recordar que, durante la Primera Guerra Mundial, Alemania le disputó a Gran Bretaña la hegemonía mundial como imperio.

No hablamos, pues, de personas ignorantes, sin cultura ni valores.

La población alemana era fuertemente ilustrada y estaba altamente capacitada. Los alemanes fueron conducidos por sus dirigentes psicópatas a la percepción de que todos los males que habían de perpetrar los nazis eran necesarios desde la más pura lógica instrumental.

La razón instrumental propia del psicópata fue elevada a razón de Estado.

El resto lo hizo el estado agéntico, es decir, el hecho de que todo era ordenado por «la autoridad».

Al pueblo alemán se le llevó a aceptar la posición psicopática por antonomasia que establece la moralidad de un aparente buen fin que permite justificar cualquiera de los medios utilizados.

El Gobierno de Hitler logró presentar sus desmanes y atropellos de manera gradual como necesarios desde la eficacia social de tener que luchar contra problemas que amenazaban la supervivencia del pueblo y del Estado.

Bastó la aplicación de la moral teleológica y de la racionalidad instrumental más perversa para transformar la indiferencia inicial en una psicopatía de masas.

Para insensibilizar moralmente al país entero a través de la inducción de la mayor indiferencia posible se recurrió, por supuesto, a la propaganda.

Pero también se utilizó una administración perversamente consumada a través de las «microdosis» y del «gota a gota».

Cada paso que se daba desde la Cancillería del Reich (muy especialmente las decisiones que entrañaban graves cuestiones éticas, como la eutanasia o las medidas antisemitas) fue implementado meticulosamente y nunca fue seguido por otro paso en la misma dirección sin antes comprobar fehacientemente que la mayoría de la población lo había asimilado y aceptado tácitamente.

En una especie de desensibilización sistemática, los ciudadanos fueron conducidos y abocados a aceptar dócilmente y poco a poco las mayores barbaridades y tropelías del régimen.

Un proceso de encantamiento masivo. Una verdadera inducción de un trance colectivo.

Antes de dar una nueva vuelta de tuerca, Hitler pesaba cuidadosamente el impacto y se aseguraba la total indiferencia política de los alemanes.

Al exponerlos muy sutil y gradualmente a los cambios y a las reformas sociales más perversas e inmorales, consiguió lo impensable: que muy pocos le hicieran frente y que la mayoría terminaran primero siendo indiferentes y finalmente colaborando con esos males.

Es un hecho históricamente comprobado que Hitler trató de adjuntar a todas sus medidas siempre el marchamo de la eficacia y la racionalidad instrumental. Algo propio y característico de una personalidad psicopática, sin duda.

La indiferencia social de los alemanes respecto a las acciones de Hitler se debe, según Gellately, sobre todo al modo sibilino con que fueron presentadas a la población mediante la propaganda y la distorsión comunicativa.

Aquellas acciones no eran sino los medios necesarios para obtener el éxito que se había ido logrando en otros campos, básicamente en la economía, el empleo y la seguridad pública.

Es esta administración cuidadosa de la indiferencia social la que explica por qué las primeras medidas legales contra los judíos no se produjeron más que a partir del segundo año de la toma del poder de los nazis y por qué la primera algarada social masiva de violencia contra los judíos aún tardó varios años más en producirse.

LA RACIONALIDAD INSTRUMENTAL Y EL «BIEN COMÚN» COMO PRETEXTO PSICOPÁTICO PARA CONFIGURAR SOCIEDADES PSICOPÁTICAS

Encontramos la misma forma de operar entre los miembros de las élites psicopatizadas que ya han cruzado el Rubicón hacia el «lado oscuro» y entre sus títeres actuales.

Estos pretenden que sus logros económicos o financieros les pueden proporcionar universales

«patentes de corso» para hacer y deshacer a su antojo en la sociedad saltándose normas, derechos y libertades fundamentales.

Basta con presentar las medidas más inhumanas o perversas como nacidas de una supuesta racionalidad instrumental sanitaria, social o económica.

Los argumentos incontestables de la más terrible impunidad moral siempre son aparentes «buenas razones» para conseguir el bienestar, la seguridad o la salud públicas.

La resignación de todos los agentes, y muy especialmente de las víctimas, se logra a base de repetir el falso «mantra» de que «no hay otro modo de hacer las cosas».

Entre quienes deberían luchar por oponerse a estos abusos y por defender los derechos de las víctimas, cunde frecuentemente el desánimo y la sensación de impotencia atribuyendo todo lo que ocurre a una especie de fatalidad cósmica o destino implacable.

La mayoría contempla impasible la progresiva nazificación de nuestro mundo como un suceso derivado de una praxis sanitaria o económica, que «no podría ser otra sino la que es», tomando los datos de la realidad con el fatalismo de quien sabe no puede sustraerse a un destino fatal prefijado.

Funciona aquí el mismo esquema religioso sacrificial determinista propio de la Antigüedad.

Todo queda justificado por la existencia de una voluntad trascendente arbitraria y caprichosa, aunque inconmensurable para los humanos, procedente de unos «dioses» a los que los humanos les importan poco.

Los «dioses» actuales aducen una pretendida «racionalidad instrumental», la «seguridad», la «salud», «la lucha contra el cambio climático» y otras reencarnaciones de la moral teleológica que nunca discierne la legitimidad moral de los medios para alcanzar los fines.

Nuestros actuales dioses sacrificiales son «procesos ciegos» de la economía («economistas tiene la madre economía que podrían explicarlo en tiempo y forma» enemigos ocultos e invisibles de nuestra salud, etc.), que fundamentan siempre el sacrificio de muchos en aras a conseguir el resultado.

La religión del psicópata y su moral teleológica se basa en perseguir un «bien común», cuya definición siempre se abroga y permite una justificación a los sacrificadores para destruir los derechos o las vidas de otros.

La moral teleológica propia del dirigente psicópata que pretende que el fin justifica los medios es siempre una a-moralidad revestida de necesidad imperiosa, urgencia sanitaria, situación catastrófica o bélica excepcional.

Así, asistimos al triunfo máximo actual de las élites más psicopáticas, capaces de convertir a toda una sociedad en víctima para lograr sus agendas más perversas.

LA TÉCNICA PSICOPÁTICA AL USO: EL *ORDO AB CHAOS*

El dirigente que ha pasado al lado oscuro tiende a utilizar siempre el mismo tipo de mecanismo sacrificial para mantener su supremacía y la dominación de los de abajo.

Todo grupo humano que se pretenda controlar resulta estructuralmente inestable debido a su naturaleza mimética y al problema de tener que integrar de manera armoniosa y eficaz a las personas y sus diferencias.

Los que saben cómo hacerlo fomentan a todos los niveles la inoculación del miedo, la rivalidad y el conflicto como base de unas relaciones sociales en el seno de la sociedad.

La división, el caos, la rivalidad, la envidia y la competitividad extienden la inquina y la suspicacia generando crisis miméticas que, al alcanzar su paroxismo, provocan crisis sociales

gravísimas.

El fomento de los juegos psicológicos de «suma cero» y la extensión de la cizaña del «dividir para vencer» instala la «ley de la selva» generalizada que transforma paulatinamente todas las relaciones humanas en alternativas de «yo gano-tú pierdes» o bien de «tú ganas-yo pierdo».

La cooperación se vuelve imposible y la confianza se extingue.

Se consigue configurar un tipo de seres humanos a la defensiva, encerrados sobre sí mismos, individualistas, inermes, insolidarios, culpabilizados, en definitiva, paranoicos.

Con ello se destruye todo sentido de comunidad y toda solidaridad.

Muy pronto, el grupo humano se encuentra en una crisis social y amenazado por la desintegración y el caos.

Es la crisis mimética por excelencia que siempre amenaza con dar al traste con la propia integridad y continuidad del grupo humano y que despierta las fuerzas internas tendentes a reestablecer el orden mediante una buena purga o catarsis colectiva.

Es entonces cuando aparece el antiquísimo fármaco humano, infalible para conjurar al mismo tiempo las crisis y reforzar el poder del liderazgo tóxico y psicopático de los sacrificadores.

Este remedio no es sino la utilización del viejo mecanismo sacrificial del chivo expiatorio.

«CONVIENE SACRIFICAR A UNO»: EL MECANISMO CATÁRTICO Y REGULADOR DEL CHIVO EXPIATORIO

Los sacerdotes paganos descubrieron la efectividad de usar este mecanismo sacrificial como remedio o *pharmakós* para superar las crisis recurrentes de la sociedad humana.

Las élites dirigentes modernas siguen aplicando el mismo principio regulador de la religión pagana y conocen cuán efectivo puede resultar, a la hora de resolver todo tipo de crisis, la posibilidad de activar el mecanismo mimético de linchamiento.

El chivo expiatorio es el recurso ideal para explotar toda la situación de crisis en exclusivo beneficio de la élite, reforzar su poder y realinear a todos en el nuevo orden.

Cualquiera de los nuevos órdenes sociales *advenientes* se asienta siempre sobre montañas de cenizas y pirámides de víctimas sacrificadas en la pira.

Con la utilización del mecanismo del chivo expiatorio, las élites, esto es, aquellos que saben lo que hacen, tratan de desarrollar periódicamente acontecimientos de purga en forma de expulsión y linchamiento ritual y grupal, que funcionan como elementos integradores de los grupos humanos y que les permiten reinar sobre su propia incapacidad de articulación e integración social alternativas.

El mecanismo sacrificial de expulsión consiste en señalar un chivo expiatorio o «culpable universal» de todo cuanto de malo ocurre en una sociedad o grupo, para, una vez señalado y estigmatizado adecuadamente, sacrificarlo por el bien y la supervivencia del grupo.

Todos los demás miembros, convenientemente manipulados y convencidos de la culpabilidad de la víctima, serán requeridos y urgidos a participar en el linchamiento colectivo, produciéndose la cooperación de todos en una tarea común.

Tomar parte en ese linchamiento social y psicológico unánime es el requisito para poder recomponer la unidad perdida en ese grupo o sociedad, hasta entonces en crisis y amenazado por la desintegración.

La esencia del mecanismo victimario que reproducen periódicamente las élites consiste en el periódico señalamiento de un enemigo común, externo o interno, que va a ser presentado como causante y responsable último de todos los males que aquejan a la organización.

Esta pública asignación de un culpable universal puede efectuarse a diferentes niveles de agregación desde el nivel individual al nivel colectivo en el que se *chivoexpiatoriza* a naciones enteras a las que entonces se declara la guerra.

Este es el «genuino y auténtico método de integración social» de las élites más tóxicas.

Satán expulsando a satán.

Los «ejes del mal», las «naciones perversas», los «disidentes conspiranoicos» se presentan como culpables de todo el mal que acaece en la sociedad y se promete que «Muerto el perro, se acabará la rabia».

Los expertos en sacrificios (sacerdotes paganos) de las élites *psicopatizadas* proceden de este modo para aglutinar, integrar o aunar los esfuerzos y la cooperación de todos, mediante periódicos llamamientos al linchamiento colectivo de algún enemigo común señalado y satanizado debidamente.

Durante los años treinta, una sociedad avanzada como la alemana no tuvo inconveniente en mirar hacia otro lado y apoyar las medidas nazis contra los delincuentes comunes, los «degenerados» sexuales, los comunistas o los judíos.

Inmersos en este mecanismo del «chivo expiatorio», dirigido oportunamente por los nazis, la inmensa mayoría de los alemanes, vivía con la sensación de que toda esa «gente indeseable» era la culpable de la mayoría de los problemas sociales y que era una cuestión de orden social eliminarla, extirparla y arrojarla fuera a cualquier precio.

La utilización de campos de concentración contra ellos no era algo moralmente reprochable para los alemanes. No interpelló a la conciencia social mayoritaria, puesto que todas esas medidas se percibieron como una mera cuestión de eficacia y racionalidad instrumental económica y social.

El fin bueno y justo a lograr en forma de paz interna y de seguridad justificaba adoptar medidas como aquellas. Mientras se hacía todo esto, la nación recobraba su pulso y se integraba gracias al sacrificio de chivos expiatorios.

EL SEÑALAMIENTO DE UN ENEMIGO COMÚN EXTERNO O INTERNO

A veces ese rol de «enemigo común» a batir del chivo expiatorio lo cumple el señalamiento de elementos externos.

En esos casos, se utiliza el recurso a un enemigo externo al que se declarará la guerra, rehaciéndose así, de manera instantánea, la unidad en el seno de una sociedad lacerada y desintegrada por la exacerbación de la crisis económica o las tensiones sociales.

Repentinamente, todas las rivalidades que erosionaban y minaban la sociedad en forma de facciones, clanes, rencillas y todo tipo de «guerras intestinas» se acaban al llamar a rebato contra el enemigo externo.

Practicar liturgias de exclusión y linchamiento, celebrar autos de fe, proclamar cruzadas o «declarar guerras» a un enemigo externo al que se sataniza, suelen ser formas inhumanas, destructivas y a la vez muy eficaces de reunificar a grupos sociales en desintegración, amenazados por la falta de cohesión propia de la guerra de todos contra todos.

Esta eficacia del mecanismo sacrificial se encuentra en la base de toda la actuación política desde antiguo en la que incurren la totalidad de los grupos y partidos políticos contra sus adversarios.

El modo entusiasta en que la mayoría es reclutada contra los enemigos externos es, una vez más, fruto del mimetismo, nuevamente utilizado por «los que saben lo que hacen» en su favor.

Resulta menos arriesgado para los miembros de la élite encontrar en el interior de la sociedad individuos o grupos cuyos perfiles de alta vulnerabilidad les convierta en fácilmente sacrificables.

Su perfil bajo les hace candidatos idóneos para las «cabezas de turco» designadas de turno.

Los instigadores del linchamiento conocen muy bien la tecnología sacrificial por la que seleccionar ciertos perfiles que susciten fácilmente la desconfianza, la envidia social o la animadversión por parte de los demás miembros del grupo social para generar el linchamiento en forma de reacción contra el «cuerpo extraño».

CÓMO INDUCEN LAS ÉLITES PSICOPÁTICAS LA UNIDAD Y LA COOPERACIÓN

De forma tan entusiasta como inconsciente, la mayoría de la sociedad se presta a colaborar en los linchamientos colectivos de víctimas que han sido decretadas o señaladas como chivos expiatorios por parte de aquellos que «saben lo que hacen».

Cargar contra ellas es el mejor modo de reintegrar la unidad perdida.

No hay unidad ni sentimiento de cuerpo parecido al que desencadena un linchamiento colectivo o el «despellejar» colectivamente «todos a una» a la misma víctima designada.

La integración social perversa que procura a todo grupo *linchador* su violencia unánime de «todos contra uno» permite rehacer espontáneamente la unidad perdida y camuflar el comportamiento depredador abusivo o corrompido de las élites *psicopatizadas* que diseñan todo el asunto.

Estas, al fomentar las rivalidades, la división y el caos para intentar así reinar sobre todo el grupo humano, ponen al mismo tiempo en peligro la supervivencia del grupo humano por los costes de coordinación elevadísimos que significa el no poder cooperar.

De ahí que se requiera un mecanismo purgativo periódico que funcione como contención del riesgo de que esa violencia se vuelva contra los sacrificadores mismos. Un freno de emergencia es siempre crear sacrificios contra chivos expiatorios.

La mayoría social dormida y manipulada cree ciegamente en esta religión sacrificial pagana y participa en todas las ceremonias de sacrificio de manera gregaria y acrítica sin advertir que ha sido manipulada para ser involucrada en un mecanismo victimario manejado hábil y oportunistamente por quienes son sus principales beneficiarios.

Esta sutil manipulación es el «arma de distracción» masiva definitiva que va a permitir desplazar la responsabilidad de unos desastres perfectamente reales, que tienen como responsables a los que dirigen esas sociedades desde hace siglos, sobre personas o grupos que cargan con el estigma, la culpa y el reproche colectivo y con las consecuencias, devastadoras para ellos, de una violencia psicológica y social unánime que los destruye y extermina.

Los linchamientos colectivos, al ser periódicamente inducidos, permiten también, como pararrayos sociales, atraer el malestar, la frustración, la rabia y el resentimiento de los dominados sobre los dominadores, desviándose y canalizándose la violencia colectiva por los cauces previstos por los diseñadores e ingenieros sociales de todo el proceso.

LA SOCIEDAD SACRIFICIAL NEOPAGANA ACTUAL

El desplazamiento de la agresión termina explicando el agrupamiento colectivo de todos en un *mob* o masa unánimemente perseguidora que pretende purgar de la sociedad a los elementos «impuros» que la perjudican o corrompen.

En una situación de violencia psicológica grupal, las víctimas reciben el mensaje unánime de

su intrínseca maldad.

La unanimidad persecutoria acrisolada y reforzada desde la rumorología y «radio macuto» produce todo tipo de leyendas negras, calumnias y versiones de la realidad nuevamente distorsionadas en perjuicio de los chivos expiatorios.

Una vez más, funciona el mito de la culpabilidad presunta de todas las víctimas o error básico de atribución.

Este proceso de culpabilización de los chivos expiatorios genera un entorno cada vez más unánime y violentamente perseguidor que requiere gradualmente más víctimas de repetición.

La masa *linchadora* o *mob* trabaja con el celo propio de quienes creen cumplir con un deber de conciencia al participar en la aniquilación de un enemigo público por razones señaladas para todos por la racionalidad instrumental.

Los líderes políticos y sociales más tóxicos de nuestra época ya no se esconden a la hora de señalar impudicamente sus nuevos *targets*, fomentando linchamientos, marginación o conflictos bélicos que eran impensables hasta hace bien poco tiempo.

Promueven el caos social y la fabricación de este *mob*, usando las más abyectas manipulaciones de la emotividad de la masa, a plena luz del día.

Este liderazgo psicopático contribuye a la putrefacción moral de la sociedad y al nacimiento de los peores procesos catárticos que causan víctimas por millones.

Así, cuando la situación llega al límite, casi no es necesario intervenir.

Es el mismo grupo en crisis el que reacciona automáticamente contra alguno de sus miembros, eligiéndolo y utilizándolo como chivo expiatorio, rehaciéndose del modo ya descrito la paz social sobre las espaldas de las que resultan ser las víctimas propiciatorias.

Conviene que alguien muera para mantener el *statu quo* y el dominio de los de siempre.

El problema de este tipo de mecanismo de resolución es que constantemente resulta parcial e incompleto.

Al cabo del tiempo, las razones estructurales que llevaron al caos social a ese grupo reaparecen y afloran de nuevo y se requieren nuevas víctimas.

Por eso, el mecanismo se ha vuelto repetitivo y casi adictivo. En nuestras sociedades se requiere cada vez más rápido emplazar a una nueva víctima para ser sacrificada.

RESISTENCIA O SUMISIÓN

La conversión del pueblo alemán en una nación de psicópatas tuvo como analista de excepción a uno de los pocos miembros de aquella sociedad que hizo frente al régimen.

Ello le costó la vida, puesto que fue asesinado por una orden expresa del Führer el último día de la guerra.

Se trata del pastor luterano Dietrich Bonhoeffer, uno de los mejores y más valorados teólogos del siglo XX.

Este joven pastor, de treinta y tres años, realizó el mejor análisis psicológico explicativo de lo que le ocurrió al pueblo alemán para transformarse en una nación *psicopatizada*.

Su valoración puede arrojar las claves de lo que está ocurriendo en nuestra sociedad en estos últimos tiempos o tiempos finales.

Bonhoeffer describe magistralmente el mecanismo que en aquellos terribles años permitió aupar al poder al monstruo nazi y desgrana meticulosamente el mismo proceso de conversión al «lado oscuro» que sufrieron la mayoría de sus compatriotas y que queremos prevenir hoy en pleno siglo XXI.

Su análisis confirma que la conversión al lado oscuro y a la psicopatía funcional de una sociedad civilizada y avanzada no es algo difícil de lograr.

Cuando una cifra exitosa se vuelve especialmente prominente y destacada, la mayoría de las personas se rinden a la idolatría del éxito.

Se ciegan ante lo correcto y lo incorrecto, lo verdadero y lo falso, el juego limpio y el juego sucio.

A la proposición de que el éxito es bueno le sigue otra que tiende a establecer las condiciones para la continuación del éxito.

Esta proposición sostiene que el éxito es lo único bueno.

La facultad crítica moral e intelectual se obnubila. Queda encandilada por el brillo del hombre exitoso y por el anhelo de participar de alguna manera de este éxito. Solo se tiene ojos para la realización, el resultado exitoso.

Se llega a ignorar que la culpa cicatriza con el éxito, precisamente porque ya no se conoce la culpa.

El éxito es un bien sin más.

Esta actitud solo se puede adquirir en el caso de una profunda mendacidad interna, de un consciente autoengaño.

Entonces se llega a una corrupción interna de la que es muy difícil lograr la curación.[23](#)

APOCALIPSIS: LA REVELACIÓN FINAL DE LA VERDAD

La aceleración del ritmo de los sacrificios en forma de guerras de diseño, crisis económicas inducidas o destrucción deliberada de la familia y de los valores sociales humanos de solidaridad y cooperación alcanza en estos momentos su paroxismo.

El descaro con el que operan las élites psicopáticas sin recato y a la vista ya de todos, proclamando a los cuatro vientos sus planes de reseteo económico, reducción poblacional mundial, genocidio sanitario, eliminación de las bocas sobrantes, nuevo transhumanismo tecnológico, dictadura total estilo *Big Brother* o de armagedón nuclear bélico, nos sitúa sin duda ya en el final de la cuenta atrás.

Estos signos de los tiempos incuestionables me llevan a la convicción de que hemos llegado al final del proceso histórico en el que el antiguo orden podía reinar y funcionar bajo el principio del sacrificio siempre de nuevas víctimas de reposición.

El mundo apocalíptico actual no es más que el de la revelación final al mundo entero de la verdad que bloquea el engranaje del mecanismo sacrificial, que ya no puede subsistir más.

El impacto histórico de la predicación del Evangelio en todo el mundo ha consumado la revelación final de la verdad a la humanidad, que ya sabe lo esencial respecto a las víctimas y que ha descubierto que su sacrificio contribuye a un tipo de (des-)orden social que beneficia siempre a los mismos sacrificadores.

Sabedores de que todas las víctimas son inocentes no nos es posible ya participar en buena fe en los nuevos sacrificios que se preparan y nos proponen.

Quien sacrifica debe hacerlo ya en plena aceptación consciente de su mal comportamiento y, por lo tanto, los dos bandos quedan al descubierto.

Sacrificadores frente a defensores.

De ahí la batalla final que se aproxima y que de manera evidente ha sido ya ganada por la verdad y la realidad.

La huida hacia adelante de las élites sacrificiales de estos últimos tiempos del final, intentando

volver a la monstruosidad pagana del sacrificio, marca un patente reconocimiento de la impotencia de quienes saben que les queda poco y quieren agotar hasta el último minuto del partido toda posibilidad de ganar.

Saben que ya han sido derrotados de antemano y pretenden dar los últimos coletazos antes de desaparecer para siempre de la humanidad.

Este libro se terminó de escribir en El Morche (Torrox)
el 2 de febrero de 2023,
día de la Luz y de la Virgen de la Candelaria,
Laus Deo virginique matri.

Otros libros del autor y referencias

- *Mi jefe es un psicópata. Cómo el poder transforma a las personas en psicópatas*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2021.
- *Familia Zero. Cómo sobrevivir a los psicópatas en familia*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2020.
- *Las 5 trampas del amor. Por qué fracasan las relaciones y cómo evitarlo*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2017.
- *Amor Zero. Cómo sobrevivir a los amores con psicópatas*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2016.
- *Por si acaso te acosan: 100 cosas que debes saber para salir del acoso psicológico en el trabajo*, Códice, Buenos Aires, 2013 (existe versión e-book en Amazon).
- *Las 100 claves del mobbing. Detectar y salir del acoso psicológico en el trabajo*, Eos, Madrid, 2017.
- *Tratamiento EMDR del mobbing y el bullying*, EOS Psicología, Madrid, 2016 (existe versión e-book en Amazon).
- *Liderazgo Zero. El liderazgo más allá del poder, la rivalidad y la violencia*, LID, Madrid, 2009 (ganador del Premio Everis 2008. Existe versión electrónica).
- *Método AVE. Cómo prevenir el acoso escolar: implantación de protocolos antibullying en los centros escolares*, CEU, Madrid, 2016 (existe versión e-book en Amazon).
- *Mobbing: cómo sobrevivir al acoso psicológico en el trabajo*, Sal Terrae, Santander, 2001 (existe versión e-book en Amazon).
- *Mobbing escolar. Acoso y violencia escolar contra los niños*, Ceac, Barcelona, 2007 (con Araceli Oñate).
- *Neomanagement, jefes tóxicos y sus víctimas*, Aguilar, Madrid, 2004.
- *Mobbing: manual de autoayuda*, Aguilar, Madrid, 2003.
- *La dimisión interior. Del síndrome post-vacacional a los riesgos psicosociales*, Pirámide, Madrid, 2008.
- *Mobbing: el estado de la cuestión. Todo lo que siempre quiso saber sobre el acoso psicológico y nadie le explicó*, Gestión 2000, Barcelona, 2008.
- *La evaluación del mobbing. Cómo peritar el acoso psicológico en el ámbito forense*, Sb, Buenos Aires, 2015.
- *Test AVE. Acoso y violencia escolar*, Tea, Madrid, 2006.
- *Test TEBAE. Test de Evaluación Breve del Acoso Escolar*, Instituto Iñaki Piñuel, Madrid.
- *Acoso y violencia escolar en España. Informe Cisneros X*, IIEDDI, Madrid, 2007.

Instituto Iñaki Piñuel

El Instituto Iñaki Piñuel es un equipo de psicólogos que ofrece capacitación y formación en el tratamiento psicológico especializado para profesionales y consultas *online* para las víctimas del acoso y abuso, utilizando un enfoque bimodal con base en la técnica EMDR y la psicoterapia cognitivo-conductual.

E-mail: Dr@inakipinuel.com

www.inakipinuel.com

Canal YouTube: Iñaki Piñuel TV

Canal especializado en la divulgación de todo lo referente a los problemas de acoso y a las relaciones con psicópatas integrados.

Notas

- [1](#) Louis Dumont, *Essais sur l'individualisme. Une perspective anthropologique sur l'idéologie moderne*, Seuil, París, 1983.

[2](#) René Girard, *La violencia y lo sagrado*, Anagrama, Barcelona, 1999.

[3](#) Iñaki Piñuel, *Neomanagement. Jefes tóxicos y sus víctimas*, Aguilar, Madrid, 2004.

4 La parábola de la rana hervida es presentada por Peter Senge en su libro *La quinta disciplina* (Granica, Barcelona, 1993), sobre organizaciones del aprendizaje, y explica el peligro que en la sociedad del conocimiento presenta un trabajador que «se duerme en los laureles sin actualizarse debidamente».

5 Iñaki Piñuel, *Mobbing, el estado de la cuestión*, Ediciones Gestión 2000, Barcelona, 2008.

[6](#) Iñaki Piñuel, *Mi jefe es un psicópata. Por qué la gente normal se vuelve perversa al alcanzar el poder*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2021

[7](#) Leo Festinger, *A Theory of Cognitive Dissonance*, Stanford University Press, Stanford, 1957.

⁸ Norman Geras, *The Contract of Mutual Indifference. Political Philosophy after the Holocaust*, Verso Books, Londres, 1998.

[9](#) Mark Anspach (dir.), *Cahiers de L'Herne: René Girard*, Editions de L'Herne, Paris, 2008.

[10](#) Estudio Cisneros sobre riesgos psicosociales en el trabajo.

- [11](#) Iñaki Piñuel, *Mobbing: cómo sobrevivir al acoso psicológico en el trabajo*, Sal Terrae, Santander, 2001.

[12](#) Iñaki Piñuel, *Mi jefe es un psicópata...*, op. cit.

[13](#) Iñaki Piñuel, *Neomanagement. Jefes tóxicos y sus víctimas*, op. cit., p. 121.

[14](#) Iñaki Piñuel, *La dimisión interior: del síndrome posvacacional a los riesgos psicosociales en el trabajo*, Pirámide, Madrid, 2008.

[15](#) Iñaki Piñuel, *Mobbing: manual de autoayuda*, Aguilar, Madrid, 2003.

[16](#) La paradoja de Strickland se explica a continuación.

[17](#) Véase Iñaki Piñuel, *Neomanagement...*, *op. cit.*

[18](#) Philip Zimbardo, *El efecto Lucifer. El porqué de la maldad*, Paidós, Barcelona, 2008.

[19](#) Véase *La guerra de las galaxias*. Episodio III: *La venganza de los Sith*.

[20](#) Este es el tema central de mi libro, *Mi jefe es un psicópata...*, *op. cit.*

[21](#) L. H. Strickland, «Surveillance and Trust», *Journal of Personality* 26, 1958, pp. 200-215.

[22](#) Esta obra de Robert Gellately es, en opinión de los historiadores especializados en este periodo, uno de los mejores análisis sobre la historia del nazismo.

[23](#) Dietrich Bonhoeffer, *Ética*, Trotta, Madrid, 2000.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Instituto de Innovación Educativo y Desarrollo Directivo, 2023

© La Esfera de los Libros, S.L., 2023

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel.: 91 443 50 00

www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2023

ISBN: 978-84-1384-611-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.